

LAURA KNEIDL
BIANCA IOSIVONI

CRÓNICAS
de la
MEDIA-
NOCHE

MAGIA DE SANGRE

Rocaeditorial •

CRÓNICAS DE LA MEDIANOCHE

Magia de sangre

Laura Kneidl y Bianca Iosivoni

Traducción de Ana Guelbenzu



MAGIA DE SANGRE

Las crónicas de la Medianoche II

Laura Kneidl y Bianca Iosivoni

SEGUNDA ENTREGA DE UNA IMPRESIONANTE SERIE DE FANTASÍA CON MÁS DE 900.000 EJEMPLARES VENDIDOS,
PERFECTA PARA LAS LECTORAS DE SARAH J. MAAS, CASSANDRA CLARE Y JENNIFER L. ARMENTROUT

PENSABAN QUE NADA LES SEPARARÍA, PERO ALGUNAS DECISIONES SON IMPERDONABLES.

Desde que Cain, de diecinueve años, completó su entrenamiento como Cazadora de sangre, su trabajo ha sido proteger a la gente de Edimburgo de los vampiros y otras criaturas oscuras. Cain se toma su trabajo en serio, trabaja meticulosamente y sigue las reglas impuestas. Cain y Warden casi no pueden imaginar que, hace tan solo unos años, eran compañeros de lucha y que confiaban a ciegas el uno en el otro. Actualmente, las diferencias entre ambos Cazadores son tan grandes como pesado el dolor tras haberse herido el uno al otro. Ahora, Cain y Warden se ven repentinamente obligados a trabajar juntos, un hecho que a Cain no le entusiasma mucho al principio. Sin embargo, cuanto más tiempo pasa con Warden, mejor llega a comprenderlo. Y mientras luchan juntos por la vida o la muerte, deberán decidir si para ellos también hay una segunda oportunidad.

AMOR. MAGIA. AMISTAD. TRAICIÓN.

Sumérgete en Las Crónicas de la Medianoche y déjate llevar a través de un mundo que reúne a un grupo de jóvenes cazadores que emprenden la lucha contra el mal y, al hacerlo, se juegan no solo la vida sino también sus corazones.

ACERCA DE LAS AUTORAS

Laura Kneidl nació en Erlangen en 1990 y desde muy joven desarrolló una afición por todo lo que tiene que ver con la escritura. Inspirada en innumerables novelas de fantasía, comenzó en 2009 a trabajar en su primer proyecto como escritora.

Bianca Iosivoni nació en 1986. Ya desde su más tierna infancia, ha estado fascinada por las historias.

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

Dedicatoria

Playlist

1. Cain

2. Cain

3. Cain

4. Cain

5. Warden

6. Cain

7. Cain

8. Cain

9. Warden

10. Cain

11. Cain

12. Cain

13. Cain

14. Warden

15. Cain

16. Cain

17. Cain

18. Warden

19. Cain

20. Warden

21. Cain

22. Warden

23. Cain

24. Cain

25. Cain

26. Cain

27. Cain

28. Warden

29. Warden

30. Warden

31. Warden

32. Cain

EPÍLOGO. Cain

Agradecimientos

Créditos

Para Marie y Nicole

Playlist

Metallica – *Shoot Me Again*
The Brothers Bright – *Blood On My Name*
Jinjer – *Who Is Gonna Be The One*
Miley Cyrus feat. French Montana – *FU*
Bring Me The Horizon – *Shadow Moses*
The Hives – *Hate To Say I Told You So*
Slipknot – *Nero Forte*
TOOL – *Sober*
Casper – *Sirenen*
Princess Nokia – *Sugar Honey Iced Tea (S. H. I. T.)*
Nightwish – *Devil & The Deep Dark Ocean*
Doja Cat – *Boss Bitch*
Emil Bulls – *Survivor*
Shinedown – *DEVIL*
Spiritbox – *Blessed Be*
Sleeping With Sirens – *Agree To Disagree*
Jinjer – *Perennial*
MILCK – *Devil Devil*
Mike Shinoda – *Fine*
Highly Suspect – *Canals*
Apocalyptica – *Master Of Puppets*
Ciara – *Paint It, Black*
Halsey – *Nightmare*
Sleeping At Last – *Make You Feel My Love*
Lamb of God – *Walk With Me in Hell*
The Prodigy – *Spitfire*

Cain

*M*e goteaba sangre de la barbilla.

Saqué la servilleta de debajo de mi cóctel mientras soltaba una palabrota y me limpié la piel. No debería haber exagerado tanto con la sangre artificial, pero ¿qué era un disfraz de vampiro sin sangre? Arrugué la servilleta roja y busqué con la mirada un cubo de basura. Sin embargo, pese a mi vista de lince, no vi ninguno con la luz tenue del club. Estaba hasta los topes y dondequiera que mirara veía Cazadores y archivistas charlando, riendo, bailando, olvidando durante unas horas que tenían una de las profesiones más peligrosas del mundo.

Por lo general me encantaban las fiestas de Halloween que nos organizaba el cuartel todos los años a los Cazadores, por lo menos a los que esa noche no patrullábamos las calles de Edimburgo. Sin embargo, este año era distinto. Este año tenía que controlarme porque al día siguiente por la mañana había quedado para un cumpleaños infantil y no podía permitirme presentarme con resaca.

Nervioso, guardé la servilleta ensangrentada en el bolsillo del pantalón y bebí el último trago de mi caipiríña virgen. Sabía que también podía pasármelo bien sin alcohol, pero costaba conectar siendo la única persona sobria en una sala llena de adultos alcoholizados que solo pensaban en hacer una tontería. Atrapé con la pajita un cubito de hielo del vaso del cóctel y me lo metí en la boca como si fuera un caramelo para masticarlo. Era más difícil de lo que esperaba con los colmillos postizos que me había puesto para la ocasión.

Desde el bar se me acercaba mi compañero de lucha, Jules, con dos vasos en la mano. Me dio un refresco de cola y se sentó en el taburete que había libre a mi lado.

—No pongas esa cara, Cain. Esto es una fiesta, no un entierro. Relájate.

Lo fulminé con la mirada, aunque no me salió muy bien. Jules estaba demasiado ridículo para eso. El lema de la fiesta de este año era: «Las criaturas que matamos». Cada uno tenía que disfrazarse del ser que cazaba. Yo era una Cazadora de Sangre, así que había elegido un disfraz de vampiro; Jules, que era Cazador de lo Siniestro, un disfraz de hombre lobo. No era de los baratos, de los que se encontraban en cualquier tienda de disfraces, no. Jules llevaba un traje con un estampado de flores, de las mangas de la chaqueta salían mechones de pellejo, las garras estaban hechas con unas largas uñas negras de gel y en vez de una espeluznante máscara sangrienta enseñando los dientes se había colocado en la cabeza una diadema con orejas de perro. Tampoco ayudaba que llevara encima del traje su amuleto de nivel uno atado de un cordel de piel trenzado de colores. Era el hombre lobo más pasado de moda, más inofensivo y más divertido que había visto nunca.

—Para ti es fácil decirlo, mañana no tienes que entretener a una horda de niños.

—Eso te lo has buscado tú.

—¿Y qué iba a hacer? ¿No aceptar el trabajo?

—Sí, deberías haber hecho justo eso. Agnes habría encontrado a otra Cenicienta.

—Chist, no tan alto —mascullé. Era el único que sabía cómo me ganaba la vida: actuando de princesa en cumpleaños infantiles.

Odiaba mi trabajo. Bueno, es mentira. En realidad me gustaba bastante. El horario era más o menos flexible, siempre había pastel y la remuneración estaba bien, sobre todo si lo comparabas con el hecho de que matando monstruos no ganaba ni un céntimo. Además, se me daban bien los niños, por eso también daba clase dos veces por semana a hijos de Cazadores en el cuartel y les enseñaba los primeros fundamentos.

Jules dio un sorbito al cóctel.

—No entiendo por qué te da tanta vergüenza.

—No hace falta que lo entiendas, solo que cierres el pico —dije con una sonrisa amarga.

A Jules nada le daba vergüenza. No le interesaba lo que la gente dijera sobre él ni sobre su colorido atuendo, pero yo no era como Jules. A mí no me daba igual lo que pensarán de mí los demás Cazadores. Quería que me tomaran en serio, porque si me convertía en un bufón para ellos, ya podía ir olvidándome de asumir la dirección del cuartel algún día. Sí, aún tardaría dos o tres décadas en llegar porque a mis diecinueve años aún era bastante joven y tenía que adquirir mucha experiencia, pero nunca era demasiado pronto para asentar los fundamentos.

De pronto, Jules se quedó de piedra a mi lado. Se le tensaron los músculos y se quedó muy quieto. Solo había dos cosas en el mundo que le provocaban semejante reacción, y seguro que no acababa de entrar ningún ser sobrenatural en el club. Lo que significaba...

—Harper está aquí —susurró Jules, tan flojito que apenas lo entendí con el estruendo de la música.

Seguí sus ojos hasta la entrada. Enseguida vi a Harper y su hermano Holden. Era prácticamente imposible no ver a los gemelos. Eran Cazadores de Magia y, como todos los Cazadores de su especie, poseían una belleza sobrenatural que atraía todas las miradas. Tenía el pelo negro y sedoso, unos enormes ojos castaños y los labios gruesos. Si Harper tuviera mi trabajo, sin duda habría podido pasar por Blancanieves, aunque, a mi juicio, se parecía mucho más a Maléfica. Era bastante desagradable, pero por causas desconocidas a Jules le gustaba. Mucho.

—Es tu oportunidad —dije, y le di un golpe suave con el codo.

Se me quedó mirando.

—¿Qué?

Señalé la barra con la cabeza, adonde se dirigían Harper y Holden. Él se había disfrazado de la versión de brujo de una película barata. Llevaba una túnica fea que llegaba hasta el suelo y una barba gris larga que le hacía parecer Gandalf. Harper, en cambio, se había esforzado aún menos que yo en el disfraz. Llevaba el uniforme normal de Cazadora: tejanos negros, botas, camiseta oscura y chaqueta de piel. Las orejas puntiagudas que sobresalían eran lo único que no formaba parte de la ropa estándar.

—Habla con ella.

Jules sacudió la cabeza con vehemencia. Bajo la luz titilante del club me pareció ver que había palidecido un poco.

—Ni hablar. Ya sabes lo que pasará.

Sí, lo sabía. Siempre que Jules intentaba hablar con Harper ella le daba calabazas. Era totalmente incomprensible porque Jules era una buena presa. No lo decía solo porque fuera mi

primo: era guapo, con su pelo rojo enmarañado, penetrantes ojos azules y rasgos afilados. Además era ingenioso, inteligente, simpático y uno de los mejores Cazadores que conocía. Tal vez no fuera tan alto ni tuviera la espalda tan ancha como la mayoría de los Cazadores de lo Siniestro, pero las ventajas que no le eran innatas las compensaba con disciplina y resolución.

—Si no quieres hablar con ella, deberías olvidarla.

—Del dicho al hecho hay un trecho. —Jules desvió la mirada de nuevo hacia Harper. Estaba apoyada en la barra y se reía de algo que había dicho su hermano. Jules soltó un profundo suspiro—. ¿Cómo puede ser tan perfecta una persona?

Solté un bufido.

—Quítate las gafas del amor, Jules. Es una desgraciada, y tú eres demasiado bueno para ella. —Normalmente no era tan cáustica, además de que respetaba a Harper como Cazadora, pero no la soportaba. Ya le había roto el corazón a Jules muchas veces, y odiaba cómo conseguía, solo ella, que su autoestima se redujera al tamaño de un guisante.

—No lo entiendes.

—Es verdad, no lo entiendo.

—Es... —Jules se interrumpió a media frase y sacudió la cabeza como si quisiera eliminar la idea que estaba a punto de expresar—. ¿Sabes qué? Olvídalo. ¿Te apetece bailar?

—Lo siento, hoy no. —Era demasiado tímida para ponerme a hacer el mono voluntariamente delante de mis compañeros.

—Creo que hoy ya he terminado. Pregúntale a Ella, seguro que querrá bailar contigo.

—Ella hace media hora que se ha largado.

Puse cara de confusión.

—¿Ya? Pero si ha llegado hace una hora.

—Ya. Por lo visto tiene que hacer cosas importantes de Cazadora de Almas —contestó Jules, y lanzó una mirada elocuente hacia la entrada—. Wayne se ha ido cinco minutos después. Seguramente estarán acechando a espíritus que enviar urgentemente al inframundo.

—Oh, no te pongas triste. Seguro que encontrarás a alguien para bailar —consolé a Jules, y bajé de un saltito del taburete—. Nos vemos mañana para patrullar.

Jules sonrió.

—Hasta mañana.

Me colé entre la multitud de Cazadores y archivistas de fiesta, primero hasta el guardarropa y luego hacia la salida. Aliviada, respiré el aire fresco de la noche cuando salí al exterior. Era la primera vez en horas que podía respirar bien, sin notar el olor a sudor y alcohol en la nariz.

Caminé por Victoria Street hacia el viejo cementerio de Calton Hill. Era una noche estrellada, así que decidí ir a pie los veinte minutos que tenía hasta el cuartel de Cazadores.

Edimburgo era preciosa de día, pero de noche era simplemente cautivadora. A oscuras, entre los antiguos edificios de ladrillo, te sentías como en otra época. Las luces que se veían en las casas daban a mi ciudad un aire mágico. A veces me preguntaba si por eso en Edimburgo habitaban más criaturas sobrenaturales que en muchas otras ciudades. Sea como fuere, entendía por qué alguien querría vivir allí, vivo o muerto, humano o no.

Por lo general, a esas horas las calles ya estaban bastante tranquilas, pero las numerosas fiestas de Halloween que se celebraban en cada esquina habían hecho salir a la gente de sus casas. En pareja o en grupo, se reunían frente a los pubs, fumaban o paseaban por la zona en busca de la siguiente fiesta.

Me ajusté un poco la chaqueta porque el viento frío me estaba haciendo tiritar y aceleré el paso

cuando de pronto noté un aroma a romero. Se me tensaron los músculos por instinto, y volví a ir despacio mientras buscaba con la mirada el origen del olor, que significaba peligro.

Cada tipo de vampiro tenía su propio olor, que solo los Cazadores de Sangre percibíamos. Algunos olores eran fáciles de identificar (los owenga olían a gasolina, por ejemplo, y los dhampiros a humo); otros, en cambio, no eran tan claros. Sin embargo, ese olor a romero resultaba inconfundible, era el de uno de los vampiros de Isaac. Los vampiros clásicos, por así decirlo. Personas transformadas con sed de sangre.

Dejé vagar la mirada hasta posarla en un hombre que caminaba solo. Por si no fuera ya algo bastante insólito esa noche, encima no iba disfrazado: llevaba una sudadera con la capucha bien calada en la cara, como si tuviera algo que esconder.

Aceleré de nuevo el paso con disimulo y me acerqué al tipo para comprobar mi sospecha.

Como esperaba, el olor a romero se volvió más intenso.

Le fui pisando los talones al vampiro y saqué el móvil. Llamé a Jules con la pulsación rápida.

—Vamos... —murmuré para mis adentros al ver que no contestaba.

Sonó un clic y saltó el contestador.

¡Mierda!

Colgué y volví a llamar directamente mientras continuaba persiguiendo al vampiro con discreción, lo que por suerte no era difícil gracias a la cantidad de gente que había en la calle.

—Hola, soy Jules. Ahora no puedo...

Joder.

Seguramente en el club había demasiado ruido para que oyera el móvil. Aunque contestara, no estaba segura de si después de tres cócteles estaba en condiciones de cazar un vampiro. Mejor no ponerlo a prueba.

Apreté los labios, insegura. Necesitaba a mi compañero de lucha, teníamos prohibido salir a cazar solos. Por otra parte, no podía permitir que ese vampiro se buscara un tentempié de medianoche tan tranquilo.

En vez de volver a llamar a Jules, marqué el número del cuartel.

—Jardinería Dagger, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó una mujer cuya voz no conocía. Siempre usábamos un saludo falso para que nadie que pudiera equivocarse descubriera a los Cazadores.

—Cain Blackwood. CB170516EDI. ¿Puedes localizar mi móvil? —pregunté en el tono más bajo que pude.

Se oyó un tecleo frenético.

—Sí, te tengo.

—Estoy persiguiendo a un vampiro y necesito refuerzos.

—Uf, ahora estamos bastante justos —dijo la mujer en un claro tono de lamento—. Hay varias misiones en marcha. Como muy pronto podrán llegar refuerzos dentro de media hora.

¿Media hora? En ese tiempo el vampiro podía matar a decenas de personas si quería. No podía permitirlo. Quizás estuviera prohibido por motivos de seguridad salir a cazar sola, pero en ese caso la seguridad de personas inocentes estaba por encima de la mía.

—Olvida que he llamado. Nos ocuparemos Jules y yo —mentí, y colgué sin esperar respuesta para no perder más tiempo. Sabía que no debería hacerlo, pero no me quedaba más remedio. Era evidente que el vampiro que tenía delante iba en busca de comida, y no podía esperar a que la encontrara.

Lo seguí a unos metros de distancia y esperé el momento adecuado para atacar. Como todos

los Cazadores, llevaba un amuleto mágico de nivel uno en el cuello para poder generar una ilusión, pero aun así no quería atacar al vampiro en público porque era solo eso: una ilusión. No significaba que no pudiera entrometerse gente. Era muy frecuente que personas inocentes fueran testigos involuntarios de las actividades de los Cazadores, y había que evitarlo.

Por suerte el vampiro cooperó sin querer: no tuve que esperar demasiado hasta que salió de la calle principal y giró por uno de los muchos callejones angostos que atravesaban el centro histórico de Edimburgo como si fueran venas.

Eché un vistazo por encima del hombro. Cuando estuve segura de que nadie nos había seguido hasta el callejón, descarté las últimas dudas sobre mi incursión solitaria. Activé el amuleto del cuello y me agaché para coger el kukri que llevaba escondido en la bota derecha. La tensión me hizo sentir un cosquilleo en los dedos cuando agarré el puño de piel y saqué la hoja curva. Mis sentidos, por naturaleza más despiertos que los de las personas normales y corrientes, se agudizaron. Nací para esto. Era mi destino, y si tuviera elección lo escogería una y otra vez.

Me incorporé, decidida.

—¡Eh! ¡Tonto!

El hombre de la capucha se quedó petrificado y se volvió hacia mí. Cuando alzó la vista se quitó la capucha de la cabeza. Bajo la luz de una farola solitaria vi que tenía el pelo de un color rubio luminoso, como si hubiera absorbido el sol. La piel era pálida y los ojos vidriosos. Un lego en la materia tal vez habría pensado que estaba enfermo, pero yo sí lo sabía: tenía hambre.

—Hola, Cazadora —dijo el vampiro, y torció los labios en una mueca burlona en la que me enseñó los colmillos. No eran muy largos, señal de que aún era joven. Inexperto, pero lo bastante mayor para saber lo que hacía y no matar sin control, como los vampiros recién transformados, que se precipitaban sin pensar en la lucha. Los vampiros maduros, en cambio, disfrutaban del cosquilleo nervioso de la caza y el miedo de sus víctimas. Para ellos formaba parte del goce de la sangre.

—Por lo que veo nos estás emulando. —El vampiro observó los colmillos postizos que aún llevaba en la boca—. Lástima que no pueda transformarte.

Solté un bufido.

—Antes preferiría morir.

—Eso tiene solución —dijo el vampiro con voz gutural. Los rasgos suaves de la cara se endurecieron. Las venas negras aparecieron bajo la piel pálida, y las pupilas adquirieron un color granate mientras las manos se transformaban en zarpas con unas garras largas que le ayudaban a sujetar a la presa. Enseñó los dientes y soltó un gruñido animal, y luego se abalanzó sobre mí.

Pese a que corría, yo percibía sus movimientos con todo lujo de detalles. Los músculos que se tensaban y la respiración acelerada, como si el cuerpo aún necesitara oxígeno. Se me erizó el vello de los brazos y me preparé.

Prácticamente noté en la piel el aliento del vampiro apestando a metal cuando saltó en plancha hacia mí para agarrarme. Sin embargo, poco antes de que me atrapara, me agaché y con un movimiento fugaz le di una patada en los pies.

El vampiro iba demasiado rápido para mantener el equilibrio. Aterrizó en el suelo con un ruido sordo, pero el ángulo me impedía clavarle el cuchillo en el corazón. En cambio, hendí la hoja en el muslo derecho. Profirió un grito estremecedor que sin duda se oyó más allá del callejón.

Me levanté de un salto. Dejé clavado el kukri para que la herida no se cerrara enseguida y el dolor le durara un poco más, y con suerte lo aturciera unos segundos. Luego salí corriendo. Fui directa a la farola de hierro fundido colocada en la pared del edificio. Las botas resonaban en el

suelo, pero aun así oí que el vampiro había iniciado la persecución. Sentía la adrenalina bombeando por todo el cuerpo, pero el objetivo que tenía delante me hizo mantener el ritmo. Era la única oportunidad de que el proceso fuera corto porque al vampiro no le faltaba ni fuerza ni resistencia, no como a mí. A diferencia de mí, él podía seguir así eternamente, aunque mis genes de Cazadora de Sangre me concedieran habilidades sobrehumanas.

Justo debajo de la farola frené con brusquedad y me di la vuelta. El vampiro estaba a solo unos pasos de distancia. Cojeaba un poco y tenía mi kukri en la mano, como si quisiera acabar conmigo con mi propia arma. Respiré hondo una última vez, luego salté hacia arriba. Agarré la farola. El hierro chirrió y cayó arena de las hendiduras de las paredes cuando me moví de un lado a otro para ganar impulso.

Al vampiro se le ensombreció el semblante cuando intentó averiguar qué pretendía. Se acercaba sin parar, alimentado por su instinto animal. Tensé los músculos, tomé impulso por última vez y le di una fuerte patada en la cara justo cuando llegó hasta mí y quiso agarrarme.

Se oyó un crujido. Salpicó sangre. Gritó y dejó caer mi cuchillo para tocarse la nariz, que ya era solo un hueso hecho trizas.

Satisfecha, solté la barra de hierro. Caí con los dos pies sobre los adoquines, cogí mi cuchillo y se lo clavé al vampiro en el cuello para acallar los gritos de raíz.

Enmudeció.

Saqué la hoja, que hizo un ruido viscoso y provocó un aluvión de sangre, levanté el brazo de nuevo y lo clavé justo entre las costillas, atravesando el corazón.

El vampiro me miró impresionado antes de desplomarse inerte a mis pies.

Me salió un suspiro de alivio. Un chupasangre menos para darnos problemas.

Saqué el móvil, que por suerte había salido intacto de la pelea, y escribí un mensaje al cuartel para que enviaran a alguien que se ocupara del cadáver.

Ya estaba acabando cuando vi movimiento por el rabillo del ojo. Me di la vuelta y me encontré con un par de ojos azules tan familiares para mí como el peso de un arma en la mano.

—Pero ¿qué es esto, Blackwood?

Warden

Solo un segundo. Durante un maldito segundo me permití quitar el ojo de encima al vampiro y ahora estaba muerto. Las últimas cuatro horas de observación no servían para nada, y no sabía con quién enfadarme: ¿con Cain o conmigo mismo por haberme dejado distraer por Kevin? Últimamente el mensajero de la muerte me visitaba a menudo. No sabía si estaba aburrido o si sabía más de lo que iba a durar mi vida de lo que quería contarme.

Cain puso los brazos en jarras y me fulminó con la mirada. Yo ya solo tenía un recuerdo vago de la época en que en mis ojos había luz y no sombra.

—Hola, Warden.

—¿Por qué lo has matado?

La melena pelirroja de Cain parecía una hoguera en el callejón oscuro. Tenía sangre pegada en la barbilla y le corría por el cuello. Por un momento me inquieté, hasta que vi los colmillos postizos en la boca. ¿En serio?

—Lo he matado porque es mi trabajo.

Miré el cuerpo sin vida a mis pies, cuya sangre había formado un estrecho reguero en la acera.

No me explicaba cómo Cain había podido eliminarlo sola tan rápido. Sabía por experiencia propia que era buena, pero ¿tanto? Pese a todo, lo que más me sorprendía era la ausencia de Jules. Conocía de memoria las reglas que yo mismo llevaba años infringiendo. En Edimburgo los Cazadores tenían prohibido salir a cazar solos.

—Era mi vampiro.

—Lo siento, no he visto que llevara collar.

—Llevo medio día siguiéndolo.

Cain se agachó para sacar el kukri del cadáver.

—¿Y no has conseguido matarlo? Mal, Warden. Muy mal.

—No quería matarlo —dije entre dientes. Normalmente no dejaba que me sacaran de quicio tan rápido, por mucho que fuera a la caza de un vampiro, estuviera frente a un hombre lobo o huyera de la magia chisporroteante de una bruja. Necesitaba mantener la cabeza siempre fría para sobrevivir, pero esa mujer me quitaba toda la serenidad—. Quería preguntarle por Isaac, y lo sabes.

Cain limpió el arma ensangrentada con aparente calma en la sudadera gris del vampiro, pero yo sabía que su sosiego era pura fachada, igual que el mío. Era un juego que llevábamos años practicando siempre que nos veíamos.

—¿Qué haces aquí, por cierto? Pensaba que estabas en Londres.

No tenía ni idea de cómo sabía de mi incursión en Londres porque había sido una misión no oficial. Ni por qué le interesaba. Tal vez tenía la esperanza de perderme de vista una temporada más.

—He vuelto hoy.

—¿Y cómo ha ido?

Solté un bufido, me crucé de brazos y el cinturón de la funda del machete se tensó. En las observaciones solía utilizar armas más discretas, pero como era Halloween, nadie ponía en cuestión el cuchillo que llevaba en la espalda.

—¿Qué te interesa?

Cain se incorporó y ni siquiera hizo amago de mirarme a los ojos. Era bastante baja para ser Cazadora de Sangre, pero eso no le impedía moverse como tal: con agilidad, pero con fuerza.

—¿Sabes qué, Warden? Olvida que te lo he preguntado.

—Nada me gustaría más.

Ella sacudió la cabeza como si se hubiera llevado una decepción. Luego dio media vuelta sin decir nada, salió dando zancadas del oscuro callejón y me dejó solo con el vampiro muerto.

La seguí con la mirada hasta que su silueta desapareció en la oscuridad.

—Me cae bien —se oyó de pronto una voz conocida por detrás.

Me di la vuelta y vi a Kevin, mi mensajero de la muerte personal. O algo así. En realidad era responsable de acompañar a las personas al fallecer al mundo de los espíritus o al inframundo, pero por motivos inexplicables le gustaba pasar el tiempo libre conmigo. Y siempre que lo veía había adoptado una forma distinta. A veces era una anciana, otras, un niño pequeño, y otras, como hoy, una rubia con un escote seductor. Sin embargo, siempre lo reconocía por su afición al K-pop, de la que solía hacer gala, hoy en forma de una gorra colorida.

—¿Blackwood? Es un saco de nervios.

—Puede ser —admitió Kevin con una sonrisa cómplice—. Pero un saco de nervios muy sexi.

Apreté los labios. Eso no podía negárselo, pero Cain era mucho más que eso. Tenía talento. Era ambiciosa, lista.

Y era mi antigua compañera de lucha.

Cain

«Cain Blackwood, CB170516EDI, preséntese de inmediato en el despacho del director del cuartel».

Leí por segunda vez el mensaje de Alessandra, la asistente de Grant, que me había despertado con un tono de aviso cinco minutos antes, pero las palabras no cobraban sentido. ¿Grant quería verme? ¿De inmediato? No me había pasado nunca. Sí, había recibido convocatorias suyas y mantenido conversaciones con él, pero nunca con tan poco tiempo ni con tanta urgencia. Eso no podía significar nada bueno. La inseguridad se apoderó de mí y se mezcló con una sensación de miedo. ¿Era por mis padres o Jules? ¿Le había pasado algo a alguno?

No, si fuera el caso me habrían despertado con mucha más brusquedad. Tenía que ser algo menos dramático. Aun así, de pronto me angustié más que la víspera, cuando me enfrenté sola a ese vampiro.

Fui al baño contiguo a mi habitación con las manos temblorosas por los nervios. La disposición era distinta en cada cuartel, y en muchas bases como en Londres o Berlín los Cazadores compartían unas duchas comunes, pero en Edimburgo éramos afortunados. Aquí todas las habitaciones tenían su propio baño. El agua tardaba mucho en calentarse, y más a menudo de lo que me gustaría salía fría, pero era mejor que nada.

Me quité la ropa de dormir y me metí de un salto bajo la ducha. Tuve suerte, la temperatura del agua era agradable, sin oscilaciones, pero yo estaba demasiado inquieta para disfrutarlo. Me lavé lo más rápido posible y luego me puse el conjunto de Cazadora: pantalones negros, top negro. En Edimburgo éramos clásicos. Aunque allí no me amenazara ningún peligro porque todo estaba bien cerrado con cerrojo, me metí uno de mis kukris en la bota antes de dirigirme al despacho, situado en la planta inferior del cuartel.

La central tenía la sede en el centro de Edimburgo, debajo de Calton Hill, visitado a diario por cientos de turistas que no imaginaban que bajo sus pies se encontraba la base de una organización secreta que se extendía desde el antiguo cementerio hasta el monumento a Nelson. Distribuidos en cinco niveles, unos doscientos Cazadores de Sangre, de Almas, de lo Siniestro y de Magia dormían, entrenaban y vivían allí, así como unos cuantos Cazadores libres que no llevaban esa vida desde su nacimiento, sino que la habían escogido voluntariamente. También había algunos Cazadores que vivían fuera del cuartel, pero pocos. Los alquileres en Edimburgo eran caros, y los ingresos que nos daban nuestros trabajillos no solían bastar. Eso me recordó que ese día me esperaban en un cumpleaños infantil.

Bajé la escalera hasta abajo del todo y seguí por un largo pasillo, pasé por delante de la biblioteca, el taller de los archivistas, las celdas de detención y la unidad de enfermería hasta el despacho de Grant, el lugar de acceso más difícil del cuartel. Allí se gestionaban todos los

expedientes y secretos. Abrí la puerta de cristal que daba a una antesala donde estaba Alessandra, etiquetando de nuevo dos carpetas personales que reconocí por el color gris. ¿El cuartel iba a ampliar el equipo?

—Buenos días —saludó la asistente de Grant.

Alessandra no era Cazadora, pero llevaba dos años casada con un Cazador, así que conocía nuestro secreto. Desde entonces trabajaba con nosotros y ayudaba en lo que podía a los Cazadores con sus dotes organizativas.

—¿Grant quería verme?

—Sí, pero aún está en una reunión. Puedes tomar asiento. —Señaló una fila de sillas en la pared de enfrente.

—¿Cuánto más va a tardar? —pregunté, y miré insegura el reloj. Había dado por hecho que podría hablar con Grant enseguida, su consulta sonaba bastante urgente. Además, yo tenía prisa. Tardaba una eternidad en transformarme de Cain en Cenicienta, no bastaba con cinco minutos, y me esperaban puntual en el séptimo aniversario de Linda.

Alessandra sonrió.

—No lo sé, lo siento.

—De acuerdo, gracias —contesté con un suspiro.

Me senté, saqué el móvil y escribí a la agencia de eventos para que enviara un mensaje de disculpa diciendo que estaba enferma. Mejor anularlo que llegar tarde. Así tal vez cabía la posibilidad de que me encontraran un reemplazo, aunque me doliera abandonar la actuación. Acabaría con un agujero considerable en mi economía. El cuartel nos pagaba lo imprescindible, como el equipo de lucha y la ropa de deporte para entrenar, y también nos garantizaba alojamiento gratuito, pero todo lo que fueran placeres personales había que pagarlo de tu propio bolsillo. Sin embargo, dejar plantado a Grant para ir a un cumpleaños infantil no era una opción.

Pasado un rato que se me hizo eterno, por fin se abrió la puerta del despacho y salieron dos Cazadores que no había visto nunca. La chica tenía el pelo largo y rubio, así que a primera vista podría confundirse con Ella, pero, a diferencia de mi mejor amiga, tenía los ojos de color castaño claro en vez de gris claro, y los rasgos de la cara eran mucho más pronunciados. El tipo que iba a su lado tenía el pelo moreno y rizado y llevaba una barba de tres días. Al pasar me dedicó una sonrisa encantadora, y la chica puso cara de desesperación, pero por lo menos me hizo un breve gesto con la cabeza.

Los seguí con la mirada antes de dirigirla de nuevo a Alessandra, que me hizo una señal para indicarme que podía pasar. Procurando mostrar una actitud segura, enderecé los hombros y entré en el despacho, que siempre olía a papel amarillento.

—Hola, Grant, ¿querías...? —Me quedé paralizada.

Grant no estaba solo. Warden estaba con él, sentado en una silla delante del escritorio, y me miraba furioso.

Tuve la sensación clara de *déjà vu*. Me asaltaron viejos recuerdos que llevaba años intentando reprimir, y tuve un mal presagio sobre cómo podía ir la reunión. Aun así, no quería sacar conclusiones precipitadas. Tal vez, solo tal vez, me equivocaba.

—Buenos días, Cain —me saludó Grant con una sonrisa que hizo que las arruguitas de la cara se le volvieran aún más profundas. Pese a su edad tenía el cabello castaño oscuro, y la camisa de color azul claro que llevaba dejaba claro que su forma física era estupenda, aunque ya no salía de caza y pasaba la mayoría del tiempo en el despacho—. ¿Cierras la puerta, por favor?

Obedecí y luego pregunté por los dos Cazadores que acababan de salir del despacho con la

esperanza de ganar algo de tiempo para ordenar las ideas.

—Eran Roxy Blake, una Cazadora libre, y Shaw, un aspirante a Cazador, del cuartel de Londres. Seguro que los conocerás a los dos, estarán con nosotros una temporada —contestó Grant, y le dio un sorbo al refresco de cola que tenía en el escritorio.

De ahí los expedientes personales nuevos. Seguro que Grant acababa de soltar a Roxy y Shaw su discurso de «bienvenidos a Edimburgo». Sin embargo, eso no explicaba la presencia de Warden.

—¿Y tú por qué estás aquí? —pregunté directamente.

—Los he acompañado —contestó Warden con una sonrisa inocente que no me tragué.

—Siéntate —me indicó Grant, al tiempo que señalaba una silla libre delante de su mesa.

Dudé un momento, pero luego me senté porque no quería parecer infantil.

Las dos sillas no estaban ni a cuatro palmos de distancia. No recordaba la última vez que había estado tan cerca de Warden. Desde el incidente ocurrido tres años antes buscaba a Isaac, el rey de los vampiros, casi de forma ininterrumpida. Viajaba por todo el mundo, y cuando estaba en el cuartel existía la regla no escrita de evitarnos. El año anterior tal vez lo vi unas cuantas veces, y ahora dos días seguidos: ¡era demasiado!

—Seguro que sabes por qué te he hecho venir —dijo Grant.

Me pareció que lo mejor era guardarme mis suposiciones de momento.

—No, a decir verdad, no lo sé.

Warden soltó un bufido de desdén.

—Mentirosa.

Grant juntó las manos frente a él en la mesa y me escudriñó con la mirada.

Clavé los ojos en su tatuaje de Cazador, bien visible en el dorso de la mano derecha, con una media luna en el medio que lo identificaba como Cazador de lo Sinistro. El tatuaje era de una época en la que no siempre se supervisaba, fotografiaba y se compartía todo en internet. Ahora los Cazadores tenían que llevar escondido el tatuaje; yo llevaba el mío en la parte interior del antebrazo izquierdo.

—Warden me ha contado que ayer saliste de caza sola. ¿Es cierto?

Apreté los dientes. Por supuesto, Warden me había delatado. ¿Qué esperaba? Era evidente que no iba a dejar escapar esa ocasión única de hablar mal de mí a Grant.

—No, no salí de caza sola —aclaré, procurando sonar calmada, aunque por dentro hervía. Una parte de mí sabía que Warden tenía todo el derecho a delatarme; al fin y al cabo, yo había infringido las reglas, pero me invadía la rabia porque a él no le importaban las reglas, se las saltaba constantemente—. Estaba en nuestra fiesta de Halloween y de camino a casa vi a un vampiro. Intenté localizar a Jules para que me ayudara, pero no contestó al móvil. Luego llamé al cuartel. Me dijeron que los refuerzos llegarían al cabo de treinta minutos como muy pronto. No podía esperar tanto. Quería evitar que el vampiro matara a personas inocentes, así que me enfrenté a él yo sola.

Grant asintió, pero su expresión era impenetrable.

—¿Eliminaste al vampiro?

—Sí.

—¿Acabaste herida?

—No.

Grant asumió mis palabras, luego suspiró.

—Eres muy buena Cazadora, Cain. Y puede que esta vez hayas salido bien parada del asunto,

pero espero que tengas claro que podrías haber muerto. Si valoro tanto esa regla es por un motivo. Me importa vuestra seguridad, más que cualquier otra cosa. Tuviste suerte.

Me mordí la lengua y asentí, aunque no creía que mi supervivencia tuviera que ver con la suerte, sino más bien con mis capacidades.

—De verdad que me duele en el alma, Cain, pero tu infracción de las normas debe tener consecuencias. —Grant desvió la mirada hacia Warden, y luego de nuevo hacia mí—. Quedas suspendida durante una semana del servicio activo y durante ese período ayudarás en la armería.

—¿Qué? ¡Eso no es justo! —protesté—. ¡No salí sola a cazar! ¡Vi al vampiro y llamé enseguida a mi compañero y luego al cuartel, justo como indica el protocolo!

—Pero no esperaste a los refuerzos.

—No, pero tampoco era necesario. Aprovechar la ocasión fue perfecto. No quise arriesgarme a que se me escapara el vampiro. Mi conciencia no habría podido aceptarlo. Pero fui prudente en todo momento.

Grant se levantó de su sitio, rodeó el escritorio y se apoyó en él, de brazos cruzados.

—Lo entiendo, Cain, y te considero una Cazadora fantástica, lo repetiré las veces que haga falta, pero has violado nuestro precepto más importante. Esa infracción no puede quedar sin castigo. Eres un modelo para muchos Cazadores y Cazadoras jóvenes. Pensemos en los niños a los que das clases. Te admiran. ¿Qué tipo de señal les estaría enviando si permitiera que te fueras de rositas?

—A mí el castigo me parece demasiado suave —intervino Warden.

Me quedé sin aliento. ¡Será traidor!

Lo miré, y él me devolvió la mirada. Clavó sus ojos azules en los míos como si yo fuera un lago helado cuya superficie se pudiera romper. Pero si se creía que iba a poder intimidarme, estaba muy equivocado. ¿Qué se había creído? Llevaba tres años buscando a Isaac solo por el mundo, sin compañero. ¡Qué hipócrita! El único motivo por el que Warden no recibía una sanción tras otra era seguramente que Grant pocas veces lo pillaba en el cuartel. O que lo había dado por perdido. Sea como fuere, hasta ahora ninguna regla general le había hecho entrar en razón ni lo había apartado de su manera de proceder. ¿Por qué malgastar tiempo y energía en alguien al que ni siquiera le importaba si se preocupaban por él o no?

—Pues a mí me parece que a ti también deberían sancionarte —dije yo con una sonrisa inocente—. Sí, yo estaba de caza sola, pero tú también, ¿o no? Por lo menos yo no vi por ninguna parte a tu compañero de lucha. Ah, sí, espera, que no tienes.

—¿Y eso de quién es culpa?

—Tuya. ¿O quién ahuyentó a sus últimos cinco compañeros?

Sabía que Warden había tenido otros compañeros después de mí, pero ninguno aguantó mucho con él. No me extrañaba. Desde el incidente con Isaac, Warden no era el mismo. Estaba furioso, amargado y harto de la vida: no era una buena combinación. En un momento dado Grant dejó de asignarle un compañero. Por lo visto había renunciado a Warden tanto como el propio Warden.

—Parad —ordenó Grant, antes de que la pelea fuera a más—. Debo admitir que Cain tiene razón. Te he pasado por alto muchas cosas, Warden. Si sanciono a Cain por la noche de ayer, a ti también.

Warden lo miró desconcertado.

—No lo dices en serio, ¿no?

—Claro que va en serio. —Grant bajó del borde de la mesa para volver a sentarse detrás del escritorio, casi como si quisiera imponer una barrera entre Warden y él para pronunciar las

palabras siguientes—: Tú también quedas suspendido una semana y ayudarás a Cain en la armería.

Warden se levantó de la silla como un resorte.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Eso es muy mala idea —comenté yo.

—¡Sí, muy mala! —me dio la razón él.

Asentí con vehemencia, aunque eso significaba que era la primera vez en años que opinábamos lo mismo.

—¿No puede trabajar en la lavandería? ¿O en la cafetería? ¿O limpiar los lavabos?

—O hago algo sensato y sigo con la caza.

Solté una carcajada amarga.

—Ya te gustaría a ti.

—Claro que me gustaría.

—¡Eres insufrible!

Warden soltó un bufido.

—Mira quién lo dice.

¡Será asqueroso!

—¡Te odio!

—¡Silencio! —intervino Grant. La calma se había desvanecido de su voz. Nunca lo había visto tan severo, puede que porque hasta entonces jamás le había dado motivos—. Vais a cumplir vuestra sanción juntos en la armería. Fin de la discusión. ¿Creéis que estoy ciego? Hace años que veo vuestro comportamiento infantil. Es ridículo. No hace falta que seáis amigos, pero sois colegas, así que controlaos. Y si me entero de que algo no va como la seda, prolongaré vuestras sanciones. ¿Entendido?

—Entendido —murmuré, aunque fuera a regañadientes. Lo último que quería era enfadar a Grant; lo respetaba demasiado, tanto como Cazador como en calidad de director del cuartel. Ya aguantaría a Warden de alguna manera durante esa semana. Había superado cosas peores: en comparación con el mordisco de una hidra o la posesión de un espíritu sería un paseo.

Grant miró expectante a Warden, que aún no había dicho nada, y se le dibujó una sonrisa peligrosa en los labios.

—¿Estamos de acuerdo, señor Prinslo?

Warden emitió un gruñido incomprensible que podría significar «sí, señor» o «vete al cuerno, viejo».

Sin embargo, al parecer Grant solo quería ver lo positivo en mi antiguo compañero de combate, porque asintió satisfecho.

—Bien. Espero que el asunto quede zanjado. Podéis iros.

Cain

Tres años antes

Antes del examen de Cazadores

—¿*E*so es todo lo que tienes?

Mi tono era de burla cuando esquivé el golpe de Warden con un salto. Llevábamos una eternidad entrenando. El corazón me latía con fuerza en el pecho, me goteaba sudor de la frente como si fuera agua de una armadura permeable, ¡y me encantaba!

—No quiero hacerte daño —contestó mi futuro compañero de lucha con un brillo en los ojos.

—No podrías aunque lo intentaras.

—Está bien, tú lo has querido. —Se le dibujó una amplia sonrisa en el rostro enrojecido y empezó una serie rápida de golpes y patadas hacia mí que esquivé con habilidad.

Estábamos en las colchonetas de la sala de entrenamiento del cuartel puliendo nuestra técnica de la lucha cuerpo a cuerpo sin armas. Era raro que un Cazador se enfrentara desarmado a una criatura de la noche, en el cuartel siempre nos equipaban bien, pero había que estar preparado para cualquier posibilidad. Por lo menos eso opinaba yo. Warden lo veía distinto. Confiaba en llevar encima siempre como mínimo un puñal, pero no me había negado el favor de entrenar la lucha cuerpo a cuerpo, porque nunca me negaba nada.

—Vamos, Prinslo, sabes hacerlo mejor —le pinché.

Warden entornó los ojos, me fulminó con una mirada sombría y de nuevo empezaron a llover patadas y golpes destinados a hacerme daño.

Nuestros entrenamientos siempre eran bastante brutales y sin protección, como sería después en la realidad. Los moratones y las pequeñas heridas abiertas estaban a la orden del día. Muchos otros Cazadores iban con cuidado en el entrenamiento y usaban protecciones en el cuerpo. Nosotros no. Warden y yo estábamos dispuestos a darlo todo, tal vez éramos un poco exagerados, por eso congeniábamos tanto. Además, los dos éramos Cazadores de Sangre de nacimiento, y la curación de las heridas hacía que los hematomas y otros rasguños desaparecieran sin más. Nada grave.

Warden se preparó para un nuevo ataque, tosiendo. Las horas de entrenamiento lo tenían agotado, y los golpes eran cada vez más débiles, pero yo también estaba más lenta. Me dio en el hombro un golpe que no vi llegar.

El dolor me explotó en el brazo. Me quedé sin aire. Aturdida, retrocedí medio paso dando tumbos, y en ese breve instante, una fracción de segundo, cuando aún no había afianzado del todo el equilibrio, Warden aprovechó para darme una patada en los pies. Caí en la colchoneta con un gran estruendo.

Sin embargo, no era suficiente, Warden había aprendido. Antes se habría puesto a saltar y

brincar de alegría, pero por lo visto mi constante discurso sobre el procedimiento correcto para tratar a las criaturas por fin había calado. Se abalanzó sobre mí con todo su peso para fijarme al suelo con su cuerpo e inmovilizarme al máximo.

Alzó la vista con una sonrisa pícaro. Me agarró con los dedos la muñeca, y ahora su rostro estaba a unos centímetros de mí. Su cálido aliento me acariciaba la piel. Le cayó un mechón de pelo castaño en la frente.

—¿Qué, contenta con mi actuación?

Sonreí. Antes de que Warden entendiera lo que estaba pasando, le rodeé las piernas con los pies, alcé la cadera y lo levanté haciendo palanca. Como un rayo, antes de que pudiera pasar al ataque de nuevo, le di un golpe con el codo entre las costillas. Se desplomó hacia delante con un gemido y lo puse boca abajo antes de sentarme encima para que quedara del todo inmovilizado. Warden era más fuerte y unos veinte centímetros más alto que yo, pero con la técnica adecuada se podía conseguir mucho.

Me incliné hacia delante hasta que los labios quedaron a solo unos centímetros de su oído.

—No, no estoy contenta con tu actuación. Eres arrogante y olvidas la defensa demasiado rápido. Un día será tu perdición.

Warden sonrió, aunque tenía una mejilla pegada a la colchoneta.

—Mentira. Para eso te tengo a ti.

Solté un bufido y bajé de su espalda.

—Pelota.

Él se levantó y, con toda naturalidad, sin necesidad de acordarlo, nos dirigimos a los bancos que había en los márgenes de la superficie de colchonetas, donde teníamos nuestras cosas. El entrenamiento había terminado.

Bebí con ansia de la botella de agua antes de ofrecérsela a Warden, que había vaciado la suya.

—¿Esta noche vendrás? —preguntó, y me dejó el último trago.

Me acabé la botella.

—Depende. ¿Cocina tu padre?

Warden vivía con sus padres fuera del cuartel, no como yo, sobre todo gracias a James, su padre. Era una persona normal y corriente y ayudaba a los Cazadores construyendo armas y otros recursos para cazar criaturas. Para eso necesitaba espacio, tanto para las herramientas como para su «desarrollo espiritual y creatividad», como siempre apuntaba.

—Sí, va a hacer lasaña.

—Qué rica. Me encanta la lasaña de tu padre.

Warden guardó en la bolsa de deporte la toalla con la que se había secado el sudor de la frente. Siempre se duchaba en casa, nunca en el cuartel.

—¿Eso significa que vienes?

—Claro —contesté, aunque no necesitaba lasaña para ir. Siempre me sentía a gusto en casa de los Prinslo. No solo porque Warden fuera mi mejor amigo y me gustara pasar tiempo con él, también porque me encantaba la casa de sus padres. A diferencia de la de los míos en el cuartel, era un hogar de verdad. Tenían una valla de jardín con buzón, vecinos a los que poder observar a hurtadillas entre las cortinas, y siempre que quisieran podían mirar por la ventana y ver el cielo. En eso envidiaba un poco a Warden, aunque jamás lo habría reconocido.

—Entonces, ¿nos vemos después? —Las palabras de Warden sonaron a pregunta, aunque ya había aceptado.

Seguramente estudiaríamos para los exámenes teóricos y tal vez veríamos un anime. Yo odiaba

el anime, pero a Warden le encantaba, así que lo aguantaba.

Asentí.

—Sí, ya tengo ganas.

—Genial, entonces hasta luego.

Sonreí.

—Hasta luego.

Cain

*E*scribí a Jules un mensaje diciéndole que me habían suspendido y que no podría salir a patrullar por la noche. Me contestó enseguida e insistió en que nos viéramos para comer pronto en la cafetería y hablarlo. No es que hubiera mucho que hablar: Warden había demostrado una vez más en qué canalla miserable se había convertido. No me había delatado delante de Grant porque le preocupara mi seguridad o creyera en las normas. No, me había delatado por venganza, porque había matado a su vampiro y por haberle salvado la vida tres años antes en vez de quedarme mirando cómo corría hacia una muerte segura. Muchas gracias.

Una hora después de la reunión con Grant seguía cabreada. Apreté furiosa el botón del ascensor.

—Vamos —exclamé, mientras intentaba prepararme mentalmente para vivir los días siguientes con esa sensación de arder por dentro. Warden tenía ese efecto en mí. Todos los buenos y malos recuerdos con él colisionaban en mi cabeza como dos coches que corrían el uno hacia el otro, y todo ardía en llamas al chocar.

Por fin se abrió la puerta del ascensor, que tampoco estaba vacío. Los dos nuevos Cazadores del cuartel de Londres estaban en la cabina, con una tercera persona que me arrancó una sonrisa de los labios.

—¿Finny?

La mujer rubia, que llevaba un amuleto mágico de nivel cinco en el cuello, levantó una ceja.

—¿Finny?

—Cierra el pico, Roxy —masculló Finn, y se abrió paso para saludarme con un abrazo.

Hacía una eternidad que no lo veía, pero casi no había cambiado desde nuestro último encuentro apenas un año antes. Llevaba el pelo negro tal vez un poco más largo y los rasgos de la cara parecían más rudos, angulosos, pero el brillo de los ojos azules era igual de desvergonzado.

—No tenía ni idea de que estabas aquí —dije, y me separé de él.

—Sí, pero solo estoy de paso. —Finn señaló la bolsa que tenía a los pies.

—¿No nos vas a presentar a tu novia? —preguntó el chico que debía de ser Shaw.

Finn me puso un brazo sobre los hombros.

—Esta es Cain. Y estos son Shaw y mi compañera de lucha, Roxy.

Los saludé con la cabeza.

—Un placer conocerlos.

Shaw me sonrió, igual que Roxy, que parecía un poco tensa y apretaba con impaciencia los botones del ascensor, cuya puerta bloqueábamos Finn y yo.

—¿Podemos seguir? Me muero de hambre —soltó, con un leve acento irlandés en la voz.

Finn puso cara de desesperación.

—Íbamos a la cafetería, ¿vienes?

—¡Ah, perfecto! He quedado con Jules allí.

—Genial.

Subimos al ascensor y fuimos a la cantina, que estaba en la segunda planta.

—¿Qué os trae por Edimburgo? —pregunté, y miré a Finn, Shaw y Roxy, que estaba de pie con las piernas separadas como si quisiera anclarse al suelo.

—Como te decía, solo estoy haciendo una parada breve antes de irme unos días a ver a mi familia. Y Roxy y Shaw han venido a echar un vistazo al cuartel. Shaw está entrenando para su examen de Cazador.

—¿De verdad? Yo doy clases en uno de los cursos básicos para futuros Cazadores. Eres un poco mayor que los demás alumnos, pero si tienes preguntas estaré encantada de ayudarte.

Shaw sonrió.

—Genial, gracias.

El ascensor se detuvo con una leve sacudida. Salimos y recorrimos el ancho pasillo iluminado por lámparas de luz diurna que daban la sensación de no estar bajo tierra.

Como cabía esperar, a esas horas la cantina estaba bastante llena. Algunos Cazadores nos saludaron con un gesto de la cabeza y Evan, un chico del curso básico, me saludó muy efusivo. No pude evitar devolverle el saludo con el mismo entusiasmo.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Shaw, que desvió la mirada de Finn a mí.

—Cain antes estaba enamorada como una loca de mí y me perseguía por todas partes.

Le di un codazo en el costado.

—No os creáis nada. Finny hizo la formación el mismo año que mi primo Jules, que ahora es mi compañero de lucha. De eso nos conocemos. En todo caso Finn estaba loco por mí, no al revés.

Él chasqueó la lengua.

—A lo mejor en tus sueños.

—Querrás decir en mis pesadillas —repuse con una sonrisa.

Estábamos diciendo tonterías, y los dos lo teníamos muy claro. Finn y yo siempre habíamos sido solo amigos. Ciertamente, nos habíamos besado dos, tres, cuatro..., bueno, unas cuantas veces, pero solo para desahogarnos, no porque hubiera sentimientos amorosos.

—¡Eh! —Se oyó una voz.

Levanté la cabeza y vi a Jules que se acercaba directo a nosotros. Llevaba unos pantalones de deporte oscuros y una sudadera con capucha sin mangas. Sorprendía la falta de color en su atuendo para sus costumbres. Solo destacaba la cadena colorida de la que colgaba el amuleto.

A Jules también le sorprendió ver a Finn como a mí y, tras un saludo cariñoso, nos centramos en el reparto de comida.

—¿Sigues estudiando interiorismo? —preguntó Finn.

Jules asintió.

—Sí. El año pasado rediseñé la cafetería. Es mi mayor orgullo.

—Eso explica algunas cosas. —Finn echó un vistazo a la sala, que era mucho más que una cantina aburrida con mesas destartadas y sillas torcidas.

Jules había exprimido al máximo el presupuesto que le había dado Grant. Ahora había bancos de madera de pared a pared donde se balanceaban plantas artificiales. Con mi ayuda y la de otros Cazadores había hecho mesas con una madera robusta parecida que si no habría costado una fortuna. Unas sillas a juego remataban la decoración, además de otros elementos decorativos de

colores naturales y un tresillo de color crema en un rincón de la sala.

—Deberías hacer una visita al cuartel de Londres —intervino Shaw.

Jules se rio.

—A lo mejor algún día.

—¿Y tú? —Finn se volvió hacia mí—. ¿En qué estás?

—De todo un poco —contesté con evasivas, porque lo que seguro que no quería era hablarle de mi trabajo de princesa en fiestas. Aparte de Jules, Ella y mis padres, nadie lo sabía, y así debía seguir—. Pero hablemos de ti. ¿Cómo te van los estudios?

—¿Aparte de que seguramente soy el que más clases me salto? Muy bien.

—Mientras solo sea eso —dije con una carcajada.

Ese era solo uno de los motivos por los que había decidido no estudiar. Admiraba a Jules por conciliar los estudios y la vida de Cazador sin descuidar ninguno de los dos. Por otra parte, era menos ambicioso que yo en cuanto a su carrera. Era feliz siendo Cazador en activo. Yo quería más. Mi objetivo era ocupar algún día el puesto de directora del cuartel para cambiar por fin unas cuantas cosas. No todo estaba mal, pero sin duda veía un potencial de mejora, sobre todo en relación con la igualdad de derechos. Como director del cuartel, Grant hacía un gran trabajo, y también mi abuelo, que había ocupado su puesto antes que él, había hecho un trabajo excelente, pero, fuera de forma consciente o no, los rangos más altos siempre se otorgaban solo a hombres. La mano derecha de Grant era Wayne. El cabecilla de los Cazadores de lo Sinistro era mi padre, Andrew. El padre de Ella, Louis, dirigía a los escasos Cazadores de Almas. Los Cazadores de Magia estaban bajo el mando de Jason Stafford. Y los Cazadores de Sangre seguían las indicaciones de Xavier Gorman, que ni siquiera era muy buen cazador. Mi madre merecía mucho más el puesto, pero Grant se lo dio a Xavier, puede que por inercia, porque en realidad sabía lo competente que era mi madre. Y yo quería, no, debía cambiar algo en esas costumbres.

Cuando fuera directora del cuartel, repartiría todos los puestos de forma justa y por compensación. Gracias a que mi padre y los demás caballeros mandaban, a menudo a las mujeres se nos asignaban las rutas poco peligrosas, a veces bastante aburridas, para patrullar, y en las misiones más importantes éramos meras observadoras. No siempre, desde luego, pero, a juzgar por las historias que me habían contado mi madre, mi tía y las demás mujeres, se veía un patrón. Y yo quería romperlo. Por eso invertía todas mis fuerzas y energías en los Cazadores y en ese cuartel y no en los estudios.

Avanzamos en el reparto de comidas hasta que por fin estuvimos en la cola.

—¿Qué...? ¿Qué es eso? —preguntó Roxy mientras miraba confusa el menú del día, escrito con tiza junto a la zona de reparto—. ¿Salmón biológico con gajos de patata y verdura al vapor? ¿Queso de oveja con canónigos de mercado, bayas de goji y pan de aceituna..., opcional con falafel? ¿No hay nada más aquí? ¿Dónde están las patatas fritas, la pizza, los macarrones con queso? ¿Es que he acabado en el infierno?

Cogí cubiertos y un plato.

—Sí, no hay nada más. Aquí cocinan todos los días con ingredientes frescos del mercado ecológico, por eso siempre hay solo dos platos, uno con carne y otro sin.

—Vale, entonces, ¿qué hacemos aquí? —preguntó Roxy perpleja al grupo, antes de mirar a Shaw—. ¿Por qué no hemos vuelto a ese italiano tan rico de ayer? Los canelones estaban para ponerse de rodillas.

—Porque Finn se va justo después de comer y no tendría tiempo —contestó Shaw, paciente.

Roxy fulminó a Finn con la mirada.

—Te odio.

Él le lanzó un beso por el aire.

—Yo también. Y ahora elige algo.

Roxy soltó un gruñido infeliz.

—¿Quién se ha inventado esta porquería sana?

—Wayne —respondió Jules, y se encogió de hombros.

—¿Quién es ese Wayne, y dónde lo puedo encontrar?

—Está sentado ahí detrás. —Lo había visto al entrar, así que señalé en su dirección.

Los demás siguieron mi mano con la mirada.

Wayne estaba sentado solo en una mesa. Tenía delante una tableta y sonreía satisfecho por algo que veía en la pantalla. Tenía el pelo espeso y negro, la figura vigorosa y musculada de un Cazador de Sangre y los impresionantes ojos de color gris verdoso de un Cazador de Almas. Las dos cosas juntas lo convertían en algo muy especial porque poseía tanto el gen de Cazador de Sangre como el de Cazador de Almas. Así, era capaz de oler a los vampiros y ver espíritus. Según nuestros registros, durante los últimos cien años solo habían nacido cuatro Cazadores de esa especie extraordinaria.

—Guau —exclamó Roxy al ver a Wayne. El descontento por la oferta de comida se desvaneció de su rostro y dio paso a una expresión de entusiasmo—. A lo mejor debería darle una oportunidad.

—¿A quién, a la comida o a Wayne? —preguntó Shaw en un tono de indiferencia un tanto exagerada.

Roxy lo miró con un brillo divertido en los ojos.

—A la comida, claro.

Shaw la miró a los ojos y le aguantó la mirada.

Se miraron durante dos o tres segundos y, aunque apenas los conocía, noté que algo cambiaba entre ellos.

Finn le dio un toque a Roxy. Ya tenía el plato en la mano.

—Te toca.

—¿Puedo coger los canónigos también con una montaña de gajos de patata?

Maureen, la mujer de Xavier, que sabía de los Cazadores a través de él y desde entonces era la responsable de la cantina, lo negó con la cabeza.

Roxy suspiró, desilusionada.

—Entonces comeré la ensalada con queso —dijo, angustiada como si de verdad estuviera en su infierno personal. Cogió el plato que le dieron con evidente disgusto.

Shaw era el último de la cola y, cuando todos tuvimos la comida, buscamos una mesa.

Roxy le daba vueltas al plato con desgana.

—Tío, tenía tantas ganas de comer...

—Ni siquiera lo has probado —le reprochó Finn.

—Sí, pero es ensalada, Finny, en-sa-la-da. Es sano —añadió, y se estremeció.

Shaw empujó su plato hacia Roxy.

—Ten, cómete unos cuantos gajos de patata.

—¿De verdad? —Él asintió, y Roxy se sirvió con una sonrisa—. Gracias, tú sí que eres un amigo de verdad, no como otras personas de esta mesa. —Miró a Finn con toda la intención, que no parecía muy impresionado por su mirada de reprobación.

—¿Cómo acabasteis siendo compañeros de lucha? —pregunté con una media sonrisa, porque,

a pesar de las pullas, era evidente que Roxy y Finn se llevaban bien.

—Nada espectacular. Le pregunté a Roxy, y mi adorable personalidad no le dejó más opción que aceptar. Además, claro, de que nadie más quería ser su compañero —contestó Finn con una sonrisa, pero yo lo conocía y sabía que esas palabras despreocupadas escondían algo más. Jamás le habría preguntado a Roxy si quería ser su compañera si no estuviera convencido de sus capacidades.

—¿Y cómo fue con vosotros dos? —preguntó Shaw, y nos miró a Jules y a mí. No era una pregunta inocente, sobre todo después de los acontecimientos recientes.

—Es una larga historia —contesté con evasivas. No podía contarla sin mencionar a Warden, y ahora no quería pensar en él. Ya era suficiente tener que pasar unas horas con él en el servicio de la armería.

Por lo visto, Shaw no captó la indirecta.

—Tengo tiempo.

—En realidad no es tan larga —se apresuró a ayudarme Jules—. Elliott, mi compañero de lucha entonces, se mudó por los estudios y por la novia, y Warden y Cain habían tenido algunas diferencias de opinión. Así que fue fácil juntarnos.

Roxy abrió los ojos como platos.

—¿Eras la compañera de lucha de Warden?

Al recordarlo noté un sabor amargo en la boca. Asentí.

Soltó un leve silbido.

—¿Qué pasó?

Solté un bufido.

—Warden, eso pasó.

Shaw levantó las cejas.

—¿Qué significa eso?

—Que te lo explique él —contesté con aspereza, porque de verdad no quería hablar del tema.

Warden me dejaría como la mala en su versión de la historia, pero me daba igual. Seguía defendiendo mi decisión como entonces. Sabía que había hecho lo correcto. Warden estaba arriesgando demasiado en su búsqueda de Isaac, pero ahora era mejor Cazador. Si hubiera permitido que siguiera adelante, habría seguido a su padre hasta la tumba. Por muy destruida que estuviera nuestra relación desde entonces, una parte de mí siempre se preocuparía por Warden y desearía que le fuera bien. Aunque me lo pusiera muy difícil con su actitud.

Warden

«Notó el viento en la piel y el humo en los pulmones. La ciudad ardía ante sus ojos, y por primera vez en su vida fue feliz de verdad. Sonrió y se limpió la sangre de las comisuras de los labios, que ya se estaba secando...».

Alcé la vista del libro que estaba leyendo en voz alta a mi madre y, como siempre que levantaba la cabeza, tenía la esperanza de ver un cambio, pero todo seguía igual. Mi madre estaba inconsciente en su cama, en la enfermería del cuartel, conectada a una máquina que traducía sus latidos en pitidos.

Cerré el libro y lo dejé en la mesita de noche junto a los demás volúmenes preferidos que le leía una y otra vez con la esperanza de que me escuchara. Apoyé los codos en las rodillas y

observé su rostro y sus sienes canosas, que hacían que me resultara difícil no pensar en todos los años que había perdido ya en esa cama.

—El rastro de Isaac en Londres se ha esfumado —dije, hablando en un susurro para que no me oyera nadie. Antes estaba en una de las cinco habitaciones individuales, pero la habían trasladado a una sala común en la que solo unas cortinas finas la separaban de las miradas de curiosidad—. De verdad pensaba que estaba a punto de descubrir algo, pero por lo visto era un ardid. Otro. Pero no voy a rendirme. Encontraré a Isaac. Ya estoy incluso sobre una nueva pista. Bueno, llamarlo pista puede que sea una exageración... En Francia cací a una Cazadora de Magia loca y...

Paré porque al evocar a Amelia también me asaltaban los inevitables recuerdos de Dominique. Entorné los ojos para ahuyentar las imágenes y no pensar en la mujer de melena negra y ojos violetas, pero era una causa perdida.

«¡Joder!».

Evoqué las imágenes del tiempo que pasamos juntos y sus últimos momentos. No sabía mucho de Dominique. Ni cuál era su comida preferida, ni qué película habría visto hasta el infinito, pero me sentía unido a ella de otra manera. Había perdido a su hermano por culpa de un hombre lobo, igual que yo a mi familia en manos de los vampiros. Cuando estábamos juntos, no solo compartíamos el deseo y la pasión, también el dolor y la tristeza, como pocas personas. La echaba de menos, aunque solo habían pasado unas semanas de su muerte y a veces no nos veíamos durante meses. Sin embargo, con Dominique siempre me sentía como si no pasara el tiempo. Era una persona muy abierta, y no se dejaba llevar por la rabia. No como yo. Si uno de los dos merecía morir en esa batalla, era yo, pero no conseguí salvarla, aunque estuviera dispuesto a sacrificar mi vida. Había fracasado.

Respiré hondo, tembloroso, y me volví de nuevo hacia mi madre. Ella, mi padre, Dominique. Cain. ¿Por qué perdía a todas las personas a las que quería de un modo u otro? Sin embargo, si no podía conservarla, por lo menos la vengaría. Amelia ya estaba muerta, pero Isaac seguía cometiendo sus excesos en este mundo.

Me aclaré la garganta y retomé el hilo para contarle mis planes a mi madre.

—El caso es que esa Cazadora de Magia, Amelia, dijo algo antes de morir de que mataría al rey vampiro Baldur. No sé por qué debería hacerlo, pero lo investigaré y hablaré con Harper. Porque si de verdad hay problemas entre brujas y vampiros, deberíamos saberlo.

El silencio que sucedió a mis palabras por primera vez no me puso la piel de gallina, y la impaciencia anidó en lo más profundo de mi ser. Yo esperaba, y esperaba y esperaba a que cambiara algo, que el estado de mi madre mejorara, despertara y me dijera lo que tenía que hacer. Era como si deambulara solo y ciego por este mundo desde hacía tres años. Era una sensación horrible como de tener una bomba haciendo tictac en el estómago y no saber cómo desactivarla. Tampoco sabía qué pasaría cuando el temporizador llegara a cero.

—Eh...

Alcé la vista, sorprendido, y vi a Shaw. Estaba en el hueco entre las cortinas un poco abiertas que protegían a los enfermeros de la mirada constante a mi madre.

Me incorporé en mi butaca.

—Hola. ¿Qué haces tú aquí?

—Roxy ha llevado a Finn al autobús, y he pensado en pasar a dejar que vuestra médica me revise las costillas. La doctora Kivela es muy maja.

—Ya —gruñí, y volví a mirar a mi madre. A veces olvidaba que no todo el mundo se curaba

como los Cazadores de Sangre. A mí el hombro dislocado se me había curado hacía días.

Shaw soltó un bufido.

—Gracias por preguntar, tío, eres muy amable por preocuparte por mí. Por si te interesa: sobreviví.

—Bien. —Me daba igual qué le había pasado a Shaw, pero no hacía falta ser médico para ver que se estaba recuperando de maravilla de una herida.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Shaw, y señaló la segunda butaca que quedaba libre, que estaba junto a la cama de mi madre desde que recordaba, aunque no la visitaba nadie más que yo. Antes iba más gente a verla, pero cuanto más duraba el coma, menos visitas tenía. Solo Luisa, su compañera de lucha, pasaba con regularidad, por lo menos hasta que desapareció un año antes sin dejar rastro.

Al principio dedujimos que una ninfa del agua había atrapado a Luisa, pero según la información más reciente también había la posibilidad de que la secuestrara Amelia, igual que hizo con Ripley, Dinah y muchos más. Aún no sabíamos qué había hecho Amelia con los Cazadores secuestrados, pero de pronto existía una mínima posibilidad de que siguieran vivos, retenidos en algún lugar ahí fuera. Nala Madaki, la nueva directora del cuartel de Londres, ahora mismo se afanaba en informar de las últimas novedades a los cuarteles de todo el mundo. Sin embargo, qué hacían los cuarteles con esa información era cosa suya.

—¿Warden? —Shaw me pasó la mano por delante de la cara.

—Lo siento, no he podido evitar recordar algo.

Shaw esbozó una sonrisa cómplice.

—¿A una Cazadora de Sangre pelirroja?

Entorné los ojos.

—¿De dónde has sacado eso?

—De ningún sitio.

—Shaw... —le reprendí.

Suspiró y se sentó en la silla libre, aunque yo no había contestado a su pregunta.

—Hemos comido con Cain y Jules.

¿Por qué no me sorprendía?

—¿Qué os ha contado?

—No mucho, solo que antes erais compañeros de lucha.

—¿De verdad? ¿No ha intentado convenceros de que soy una persona horrible?

—No, pero ha quedado claro que no es tu mayor fan.

«Yo tampoco de ella», me pasó por la cabeza, pero no dije nada, me volví de nuevo hacia mi madre. Le dolería en el alma saber cómo habían acabado las cosas entre Cain y yo. Siempre le había caído muy bien, y no ocultaba que esperaba que algún día fuéramos algo más que compañeros de lucha. Y yo, como un idiota, también tenía esa esperanza, pero de eso hacía mucho tiempo.

Por el rabillo del ojo vi que Shaw se removía inquieto en la silla. Puede que ya se arrepintiera de haberse sentado conmigo. No se lo podía reprochar: hoy era un desgraciado bastante gruñón, como casi todos los días, de hecho. Aun así, seguía sentado y me aguantaba.

—¿Qué haces aquí sentado? —preguntó Shaw en un momento dado, tal vez porque ya no soportaba más el silencio.

—Visito a mi madre.

Shaw desvió la mirada hacia ella.

—¿Qué pasó?

—La atacaron unos vampiros.

Un breve asomo de dolor recorrió los rasgos de Shaw; quizás pensó en los vampiros que nos atacaron en Londres. Me costaría olvidar su mirada de horror cuando decapité a uno de ellos con el machete.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos tres años. —Era raro tener que contárselo a Shaw porque entre las filas de los Cazadores, también más allá de las fronteras de Edimburgo, el caso de mi familia era conocido. No pasaba todos los días que el rey de los vampiros apareciera en persona para mancharse las manos—. Isaac y unos cuantos de sus vampiros asaltaron nuestra casa. Mi madre intentó resistirse, y quedó herida de gravedad. Desde entonces está en coma.

—Mierda. ¿Y tu padre?

—Muerto —contesté. Antes me costaba mucho esfuerzo pronunciar esa palabra o incluso pensarla, pero con el tiempo había aprendido a aceptarlo por mi propia seguridad.

—¿Por eso buscas a ese Isaac?

Asentí.

—¿Y es el rey de los vampiros? —se aseguró Shaw.

—Sí. Es el primer vampiro que haya existido jamás, y el creador de todos los demás. Todos los vampiros con los que te encuentres son descendientes de Isaac. Por eso es tan peligroso. Tiene el don de controlar a todos sus descendientes y someterlos a su voluntad.

Shaw se estremeció.

—¿Eso significa que si me transformo en vampiro y luego Isaac me da una orden..., no sé, de matar a Roxy, tendré que hacerlo?

—Exacto, no puedes escapar de él.

—Ya —gruñó Shaw pensativo, y se rascó la barbilla—. Entonces, ¿por qué Isaac no da la orden a sus vampiros de transformar a todos los seres humanos a la vez? Así sería el rey del mundo... o algo así.

—Primero, no tiene manera de dar esa orden a todos los vampiros a la vez. Salvo que consiguiera reunirlos a todos en un sitio. Además, los vampiros necesitan a las personas para alimentarse —aclaré, y apoyé un codo en el respaldo de la butaca—. Por no hablar de que sería una guerra imposible de ganar para él. Puede que los vampiros sean más fuertes que los humanos, pero la humanidad los supera de calle en número y los vampiros tienen una reproducción limitada. Cada uno solo puede crear a otro vampiro durante toda su existencia, excepto Isaac. Por eso creemos que la cantidad de vampiros baja en vez de aumentar.

—Eso me tranquiliza. Y si ese Isaac muere, los demás vampiros también acaban convirtiéndose en polvo, ¿no? —Shaw sonaba esperanzado.

—Ni idea. Lo sabremos cuando haya matado a Isaac.

Shaw asintió en señal de aprobación.

—Suena a que tienes un plan...

Levanté la vista.

—¿Pero?

—¿Podrías ayudar a Roxy antes de liberar al mundo?

—Me encantaría, pero por desgracia primero tengo que quedarme aquí castigado —contesté, miré nervioso el reloj y solté un profundo suspiro. Eran más de las ocho, lo que significaba que la primera noche ya llegaba tarde a mi turno en la armería.

Antes solía hacer caso omiso de las amenazas y castigos de Grant porque de todas formas siempre andaba con prisas. Tenía muy claro que mi comportamiento era bastante idiota, pero Grant me lo permitía. Parecía haber aceptado en gran medida mis maneras y mis métodos, aunque no fueran conformes a las reglas de los Cazadores. Por lo menos mientras no pusiera a nadie en peligro más que a mí mismo.

Sin embargo, esta vez era distinto. Cain estaba implicada, y sabía que no dejaría pasar mis tonterías. Así, no me dejaba más opción que terminar con el asunto y esperar que los siete días siguientes pasaran rápido.

Warden

Tres años antes

Un día después del examen de Cazadores

Notaba el corazón en la garganta. Intenté disimular los nervios, pero estaba seguro de que Cain me lo había notado hacía tiempo. Igual que yo a ella. Caminaba con paso seguro, pero llevaba el miedo escrito en los ojos; deseé poder hacer algo para quitárselo, mas era demasiado consciente de mi propio temor.

Era nuestra primera patrulla como Cazadores oficiales. Ya habíamos recorrido cientos de veces las calles de Edimburgo y habíamos matado a decenas de criaturas de caza, pero hasta entonces siempre íbamos con dos Cazadores veteranos al lado que en caso de necesidad podían echarnos una mano. Ahora Wayne y Eva ya no nos seguían en la sombra, nos habían dejado solos, y si esta noche salía algo mal, alguien salía herido o incluso moría, corría de nuestra cuenta.

—Espera —dijo Cain de pronto, y se paró.

Se me tensaron los músculos.

—¿Qué pasa?

—Ahí hay una botella de plástico vacía.

Respiré aliviado. Por un momento pensé que Cain había visto a una criatura.

Cain saltó el murete de piedra que separaba el paseo de la playa y corrió por la arena para recoger una botella de plástico antes de que el suave oleaje la atrapara y se la llevara al mar.

Nos habían asignado la zona de alrededor de la playa de Portobello, puede que fuera un regalito de bienvenida. En el cuartel esa ruta estaba muy solicitada. Equivalía más o menos a dar un paseo de noche junto al mar, bajo el cielo estrellado y sin los numerosos turistas que se congregaban allí de día.

Cain tiró la botella en un cubo de la basura y volvió conmigo. Con su uniforme de botas negras, parte de arriba negra y pantalones de tela también oscuros que le quedaban como un guante, casi se confundía con la noche. Solo la melena pelirroja no se dejaba engullir por la oscuridad.

—¿Tengo monos en la cara o qué? ¿Por qué me miras así?

—No, es que acabo de fijarme en lo mucho que intimidas con tu uniforme de Cazadora.

Cain alzó la vista hacia mí, perpleja porque la había visto miles de veces así vestida. Sin embargo, hoy había algo distinto, lo lucía con más confianza.

Sonrió.

—Gracias. Tú tampoco estás mal, Prinslo.

—¿Que no estoy mal? Estoy impresionante.

Cain soltó un bufido.

—Claro, más que el tintineo de tus machetes.

Levanté las cejas.

—¿No te estarás riendo de mí, Blackwood?

—Jamás se me ocurriría, ni en sueños —contestó Cain en un falso tono inocente.

Le di un codazo juguetón en el costado. Se rio e intentó darme con el codo, pero la esquivé.

—Un poco más de profesionalidad, si me lo permites. Estamos aquí en una patrulla oficial.

Cain chasqueó la lengua.

—Has empezado tú.

—Y tú has entrado al trapo —repliqué yo, y le puse un brazo en los hombros.

Tocarla, estar cerca de ella, me parecía natural. Nos conocíamos desde que éramos niños y entrenábamos juntos casi todos los días. En las colchonetas siempre nos encontrábamos en posturas comprometidas en las que yo la apretaba con mi cuerpo o al revés. No era nada fuera de lo común. Y el que yo, en momentos como ese, fuera del entrenamiento, de vez en cuando sintiera el deseo de tocarla solo era una costumbre, ni más ni menos. No significaba nada.

Dejamos el paseo marítimo y giramos por un callejón que transcurría entre dos filas de edificios de viviendas. Eran casitas adorables con tejados inclinados y unos jardines cuidados con esmero. Por la espalda seguía sonando el suave rumor del mar. Hubiera sido un momento idílico... de no haber notado de pronto ese olor conocido. No olía a romero, a lavanda, a humo o a gasolina, sino a sangre. Sangre humana.

Retiré el brazo de los hombros de Cain y busqué a tientas uno de mis machetes.

—¿Tú también lo hueles?

La expresión juguetona había desaparecido de repente de su rostro. Ya no era Cain, mi mejor amiga, sino Cain, la que llevaba años formándose para matar. El miedo también se había desvanecido para dar paso a una determinación salvaje. Sacó del cinturón uno de los kukri y señaló con la cabeza el origen de ese hedor dulzón.

Sin decir nada más, los dos supimos qué hacer. A mí me correspondía la derecha, a Cain, la izquierda. Paso a paso aseguramos el entorno hasta llegar al callejón de donde procedía el olor.

—Mierda —exclamó Cain.

Al ver el cadáver junto a una bicicleta volcada puse cara de asco. Lo habían deshonrado hasta dejarlo irreconocible. Tenía la garganta desgarrada y el torso abierto en canal, como si alguien, no, algo intentara llegar a los órganos. Eso no era obra de un vampiro, sino de otra criatura más violenta. A los vampiros no les interesaban esas marranadas. La mayoría daba un mordisco bastante limpio a sus víctimas en el cuello, a veces en el brazo o en el muslo. Luego solían matarlas rompiéndoles la nuca, si la hemorragia no los dejaba ya sin vida.

—Voy a llamar al cuartel. Deberían... —empezó a decir Cain, pero un fuerte gruñido por detrás interrumpió sus palabras.

Nos dimos la vuelta a toda prisa y nos vimos cara a cara con un hombre lobo. Tenía el pellejo oscuro e hirsuto y sangre en las garras, que sin duda había usado para abrirle el pecho a la víctima. Pese a que los hombres lobo sabían caminar erguidos, la criatura se acercó al acecho a cuatro patas hacia nosotros. El aliento, que apestaba a carne podrida, inundó el callejón entero.

Se me revolvió el estómago, pero no había espacio para el miedo, ni en mi caso ni para Cain. Además de que era nuestro trabajo, teníamos algo que demostrar, era nuestra primera caza oficial como Cazador y Cazadora. Queríamos volver al cuartel con una victoria.

No hizo falta una cuenta atrás. Ni una orden. Tampoco una señal de inicio. Nos pusimos en movimiento en el mismo momento por instinto. Cain se acercó a mí de un salto y sacó la pistola

de mi correa solo un segundo antes de que yo me abalanzara sobre el hombre lobo con el machete.

La criatura corrió hacia mí, pero yo sostuve la hoja delante como si fuera un escudo protector. El monstruo no podía agarrarme sin hacerse daño, pero eso no lo detuvo. La bestia saltó hacia mí y clavó las garras en mi cuerpo. Un dolor ardiente explotó en el hombro y me derribaron al suelo. Al mismo tiempo hundí el machete en toda su longitud en el pecho del hombre lobo. No era una herida mortal para semejante bestia, pero sí dolorosa.

El hombre lobo soltó un rugido que recordaba más a un león que a un lobo. En el preciso instante en que abrió el morro de par en par sonó un disparo sordo: dos, tres, cuatro balas impactaron en las fauces de la criatura y una quinta acabó directa entre los ojos.

Noté que el hombre lobo perdía la fuerza en las garras y me apoyé contra su cuerpo, que debía de pesar unos ciento treinta y cinco kilos, para empujarlo a un lado antes de que se desplomara inerte encima de mí. Luego me quedé tumbado, con la respiración agitada, mientras Cain comprobaba que la criatura estuviera muerta de verdad. Sacó el machete del pecho como si nada de un solo tirón y lo hundió una última vez para asegurarse con un potente gesto en el cráneo, donde se quedó clavado.

«Madre mía, quiero a esa chica».

Antes de llegar a entender esa idea repentina y preguntarme de dónde demonios había salido, Cain se dejó caer de rodillas a mi lado. Tenía las mejillas sonrojadas y unas salpicaduras de sangre pegadas que no parecían molestarle en absoluto.

—Warden... ¿Estás bien?

—Sí, de primera —mentí, aunque el dolor seguía palpitando en mi cuerpo. Me incorporé con un gemido, agradeciendo la oscuridad, que ocultaba lo mal que tenía el hombro. Aun así, ya sentía el cosquilleo cálido de la curación. Desvié la mirada hacia el hombre lobo muerto—. Buen disparo, Blackwood.

—Gracias. —Sonrió con orgullo y llamó al cuartel antes de rodearme con un brazo para ayudarme a ponerme en pie.

Pese a que estaba un poco mareado y al intenso escozor de la herida aun con la incipiente sanación, estaba impaciente por volver a salir de casa con Cain al día siguiente. Y el otro. Y el otro.

Y todos los días.

Cain

*E*ran las dos de la tarde y, como había ordenado Grant, estaba en la armería en lugar de en la calle. La puerta, que por lo general solo se desbloqueaba con un código personal, se encontraba abierta porque se estaba produciendo un cambio de turno.

Nada más entrar en la sala noté en la nariz el olor a metal y grasa. En las paredes y vitrinas se exponían las armas más lujosas o significativas, como la espada del primer director del cuartel. En cambio, todos los cuchillos, pistolas y ballestas que se usaban en el servicio activo se guardaban en estanterías, cajones y cajas, así todos tenían acceso fácil a ellas. La mayoría de los Cazadores y Cazadoras que conocía tenían una colección personal de armas, pero igualmente muchos acudían a la armería antes de salir a patrullar para hacerse con equipo adicional o ir a buscar las armas que habían dejado para hacerles el mantenimiento o repararlas.

—Hola, Cain —me saludó Ronja, una Cazadora de lo Siniestro que salía de la armería con una ballesta. Su hijo, Gregory, iba a mi curso básico.

—Eh, mucha suerte ahí fuera.

—Gracias. Mucha suerte tú también ahí dentro —dijo, y me guiñó el ojo. No parecía sorprenderle mucho que me hubieran impuesto un castigo. A mí, en cambio, todo aquello me daba bastante vergüenza. ¡No lo merecía!

Encontré a Hugo, nuestro maestro de armas, en su escritorio, enterrado bajo una montaña de papeles y carpetas. Entre documentos que parecían oficiales descubrí un montón de novelas de ciencia ficción, varias tazas de café vacías y un cruasán a medio comer, que parecía de todo menos reciente. Sin embargo, a Hugo no parecía molestarle. Se movía por una página en la pantalla, completamente absorto en ella, donde se vendían distintas armas.

—Hola —le saludé.

Hugo me miró por encima del hombro y se le dibujó en los labios una sonrisa que hizo que las arruguitas de la cara se le acentuaran.

—Puntual como un clavo.

—¿Esperabas otra cosa?

—De ti, no.

—¿Ya ha llegado Warden?

—No, pero seguro que está a punto —dijo Hugo, con un optimismo que yo no compartía. Por supuesto, Warden aún no había llegado, cualquier otra cosa me habría sorprendido. Tampoco me habría extrañado que no se presentara, pero eso era problema suyo, no mío.

Hugo se levantó de la silla, cogió su chaqueta de color gris oscuro que estaba colgada en el respaldo y se la puso sobre los hombros anchos. Hugo también era Cazador de lo Siniestro, pero llevaba quince años retirado del servicio activo, desde que una mantícora le mordió en el brazo

izquierdo, que seguía teniendo un uso limitado pese a las numerosas operaciones y terapias a las que se había sometido.

—¿Qué haces en tu noche libre? —pregunté, y cogí el cruasán seco para tirarlo a la basura. Sin embargo, eché un vistazo rápido y comprobé que ya estaba a rebosar.

Hugo sonrió un poco cohibido al ver la pocilga en que se había convertido su despacho.

—Grant y yo vamos al cine.

—¿Qué queréis ver?

—Lo decidiremos cuando estemos ahí. —Hugo se plantó delante de un espejo en un rincón de la estancia y se puso bien la chaqueta antes de apartarse un mechón de pelo cano de la cara—. En realidad, me da igual. Si hace falta, puedo ver por enésima vez esa película horrible de gladiadores. Lo importante es pasar una noche tranquila juntos fuera de este cuartel.

—Entonces ya está bien que saliera a cazar sola. No hay mal que por bien no venga —bromeé, con la esperanza de quitarme de una vez esa sensación horrible de haber cometido un error.

Hugo me lanzó una mirada cómplice.

—Que no te oiga Grant, pero gracias igualmente.

—Mis labios están sellados. —Hice un gesto como si me cerrara la boca con una llave invisible y luego la tirara dibujando una parábola.

Hugo esbozó una media sonrisa y se acercó a la basura.

—Grant me ha pedido que escriba una lista de cosas que podríais hacer Warden y tú si no hay mucho trabajo. —Hurgó en un montón de papeles y al final me dio una hoja bastante arrugada con una mancha de taza de café perfectamente dibujada.

—Gracias, nos encargamos nosotros.

Hugo se despidió y se fue a su cita con Grant.

Yo lo seguí con la mirada antes de echar un vistazo a la lista que me había dado.

- Ordenar el escritorio
- Archivar facturas
- Contar munición (renovar el pedido si hace falta)
- Limpiar/afilarse TODAS las armas
- Clasificar las armas estropeadas/inservibles
- Hacer una lista con una propuesta de pedido
- Actualizar el registro de armas

Enarqué las cejas y me pregunté qué hacía Hugo todo el día, aunque las novelas que había esparcidas por allí eran una pista.

Decidí empezar por el escritorio para tener un poco de espacio, y lo primero fue clasificar los papeles sueltos, cuando aparecieron los siguientes Cazadores en la sala a buscar armas. La mayoría sabían con mucha precisión lo que necesitaban, por eso no me quedaba mucho que hacer.

—¡Mucha suerte! ¡Acabad con ellos! —les grité un poco demasiado eufórica a Wanda y Lorena, que me pidieron una ametralladora, justo cuando Ella y su compañero de lucha, Owen, entraron en la armería.

Ella me miró asombrada.

—¿Qué haces aquí?

—Me han suspendido durante una semana. —Por lo visto aún no se había enterado todo el cuartel, aunque sin duda solo era cuestión de horas.

Ella puso cara de asombro.

—¿Suspendida? ¿Tú?

—Sí. Anoche me topé sin querer con un vampiro y tuve que eliminarlo sola porque no había refuerzos disponibles. Pero ya conocéis a Grant: está obsesionado con la regla de los compañeros.

—Mierda —exclamó Owen.

Me encogí de hombros para mostrar la mayor indiferencia posible, aunque no era auténtica. Puede que Warden se tomara aquello a la ligera, pero para mí no era un juego. Si quería hacerme cargo algún día de la dirección de ese cuartel, los demás Cazadores debían respetarme y no verme como una alborotadora. O, aún peor, como alguien que no era de fiar.

Cambié de tema enseguida.

—¿Qué os espera a vosotros?

—Nos vamos a Stirling. Por lo visto en el castillo vuelve a deambular un poltergeist —contestó Owen, y cruzó los brazos musculados. Saltaba a la vista que era Cazador de lo Sinistro. Era alto, de espalda ancha y una complexión perfecta para tener en jaque a una criatura inmensa. Llevaba la melena rubia oscura que le llegaba por los hombros recogida en un moño.

—Espero que encontremos rápido a los espíritus —añadió Ella, y sintió un escalofrío—. Odio ese castillo, con ese horripilante papel pintado de unicornios, luego tengo pesadillas.

Me eché a reír.

—¿Seguro que es el papel lo que debería darte miedo?

—Desde luego, de verdad que es terrorífico.

—No te preocupes, yo te protejo —dijo Owen con una sonrisa pícaro, y rodeó los hombros de Ella con el brazo. Era una especie de guardaespaldas personal de Ella. Como en todo el mundo solo existían unos cuantos Cazadores de Almas, ellos dos salían a cazar casi en exclusiva espíritus, pero Owen apenas podía hacer nada contra la mayoría de los seres incorpóreos. Solo Ella podía combatirlos con su don.

—¿Y en qué puedo ayudaros? Tengo de todo. —Los invité con un gesto, como si fuera una camarera capaz de servirles cualquier bebida, solo que, en vez de cócteles, yo servía cuchillos afilados, flechas puntiagudas y otras protecciones letales.

—Solo necesito munición nueva. —Owen sacó el arma de la funda que se le tensaba en el pecho y me la dio.

Era la misma pistola que usaba Jules, por eso no me hizo falta consultar el registro para saber dónde estaba la tienda adecuada. Le di a Owen bastante suministro, más valía prevenir que curar.

Él me dio las gracias y junto con Ella se dirigieron al combate mientras yo iba al contenedor de basura a vaciar la papelería.

Cuando volví, la puerta de la armería estaba cerrada. Introduje mi código, y la luz que había junto a la cerradura pasó de rojo a verde. Los códigos existían sobre todo por la seguridad de los niños que vivían en el cuartel, porque los Cazadores formados tenían permiso para ir a buscar armas en cualquier momento.

Abrí la puerta y me paré en seco al ver a Warden delante de las vitrinas. No esperaba que se presentara de verdad, pero enseguida recuperé el control de mis sentimientos.

—Por fin has llegado.

Warden se volvió hacia mí. Iba vestido todo de negro, con unos tejanos oscuros y una camiseta. Si no supiera nada, habría dado por hecho que había ido a prepararse para cazar.

—Has dejado la puerta abierta —repuso él, sin ofrecer una disculpa ni una explicación por su

retraso.

Devolví la papelería vacía a su sitio.

—Lo sé. Solo me he ido un momento.

—La puerta tiene que estar siempre cerrada. Lo dice en el cartel. La señorita «yo siempre cumplo todas las normas» debería saberlo.

—Bah, cierra el pico.

—¿Por qué estás tan agresiva?

—Lo sabes perfectamente —rezongué.

A Warden le temblaron las comisuras de los labios, como si disfrutara viendo cómo yo perdía los estribos. Nadie me enfurecía tan rápido como él.

—No, explícamelo.

Cerré los puños mientras deseaba con fervor que hubiera un saco de boxeo en la armería al que poder pegar. Seguro que Grant no se tomaría bien que le diera un puñetazo en la cara a Warden.

—Todo esto es culpa tuya. Yo ahora debería estar de caza con Jules. En cambio, aquí estoy, contigo, porque tenías que abrir la boca.

—Infringiste las reglas.

—¡No me cuentes chorradas, Warden! No te interesan nada las reglas, los dos lo sabemos. Te chivaste porque yo te delaté hace tres años.

Warden mudó el semblante con la sola mención de lo que hice, y, en el milisegundo que tardó en volver a erigir su barrera protectora, vi un momento la rabia, la desesperación y el odio que sentía.

—No, me chivé porque mataste a mi vampiro.

—¡No era tu vampiro!

Soltó un bufido.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—¡Eres insufrible!

—Eso también me lo has dicho ya hoy —repuso Warden, casi aburrido, y me pregunté en serio cómo había aguantado con ese tipo. ¿Siempre había sido así y yo solo estaba ciega y era demasiado ingenua para verlo?—. Mejor cuéntame algo nuevo y dime qué tenemos que hacer.

Respiré hondo para refrenar el deseo de abofetear a Warden.

—Hugo nos ha dejado una lista —le expliqué con toda la amabilidad que pude, y me dirigí al escritorio. Cogí la lista y se la planté delante de las narices a Warden.

Él cogió la hoja muy despacio y se tomó su tiempo para leerla. Todo eso solo para hacerme enfadar. ¡Será idiota!

Al final dejó caer la hoja.

—De acuerdo, yo me encargo de las armas y tú de lo del despacho.

—¿Por qué tengo que hacer yo lo del despacho?

—Porque se te dan bien esas cosas.

Era cierto, a veces ayudaba voluntariamente a los archivistas solo por diversión, pero no iba a ponérselo tan fácil a Warden. A fin de cuentas, también tenía que ser un castigo para él.

—No voy a arreglar sola el caos de Hugo. Tú puedes clasificar facturas y archivarlas por fecha —dije, tajante, y señalé el archivo, de donde ya había retirado las tazas de café.

Warden miró el montón de papeles. Esperaba una réplica, pero me sorprendió y se puso manos a la obra sin rechistar, aunque acaparó la única silla de despacho que había.

De pie, me dispuse a revisar los demás documentos de la mesa de Hugo. Desde multas,

pasando por resoluciones del seguro hasta mensajes de armas perdidas, había de todo. Repartí los textos en distintos montones, y durante unos minutos el roce del papel fue el único ruido en la sala, que no hacía más que resaltar el silencio gélido que se había impuesto entre Warden y yo.

La situación era cada vez más incómoda, y empecé a sentir un cosquilleo en la piel. Antes teníamos tantas cosas que decirnos, y eso a pesar de que pasábamos horas juntos todos los días. Siempre había una idea que queríamos compartir con el otro. A veces eran temas serios, otros totalmente ridículos, pero, habláramos del mayor disparate o tuviéramos la conversación más profunda, con Warden siempre me había sentido a gusto. Ya no quedaba nada de eso. Ahora, en cambio, me sentía torpe y cohibida, como si estuviera encerrada con un desconocido, y en cierto modo era así, porque ya no conocía a ese Warden.

Levanté la cabeza y observé a mi antiguo compañero de lucha. Llevaba años sin mirarlo porque nuestros últimos encuentros habían sido fugaces. Estaba igual que antes, y a la vez muy distinto. El joven de antes se había convertido en un hombre con los rasgos de la cara duros y un cuerpo fuerte. Era alto, con unos músculos definidos que evidenciaban que pasaba el mismo tiempo que yo, si no más, en las salas de entrenamiento. El tatuaje de Cazador en el antebrazo derecho ya no era el único. Llevaba centenares de rayitas, reunidas en grupos de cinco, tatuadas como un puño alrededor del antebrazo izquierdo. Había oído el rumor de que así contaba los vampiros que había matado durante la caza de Isaac.

—¿Pasa algo, Blackwood? —preguntó Warden, apático, sin alzar la vista de lo que estaba haciendo.

—No —contesté, pero no aparté la mirada. No sabía qué me estaba pasando. Quizás fue la nostalgia, tal vez solo la estupidez, la que me hizo decir las siguientes palabras—: ¿Qué anime estás viendo?

—Déjalo. —El tono era rudo.

—¿Que deje el qué?

Levantó la cabeza y me miró con la expresión fría de siempre en los ojos azules.

—No finjas que te interesas por mí. Hagamos nuestro trabajo, y ya está.

—Pero quiero saberlo de verdad.

Warden se limitó a mirarme.

—Vamos —insistí. Le encantaba el anime. Por lo menos antes. No sé si seguía siendo así, pero antes me llenaba la cabeza durante horas con eso—. Sé que quieres contármelo.

Warden me observó un momento como si quisiera averiguar mi motivación. Como si la idea de que lo preguntara por gentileza o sincero interés fuera del todo absurda. Por eso para mí fue como una pequeña victoria cuando contestó:

—Ahora estoy viendo *Kill la Kill*.

—¿Y de qué va?

—De una ropa maligna que intenta esclavizar a la humanidad y de una organización cuyos miembros luchan contra ella. Desnudos, claro.

Solté un suspiro. ¿Ropa maligna? ¿Luchadores desnudos? Si Warden no quería hablar conmigo debería decírmelo y no tomarme por tonta. ¿De verdad nos habíamos alejado tanto que ya le parecía absurdo que yo intentara entablar conversación con él?

—A lo mejor deberíamos trabajar en silencio.

Warden enarcó las cejas.

—Crees que te estoy tomando el pelo.

—¿Y no es verdad?

Warden no contestó, volvió a su trabajo sacudiendo la cabeza.

Fue la primera y última vez que hablamos esa noche, y el silencio que se instauró después era aún más asfixiante que antes. Todavía pesaba más estar callado. Cuando me fui de la armería y estaba tumbada en mi cama, me arrepentí de haber iniciado la conversación con Warden. Era más que evidente que no quería saber nada de mí. ¿Cuándo iba a entenderlo de una vez?

Cain

Tres años antes

Dos meses después del examen de Cazadores

—¿*E*stá claro? —preguntó Henry, que nos saludó a Warden y a mí con un gesto de la cabeza cuando llegamos al punto de encuentro que habíamos acordado para el reemplazo. El sol ya se ponía sobre los tejados de Bruntsfield, y los primeros corredores y dueños de perro ya aparecían por Meadows Park. No se fijaron en las cuatro figuras vestidas de negro: a veces me parecía que la gente no quería vernos.

—Sí, ha sido una noche tranquila —contesté, y me apoyé en Warden.

—Entonces espero que sea también una mañana tranquila.

—Ya... —dijo Silas, el compañero de lucha de Henry. El Cazador de Magia tenía pinta de acabar de caerse de la cama. Se aferraba ansioso a su taza de café, no parecía que percibiera del todo el entorno.

Yo me sentía identificada. El turno de mañana era el peor. ¿Salir a las diez a patrullar hasta las seis de la madrugada? Sin problema. ¿Salir de la cama a las cinco de la madrugada para empezar un turno? El infierno, sobre todo durante los meses de invierno. Pero aún era verano. Warden y Henry siguieron charlando dos o tres minutos sobre algún anime que estaban viendo los dos antes de dirigirnos hacia el cuartel, donde ahora vivía también Warden. Se había mudado después del examen para estar cerca de mí y listo para el trabajo más rápido, y yo me alegraba. Aun así, echaba de menos las noches juntos en su vieja habitación con acceso a la terracita.

Fuimos a pie, seguimos el camino de salida del parque en dirección al Elephant House, pasando por la Biblioteca Nacional, y luego giramos en la estación. Allí paramos un momento a buscar un café.

—Han vuelto a escribir mal mi nombre —dije yo al ver la taza, donde ponía JANE. La pronunciación coincidía, pero se escribía muy distinto.

—Perdón, pero esto es culpa solo de tus padres —dijo Warden—. Nadie los obligó a decidirse por la versión más rara que existe de tu nombre.

—Bobo. Me gusta mi nombre.

Warden soltó un bufido.

—¿Bobo? ¿Cuántos años tienes, diez?

Le hice una peineta que le arrancó una carcajada, pero no le preocupó más.

Dejamos atrás la cafetería y la estación y seguimos por Princess Street hacia Calton Hill, que se erigía sobre la ciudad como el hermano pequeño de Arthur's Seat.

—¿Cómo te fue la cita con Austin? —pregunté, y le di un sorbo a la taza.

Warden encogió un hombro.

—No creo que volvamos a quedar.

—¿Por qué no? Pensaba que os lo habíais pasado muy bien la última vez que quedasteis.

—Sí, pero no funciona, no sé por qué.

Sonreí.

—Lástima, pero pronto llegará la persona adecuada.

—Puede ser —contestó Warden, que evitó mi mirada antes de cambiar de tema—. Ya que hablamos de compañeros..., ¿hay novedades de Jules?

Sonreí al ver la clara maniobra, pero luego sacudí la cabeza.

—Por desgracia, no. Ahora está en contacto con una Cazadora de lo Siniestro de Dublín, pero aún no está cerrado, ni mucho menos.

De hecho, no era muy habitual que dos Cazadores del mismo tipo como Warden y yo salieran a cazar juntos, pero tampoco se podía evitar. Había demasiado desequilibrio entre los Cazadores de lo Siniestro y de Sangre y los Cazadores de Magia o de Almas, menos frecuentes. Además, nadie esperaba que de pronto Eliott recogiera sus cosas y se mudara a Berlín con su novia.

—¿Y qué problema hay? —preguntó Warden.

—Jules no quiere ir a Irlanda, y a la Cazadora de lo Siniestro no le convence Escocia.

—¿Qué? ¿Por qué no?

La cara de indignación de Warden me hizo gracia. Igual que a mí, le encantaban Escocia y Edimburgo, aunque la ciudad nos diera mucho trabajo. Había pocos lugares del mundo que contaran con más criaturas que este.

—Ni idea, pero espero que encuentre pronto un compañero o una compañera. Lástima que Finn se haya ido a Londres.

Warden bebió un sorbo de café.

—¿No querrá volver?

—No, parece muy feliz allí.

—Tonto —murmuró Warden cuando nos dirigíamos al viejo cementerio situado a los pies de Calton Hill, que hoy en día, con sus descoloridas lápidas en ruinas, los mausoleos y el monumento a los mártires políticos, era sobre todo una atracción turística. Sin embargo, a esas horas del día el recinto estaba tranquilo, así que Warden y yo no teníamos que preocuparnos de si alguien nos observaba o incluso nos seguía.

Nos dirigimos a un mausoleo en un rincón escondido del cementerio, protegido por un muro de piedra y numerosos árboles que en esa época del año lucían un verde jugoso. Había una cinta con una falsa advertencia que prohibía el paso y que Warden y yo pasamos por alto. En el mausoleo saqué una piedra suelta del muro, y por detrás apareció un teclado. Marqué mi código de acceso individual al tiempo que escaneaba el dedo. No había llave en ningún sitio del cuartel porque era muy poco práctico llevársela de caza, y además el peligro de perderla era demasiado grande.

Encima del bloque de números había una pantallita donde apareció mi número de identificación: CB170516EDI. Poco después se oyó un clic, la pared de la izquierda se abrió y detrás apareció un ascensor. Entramos, y marqué el botón de la planta superior del cuartel subterráneo. A las demás plantas se accedía por elevadores y escaleras especiales. Era una medida de seguridad para ponérselo difícil a los posibles intrusos.

—¿Y qué planes tienes hoy? —preguntó Warden, que ya se estaba soltando el cinturón de armas.

—Primero me ducharé y dormiré, y luego tengo que estudiar sin falta para el examen de mañana. —Solo de pensar en tener que estudiar matemáticas solté un suspiro. Estaba ansiosa por

tener en el bolsillo de una vez el título. Solo tenía que aguantar unos meses más.

—Lo conseguirás —dijo Warden, y me miró compasivo. El muy suertudo hacía unas semanas que había terminado la escuela y había decidido no estudiar una carrera. Eso significaba que, aparte del trabajo a tiempo parcial, podía dedicarse por completo a la vida de Cazador.

Antes de poder preguntar a Warden qué planes tenía, el ascensor se paró con una sacudida. Las puertas se abrieron y nos vimos frente a todo un comité de bienvenida, formado por Grant Livingston y Wayne McKinley, al que Grant había convertido en su mano derecha poco antes.

Una mirada a sus rostros bastó para saber que algo no iba bien. Nada bien. Grant tenía los labios muy apretados, y las ojeras que lucía Wayne eran tan oscuras como si llevara varias noches sin dormir.

Warden puso cara de confusión.

—¿Qué pasa?

Grant no paraba de mirarnos a Warden y a mí.

—Tenemos que hablar contigo.

—De acuerdo. —Warden sonaba muy inseguro. Me miró, pero no pude más que hacer un gesto de impotencia con los hombros al tiempo que una náusea se me extendía en el estómago.

Grant dio un paso hacia Warden.

—Será mejor que vayamos a mi despacho.

Warden lo negó con la cabeza.

—No, no hace falta. ¿Qué pasa? —Esta vez las palabras sonaron más apremiantes, casi impacientes. Yo notaba el desasosiego y el miedo que de pronto transmitía a raudales. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Grant respiró hondo. Se le notaba que estaba librando una lucha interior, pero entonces dio otro paso hacia Warden y se puso a hablar en voz baja pero clara.

—Han atacado la casa de tus padres. Por lo visto un grupo de vampiros ha conseguido acceder por la fuerza. Estamos revisando el material de la cámara de vigilancia de vuestra puerta, para...

—¿Cómo están mis padres? —le interrumpió Warden. Le temblaba la voz, igual que los hombros.

Tragué saliva y le agarré la muñeca con suavidad, así que noté cómo la sangre bombeaba por sus venas, presa del pánico.

—Tu madre ha intentado proteger a tu padre —continuó Wayne con la explicación—. Ha podido matar a tres vampiros, pero está herida de gravedad.

—¿Dónde está?

—En la enfermería, la están operando, pero... no tiene buena pinta.

Warden asintió despacio, casi apático, como si las palabras y su significado no le llegaran del todo.

—¿Y mi padre?

—Lo siento, pero suponemos que está muerto —dijo Grant, y, aunque tenía la mirada clara y no empañada por las lágrimas, era evidente la tristeza que sentía.

—¿Qué significa que «suponemos» que está muerto? ¿Está muerto o no?

Wayne tomó la palabra de nuevo.

—Aún no hemos encontrado a tu padre —aclaró, saltaba a la vista que procuraba mantener una actitud tranquila, profesional—. Había mucha sangre en vuestra casa que no era ni de los vampiros ni de tu padre. Hemos enviado a varias tropas a buscarle, pero, Warden... —Wayne levantó una mano como si fuera a tocarle, pero luego la bajó—. Sabes que darte falsas

esperanzas sería mentir.

Warden sacudió la cabeza con brusquedad.

—No..., no puede ser.

Le brillaban los ojos de las lágrimas.

—Lo siento mucho.

Warden no se movió. Se quedó allí callado mientras yo tenía tantas cosas que decirle. Que lo sentía mucho. Que estaba ahí para lo que quisiera. Que no hacía falta que estuviera solo. Que esperaría con él en la enfermería, por mucho que tardara. Y, sobre todo, que estaba dispuesta a ayudarlo. Lo que quisiera de mí, lo haría sin pestañear, todo para ahorrarle el dolor.

Sin embargo, antes de que me saliera una palabra, Warden retiró la muñeca con un movimiento abrupto, dio media vuelta y se fue por el pasillo. Quise ir tras él, pero Wayne me puso una mano en el hombro para retenerme.

—Déjalo —dijo con suavidad—. Seguramente necesita un poco de tiempo a solas.

Apreté los labios y me quedé quieta, aunque todo mi ser me pedía seguir a Warden y darle un abrazo. Tal vez Wayne tuviera razón. Si quisiera que estuviera con él, me lo habría dicho de alguna manera, ¿no?

Cain

—*H*asta mañana, Blackwood —dijo Warden cuando terminó nuestro turno en la armería aquella tarde. Sonó casi a amenaza, y así lo sentí también. Tres días. Solo habían pasado tres días y no sabía cómo iba a sobrevivir a los cuatro siguientes.

Trabajar con Warden era el puro infierno. Desde aquel primer día no habíamos vuelto a intercambiar ni una palabra más de lo necesario. Hablábamos cuando lo requerían las tareas, pero nada más. Warden incluso había pasado a escuchar música mientras limpiaba las armas, como si ni siquiera soportara oírme respirar. Eso me hería en lo más profundo porque me recordaba a la época en que nuestra amistad se desmoronó, aunque jamás lo habría admitido.

No fue fácil para Warden en ese momento, pero para mí tampoco. Había llorado mucho, siempre con la esperanza de que un día entrara en razón y volviera conmigo. Sin embargo, no volvió, y eso me rompió el corazón. Aún hoy, años después, los pedazos seguían ahí. Yo hacía lo posible por esconderlos bajo la alfombra: Warden no debía tener poder sobre mí ni mis sentimientos.

Respiré hondo y procuré ahuyentar esos pensamientos mientras iba a mi habitación para asearme un poco antes de la clase con los niños. Grant había dispuesto el castigo de Warden y el mío de manera que no afectara a mis alumnos.

Estaba a punto de lavarme la cara cuando me sonó el móvil. Era mi agencia.

—¿Diga?

—Hola, Cain, soy Agnes. Llamo para preguntar si mañana tienes tiempo para un número. Nos ha llegado una solicitud urgente.

Apreté los dientes porque Warden y yo teníamos turno en la armería también al día siguiente.

—¿A qué hora sería?

—A la una de la tarde.

—¿Y cuánto tiempo?

—Tres horas, máximo cuatro.

Debería funcionar, nuestro turno no empezaba hasta la noche. Aunque los preparativos siempre requerían bastante tiempo, una vez acabada la jornada el laborioso maquillaje se eliminaba rápido.

—Perfecto. ¿Me envías la dirección?

—Claro, ahora mismo te envío un mensaje —prometió Agnes, y colgó.

La solicitud llegaba en un momento muy oportuno, después de la caída de ingresos de unos días antes el dinero me iría muy bien. Escribí una nota en el calendario para no olvidar la cita y me puse la ropa de deporte antes de dirigirme a la clase.

Hoy teníamos clase práctica, por eso había quedado con ellos en una de las salas de

entrenamiento. Era un grupo de nueve niños de entre ocho y once años. Cuando hace más de un año Grant me preguntó si quería asumir esa función, me mostré escéptica, pero después de las primeras clases se me habían olvidado las dudas. Los niños eran fantásticos, y me escuchaban con atención. Les parecía emocionante aprender por fin más sobre los distintos «monstruos».

Antes del cambio de turno en las salas de deporte había mucho ajetreo porque la mayoría de los Cazadores aprovechaban el tiempo que quedaba entre el trabajillo que hicieran y su turno para entrenar. Vi también a Shaw, de pie en una colchoneta con otro Cazador. Estaba tan absorto en su ejercicio que ni siquiera advirtió mi presencia.

—¡Cain! ¡Cain! —gritó una voz infantil.

Miré alrededor y vi a Gregory en la entrada de la sala de entrenamiento. Para que pudiéramos dar la clase sin que nos molestaran había una pequeña sala independiente que hacía medio año habíamos reformado con los niños y Jules. Pintamos de nuevo las paredes, colocamos colchonetas nuevas en el suelo, pusimos barras verticales y el equipo adaptado a los niños, formado por cuerdas de saltar, pelotas y cosas por el estilo, estaba pintado de colores y ordenado en cajas de madera con sus inscripciones.

Los padres, que esperaban a que yo me hiciera cargo, se despidieron y empezamos la clase.

Hoy teníamos previsto autodefensa. A los niños aún no les servía para defenderse de las criaturas de la noche, pero los agarres y movimientos eran la base de su formación posterior. Les ayudé a ponerse la ropa de protección antes de enseñarles las maniobras con la ayuda de un maniquí hinchable. Luego imitaron la secuencia de movimientos por parejas y yo les corregí cuando veía errores. Las horas pasaban volando y, antes de que me diera cuenta, ya habían llegado los padres a recoger a sus hijos.

Como ya había calentado con los ejercicios, me dispuse a empezar mi entrenamiento. Habíamos recibido unos ergómetros de esquí nuevos que quería probar. Después hice una competición de flexiones con Silas, y gané, aunque no fuera del todo una sorpresa, antes de ir a las máquinas a levantar unas cuantas pesas. Sin salir a patrullar con Jules estaba claro que me faltaba movimiento. Me sentía cargada y no sabía qué hacer con la energía.

—¡Hola!

Me di la vuelta y vi a Jules que se acercaba a mí dando zancadas. Tenía el pelo rojo un poco alborotado del entrenamiento, pero no parecía precisamente que se hubiera dejado la piel.

—¡Hola! Ni te había visto —contesté, un poco sin aliento. Dejé caer despacio el peso en el banco para incorporarme. Sentí un temblor agradable en los músculos.

Jules se agachó a coger mi botella de agua y me la dio.

—Estaba en las prácticas de tiro.

Bebí un trago.

—¿No querrás por casualidad otra ronda conmigo en el ring de boxeo? Tengo ganas de zurrar a alguien.

—No, gracias, paso. Ya he entrenado dos horas con Shaw y estoy hecho polvo. El chico está empeñado en aprobar el examen en tiempo récord.

—¿El chico? —Enarqué las cejas y cerré la botella de agua—. Hablas como un señor mayor.

—Me siento como un señor mayor. —Jules se dejó caer en el suelo con un gemido.

—¿Eso significa que ahora te vas a dar un baño contra el reuma y te vas a acostar en la cama con el crucigrama del día? —pregunté. Como era la noche libre de Jules, esperaba que pudiéramos hacer algo. Si pasaba una noche más sin hacer nada en el cuartel, me volvería loca.

Jules se echó a reír.

—No mucho. Ella y yo hemos pensado en merodear por las casas. Hace tiempo que no lo hacemos. ¿Te apetece?

—¿Adónde queréis ir?

—Ni idea, ya lo decidiremos. Somos gente joven, espontánea —dijo Jules con una supuesta voz ronca que debería recordar a la de un hombre mayor.

Me reí y me levanté del banco para darme una ducha.

—De acuerdo, jovenzuelo. Me apunto, siempre que no te dejes la dentadura postiza en el cóctel.

—No te preocupes, está bien sujeta.

Warden

—Yo quiero dos de patatas grandes, dos hamburguesas con queso y un batido de chocolate —dijo Roxy desde detrás. Había asomado la cabeza entre los asientos para hablar con el de la comida para llevar—. Y un pastelito relleno de manzana.

—Muy bien. ¿Algo más?

Desvié la mirada de Roxy a Shaw, que se apoyó en mí para gritar con entusiasmo por la ventana:

—¡Para mí lo mismo!

—¿Nada más?

—No —contesté yo.

—De acuerdo, pase.

Puse la marcha y avancé despacio con el todoterreno que me había prestado Wayne. En realidad no tenía prevista esa parada, pero Roxy no dejaba de incordiar. En algún momento decidí que era más fácil ceder que luchar.

Cinco minutos después un tipo me dio por la ventana dos bolsas que olían a grasa y queso. Con un poco de suerte el olor desaparecería antes de devolverle el coche a Wayne, o me arrancaría la cabeza. Odiaba la comida rápida. En general demonizaba todo lo que fuera supuestamente insano desde que su padre falleció de cáncer.

—Si lo mancháis, tendréis que comprarle un coche nuevo a Wayne —advertí a Roxy y a Shaw medio en broma cuando les di la comida.

Roxy no hizo caso de mi comentario y cogió las bolsas y los batidos con una sonrisa de oreja a oreja antes de abalanzarse sobre la comida con un hambre de lobo. Después de engullir en silencio las hamburguesas se pusieron a hablar de qué les parecían.

Obvié la cháchara y me concentré en el tráfico, que disminuía a medida que nos alejábamos del centro de la ciudad. Giré el vehículo en un antiguo recinto industrial abandonado durante años antes de que unos inversores lo restauraran y empezaran a alquilar los despachos a pequeñas empresas emergentes.

Después de identificarme en la entrada, nos abrieron la barrera. Giré el vehículo por las estrechas callejuelas que se extendían entre las viejas naves industriales de ladrillo pardo con puertas anchas y ventanas estrechas. Al final aparqué el todoterreno delante de la sala que había alquilado. Las cortinas estaban tiradas, las ventanas enrejadas y me había encargado de que Tim, uno de nuestros técnicos, instalara el mismo sistema sofisticado de seguridad que se usaba en los cuarteles. Solo se podía abrir la puerta con un código combinado con mi huella digital.

Dentro olía a metal y polvo. Tras el ataque a la casa de mis padres, Wayne me ayudó a sacar las cosas del taller de mi padre. Por suerte, Isaac y sus lacayos no descubrieron el taller secreto que había bajo el cobertizo del jardín, de lo contrario habrían destruido el contenido y por tanto el legado de mi padre.

Yo iba muy poco porque la búsqueda de Isaac me tenía absorbido, pero a menudo imaginaba qué pasaría si el rey de los vampiros estuviera muerto de una vez por todas. No tendría que seguir con esos viajes constantes y podría dedicar más tiempo a desarrollar las ideas de mi padre.

La luz de la estancia cobró vida con un parpadeo y permitió que Roxy y Shaw echaran un primer vistazo a mi taller y los almacenes contiguos.

—¿Seguro que este es el sitio? —preguntó Roxy, y levantó la tapa de una vieja caja de pizza que cerró enseguida al ver la pelusilla verde que cubría los restos.

—Ignorad el desorden —dije, y atravesé el taller para acceder al almacén, donde se acumulaban una estantería tras otra llenas de prototipos, muchos a punto de terminar, entre ellos también el aparato con el que quería ayudar a Roxy.

Antes de conocer a mi madre, mi padre construía máquinas para el sector del automóvil, pero desde que ella lo introdujo en el mundo de los Cazadores había dejado el trabajo para dedicarse a facilitar la vida de su mujer y de otros Cazadores con sus inventos. Durante sus últimos años de vida había invertido mucho tiempo sobre todo en crear objetos que compensaran por lo menos un poco las deficiencias de los Cazadores de Almas. Sin embargo, por desgracia murió antes de terminar la mayoría de sus inventos y, aunque me había enseñado algunas cosas, me faltaban un montón de conocimientos. Aun así, esperaba poder ayudar a Roxy.

El detector de espíritus, que bautizó como Ghostvision por sugerencia mía, se hallaba en uno de los rincones del fondo. Aún estaba en su forma más primitiva, sin carcasa, así que parecía el interior de un portátil desmontado. Lo llevé al taller. Roxy se había sentado en una silla mientras Shaw, aficionado a reparar coches y motos, observaba con interés mi arsenal de herramientas.

Me acerqué a una antigua mesa de farmacéutico que había en un rincón del taller. Mi madre la había comprado en un mercadillo. Encima había una vieja fotografía mía con mis padres. Era en el zoo de Edimburgo, en una época en que aún era un niño feliz y despreocupado, como demostraba mi amplia sonrisa.

Cogí lo que necesitaba y me senté en el taburete que estaba enfrente de Roxy.

—Estira el brazo.

—¿Qué pretendes? —Roxy miró con escepticismo la cánula que tenía en la mano.

—Quiero sacarte sangre.

Ella levantó las cejas.

—¿Por qué?

—Para venderla en el mercado negro a los vampiros. —Hice una mueca de desesperación y me puse un par de guantes de látex. Si Roxy fuera una Cazadora de Sangre, seguramente no sería tan cuidadoso con la higiene, pero era una persona normal y corriente, y no quería arriesgarme a que se produjera una infección en la sangre—. Lo necesito para calibrar el detector adaptado a ti. Cada vez que envías a su lugar de origen a uno de esos seres desaparece una parte de la cicatriz del hombro, ¿verdad?

Roxy asintió.

—Eso significa que tú, con tu piel, tu sangre, tu cuerpo, estás vinculada de alguna manera con esas criaturas. No sé cómo funciona la magia que usó Kevin para la maldición, pero puede ser que su efecto nos resulte útil. El aparato de mi padre está diseñado para percibir espíritus, así que

si lo modifico de tal manera que reaccione directamente a la energía que está conectada con tu maldición, deberías poder encontrar a tus espíritus.

Roxy frunció los labios.

—Suenan convincentes.

—¿Por qué no usamos los Cazadores el aparato de tu padre? —preguntó Shaw.

—Porque nunca ha funcionado.

Shaw se mostraba escéptico.

—¿Y crees que vas a conseguir que funcione?

—Lo intentaré. Como he dicho, no puedo prometer nada, pero haré todo lo posible. Y ahora estira el brazo.

Roxy obedeció y, una vez desinfectada la piel, introdujo la cánula que había fijado con una tirita para no tener que clavársela varias veces. Por un momento pensó en sacarle la sangre en el cuartel para no tener que ir hasta allí, pero no quería arriesgarse a que me pillaran y tener que dar explicaciones a la doctora Kivela. El asunto con Kevin y el inframundo era el secreto de Roxy, y ni Grant ni los demás debían saberlo.

—¿Puedo preguntarte algo sobre Amelia? —dijo, y colocó la primera aguja en la cánula.

Roxy se encogió de hombros con indiferencia, pero la repentina postura rígida me indicó que no le gustaba hablar de Amelia. O que tenía un problema con las agujas. Fuera como fuese, tenía que pasar por ello. Necesitaba sangre y respuestas a preguntas que me urgían desde hacía ya mucho tiempo.

—Poco antes de su muerte dijo que Baldur mataría al rey de los vampiros —expliqué, con el recuerdo de sus palabras aún vivo en mi mente—. ¿Es creíble, o solo fueron las locuras de una moribunda?

Roxy dudó un momento.

—Por experiencia propia, yo cogería con pinzas todo lo que dijo Amelia. No era una mentirosa, pero una de sus especialidades eran las medias verdades. —Lanzó una mirada elocuente por encima del hombro, donde tenía la cicatriz que le había provocado Kevin cuando abrió la puerta del inframundo por orden de Amelia sin saberlo.

—De acuerdo, pero ¿cómo podía saber lo que tenía planeado Isaac?

—Amelia tenía la visión del destino, así que seguramente lo sacó de una imagen del futuro. De todos modos, no vio hechos, solo posibilidades que a veces también están sujetas a interpretación.

—Pero esa visión solo funciona si hay contacto, ¿no? —La visión del destino era una de las habituales, pero era muy raro usarla, y, aparte de la visión del alma que también tenía Wayne, sabía poco de la magia que acompañaba a las visiones.

Roxy asintió.

—Sí, tiene que haber contacto.

—¿Eso significa que Amelia estuvo en contacto con Baldur o Isaac?

—Baldur —contestó Roxy con absoluta certeza, como si desde que nos fuimos de París hubiera invertido mucho tiempo en reflexionar sobre el tema—. Ya viste los efectos de su magia. Eso... no era normal. No sé cómo ni cuándo, pero Baldur y ella... tuvieron que colaborar.

Arrugué la frente.

—¿Por qué iba a colaborar el rey de los brujos con una Cazadora?

—Esa es la pregunta del millón de dólares —intervino Shaw en la conversación—. Roxy, Finn y los demás creen que Amelia secuestró a Ripley, Dinah y los otros Cazadores por orden de

Baldur, pero no sabemos cuáles eran las intenciones de Baldur.

Dejé escapar un gruñido y solté la aguja, que ya estaba llena, de la cánula para colocar la siguiente. En realidad, me daba bastante igual por qué Amelia y el rey de los brujos eran mejores amigos. Solo me interesaba uno, y era Isaac. Aun así, me preguntaba si me podría ser útil su posible enemistad con Baldur.

Le quité a Roxy unos cuantos tubitos más de sangre y luego los llevé de vuelta al cuartel antes de retirarme al taller a trabajar con calma en el Ghostvision.

Cain

El bar al que me llevaron Ella y Jules estaba lleno hasta la bandera: música alta, gente borracha, ambiente asfixiante. En un televisor de encima de la barra ponían un partido de fútbol cuyo comentarista no se entendía, y en los billares se celebraba una despedida de soltero. Olía a sudor, cerveza y aceite para freír barato, pero la mayoría de los clientes ya estaban tan animados que por lo visto ni notaban la peste.

—Buscaos un sitio. Yo cojo algo de beber y ahora voy —gritó Jules por encima del ruido. Asentí antes de que se colara entre las mesas a reventar hacia la barra.

Me fijé en que algunas cabezas giraban sorprendidas para mirarlo. Llevaba unos pantalones color caqui y una camisa blanca con las mangas subidas. Era casi su conjunto habitual, si no fuera por el cinturón de piel en el pecho, abrochado alrededor de los hombros y el torso y que parecía comprado en una tienda de accesorios de prácticas sadomasoquistas. Había intentado convencerle de que se lo quitara, pero Jules no sería Jules si me hubiera hecho caso. Le encantaba la moda y provocar a los aburridos burgueses con sus modelitos. Además, a decir verdad, estaba estupendo, aunque el extravagante atuendo no encajara del todo con el ambiente acogedor y relajado del local.

—¡Creo que ahí detrás hay algo libre! —gritó Ella, que tenía una imagen mucho mejor de la situación, ya que era bastante más alta que yo. Me cogió de la mano para no perderme entre el gentío.

Tuvimos suerte. Un grupo de estudiantes que por lo visto estaba haciendo una ruta de bares dejaron su mesa en el fondo del bar. Corrimos a sentarnos antes incluso de que recogieran la mesa, y apartamos a un lado los vasos y botellas vacíos.

Pasó un rato hasta que apareció un empleado del bar a recoger, y aún más tiempo hasta que llegó Jules con nuestras bebidas. Nos había pedido una jarra de cerveza con tres vasos. Después de servirnos, levantó su vaso y brindó por nosotros.

—¡Porque sea una noche bonita!

—Sin obligaciones —añadió Ella.

—Y por nosotros —apunté con una sonrisa.

—Por nosotros —repitieron Jules y Ella.

Brindamos, y me hundí más en el tapizado del asiento con un suspiro de satisfacción.

—Sí que lo echaba de menos.

—Yo también. —Ella apoyó la cabeza en mi hombro.

Siempre era un poco difícil cuadrar nuestras agendas. Jules y yo patrullábamos muchas noches. Ella viajaba con Owen por el mundo para eliminar espíritus, y en medio estudiábamos para los exámenes, dábamos clase a niños y trabajábamos en la cafetería. Las noches como aquella eran

escasas, y aun así faltaba Owen, que estaba en el cumpleaños de su madre.

—¿Cómo va en la cafetería? —pregunté, y giré la cabeza para mirar a mi mejor amiga.

Ella se encogió de hombros. Llevaba la melena rubia recogida en una sofisticada trenza y, aunque solo vestía unos tejanos, una camiseta sencilla con el escote en uve y unas cuantas cadenas doradas en el cuello, nada más entrar ya había atraído varias miradas. También por los ojos de color gris claro, que muchos confundían con lentillas.

—Como siempre. A la gente le encanta el café.

Jules se rio, casi un poco desesperado.

—Tampoco se lo puedo reprochar. Yo vivo prácticamente de eso. Ahora mismo lo mínimo son cuatro cafés al día.

—Oh, no, ¿mucho estrés?

—Lo normal, pero ya es suficiente —contestó Jules—. Ojalá el cuartel y las unis pudieran llegar a un acuerdo. Ahora mismo estoy de caza hasta las seis de la mañana, a las diez tengo la primera clase y a las cuatro la última. A partir de las nueve de la noche vuelvo a patrullar. Adivina cuál es el error.

—Me noto falta de descanso con solo escucharte —dije yo, y deseé que realmente la universidad de Jules y el cuartel pudieran organizarse mejor. Sin embargo, por desgracia los Cazadores se regían por la más estricta confidencialidad, era necesario, pero a cambio en el día a día era muy poco práctico.

—Lo conseguirás —dijo Ella para animarlo, y le dio unos golpecitos en la mano a Jules. Ella había estudiado dos semestres en la Universidad de Edimburgo antes de renunciar a su carrera académica. Había muchas misiones para Cazadores de Almas y pocos Cazadores para cumplirlas.

Seguimos hablando un rato de los estudios de Jules y nuestros trabajos, y antes de que nos diéramos cuenta la primera jarra estaba vacía y Jules fue a buscar la segunda. Por desgracia esa noche no podía pasarme de rosca, aunque me habría encantado emborracharme para dejar de pensar en Warden durante unas horas. Sin embargo, con el trabajo que había pescado hoy, sería mala idea. No podía fallar a la agencia dos veces en una semana.

—¿Cómo ha ido la caza sin mí estos últimos días? —pregunté—. ¿Cómo va con Floyd?

Floyd era Cazador de Magia y unos años mayor que Jules y yo. Su compañero de lucha estaba de luna de miel, por eso les habían ofrecido a Floyd y Jules unirse durante esa semana.

—Muy bien —contestó Jules, y se encogió de hombros—. Es simpático y sabe lo que hace, pero te echo de menos de todos modos.

—Ay, yo también te echo de menos. ¡Solo quedan cuatro días, y podré volver a matar cosas contigo! —Le di un abrazo a Jules. Fue cariñoso, gracias a la bebida, ninguno de los dos sabíamos dónde teníamos las extremidades.

—¿Cómo va con Warden? —preguntó Ella, con la barbilla apoyada en una mano como si esperara una historia emocionante—. Después de tanto tiempo seguro que es raro, ¿no?

Solté un bufido. No era raro, era más bien enervante e incómodo. Más o menos como una visita al dentista, pero peor.

Jules se rio.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—Existir.

—Antes te gustaba su existencia —dijo Ella entre dientes con una media sonrisa por detrás de su vaso.

—Eso fue antes de que anulara la colaboración y me dejara colgada para viajar por el mundo —repuse yo, aunque era mucho más que eso.

—No viaja por el mundo, va a la caza de Isaac.

Miré a mi mejor amiga con los ojos entornados.

—¿De qué bando estás?

—Del tuyo, boba, pero ya hace tres años de toda esa historia. A lo mejor Warden ha cambiado.

—Sí, claro. Ahora es imbécil.

Jules puso cara de desesperación.

—Siento decírtelo, Cain, pero eso siempre lo fue.

—Conmigo siempre fue simpático.

Ella soltó una áspera carcajada que no supe interpretar, y antes de poder preguntárselo su móvil vibró en la mesa. Enseguida desbloqueó la pantalla para leer el mensaje. Una fina sonrisa apareció en las comisuras de los labios mientras tecleaba una respuesta rápida.

Jules bebió un sorbo de cerveza.

—¿Es Owen?

Nos había prometido decir algo si se libraba antes de lo previsto de la celebración familiar.

—No, era mi madre —contestó Ella, que se apresuró a bloquear el móvil como si quisiera asegurarse de que no mirábamos a hurtadillas la pantalla.

Miré a Ella con desconfianza cuando por el rabillo del ojo reconocí dos siluetas que entraban en el bar.

—Eh, ¿esos de ahí delante no son Roxy y Shaw?

Fueron directos a la barra. Roxy con la melena rubia que le llegaba hasta la cadera y Shaw con los rizos desgreñados, que prácticamente eran una invitación a meter los dedos, atrajeron algunas miradas.

—Sí, es verdad —confirmó Jules.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó Ella, al tiempo que intentaba averiguar a quién me refería entre tanta gente.

—La chica rubia y el tipo de los rizos castaños. Son los dos Cazadores que han venido de visita desde Londres.

Ella asintió.

—Vale, pero ¿qué hacen aquí?

Jules se encogió de hombros.

—Ni idea. Puede que Finn les haya recomendado el local. Es el compañero de lucha de Roxy.

—¿Vamos a buscarlos para que vengan? —pregunté.

—Por mí sí, pero tampoco quiero molestar —intervino Jules con aire pensativo, y se le formaron unas arruguitas entre las cejas—. Parece que están en una cita.

Volví a mirarlos con más detenimiento y entendí cómo había llegado Jules a esa conclusión. Estaban muy juntos en la barra, riéndose de algo. Shaw tenía una mano relajada en la espalda de Roxy, aunque eso no significaba mucho en un bar donde se hacinaba la gente. A lo mejor solo quería protegerla y que no la empujaran, o ahorrarle los absurdos acercamientos de algunos tipos.

—No creo que estén juntos.

—¿Segura?

—Bastante. —A decir verdad, no estaba tan segura, pero cuando comimos juntos no me habían parecido pareja. Por lo menos todavía.

—Podríamos preguntárselo —propuso Ella. No solía ser tan decidida y directa, pero el alcohol,

además de soltarle la lengua, derribaba sus barreras psicológicas.

Como yo también sentía curiosidad por la respuesta, pasé por encima de Jules y me abrí paso entre el tumulto hacia Roxy y Shaw.

Me vieron cuando estaba ya a solo unos pasos de ellos. Shaw me saludó con un abrazo y Roxy me regaló una leve sonrisa. Los invité a sentarse con nosotros, y al cabo de unos minutos llegaron a la mesa que ocupábamos Ella, Jules y yo.

—Hola —saludó Roxy—. No os habíamos visto en este rincón oscuro.

—No pasa nada. Sentaos. —Jules me hizo sitio en el banco.

Yo me senté, y Roxy y Shaw me siguieron. Los cinco estábamos bastante apretados, pero también se estaba bien.

—Tú eres Shaw, ¿no? —preguntó Ella, que observaba a los recién llegados con intensidad, como si inspeccionara cada fragmento de su aura.

Él asintió y le tendió la mano por encima de la mesa.

—Sí, ¿y tú eres...?

—Ella. —Le devolvió el apretón de manos, indecisa, y esperé a que saliera con su curiosidad por la naturaleza de la relación entre Roxy y Shaw, pero preguntó algo muy distinto—. ¿Nos conocemos?

—No que yo sepa —dijo Shaw, divertido, y miró a Roxy, que se limitó a sacudir la cabeza como si se negara a formar parte de esa broma interna.

Ella soltó la mano de Shaw, pero no le quitó ojo de encima.

—Juraría que te he visto varias veces en la cafetería donde trabajo.

Shaw mudó el semblante de pronto y se puso serio.

—¿Estás segura?

—Sí, bastante. Se me dan bien las caras.

—¿Y eso fue aquí, en Edimburgo? —insistió Shaw.

Ella asintió.

Estaba claro que no era la única a la que se le escapaba algo: Jules tenía la misma cara de confusión. Como si los dos nos hubiéramos dormido en medio de una película cuyo final no entendíamos.

Roxy se dio cuenta de nuestro desconcierto.

—Shaw perdió la memoria —aclaró, mientras jugaba con uno de los numerosos anillos del dedo—. Lo poseyó un espíritu cuando lo encontré. Conseguí expulsar al espíritu, pero Shaw perdió sus recuerdos. Desde entonces intenta averiguar quién era antes del incidente.

Ella arrugó la frente, desconcertada.

—Eso no debería pasar en la expulsión de un espíritu.

—Pero pasó —contestó Roxy, un poco a la defensiva, como si Ella hubiera insinuado que la amnesia de Shaw era culpa suya.

—No lo decía en ese sentido —la tranquilizó Ella, que siempre empleaba un tono calmado y apacible. Aún no había podido averiguar si era una peculiaridad suya o en general de todos los Cazadores de Almas, tampoco había conocido a muchos. Sin embargo, tanto Ella como su padre y Wayne adoptaban esas maneras tranquilas tan increíbles sin más explicación—. Solo es que nunca había oído que nadie hubiera perdido la memoria en una expulsión. Nada más.

—Sí, yo tampoco hasta hace unos meses —repuso Roxy, no muy contenta.

—De acuerdo, pero volvamos a lo de «yo te conozco de algo» —dijo Shaw, que de pronto solo tenía ojos para Ella—. ¿Te acuerdas de algo más? ¿Sabes cómo tomaba el café, por ejemplo?

—¿Solo? Puede ser. Lo siento, no estoy del todo segura, va mucha gente todos los días a la cafetería.

—¿Y no sabrás por casualidad cómo iba vestido? ¿Llevaba ropa deportiva? ¿O traje? —preguntó Shaw, que agradecía cualquier pista de su pasado, aunque fuera así de pequeña.

—Siempre ibas vestido bastante informal, si no me equivoco. Tejanos y una camiseta, nada fuera de lo común.

—¿Era estudiante?

—Ni idea.

—¿Mencioné alguna vez una mascota?

—No.

—¿Una amiga? ¿O un amigo?

—No que yo supiera.

Shaw aún tenía una decena de preguntas más, pero Ella no podía contestar ninguna de verdad, así que los demás nos descolgamos de la conversación.

Roxy nos habló a Jules y a mí de cómo era ser pareja de lucha de Finn. Era interesante oír cómo había surgido. Antes Finn y yo éramos amigos, pero de nuestra amistad hacía tanto tiempo como de la que había entre Warden y yo. La única diferencia era que a Finn no le había dado motivos para odiarme.

Sin querer pensé en qué estaría haciendo Warden. ¿Habría salido del cuartel a escondidas para cazar en secreto? ¿O estaba en su habitación viendo algún anime?

Llevada por un impulso que no supe interpretar, saqué mi móvil, abrí el navegador y busqué *Kill la Kill*. El anime existía, y el resumen coincidía con lo que Warden me había contado.

Mierda. Decía la verdad, y yo lo había tratado de mentiroso como una idiota. ¿Por qué lo había hecho? ¿Y por qué lo había permitido Warden?

Warden

Tres años antes

Tres meses después del examen de Cazadores

—*L*amento tu pérdida.

—Dímelo si puedo hacer algo por ti.

—Tu madre es una mujer fuerte. Saldrá adelante.

—Tu padre me caía muy bien.

—Siento muchísimo lo de tus padres.

Bla, bla, bla. No podía oírlo más. No lo soportaba. Adonde fuera, la gente me observaba con mirada triste y me sonreía con compasión. Al principio aceptaba las condolencias, incluso daba las gracias, pero eso se había acabado. Su compasión no me iba a devolver a mi padre ni iba a sacar a mi madre del coma. Eran todos unos hipócritas. Unos hipócritas mentirosos, y no quería saber nada más de ellos.

Lo que quería era venganza. De los vampiros que habían atacado a mis padres, y sobre todo venganza de Isaac. La cámara de vigilancia del porche de mis padres había grabado cómo, poco después de sus lacayos, el rey de los vampiros en persona entró en mi casa y cinco minutos después salía. Cinco minutos. No le hizo falta más tiempo para destruir mi vida. Y por eso tenía que morir. Quería ver a Isaac arrodillado ante mí en el suelo. Lamentándose. Suplicando. Implorando por su vida. Y si me rogaba que lo perdonara, le negaría el deseo y lo mataría. Despacio y sin piedad. Y lo disfrutaría.

Sin embargo, precisamente los Cazadores, mi supuesta segunda familia, eran los que se interponían en mi camino. En vez de remover cielo y tierra para encontrar al hombre que, además de ser el responsable de eliminar a mi familia, lo era de la muerte de infinidad de otras personas, los Cazadores no hacían nada.

«Tenemos vigilado a Isaac», me dijo Grant.

¿Qué carajo significaba eso? Se suponía que llevaba décadas vigilando a ese tipo, ¿y qué habían conseguido? Nada. Nada de nada. Por eso me vi obligado a tomar las riendas del asunto, aunque eso implicara infringir las órdenes de Grant y el protocolo oficial. Sabía que no volvería a encontrar la calma en esta vida mientras Isaac siguiera en algún sitio allí fuera.

Marqué mi código para desbloquear la armería y contuve la respiración un instante, sin saber si la puerta se iba a abrir o seguiría cerrada. Grant, el muy idiota, me había dado vacaciones. Según él no estaba en condiciones de salir a cazar. Se equivocaba.

Sentí un gran alivio al oír un clic, y la puerta de la armería se abrió. Contaba con dos machetes personales que me habían regalado mis padres cuando aprobé el examen de Cazadores, pero no bastaban. Cogí un puñal, dos pistolas, varias estrellas arrojadizas, gas lacrimógeno y dos botes de

espray de pimienta. Los vampiros de Isaac eran muy sensibles a esto último porque, a pesar de ser monstruos inmortales, estaban vinculados a un cuerpo humano original.

Después de equiparme, me dirigí a ver a la única persona que sabía que no solo me iba a apoyar con una ligereza fingida. Puede que Grant y los demás Cazadores me hubieran dejado en la estacada, pero Cain no. Era lo único que me quedaba. La única en quien poder confiar.

Llamé a su puerta con resolución, pero tardó un momento en abrirme.

—Hola —me saludó con un bostezo. Llevaba un pijama corto, y la trenza que se hacía todas las noches se veía bastante desgredada, como si ya llevara un buen rato durmiendo—. ¿Qué pasa?

Sonreí.

—Vístete. Nos vamos de caza.

Cain parpadeó cansada.

—Estás de permiso, ¿se te ha olvidado?

—No, pero no puedo seguir si hacer nada, girando los pulgares. Tengo que encontrar a Isaac —contesté en voz baja, aunque las posibilidades de que nos estuvieran escuchando eran escasas. Al fin y al cabo, en plena noche el cuartel está muerto. La mayoría de los Cazadores o estaban de caza o dormían.

Vi el cansancio en la mirada de Cain.

—¿Quieres ir a cazar a Isaac?

—Sí.

—No me parece buena idea. Grant...

—No sabe de lo que habla —la interrumpí, sin esforzarme por disimular la frustración.

Al ver que Cain no hacía amago de moverse y me miraba en silencio y luego con cierta compasión, noté que la rabia se encendía en mi interior. Estaba convencido de que cogería su equipo sin hacer preguntas y vendría conmigo. Era mi compañera y había prometido apoyarme siempre. Por lo visto, me equivocaba.

—Es el director de nuestro cuartel.

—Pero no lo sabe todo. Y sentarme en el banquillo es un error.

—No lo creo.

Apreté los labios.

—¿Qué significa eso?

—Lo siento, Warden, de verdad, pero yo tampoco creo que ya estés preparado para cazar.

—¿Eso significa que no vienes conmigo?

Cain me esbozó una de esas medias sonrisas condescendientes que tanto había llegado a odiar durante las últimas semanas.

—Significa justo eso.

Cerré los puños como si las manos tuvieran vida propia. Me dieron ganas de hacer un agujero en la pared. Me odié por haber creído que me ayudaría. Claro que no. Ella nunca había infringido las reglas. Y yo debería haber sabido que tampoco lo iba a hacer por mí.

—Bien, entonces me voy solo.

Iba a dar media vuelta y a desaparecer cuando de pronto Cain me agarró del brazo.

—¡No! No podemos salir solos a cazar.

Solté un bufido y me zafé de ella con un movimiento grosero.

—Me da igual.

—Warden... —Me siguió por el pasillo, pero le costaba seguirme el ritmo.

No tenía ni un minuto que perder. Con cada duda le daba más tiempo a Isaac para desaparecer y borrar su rastro.

Poco antes de llegar al ascensor que debía subirme a la salida, Cain me barró el paso.

—Por favor, no vayas. Cazar solo es demasiado peligroso.

—Entonces, ven —dije, y expulsé de mi voz todo rastro de amargura para darle una última oportunidad seria.

Cain me lanzó una mirada perdida. Y calló.

Esa era su respuesta.

Sonreí con rabia y pasé por su lado, para irme a buscar a Isaac con un peso en el corazón tan grande como mis pasos.

Cain

Un pitido enervante me despertó.

Di vueltas en la cama y hundí la cara en la almohada con la esperanza de poder hacer caso omiso del despertador durante unos minutos más, pero el pitido no paró. De hecho, sonó cada vez más fuerte, hasta que por fin me resigné, salí de la cama y me fui a la parte de enfrente de la habitación, donde estaba mi móvil. Desactivé la alarma bostezando y me arrastré al baño a prepararme para una sesión de entrenamiento con Jules.

¿A cuál de los dos le pareció buena idea quedar para entrenar a esas horas, después de una noche de juerga? No sabía qué hora era cuando Roxy, Shaw, Jules y yo volvimos al cuartel, pero juraría que los pájaros ya cantaban. Tal vez debería haber seguido el ejemplo de Ella, que se fue unas horas antes.

Me di una ducha fría a regañadientes porque el agua no salía caliente, otra vez más, luego me puse la ropa de entrenamiento antes de subir en ascensor a la planta superior.

En cuanto la puerta de acero se abrió ante mí, oí las voces de las distintas zonas de entrenamiento y ejercicio. Podía hacer lucha cuerpo a cuerpo o a distancia, práctica de tiro, ejercicio de cardio o muscular, había una sala de práctica para todos los gustos.

Cogí una botella de agua y miré alrededor. A esas horas la sala de ejercicio estaba bastante vacía. Los Cazadores del turno de noche estaban en la cama, el primer turno había salido a la calle, y la mayor parte del de día estaba haciendo sus trabajillos. Solo había unos cuantos Cazadores, y para mi asombro entre ellos estaban Ella y Owen. Jules aún no había llegado, así que me acerqué a ellos.

Ella estaba tumbada boca arriba con las piernas flexionadas, Owen le sujetaba los pies mientras ella intentaba hacer algunas abdominales sin mucho éxito.

—Vamos —la animó Owen. La larga melena de color rubio oscuro le caía suelta sobre los hombros, y llevaba la barbilla cubierta por una barba de tres días—. ¡Lo conseguirás, Ella, creo en ti!

—¿Por qué me haces esto? —se quejó ella, e intentó levantar el torso, pero se desplomó casi al instante sobre la colchoneta y se quedó tumbada con los brazos estirados. No entendía cómo Owen la había motivado a levantarse tan pronto para ir allí, pero siempre había sido una buena influencia para ella.

—Porque eres importante para mí y no quiero que te devore un hombre lobo —contestó Owen con un brillo divertido en los ojos—. Y ahora, vamos, otra vez arriba.

Ella gimió como si padeciera un dolor insoportable.

—No la atormentes tanto —dije yo entre risas, y me puse en cuclillas a su lado sobre la colchoneta.

Ella era justo lo contrario a mí. Me encantaba el deporte y el movimiento y hacía lo posible por ir a las salas de entrenamiento todos los días. Si un día no lo conseguía, me sentía perdida y descompensada. Ella, en cambio, estaría encantada si no tuviera que volver a poner un pie en una cinta de correr o una colchoneta deportiva.

Le di mi botella de agua.

Ella la aceptó agradecida y bebió un trago.

—¿Cuánto tiempo más estuviste por ahí ayer? —preguntó Owen—. Ella dice que aguantasteis más que ella.

—Mucho más —murmuré yo con un bostezo. Estaba acostumbrada a estar mucho tiempo despierta y dormir poco, pero la noche anterior había estado muy bien.

Por lo general mis días se distribuían en tres partes: dormir, entrenar, patrullar. No siempre en ese orden, y a veces en medio había una clase o un cumpleaños, como hoy, pero mi vida no consistía en mucho más. Las visitas al bar como la de anoche eran más la excepción que la regla, y lo notaba.

—¿Qué tal te fue con tu madre? —le devolví la pregunta a Owen.

—Bien, pero como siempre en la cuerda floja con tantas preguntas de los familiares. Creo que me consideran la persona más holgazana de la Tierra.

A diferencia de Owen y su padre, su madre no era de los Cazadores y tenía un trabajo normal y corriente. Por supuesto, conocía las actividades de su marido y su hijo, pero el resto de la extensa familia materna no sabía nada de la existencia de Cazadores y criaturas.

Ella se levantó con un gemido.

—¿Le gustó mi regalo?

Owen sonrió.

—Sí, se alegró mucho.

—¿Qué le regalaste?

—Un anillo como el mío —dijo Ella, y levantó la mano derecha, donde lucía un anillo en el dedo corazón con una piedra mágica del nivel cuatro, color magenta oscuro—. Me había dicho muchas veces cuánto le gustaba, así que le compré una copia.

—Fue muy buena idea.

Ella siempre hacía los mejores regalos. No sé cómo se las ingeniaba, pero siempre encontraba algo adecuado y sabía lo que quería alguien antes de que esa misma persona supiera que lo necesitaba en su vida. En mi decimonoveno cumpleaños, unas semanas antes, me había regalado un vale para hacer surf en interior. Fue uno de los mejores días de mi vida, pero a mí jamás se me habría ocurrido.

—Hola —nos saludó Jules, que en ese momento se dejó caer en la colchoneta a mi lado—. ¿Qué es esta sesión de terapia? ¿Puedo unirme?

Ella sonrió a Jules.

—Claro. ¿En qué podemos ayudarte?

—Estoy enamorado de una mujer que ni siquiera sabe que existo. ¡Ayuda!

Ella enarcó las cejas con interés.

—¿Harper?

Solté un bufido.

—¿Quién si no?

—Deberías hablar con ella y decirle sin más cómo te sientes, pero sin presionarla —dijo Ella.

—Eso ya se lo aconsejé yo —intervine—. O te olvidas de ella de una vez.

Mi mejor amiga asintió decidida.

—Exacto.

—A veces no es tan fácil —se entrometió Owen, con los brazos apoyados en las rodillas—. Ni siempre es fácil aparcar los sentimientos, sobre todo si tienes que ver constantemente a esa persona.

Ella desvió la mirada de Jules a su compañero de lucha.

—Pues cambia algo. Evítala.

—¿Y si no funciona? —preguntó Owen.

—Siempre hay una manera.

—Para mí no —intervino Jules, y así volvió a ser el centro de atención—. La única opción de evitar a Harper a la larga sería cambiar de cuartel, y eso ni hablar. Toda mi vida está en Edimburgo.

—Entonces tienes que olvidar a Harper —aseguró Ella.

—O sufrir para siempre —añadí.

Jules me lanzó una mirada sombría.

—Gracias, Cain. Eres de gran ayuda.

Sonreí con picardía. Jules sabía que no lo decía en ese sentido. Aunque no fuera muy fan de Harper y me gustaba tomarle el pelo con eso, haría todo lo posible por ayudarle. Para apartarse de ella o para ganársela. Solo tenía que decirme qué hacer, y yo lo haría.

Estuvimos charlando un rato más. Owen nos contó una expulsión de un espíritu que había hecho una semana antes con Ella cerca de Loch Lomond. En realidad ese lago, cerca de Glasgow, no pertenecía a nuestra zona, pero como los Cazadores de Almas eran muy pocos, muchas veces Owen y Ella tenían que viajar por media Europa para atrapar espíritus porque nadie más podía ocuparse. Solo los Cazadores de Almas tenían la visión del alma, que les permitía ver espíritus de la fase uno y dos. Los Cazadores con un amuleto como mínimo del nivel tres también podían eliminar a espíritus de la fase tres y cuatro, pero los Cazadores de Almas tenían una conexión especial con las almas muertas.

Luego Owen y Ella se fueron a prepararse para su patrulla mientras Jules y yo empezábamos nuestro entrenamiento. Con mi lista de canciones preferidas en los oídos, primero tocó la cinta de correr. Empecé despacio y fui subiendo hasta casi correr. Se me aceleró la respiración, el corazón me latía con más fuerza y me salió un graznido de la garganta que pasé por alto. Un vampiro tampoco le prestaría atención si lo perseguía. Jules y yo hicimos una pequeña carrera, a ver quién recorría más kilómetros en una hora, y Jules y sus piernas largas ganaron como de costumbre. A continuación, entrenamos la lucha cuerpo a cuerpo, aunque Jules, el muy aguafiestas, como siempre insistió en luchar con armas de madera en vez de puñales de verdad. Además, últimamente hacíamos una incursión en la piscina de la planta baja del cuartel para nadar unos largos.

—Lo siento, pero tengo que irme —dijo Jules, y salió de la piscina. Le caía agua del pelo y hacía que los mechones rojos pareciesen casi marrones—. Floyd y yo tenemos turno ahora.

Me quedé en el agua y lo miré con desconfianza.

—Qué envidia.

—Pronto volveremos a salir juntos. —Cogió su toalla y empezó a secarse—. ¿Cuándo tienes que ir hoy a la armería?

—A las cinco, pero antes debo ir a un cumpleaños infantil. ¿Pasarás después del turno? —pregunté procurando sonar neutral, pero seguramente Jules intuía que no quería estar sola con

Warden. Pasar tiempo a solas con él era como deambular durante horas con unos zapatos tres números demasiado pequeños. Apretaban, rozaban y dejaban unas ampollas dolorosas que te acompañaban durante días. Seguramente tardaría meses en olvidar esa semana con Warden y en alcanzar la situación mental y emocional en la que me encontraba antes.

—Claro —contestó Jules—. A lo mejor puedes enseñarme unas cuantas armas nuevas molonas, y yo las puedo probar con Warden.

Sonreí agradecida.

—Lo que tú quieras.

Warden

—¿Qué haces aquí?

Con esas palabras me saludó Becky cuando me abrió la puerta de su tienda, un local pequeñito con recuerdos para turistas cerca de High Street. Aún era muy pronto por la mañana, la tienda no abría hasta una hora más tarde, pero hasta entonces había que llenar y clasificar las estanterías.

—Trabajo aquí.

Becky apoyó un brazo en el marco de la puerta para bloquearme la entrada en la tienda.

—No, ya no.

Puse cara de confusión.

—¿Por qué?

—¿Lo dices en serio? —Soltó una carcajada—. Hace cinco semanas que no vienes.

—Pero te escribí que estaría fuera.

Becky sacó el móvil del bolsillo de los pantalones, marcó unas cuantas veces y se aclaró la garganta:

—«Estoy en Londres, no podré venir durante los próximos días. Volveré pronto, Warden» —leyó en voz alta el mensaje que le había enviado. Luego alzó la vista hacia mí—. Ya está. No escribiste más. Y solo para que quede claro, este mensaje lo recibí veinte minutos después de que empezara tu turno.

—¿Eso significa que estoy despedido? —pregunté. Solo por asegurarme.

—Sí, exacto. Y ahora lárgate, tengo cosas que hacer. —Antes de poder contestar, Becky me cerró la puerta en las narices.

Solté un suspiro y le di la espalda a la tienda, sin saber qué hacer. ¿Cuántos trabajos se habían ido al traste ya este año? ¿Era el noveno? ¿El décimo? Había perdido la cuenta. Tampoco era importante. Los trabajos en sí me daban igual, pero los necesitaba para financiar mi búsqueda de Isaac. El cuartel no se hacía cargo de los billetes de tren a Londres para venganzas personales, como tampoco del alquiler del taller.

Enojado, me puse en marcha y me dirigí paseando hacia High Street. Lo disfruté porque a esas horas no ibas tropezando con cientos de turistas. Hice una parada breve para coger un café, y luego me dirigí al gimnasio donde trabajaba Wayne. A lo mejor podía conseguir un trabajo allí.

—¿Qué quieres? —pregunté cuando un tipo con un traje gris oscuro apareció de pronto a mi lado marcando el mismo paso. De la muñeca colgaba una pulsera color pastel.

Me sonrió.

—Solo charlar un poco. ¿Cómo estás?

—Me acaban de despedir, pero seguro que eso ya lo sabes —contesté, y le di un sorbo al café.

Kevin torció el gesto.

—Sí, lo he observado.

—Necesitas urgentemente una vida propia, Kev.

—A mí me parece bien mi vida tal como es —contestó él, y se puso a hurgar en el maletín. Encontró una tableta de chocolate, la desenvolvió y le dio un mordisco con un suspiro placentero. A veces se comportaba de una manera curiosamente humana—. ¿Cómo va el aparato que le prometiste a Roxy?

—Estoy trabajando en ello. —Aún no había logrado grandes avances, pero después de sacar sangre a Roxy me pasé media noche atrincherado en el taller y le di un buen empujón.

—No entiendo por qué le ayudas. Se metió ella misma en un lío.

—No sabía lo que hacía cuando destruyó el amuleto de Amelia —defendí a Roxy. No la conocía muy bien, pero saltaba a la vista que se arrepentía de lo ocurrido y que no era su intención robar esos espíritus a Ulises, el rey del inframundo.

—La ignorancia no exime del castigo.

—Puede ser, pero no merece acabar en el inframundo. Es una buena persona.

—Nunca has estado allí. A lo mejor no está tan mal como dice todo el mundo.

Lancé una mirada inexpresiva a Kevin.

—Ya, y como no está tan mal, siempre estás por aquí.

Kevin hizo una mueca.

—Me está dando la sensación de que no disfrutas de mi compañía.

Me esforcé por no poner los ojos en blanco. De hecho, Kevin me caía bien de un modo muy peculiar. Nos unía una extraña amistad desde que casi tres años atrás estuve a punto de morir por primera vez intentando descubrir solo el nido de lamias. Aun así, preferiría que no apareciera sin parar en todas partes. Sobre todo porque su presencia podía ser una señal de mi muerte inminente. Si de verdad algún día llegaba el momento, ni siquiera asociaría a Kevin a una señal de advertencia.

Llegamos al gimnasio.

Abrí la puerta de entrada y eché un último vistazo a mi acompañante.

—¿Quieres entrar conmigo?

—No, gracias. El deporte no es lo mío. —Me sonrió y al cabo de un segundo había desaparecido.

Suspiré y entré en el gimnasio. Dentro olía a colchonetas de goma y se oía el tintineo del metal. Fui directo al mostrador de la entrada, tras la cual estaba sentada una de las entrenadoras. Se me había olvidado su nombre.

—¿Está Wayne?

—Sí. Está en las pesas —contestó la mujer (¿Charlie? ¿Charlotte? ¿Chelsea?) con una sonrisa, y me estudió la cara con la mirada, despacio y con bastante descaro, y el torso.

Pasé por alto sus miradas ofensivas y le di las gracias por la información antes de ir a buscar a Wayne. No pude fisgonear mucho tiempo. Estaba entrenando en una de las máquinas de remos.

Cuando me vio venir, sus movimientos se volvieron más lentos hasta que paró.

—¿Te ha despedido Becky? —preguntó sin saludar. Era evidente que llevaba un rato entrenando, tenía la cara roja y el pelo sudado.

Me senté en un banco de pesas.

—Sí.

—Y ahora estás aquí porque necesitas trabajo.

—Me conoces demasiado bien.

De hecho, conocía a Wayne de toda la vida. Igual que a Cain, lo conocí en el cuartel cuando tenía cinco años. Era unos años mayor que yo, por eso de niños pasamos poco tiempo juntos, pero luego nos acompañó a Cain y a mí en nuestra formación. Y fue él quien encontró aquel día a mi madre junto con su compañera de lucha, Eva, y puede que le salvaran la vida. Por lo menos desde entonces para mí era lo más parecido a un mejor amigo.

—Entonces, ¿me ayudas?

Wayne se limpió el sudor de la frente y me atravesó con esos ojos de color gris claro.

—No, olvídale.

—¿Por qué?

—Porque Rolf no te contratará. No después de lo que pasó la última vez.

—De eso hace más de un año —protesté.

Además, no fue culpa mía que un vampiro me siguiera hasta el gimnasio. Prácticamente eligió él su muerte, ¿qué iba a hacer yo? ¿Dejarlo escapar? Por supuesto, tuve que eliminarlo en uno de los vestuarios.

—Lo siento, no saldrá nada. Ya me costó bastante en su momento convencer a Rolf de que no informara a la policía. Prueba en una cafetería, siempre buscan ayudantes.

Resoplé.

—Exacto, porque mis dotes de camarero son increíbles.

—Encontrarás algo —intentó animarme Wayne, y me indicó que me levantara y le dejara libre el banco. Se tumbó y me coloqué detrás de él para quitarle los pesos si era necesario. En silencio, levantó las pesas despacio varias veces y las volvió a bajar igual de lento antes de decir, jadeando —: He visto que has traído refuerzos de Londres.

—Sí, Roxy y Shaw querían ver nuestro cuartel.

—Seguro que no les vendrá mal una pequeña pausa, después de todo lo que pasó con Maxwell Cavendish. Su muerte debió de remover muchas cosas en el cuartel de Londres. ¿Conocías a Maxwell?

—Sí, estaba presente cuando murió.

Wayne arrugó la frente.

—¿Cavendish no murió en Francia?

Asentí, pero no dije nada más porque no quería hablar sobre lo ocurrido en París. Dios mío, no quería ni pensarlo porque entonces me asaltaban los recuerdos. Todos hablaban de Maxwell, pero no era el único Cazador que falleció aquel día. Dominique se fue con él, y yo no paraba de preguntarme qué podría haber hecho para salvarla.

Parecía que se repetía un patrón en mi vida. La gente que me importaba moría en manos de alguna criatura porque yo no era capaz de protegerlos. En el caso de mis padres yo no estaba, pero con Dominique fue distinto. Se encontraba justo a mi lado, y no fui lo bastante fuerte, o rápido, no fui capaz de protegerla de Amelia y el puñal. La muerte de Dominique fue culpa mía.

—Será mejor que me vaya —dije antes de que Wayne pudiera hacer más preguntas—. Los trabajos no se encuentran solos.

En los escalones de delante del gimnasio y, tras una breve investigación de anuncios de ofertas en los alrededores, me dirigí de nuevo al centro de la ciudad a recorrer todas las cafeterías. En efecto, era un camarero horrible, pero un trabajo era un trabajo y el dinero era el dinero, y haría cualquier cosa si me pagaban. Bueno, casi todo. Y si alguien me contrataba de camarero en cierto modo era culpa suya.

Para entonces la Royal Mile se había llenado de turistas, que estaba claro que solo existían para complicarme la vida y plantarse en medio de la calle sin previo aviso o cambiar de dirección con brusquedad y hacerme tropezar. Fui de cafetería en cafetería sin mucho ánimo para ver si había alguna oferta colgada en el cristal. Si buscaban a alguien, entraba a rellenar un formulario de solicitud.

Una campana en la puerta me anunció al entrar en la siguiente cafetería, donde buscaban un camarero a tiempo parcial. En el interior había mucho bullicio. Todas las mesas estaban ocupadas, delante de la vitrina de pasteles se había congregado un puñado de gente y en la barra también algunas personas esperaban a que las sirvieran. Olía a bollos dulces y café amargo. La sala estaba invadida por un mar de voces, y en la parte del fondo del local se oían sonoras carcajadas infantiles. Por un momento pensé en dar media vuelta, pero dependía de un trabajo nuevo, así que hice caso omiso de los chillidos nerviosos.

—Eh —atrapé a un camarero que pasó por mi lado con una bandeja llena de tazas de café—. He visto que buscáis gente. ¿Con quién hablo para presentar mi solicitud?

—De eso se encarga Jillian —contestó el tipo.

—¿Y dónde puedo encontrar a Jillian?

—Está ahí detrás. Sigue por el pasillo. —El tipo señaló en la dirección de donde procedían los gritos infantiles.

Genial.

Le di las gracias y me fui a buscar a Jillian, pero lo que encontré fue el origen del ruido. En la parte de atrás de la cafetería había un cumpleaños infantil en pleno apogeo. Había globos por todas partes, una mesa llena de regalos y una mujer, supuse que Jillian, estaba llevando una tarta. Sin embargo, los niños no prestaban atención al pastel. Aún no. Toda su atención la atraía una mujer disfrazada de Cenicienta que, con su vestido de muñeca azul, tenía que ir con cuidado de no tumbar todo lo que tenía cerca.

—¿Quién tiene ganas de cantar una canción conmigo? —preguntó Cenicienta en ese momento, y los niños reaccionaron con entusiasmo. La princesa disfrazada aplaudía encantada.

Algo en ese gesto atrapó mi mirada y me hizo fijarme mejor en Cenicienta. De pronto me resultó familiar, era raro. La manera de hablar y de moverse...

—¡Joder! —se me escapó.

Decenas de cabezas se volvieron hacia mí, y todos los padres presentes me miraron enfadados, pero yo solo tenía ojos para una persona: Cenicienta.

Error, Cain.

Ella también levantó la cabeza y me miró. Llevaba el puro pánico escrito en la cara. Incluso a través de la gruesa capa de maquillaje que tapaba las pecas vi que mi aparición la hizo palidecer. Eso era todo lo que necesitaba saber. En ese momento Cain era la niña y yo el monstruo en el armario. Era su peor pesadilla que yo revelara su secreto. Ni siquiera sabía que existía, y eso hacía que saberlo fuera aún más dulce.

Cain

Tres años antes

Tres meses después del examen de Cazadores

Yo caminaba nerviosa de un lado a otro en la antesala del despacho de Grant mientras esperaba a que Warden y él volvieran a salir. Ya llevaban más de media hora ahí dentro.

El jersey que me había puesto estaba sudado, y me picaba el cuero cabelludo de los nervios mientras intentaba convencerme de que había hecho lo correcto.

Avisar a Grant y decirle que Warden se había ido a atrapar a Isaac había sido lo más inteligente. Solo era por su seguridad. Entendía por qué deseaba venganza: lo que les habían hecho a sus padres era horrible. Pero ni Emma ni James habrían querido que su único hijo se pusiera en peligro de esa manera. Yo tampoco, y estaba segura de que Warden también me entendería cuando superara la primera tristeza más intensa y la rabia.

De pronto me quedé quieta y contuve la respiración por enésima vez durante los últimos treinta minutos, o eso me pareció, con la esperanza de oír algo de lo que decían a puerta cerrada. Sin embargo, lo único que percibía eran murmullos apagados. Estaba tan ensimismada que me estremecí del susto cuando de repente alguien empujó la puerta de cristal que daba a la antesala.

Me di la vuelta y vi a Wayne. La mirada de sus ojos claros de Cazador de Almas era impetuosa, y llevaba el uniforme, así que cabía suponer que venía de patrullar y que Grant lo había llamado. No era de extrañar, porque de alguna manera Wayne estaba metido en todo ese asunto. Además de ser la mano derecha de Grant, fue él quien encontró a la madre de Warden y ayudó a reparar el caos que habían provocado Isaac y sus vampiros.

Wayne se detuvo a mi lado.

—Hola.

—Hola —contesté con la voz áspera.

—¿Cómo estás?

Me encogí de hombros porque ni yo lo sabía. Me sentía culpable, pese a haber hecho lo correcto. Sentía el luto de Warden y al mismo tiempo estaba furiosa con él por haberme puesto en esa situación. Todos esos sentimientos estaban enterrados bajo una capa de incertidumbre porque no sabía qué demonios estaba pasando ahí dentro tanto tiempo.

Wayne asintió y aceptó mi respuesta vaga. Esperaba que entrara en el despacho de Grant, pero en cambio se sentó en una de las sillas de la antesala, juntó las manos en el regazo y me hizo compañía en silencio.

Cinco minutos más tarde, Warden abrió la puerta del despacho. Llevaba el pelo alborotado y tenía sangre pegada en las mejillas. Era evidente que se había topado con una criatura con la que desahogar la rabia antes de que lo encontraran los demás Cazadores. Sin embargo, más que la

sangre me inquietaban las sombras que acechaban en el rostro y el odio en sus ojos. Hasta entonces solo lo había visto tratar con semejante hostilidad a vampiros, hombres lobo y otras criaturas, pero ahora el asco que transmitía su mirada era por mí. Solo por mí.

Tragué saliva y procuré disimular mi reacción, aunque me oprimiera la garganta que mi compañero de lucha me mirara así. Como si tuviera ganas de clavarme un puñal entre las costillas.

—Wayne, por favor, lleva a Warden a una de nuestras celdas de castigo —dijo Grant, que salió de su despacho detrás de Warden. A diferencia de este, no parecía enfadado ni furioso, solo exhausto y decepcionado, y sobre todo cansado—. Va a pasar cuatro semanas de arresto domiciliario. Además, se le anula el examen de Cazador. Bórralo de todas las misiones hasta que haya repetido el examen.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué?

Grant me miró.

—Warden ha infringido nuestra regla más importante: nunca salgas a cazar solo. Y encima después de que yo le diera vacaciones expresamente. Su conducta debe tener consecuencias, si no, no sé cómo acabará esto. Las reglas existen por vuestra seguridad.

—Pero... —De pronto entendí el odio desmedido en los ojos de Warden.

—Tiene que haber un castigo. No podemos permitir que otros jóvenes Cazadores y aspirantes imiten ese comportamiento. Warden puede repetir el examen después del arresto para recordar los valores de nuestro cuartel. La seguridad es lo primero.

—¿Y con quién voy a cazar yo? —En realidad no era eso lo que quería decir. De hecho, quería suplicar a Grant que no le quitara la licencia a Warden, pero en ese momento no pensaba con claridad. Yo no quería eso, ¡de ninguna manera! Quería proteger a Warden, no quitarle la única constante que le quedaba en su vida.

—Jules será tu compañero provisionalmente —contestó Grant—. En cuanto Warden repita el examen, podréis volver a ir juntos.

—Por encima de mi cadáver. —Las palabras de Warden fueron como un puñetazo en el estómago.

—Warden...

Di un paso hacia él, pero retrocedió, no solo uno o dos pasos, sino varios, como si no hubiera distancia suficiente entre nosotros. Luego sacudió la cabeza y se volvió hacia Wayne, que le pidió que estirara los brazos. Cacheó a Warden como si fuera un delincuente y le quitó todas las armas. Yo no paraba de mirar el tatuaje del antebrazo derecho, que parecía burlarse de los dos. Era el mismo símbolo, con la misma fecha y la misma abreviatura geográfica que el que llamaba la atención en mi piel.

Wayne le dio a Grant las armas que le había quitado a Warden, luego salió sin decir nada de la antesala y recorrió el pasillo hasta las celdas de castigo, que también estaban en el primer nivel del cuartel.

Seguí con la mirada a Warden con el corazón acelerado. Por dentro esperé, recé, supliqué que se volviera de nuevo hacia mí, para darme a entender que yo no había destruido nuestra amistad para siempre. Que aún había esperanza.

Sin embargo, Warden no se dio la vuelta, se fue directo, como si tuviera prisa por alejarse de mí. ¿Qué había hecho?

Cain

Con los hombros tensos y, con suerte, cierta apariencia de normalidad, atravesé el cuartel de los Cazadores de camino a mi habitación. Mis pasos resonaban en los pasillos subterráneos, y tenía los dedos agarrados con fuerza a la bolsa de deporte. Dentro metí el vestido de Cenicienta. Preferiría luchar desarmada contra una horda de vampiros que encontrarme a uno de los demás Cazadores.

«Pero Warden te ha visto.

Warden te ha visto.

Warden. Te. Ha. Visto».

Las palabras corrían en un bucle infinito por mi mente y me aceleraban el pulso. En un momento estaba hablando con los niños tan campante, metida en mi papel, y al cabo de un segundo ahí estaba Warden, con una sonrisa autocomplaciente en el rostro. Se me paró el corazón; sabía perfectamente que esa expresión no significaba nada bueno para mí. Sin embargo, Warden había desaparecido de la cafetería antes de poder explicarle la situación y pedirle que me guardara el secreto. Con suerte se lo quedaría para él...

Metí el vestido en el fondo del armario, como siempre, y luego me dirigí a la armería.

Igual que los días anteriores, Warden aún no había llegado. Me despedí de Hugo antes de que notara que algo me pasaba.

Pasaron unos cuantos Cazadores para equiparse con armas. Me saludaron como de costumbre, así que por lo visto Warden aún no había ido contando a gritos mi secreto. Aun así, el retortijón nervioso que sentía en el estómago empeoraba con cada segundo que no podía hablar con él.

Jules siempre decía que exageraba, pero no sabía lo que era ser mujer entre Cazadores de Sangre. Cazar vampiros no era tarea fácil, esos monstruos eran más rápidos, fuertes y letales que la mayoría de las criaturas. Hacía siglos que la caza de vampiros era un dominio masculino. Muchas Cazadoras preferirían que les asignaran a un Cazador de Magia o de Almas para ayudarlos a buscar brujos o espíritus del bosque. Para lograr mi objetivo de algún día llegar a la cima del cuartel de Edimburgo primero me tenían que tomar en serio, y aun así no era una garantía. A mi madre todo el mundo la tomaba en serio, era una Cazadora excelente, y aun así Grant no la nombró a ella jefa de los Cazadores de Sangre, sino a Xavier. Bailar tarareando ataviada con un vestido de muñeca seguro que no reforzaba mi posición dentro del cuartel.

Por fin Warden entró en la armería con media hora de retraso.

Me habría gustado mostrarme fría, indiferente, pero tenía los nervios de punta. Dejé caer la pistola que estaba limpiando.

—¿Dónde estabas?

—Y a ti qué te importa —contestó con aspereza, y pasó por mi lado para coger una escopeta

de perdigones del contenedor de armas que había que limpiar o hacer mantenimiento. Con unos cuantos gestos hábiles la desmontó en sus piezas.

Suspiré.

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué? —La pregunta sonaba inocente, pero a mí Warden no me engañaba. Vi el brillo burlón en los ojos, aunque intentara ocultármelo.

Durante los años que entrenamos juntos había aprendido a leerlo como si fuera un libro abierto. Había cambiado, pero seguía siendo la misma persona, y conocía sus tics. Sabía que se ponía a reír cuando estaba nervioso, que solo dormía bien si estaba de espaldas a la pared y que siempre inclinaba la cabeza un poco a la derecha cuando mentía. Era un movimiento pequeño, apenas visible, del que sin duda Warden ni siquiera era consciente.

—Sobre lo que has visto hoy.

A Warden se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Cierto, algo había...

Me agarré al borde de la mesa.

—¿Podrías no contarle?

Él levantó la mirada de la escopeta.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque te lo pido yo. Sé que a lo mejor sientes la necesidad urgente de complicarme la vida, pero si se enteran los demás mi reputación en el cuartel saldría muy perjudicada —aclaré, con la esperanza de que Warden entendiera lo serio que era para mí—. Me ha costado mucho que me respetaran como Cazadora de Sangre.

—Entonces, ¿por qué haces ese trabajo?

—Está bien pagado, y los horarios son flexibles. Ya sabes que es muy difícil encontrar un trabajo que se pueda combinar con nuestra labor en el cuartel, así que, por favor, no me lo destroces.

Warden me observó, aún con una sonrisilla en los labios. Era evidente que disfrutaba viéndome inquieta. Como si fuera un pez fuera del agua. Mi vida estaba en sus manos. Podía devolverme al mar o dejarme morir en la orilla.

Contuve la respiración, tensa, cuando de pronto se abrió la puerta de la armería.

«El momento perfecto».

Me volví hacia los recién llegados y tuve que reprimirme para no hacer una mueca al ver a Harper. Por lo visto no solo se había propuesto complicarle la vida a Jules, también a mí. Hoy llevaba el pelo negro recogido en una trenza, y en el cuello se bamboleaba un amuleto del nivel uno.

—Hace unas horas le he dado mi catana a Hugo —dijo ella sin saludar, y el sonido dulce y suave de su voz me sorprendió; como siempre, no encajaba para nada con su manera de comportarse—. Quería arreglármela antes de mi patrulla.

Warden no se movió, y yo tampoco me moví del sitio. Le lancé una mirada que decía: «Ve a mirarlo». Él me contestó con una mirada de «no, hazlo tú» mientras enarcaba un poco las cejas.

En otras circunstancias no habría cedido, pero aún me debía una respuesta a mi petición. Molesta, me dirigí a la estantería con las armas personales entregadas para su mantenimiento. La catana de Harper estaba clasificada en la «I» de Ivanov.

—Gracias —contestó ella, y observó la hoja. Parecía contenta con el trabajo de Hugo porque al poco tiempo se dio la vuelta, asintió, se guardó la catana con un movimiento ágil en la funda que

llevaba en la espalda y desapareció sin decir más. Solo quedó un leve aroma a jazmín.

De verdad no entendía qué le veía Jules. Sí, era guapa, pero como todos los Cazadores y Cazadoras de Magia. En ese sentido no era nada especial, y consideraba a Jules lo bastante inteligente para no dejarse seducir solo por una cara bonita.

—¿Qué te ha hecho Harper? —interrumpió Warden mis pensamientos.

—No sé de qué hablas.

—¿De verdad? Pues era una mirada bastante asesina.

—Aún me debes una respuesta —dije, y así zanjé el tema de Harper. No iba a hablar de los sentimientos de Jules con Warden. No lo odiaba tanto como a mí, pero lo que Jules sintiera por Harper no era asunto suyo.

—De acuerdo, te guardaré tu pequeño secreto. Con una condición.

De nuevo se me escapó un fuerte suspiro. ¿Por qué no me sorprendía?

—¿Cuál sería?

—Me debes un favor.

Levanté las cejas e intenté contener la ira creciente hacia Warden. Siempre conseguía, una y otra vez, tocar los botones justos para que me subiera por las paredes. Estaba ansiosa porque llegara el momento en que nuestros caminos se separaran de nuevo.

—¿Qué favor?

Warden se encogió de hombros.

—Ni idea, ya se verá. En algún momento te pediré algo, y lo harás sin rechistar porque yo hoy he cerrado el pico.

—No me gusta.

—Acéptalo o no. Tú decides.

Mierda. Sabía que no debería dejarme. Eso era coacción, pero si corría la voz de algo de lo que había visto Warden hoy, la fama que me había trabajado durante los últimos años se habría acabado. Aunque en realidad esas dos cosas no deberían tener nada que ver. Como mujer, podía llevar vestidos rosas y laca de uñas fucsia sin perder el respeto mientras hiciera bien mi trabajo, pero en ese cuartel muchos de los chicos aún no habían llegado a esa conclusión. Y justo por ese motivo era tan importante que hiciera todo lo que estuviera en mi mano para ser directora del cuartel; solo así podría romper los viejos modelos de conducta y las reglas de los Cazadores.

—De acuerdo, un favor. Pero no puede ser nada ilegal ni sexual.

Warden soltó un bufido y me dedicó una mirada despectiva.

—Créeme, Cain, eres la última persona de este mundo a la que pediría un favor sexual. Así que no te preocupes, puedes conservar tu virginidad un tiempo más.

—Yo no soy... —empecé a decir, sin terminar la frase. Warden solo quería provocarme, y no iba a permitírselo. Ya tenía suficiente con aceptar un trato con él, porque, fuera lo que fuese lo que me pidiera, seguro que no me gustaría—. Perfecto, entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Eso parece.

—Bien —contesté, y fui a buscar la pistola y los utensilios de limpieza para retomar mi trabajo. Solo era un castigo, pero al final lo que yo quería era que Hugo y Grant estuvieran contentos conmigo.

Pasaron unos cuantos Cazadores más a buscar sus armas para el turno de noche, pero en cuanto empezó el turno la sala se quedó tranquila, y Warden y yo, a solas.

Hice lo posible por no hacerle caso, pero su presencia era como el viento en la cima de Arthur's Seat: siempre estaba ahí y era difícil de ignorar cuando el pelo te azotaba en la cara.

Aun así, intenté concentrarme en mi trabajo y con el tiempo encontré un ritmo equivalente al de Warden, hasta que el desmontar, limpiar y montar las armas se convirtió en una especie de competición silenciosa, por lo menos en mi cabeza. Por el rabillo del ojo veía cuándo Warden cogía otra arma de tiro e intentaba acabar la mía antes que él. Eso me motivaba y, si era más rápida que él, sentía cierta satisfacción, aunque él no supiera nada de mi victoria.

En algún momento me fijé en que Warden no paraba de levantar la cabeza y mirar a un rincón vacío de la sala, ensimismado. De vez en cuando se le contraían las comisuras de los labios como si en su cabeza imaginara una broma. Al principio procuré no hacerle caso, pero no lo conseguí, sobre todo cuando Warden soltó un gruñido por sorpresa, como si quisiera reprimir una carcajada. Me invadió una sensación de inseguridad. ¿Se estaba riendo de mí?

Dejé el arma en la que estaba trabajando.

—¿Qué te hace tanta gracia?

A Warden se le relajaron los rasgos de la cara, divertidos.

—Nada.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué sonríes todo el tiempo?

—La pregunta es mucho más importante: ¿por qué me observas todo el tiempo?

—¡No te observo! —lo negué por instinto, y me arrepentí de haber abierto la boca. Si Warden quería tener conversaciones divertidas consigo mismo en su cabeza, era asunto suyo.

—Entonces, ¿cómo sabes que sonrío todo el tiempo?

—Es... es una manera de hablar. Me ha llamado la atención —balbucí. Antes me cortaría el dedo pequeño del pie que admitir que me fijaba más en él que en las armas que tenía en las manos; también las sabía montar a ciegas.

Warden enarcó las cejas.

—Entonces no niegas que me estabas observando.

—Como si tú no me observaras.

—No te he observado. Estaba oyendo a Kevin.

Arrugué la frente.

—¿Quién es Kev...?

No llegué a terminar la pregunta porque en ese momento se abrió la puerta de la armería y Grant entró en la sala. Iba a saludar, pero me detuve al verle la cara desfigurada por el dolor y advertí que no estaba solo. Mi madre estaba justo detrás de él. Lucía una profunda arruga entre las cejas y tenía los labios muy apretados, como si intentara disimular sus sentimientos. Sin embargo, su mirada vidriosa me decía mucho más de lo que quería saber, y también demasiado poco. Se me aceleró el corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó Warden, y evocó un recuerdo que preferiría olvidar, solo que entonces estaba Wayne al lado de Grant, en vez de mi madre. Al parecer, en ese momento Warden fue consciente de lo mismo porque dejó la pistola en la que estaba trabajando—. ¿Le ha pasado algo a mi madre?

Grant respiró hondo, pero sacudió la cabeza.

Warden respiró aliviado junto a mí, pero yo no sentí nada de alivio. Mi madre no me había quitado ojo de encima ni un segundo en todo el rato. Una ola de miedo y pánico se apoderó de mí cuando de pronto tuve la absoluta certeza de que era por mi padre. Era Cazador de lo Sinistro y se había ido unas horas antes con su compañero de lucha. Como todas las noches.

Sentí un mareo que me provocó náuseas y se me llenaron los ojos de lágrimas. Aunque no quería oírlo ni saberlo, hice la pregunta que me pesaba:

—¿Qué ha pasado?

—Todavía estamos intentando averiguarlo —contestó Grant con una entereza que debía de llevar muchos años practicando—. Hace media hora hemos recibido un mensaje de emergencia de Jules. Él y Floyd han seguido a un vampiro por Portobello hasta una piscina abandonada que ha resultado ser un nido de vampiros. Por lo visto se estaba celebrando una especie de reunión, Isaac también estaba.

Al mencionar al rey de los vampiros, Warden se levantó de un salto de la silla.

Yo, en cambio, no me moví. Escuchaba aturdida las palabras de Grant, procurando dotarlas de sentido. No se trataba de mi padre, sino de Jules. Mi Jules. Mi compañero de lucha.

—Han pedido ayuda —continuó Grant—. Les hemos enviado a todos los equipos de Cazadores que estaban en las inmediaciones. No sé si han iniciado un ataque prematuro o si los han descubierto, pero cuando han llegado los refuerzos ya era demasiado tarde.

—¿Qué... qué significa eso? —pregunté con voz temblorosa, y deseé que Grant no me tuviera en vilo y me dijera de una vez qué había pasado. ¿Jules seguía vivo? ¿Sí o no?

—Los vampiros ya habían desaparecido. Nuestra gente solo ha podido recuperar el cadáver de Floyd.

—¿Y Jules? —No lo pregunté yo, sorprendentemente fue Warden. Habría jurado que se interesaría primero por Isaac, pero le agradecí que hiciera la pregunta que me había costado formular. El miedo por Jules me subía por los brazos como si fuera piel de gallina.

Grant se frotó la frente.

—Aún no lo sabemos. Solo hemos encontrado a Floyd y a un puñado de vampiros muertos, además de dos cadáveres humanos que de todos modos ya llevaban unos días ahí. Hemos podido rescatar el móvil de Jules, pero de momento no hay rastro de él. Hemos rodeado la zona, y Xavier ha formado varios grupos de búsqueda.

—De acuerdo, dadme cinco minutos —me oí decir sin vacilar, y salí corriendo a buscar mi equipo y ponerme a buscar a Jules.

Sin embargo, cuando no había dado ni tres pasos, mi madre me impidió el paso.

—No, Cain, tú te quedas aquí.

—¡Ni hablar! —protesté, mientras lidiaba con el temblor que quería apoderarse de mi cuerpo. No me iba a quedar sin hacer nada a esperar novedades si podía ayudar a encontrar a Jules. Era mi compañero de lucha. Éramos un equipo, y no iba a dejarlo en la estacada mientras él estaba ahí fuera en algún sitio, puede que herido y jugándose la vida—. Quiero estar en uno de los grupos de búsqueda. Quiero ayudar.

—Tu madre tiene razón —dijo Grant, y se colocó al lado de mi madre, como si temiera que me escapara—. No sabemos qué ha pasado con Jules.

—Justo por eso quiero ayudar.

—No estás en condiciones de ayudar.

—¡Claro que sí!

Grant sacudió la cabeza.

—No, no es verdad. Mira cómo te tiemblan las manos. Además de ser un peligro para ti misma, eres un peligro para los demás. Necesitan concentrarse en Jules y no pueden cuidar de ti.

—Pero...

—No, Cain, te quedas aquí —ordenó Grant, y miró a Warden—. Y lo mismo te digo a ti. Sé lo que estás pensando, pero tenemos que ser estratégicos si queremos atrapar a Isaac. Lo último que necesitamos ahora son incursiones en solitario. ¿Lo habéis entendido?

Warden apretó los labios y no dijo nada, pero vi en sus ojos el dilema y la desesperación a la que se enfrentaba. Yo me sentía igual. ¿Por qué no me dejaban ayudar? Era una Cazadora extraordinaria, conocía a Jules mejor que la mayoría, y si se había escondido en algún sitio, tal vez podía...

Mi madre se acercó a mí y me colocó detrás de la oreja un mechón de cabello rojo. Las palabras que pronunció a continuación no eran las de una Cazadora de Sangre de alto rango, sino las de una madre como cualquier otra.

—No te preocupes, cariño. —Me agarró de la mano y la apretó—. Los Cazadores más competentes de Edimburgo están ahí fuera buscando a Jules.

«Pero yo no».

—¿De verdad no me vais a dejar ir? —insistí por última vez, porque cualquier otra cosa para mí habría sido como abandonar a Jules. Y eso no lo haría, jamás.

Mi madre me miró muy seria.

—Es por tu seguridad.

Parpadeé y tragué saliva para evitar la sensación de entumecimiento que se había apoderado de mi cuerpo. Tenía ganas de llorar y gritar, pero ni una cosa ni la otra me devolvería a Jules. En cambio, me sorprendí asintiendo. No porque quisiera, sino porque debía hacerlo. Cada poro de mi piel se rebelaba contra esa decisión, pero cada segundo que seguíamos allí sobraba. Isaac y sus vampiros no necesitaban más para matar a Jules si les apetecía. Si es que no lo habían hecho ya hacía tiempo.

—¿Y yo? —dijo Warden.

Grant ladeó la cabeza.

—¿Qué pasa contigo?

—Tengo prohibido cazar, pero ¿y si respeto las reglas del juego? ¿Puedo ayudar entonces? —Warden tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciar esas palabras, pero por lo visto su deseo de matar a Isaac era mayor que su orgullo.

Grant lo observó pensativo hasta que asintió.

—De acuerdo, puedes venir. Pero si te sales de la línea una sola vez...

—¡No lo haré!

—Bien, entonces vámonos. Cain, te informaremos en cuanto hayamos encontrado algo. —Grant se dio la vuelta y se fue, seguido de mi madre, que sin duda también estaba en un grupo de búsqueda.

Warden se dispuso a seguirlo, luego se paró y se volvió hacia mí:

—Haré todo lo posible por encontrar a Isaac. —La salvaje determinación que transmitía su mirada reforzaba su promesa.

Apreciaba su ayuda, pero se equivocaba si creía que me interesaba el rey de los vampiros.

—No quiero a Isaac. Quiero a Jules.

Warden asintió en silencio y salió presuroso tras los demás.

Lo seguí con la mirada, incluso cuando ya había cerrado la puerta de la armería. Me quedé ahí quieta, intentando entender los últimos minutos que parecían una pesadilla. Un mal sueño que se había convertido en una amarga realidad.

Isaac, el rey de los vampiros, había vuelto.

Y tenía a Jules.

Cain

Cain: *¿Hay novedades?*

Durante los últimos tres días no había hecho tantas veces una pregunta como esa. Inquieta, no paraba de caminar a la espera de que mi madre me contestara. Sin embargo, no me escribía y, como todas las veces anteriores, mi mente alterada por la preocupación intentó desentrañar cómo interpretarlo. ¿Habían encontrado el cadáver de Jules y querían decírmelo en persona? ¿O mi madre estaba en una lucha a vida o muerte y por eso no podía contestar? ¿Y si ella o mi padre salían heridos?

—¡Deja de pensar en esas cosas! —me ordené a gritos. Si no lo dejaba ya, iba a volverme loca.

Respiré hondo, cogí las carpetas que había preparado para la clase y me fui con los niños a la hora de teoría del día. Wayne me había ofrecido hacerse cargo de la clase, pero yo agradecía la distracción y, además, en la búsqueda de Jules él podía ayudar más.

Había preguntado a mi madre, Grant y Xavier como mínimo una decena de veces si podía unirme al grupo de búsqueda, pero me lo negaron una y otra vez. Igual que los padres de Jules, Charles y Olivia, debía mantenerme al margen por mi excesiva implicación emocional. Una parte de mí sabía que tenían razón, pero lo de estar sentada y esperar me estaba haciendo perder el juicio.

Los niños notaron que no estaba del todo por la labor. Mientras les explicaba la diferencia entre los distintos tipos de seres de sangre no paraba de atascarme en las frases porque se me iba la mente a Jules y el mensaje sin contestar en mi móvil. ¿Por qué nadie me contestaba?

Me sentí aliviada cuando por fin fueron a recoger a los niños y pude regresar al piso de mis padres para volverme loca allí a escondidas y con suerte pillar a mi madre en cuanto volviera de patrullar. Ya llevaba tres días instalada con ellos porque no soportaba estar sola en mi habitación. Mis padres apenas estaban en casa porque aprovechaban cada minuto libre para buscar a Jules, pero estar en la casa de mi infancia tenía un efecto tranquilizador en mí.

Bueno, tranquilizador hasta cierto punto: la mayoría del tiempo caminaba nerviosa de un lado a otro o practicaba deporte hasta que me encontraba mal. Mientras tanto estaba en una especie de trance en la que fantaseaba unas veces con el regreso de Jules y otras con su muerte. Imaginaba que llamaban a la puerta, y cuando la abría, ahí estaba Jules; pero como mínimo con la misma frecuencia imaginaba cómo sería saber que habían encontrado su cadáver. Una idea que intentaba descartar con vehemencia. Jules no estaba muerto. Si Isaac y los suyos lo hubieran querido matar, lo habrían hecho allí mismo, igual que con Floyd. Sin embargo, se habían tomado la molestia de secuestrarlo. Eso tenía que significar algo. Además, conocía a mi compañero de lucha. Jules era fuerte, listo y hábil, y mientras respirara encontraría la manera de sobrevivir y volver conmigo. De eso estaba convencida. Por desgracia, eso no cambiaba que por enésima vez

deseara haber estado con él aquella noche y no con Warden en esa maldita armería.

Desbloqueé el móvil, que estaba al lado en el sofá, me daba la sensación de que lo hacía cada cinco minutos, para ver si mi madre, Wayne o alguno de los demás Cazadores habían contestado. Solo encontré un mensaje de Ella que, como yo, quería saber si había novedades. De hecho, quiso sumarse a uno de los grupos de búsqueda, pero luego la llamaron junto con su padre, su compañera de lucha y Owen para una emergencia en Helsinki.

Le contesté antes de tocar en el contacto de Jules y leer de nuevo el último mensaje que nos habíamos enviado.

Cain: *¡Estoy furiosa!*

Jules: *¿Qué pasa?*

Cain: *Warden me ha visto.*

Jules: *¿¿??*

Cain: *En el cumpleaños infantil. ¡Con el disfraz!*

Jules: *¿En serio?*

Cain: *¡Sí! Estaba en pleno número de Cenicienta y... de pronto ahí estaba él.*

Jules: *OMG! ¿Qué te ha dicho?*

Cain: *Nada. Ha sonreído y se ha ido antes de que pudiera hablar con él.*

Cain: *Te juro que si se lo cuenta a alguien, lo mato.*

Jules: *Eso quiero verlo.*

Cain: *Lo digo en serio.*

Jules: *Ya lo sé...*

Jules: *Dime si necesitas ayuda para enterrar el cadáver.*

Cain: *Gracias, tú sí que eres un amigo. <3*

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y de pronto se abrió el pomo de la puerta. Me levanté de un salto del sofá y atravesé volando el pequeño piso hasta llegar a mis padres, que en ese momento estaban en el pasillo.

Me paré al verlos. Estaban mugrientos y manchados de sangre, pero lo que de verdad me dio miedo fue la expresión vacía de sus ojos. Durante los últimos días habían vuelto exhaustos y decepcionados de la búsqueda, pero no desesperados. Ahora el brillo de esperanza se había apagado.

El corazón me latía con tal fuerza que dolía y tuve que agarrarme a la cómoda del pasillo cuando la habitación se puso a dar vueltas alrededor.

Mi madre no paraba de mirarme a mí y a mi padre, que se quitaba la chaqueta de los hombros. Su silencio me ponía más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿Qué... qué pasa? —tartamudeé con un temblor traicionero en la voz—. ¿Habéis encontrado a Jules?

Mi madre sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿qué pasa? —Sabía que había pasado algo. Mis padres eran Cazadores experimentados, llevaban casi tres décadas siéndolo. Había pocas cosas que los conmocionaran o los dejaran sin palabras, habían visto demasiadas atrocidades en su vida. También estaba mi mensaje sin contestar...

Mi padre se aclaró la garganta. Me miró con sus ojos azules.

—Será mejor que nos sentemos.

Asentí, aunque la tensión me estaba matando, pero mis padres venían de patrullar catorce horas. Merecían sentarse.

Fuimos al salón y, mientras se desplomaban en el sofá, les fui a buscar algo de beber a la cocina. Solo pude llenar a medias los vasos porque las manos me temblaban un horror.

—Gracias —dijo mi padre con una leve sonrisa que no se reflejó en los ojos.

Nerviosa, me senté enfrente en su butaca de leer.

Mi madre bebió del vaso, pero lo dejó en la mesa tras darle solo un sorbito y respiró hondo antes de volverse hacia mí. Tenía los ojos hundidos y unas ojeras oscuras alrededor.

—No hemos encontrado a Jules.

Asentí.

—Hemos peinado la zona de alrededor de Portobello. En todo Edimburgo los Cazadores están buscando a Jules, y Grant también ha avisado a otros cuarteles. Ya han pasado setenta y dos horas, y sigue sin haber rastro de Jules.

—¿Sí...? —No entendía adónde quería ir a parar. Todo eso ya lo sabía.

—Acabamos de tener una larga conversación con Grant, Xavier, la tía Olivia y el tío Charles —continuó mi madre, sin parar de buscar a mi padre con la mirada, como si no aguantara seguir mirándome—. Y, después de sopesar todas nuestras opciones y probabilidades, hemos decidido con todo el dolor de nuestro corazón no seguir con la búsqueda de Jules.

Miré perpleja a mis padres. Seguro que no lo había entendido bien.

—¿Queréis abandonar la búsqueda?

Mi madre agachó la cabeza, luego asintió despacio.

—Lo siento, Cain, pero no hay nada que indique que los vampiros hayan dejado con vida a Jules. No tienen motivos para hacerlo. Si Isaac lo tuviera de rehén, nos habría exigido algo hace tiempo.

No quería, me resistí, pero aun así se me llenaron los ojos de lágrimas de frustración. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Querían renunciar a Jules sin más? ¿Después de solo tres días?

—¿Y a la tía Olivia y al tío Charles les parece bien? ¿Lo aceptan y ya está? —contesté, alterada. Esto no podía estar pasando. No debía pasar. Me negaba a aceptarlo.

Mi madre me agarró de la mano, pero yo la retiré. Ella suspiró, pero no volvió a intentar tocarme.

—Cain, ninguno lo hemos aceptado sin más. ¿Crees que nos resulta fácil tomar esta decisión? Todos queremos a Jules, y le echaremos de menos, pero tenemos que enfrentarnos a la verdad. Está muerto, tu tía y tu tío también lo admiten.

Sacudí la cabeza con fuerza mientras todo alrededor desaparecía tras un velo de lágrimas y sentía que me quedaba sin aire. ¿Querían dejar a Jules a su suerte?

—Cain... —empezó mi madre, pero la interrumpí.

—Jules no está muerto. ¡Si fuera verdad, habríais encontrado su cadáver!

—No se encuentra a todos los fallecidos —intervino mi padre—. Nuestro trabajo es peligroso, y las posibilidades de que Jules siga con vida son tan escasas que no podemos seguir malgastando recursos en buscarlo. Ahí fuera hay otras personas que necesitan nuestra ayuda. Gente a la que aún podemos salvar.

—¡Sí, personas como Jules! —grité, furiosa, en ese momento lo que más deseaba en el mundo era destrozar algo a golpes—. ¿Y si os equivocáis? ¿Y si Isaac solo ha secuestrado a Jules? ¡Roxy y Shaw os contaron lo de todos esos Cazadores!

Mi madre respiró hondo.

—Sí, también lo hemos pensado, pero parece ser que Amelia fue la responsable de la desaparición de los Cazadores, y está muerta. Y Floyd... —Dejó la frase en el aire, pero yo sabía lo que quería decir. Floyd también estaba muerto. Si a Isaac o a algún vampiro le interesara encarcelar a alguien, se lo habrían llevado a él también, y no solo a Jules.

—Entendemos tu rabia, pero no hay nada que podamos hacer. Hemos registrado la ciudad entera.

La voz tranquila y relajada de mi padre fue como un puñetazo en la cara. No entendía cómo podían conservar la calma de esa manera. Si fuera yo en lugar de Jules, ¿también renunciarían a mí tan rápido? ¿Después de solo tres días? ¿Para ellos no valdría ni una semana entera?

Apreté los labios porque no sabía qué contestar. Era evidente que la decisión ya estaba tomada y no tenía vuelta atrás.

Me levanté del sofá sin decir nada, cogí mi móvil y me fui del salón. Oí la voz de mi madre por detrás que me llamaba, pero aceleré el paso y no paré hasta que llegué a una zona muy distinta del cuartel.

Me temblaba todo el cuerpo, presa de la ira. Se me habían secado las lágrimas, como si la rabia incontenible las hubiera evaporado. Jules no se lo merecía. No iba a permitir que aquello acabara así. Lo que le había pasado era culpa mía. Si en Halloween hubiera esperado a los refuerzos en vez de matar sola al vampiro de Warden, nada de eso habría pasado. Grant no me habría enviado a la armería, y yo habría estado con Jules, en lugar de Floyd. Lo habría protegido, y en cambio lo había dejado en la estacada. Pero no iba a volver a dejarlo colgado. Me daba igual lo que hubieran decidido Grant y los demás. Si no buscaban ellos a Jules, lo haría yo misma. A la mierda las reglas. A la mierda las normas. A la mierda todos los que creían que estaba bien dar por perdido a Jules.

Warden

Las manos me olían a sangre, y el pelo, a aguas residuales. Ya me había duchado, pero el hedor del alcantarillado se me pegaba con insistencia. Me dejé caer en la cama con la nariz arrugada, esperaba dejar de notar el olor en algún momento.

Acababa de volver de patrullar durante doce horas con el resultado de diez vampiros muertos, y me dolían todas las partes de mi cuerpo. En realidad me tocaba el último turno en la armería, pero, después de lo que había pasado con Jules, me concentré en una sola cosa: Isaac había vuelto. El asesino de mis padres. Durante tres años había seguido todas sus pistas por toda Europa sin acercarme nunca. Ahora estaba en Edimburgo, y no iba a dejarlo escapar otra vez, aunque tuviera que prender fuego a la ciudad entera.

Saqué el móvil para ver si había novedades. Por primera vez en años volvía a formar parte de un grupo de mensajes de Cazadores, en este caso era donde todos los equipos que participaban en la búsqueda de Jules intercambiaban información. Como era inevitable, me pregunté si también se creó entonces para buscar a mi padre. Los paralelismos eran espeluznantes, con la única diferencia de que a Jules y Floyd no les habían atacado en su casa. Sin embargo, igual que en el caso de mis padres, Isaac había aparecido de la nada para luego desvanecerse de nuevo sin dejar rastro. Igual que no había indicios que condujeran a Jules, tampoco los había que llevaran al rey de los vampiros. Algunos Cazadores incluso dudaban de que estuviera de verdad presente aquella noche. En su llamada de emergencia, Jules había dicho que había visto a Isaac, pero,

como la mayoría, solo lo conocía por fotografías y algunas imágenes de vídeo granuladas. Cabía la posibilidad de que se hubiera equivocado, como habían insinuado algunos Cazadores en el chat. Sin embargo, yo no dudaba de lo que había dicho Jules. Antes éramos algo parecido a amigos hasta que la amistad entre Cain y yo se hizo añicos. Era un Cazador muy bueno, y muy subestimado. Siempre iba vestido como un payaso, pero era listo, hábil, y jamás habría afirmado algo así de Isaac a la ligera.

Salí de mis cavilaciones cuando llamaron a la puerta.

Sorprendido, me incorporé. No esperaba a nadie, y muy poca gente se plantaba en la puerta de mi habitación de forma espontánea. No tenía muchos amigos en el cuartel, aparte de que durante los últimos tres años apenas había pasado tiempo allí.

Saqué las piernas por el borde de la cama y me puse las gafas, ya me había quitado las lentillas. Sin ayuda era ciego como un topo.

Cuando abrí la puerta, parpadeé aturdido. ¿Estaba dormido y me había despertado en un recuerdo?

—Hola. —Cain parecía hecha polvo. Llevaba la melena pelirroja recogida en un sencillo moño, y una sudadera con capucha en la que prácticamente se perdía. Además de las oscuras ojeras, tenía los ojos hinchados y rojos, pero la mirada... era lúcida y llena de ira. Una rabia que por una vez no parecía dirigida a mí. Aun así, me mantuve en guardia.

—Hola.

Carraspeó.

—¿Puedo pasar?

Dudé. Los últimos encuentros entre Cain y yo no habían acabado nada bien, pero no me daba la impresión de que hubiera venido a discutir. Con la esperanza de no arrepentirme después, di un paso a un lado.

Cain entró y paseó la mirada por mi habitación, que era idéntica a la suya. Había una cama, un armario de pared con espejo, un escritorio con un televisor de pantalla plana anticuado colgado encima y un baño contiguo con ducha. Sin embargo, a diferencia de en su habitación, en la mía no regía un orden militar. Había armas y ropa por todas partes, y tenía las paredes llenas de notas y pistas de Isaac, sus vampiros y otras criaturas. Sobre el escritorio se amontonaban libros sobre Baldur, que había sacado de la biblioteca unos días antes.

—Esto está igual que antes —corroboró Cain, y cogió una de las libretas de encima del escritorio. Era una de las que no estaban llenas de comentarios y notas, sino de dibujos, una afición para la que ya no tenía mucho tiempo.

Le quité la libreta de bocetos de la mano.

—¿Qué quieres, Blackwood?

—Han decidido dejar la búsqueda de Jules.

Aún no había leído nada de eso en el grupo.

—¿Cómo lo sabes?

—Mis padres acaban de decírmelo. Por lo visto, ellos, los padres de Jules, Grant y Xavier han decidido en su grupito que no había indicios útiles sobre su supervivencia. Y como ya lleva tres días desaparecido, no quieren malgastar más recursos —explicó Cain, en un tono tan amargo que quedaba claro que las palabras no las había elegido ella.

La decisión no me sorprendió lo más mínimo. La búsqueda de mi padre duró dos días, y en el caso de los demás Cazadores que habían desaparecido durante los últimos años tampoco se habían dejado los cuernos precisamente. No tenía nada que ver con la crueldad: nuestro trabajo

entrañaba ciertos riesgos laborales que era necesario aceptar.

—Eso no explica qué haces aquí.

Cain respiró hondo, como si le costara pronunciar las palabras siguientes.

—Necesito tu ayuda.

Enarqué las cejas enseguida. ¿Había oído bien?

—¿Que tú necesitas mi ayuda?

—Sí, eso te acabo de decir. ¿O es que no hablo claro?

Se me despertó la curiosidad, lo suficiente para escuchar las siguientes palabras de Cain en vez de negarme en redondo. Me crucé de brazos.

—¿Y qué quieres de mí?

Nerviosa, se metió las manos en los bolsillos de su sudadera extragrande.

—Quiero que salgas de caza conmigo.

Parpadeé. Dos veces. Tres veces. Cuatro veces. Luego me eché a reír.

—Es broma, ¿no?

—No —contestó Cain con gesto imperturbable.

—No lo dirás en serio —insistí, divertido.

Ella asintió, y me entraron ganas de soltar otra carcajada. ¿Abusó con descaro de la confianza que yo le demostré un día, me traicionó y humilló, y ahora quería que volviéramos a colaborar? ¿Después de ignorarme durante tres años?

—¿Y? ¿Qué te parece? —insistió Cain cuando mi silencio se prolongó.

Sacudí la cabeza.

—Eres increíble. Después de todo lo que ha pasado, ¿de verdad crees que voy a volver contigo solo porque el reemplazo que me buscaste en su día ahora está muerto? Olvídalo. No soy un monito de feria que salta cuando a ti te conviene.

Por lo menos tuvo la decencia de parecer avergonzada.

—Ya... ya lo sé.

—Bien, pues ya te puedes ir. —Abrí la puerta y la invité a marcharse con un gesto.

Ella dudó, luego dio un paso adelante, pero no para irse, sino para plantarse delante de mí.

La miré: las pecas de la nariz se veían con claridad. Hacía años que no estábamos tan cerca. Solo tendría que estirar el dedo meñique para tocarla y, como si nunca hubieran existido esos años de distancia, mi cuerpo reaccionó. Como si hubiera olvidado que ahora odiaba a Cain. Se me aceleró el corazón, y noté un cosquilleo en los dedos, ansiosos por volver a tocar por fin a mi antigua compañera. Sin embargo, eso no iba a pasar. Hoy no, ni mañana. Nunca más.

—¿Por qué no te largas de una vez? —mascullé, irritado más conmigo mismo que con ella, mientras me preguntaba seriamente por qué lo hacía Cain.

Sin embargo, ella se mostró impasible ante mi rechazo.

—Quiero que me ayudes a encontrar a Jules —dijo, y por primera vez confesó lo que de verdad quería de mí.

—Acabas de contarme que se ha suspendido la búsqueda.

—Sí, pero... —Cain tragó saliva—. No estoy dispuesta a renunciar a Jules.

«Mira por dónde».

—¿Vas a actuar en contra de las instrucciones expresas del cuartel?

—Sí.

—Pero las reglas...

—A la mierda las reglas —me interrumpió, y el brillo furioso que le había visto en los ojos al

entrar volvió—. Quieren abandonar a Jules a su suerte, aunque no tienen pruebas de su muerte. No puedo permitirlo.

—¿Y yo tengo que ayudarte?

Cain asintió como si lo tuviera todo bien pensado.

Me pregunté si ella era consciente de la ironía del momento. Tres años antes ya habíamos estado en una situación muy parecida, pero entonces era yo el que le pedía ayuda. Y ella me la negó.

—Gracias, pero paso.

—¿Lo dices por lo que pasó aquella vez?

Vaya, entonces sí que era consciente de la ironía.

—No, lo digo porque los demás tienen razón: Jules está muerto.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé —dije, no porque quisiera ser malo o quisiera vengarme, sino porque era la verdad. Lo sabía desde que Grant y la madre de Cain entraron en la armería—. ¿Ves esto? —Me señalé el antebrazo tatuado—. Cada raya corresponde a un vampiro al que he matado. ¿Quieres saber cuántos son? Más de ochocientos, y eso en tres años. Conozco a esos chupasangres mejor que nadie. Son monstruos, y no quieren presos. No sé qué han hecho con el cuerpo de Jules para que no lo encontremos, pero está muerto. Los vampiros no tienen motivos para dejarlo con vida. Cuanto antes lo aceptes, mejor para ti.

Cain lo negó con la cabeza.

—Te equivocas.

—Ojalá tuvieras razón.

—Entonces, ¿no me vas a ayudar?

—No.

En la frente de Cain no apareció ni una sola arruga, y por un momento pareció que tenía algún argumento en la punta de la lengua o tal vez un insulto. Sin embargo, lo pensó mejor y retrocedió un paso, luego otro, y otro, hasta llegar al pasillo delante de mi puerta. No supe interpretar su mirada.

—Nos vemos, Warden.

«Qué remedio».

Warden

De: Grant Livingston
Para: Cazadores de Edimburgo – TODOS
Asunto: Julius (Jules) Marlowe y Floyd Gunnach

Tras mucha reflexión y ponderación, y de acuerdo con los padres de Julius, Olivia y Charles Marlowe, hemos decidido suspender la búsqueda de Julius porque no hemos encontrado indicios de su supervivencia. Lamentamos mucho su pérdida, igual que la de Floyd Gunnach. Mañana por la tarde tendrá lugar un funeral para ambos, a las ocho. Tanto la familia Marlowe como la familia Gunnach piden prescindir de las condolencias. Como siempre, la doctora Kivela está a vuestra disposición para ayudaros con el duelo.

*E*n cuanto Cain salió de mi habitación, llegó el mensaje de Grant a la bandeja de entrada. Había borrado el mensaje porque no tenía previsto ir al funeral. No quería perder el tiempo en discursos deprimentes, conversaciones hipócritas y risas forzadas. Prefería estar solo. Sin embargo, mi plan se vio frustrado por Roxy, Shaw y Finn, que volvieron expresamente de las Highlands para el funeral y me fueron a buscar sin preguntar. No sabía por qué me uní a ellos, pero lo hice.

—Hay mucha gente —comentó Shaw cuando entramos en la cafetería, donde se habían congregado unos doscientos Cazadores, puede que incluso más, porque el cuartel de Edimburgo era uno de los más grandes del mundo, con casi trescientos Cazadores activos. Estaba seguro de que nunca había visto la cantina tan llena.

Dejé vagar la mirada por un mar de personas vestidas de negro. No era nada inusual para un cuartel de Cazadores, pero la ausencia de armas y los semblantes tristes lo cambiaban todo. El aire no vibraba por la tensión y la ilusión ante la lucha, el ambiente era asfixiante. Los presentes hablaban en voz baja, nadie se reía ni hacía el tonto. Solo una persona era de verdad feliz allí: el chico de la camiseta fucsia que me hizo un gesto con la cabeza desde el otro lado de la sala. De hecho, no debería sorprenderme ver a Kevin. Seguramente los funerales eran su idea de una fiesta.

—Voy a decir hola a los padres de Jules —murmuró Finn, y tocó un momento el hombro de Roxy al pasar.

Los demás nos buscamos un rincón libre para no estorbar, porque, pese a las sillas adicionales que habían colocado, estaban todos los asientos ocupados.

Me apoyé en la pared y dejé vagar la mirada por la estancia. No estaba buscando en absoluto a cierta chica pelirroja que no me podía quitar de la cabeza desde nuestra última conversación.

Vi a Cain en una mesa con sus padres. En vez de la ropa habitual de Cazadora, llevaba un vestido negro sin mangas que resaltaba su figura entrenada.

Cain no tenía curvas pronunciadas como Roxy o Ella, sino el cuerpo cultivado de una Cazadora de Sangre: los músculos se dibujaban claramente en los brazos y no dejaban dudas de

que sabía golpear. A juzgar por la expresión de su rostro, en ese momento tenía ganas de golpear algo o a alguien. No parecía triste como la mayoría de los presentes, sino furiosa y como si prefiriera estar en otro sitio. Conocía muy bien esa rabia. La sentía ardiendo en mi interior desde que Isaac entró en casa de mis padres. Con los años se había convertido en una de mis mayores aliadas.

Se oyó el tintineo de un cuchillo contra un cristal. Las conversaciones enmudecieron y todas las cabezas giraron hacia el origen del ruido.

Grant se había subido a una mesa en medio de la sala. Llevaba un traje negro con una camisa oscura debajo; al lado estaba Hugo, que le cogía de la mano para apoyarle.

—Queridos Cazadores y Cazadoras que habéis venido para apoyar tanto a Roseanne y Percy Gunnach como a Olivia y Charles Marlowe en estos duros momentos. Hoy nos hemos reunido aquí para despedirnos de sus hijos, nuestros compañeros y amigos, Julius Marlowe y Floyd Gunnach. Hace cuatro días los dos fallecieron luchando contra vampiros. Dieron sus vidas para proteger a la gente de esta ciudad. Floyd era un Cazador de Magia ocurrente que nunca necesitaba instrucciones. Terminó su formación en Edimburgo el 11 de abril de 2009 y decidió a continuación...

Grant siguió hablando de Floyd, al que yo solo conocía por encima. Meforcé en escucharle, pero la mente se me iba una y otra vez a Cain. Aunque me había propuesto no volver a mirar hacia ella, sabía que seguía sentada en su sitio, como petrificada. Lo notaba. Era el mismo instinto gracias al cual percibía la presencia de una criatura, solo que Cain no era un monstruo. Era otra cosa, mucho más peligrosa. Igual que en el caso de un wendigo, un *banshee* o un vampiro, no conseguía cerrar los ojos y apartar la mirada. Formaba parte de mi naturaleza ponerme en peligro, por eso desvié la mirada de nuevo hacia ella. Estaba de brazos cruzados y seguía enfadada a todas luces, pero la expresión de los labios era más severa que antes. Dudaba que a los demás Cazadores les resultara tan fácil reconocerlo, pero yo estaba seguro de que estaba luchando a la desesperada por no llorar.

—Al lado de Floyd Gunnach estaba Julius Marlowe, al que todos llamábamos Jules. Era un Cazador de lo Sinistro fiable en todo momento y muy fructífero que terminó su formación aquí, en Edimburgo, el 6 de octubre de 2015. Desde entonces dedicó una gran parte de su tiempo a los Cazadores. Tras una breve temporada de pareja con Elliott Donovan, su nueva compañera de lucha fue su prima, Cain Blackwood.

Vi claramente que Cain se ponía tensa al oír esas palabras.

—Durante tres años los dos lucharon juntos contra las criaturas de la noche y se ayudaron el uno al otro. Formaban un equipo bien avenido, y Jules comentaba a menudo la increíble suerte que tenía de tener a Cain a su lado...

Antes de que Grant terminara la frase, Cain se levantó de un salto y salió de la cafetería dando zancadas.

Muchas cabezas giraron hacia ella, y el rostro de su padre adoptó una expresión atribulada, pero ni él ni su madre hicieron amago de salir tras ella.

—Perdonad —murmuré, antes de ser consciente de que lo estaba diciendo, y me abrí paso entre los demás Cazadores hacia la salida.

¡Mierda! Sabía que no debería hacerlo. No debería ir tras Cain. No era asunto mío, y seguro que yo era la última persona a la que quería ver en ese momento, sobre todo después de haberle dado calabazas. Pero algo en mi interior, tal vez la rabia que ahora compartíamos, me sacó de la cafetería. Fue un impulso que no pude resistir. Así que cedí y seguí a Cain.

Cain

«Formaban un equipo bien avenido, y Jules comentaba a menudo la increíble suerte de tener a Cain a su lado...».

Las palabras de Grant resonaban en mis oídos como una burla. Eran lo contrario de lo que había hecho por Jules: no estuve con él cuando más me necesitaba.

—¡Mierda! —maldije cuando tropecé con los zapatos de tacón y empecé a tambalearme.

Recuperé el equilibrio antes de caer, pero me paré un momento, me los quité y los dejé ahí mismo. A la mierda con ellos. Yo ni siquiera quería ponérmelos. Mis padres me habían convencido para llevar tacones en un funeral al que me hubiera encantado no ir. No pretendía lamentar la pérdida de Jules, porque no estaba muerto. Estaba convencida, por mucho que dijeran Grant, Warden y los demás. Estaba vivo, y lo iba a encontrar, aunque fuera sola.

Por lo general respetaba las reglas de los Cazadores, pero ¿cómo iba a respetar algo que iba en contra de mis principios morales? La respuesta era sencilla: no podía. Ningún castigo que Grant inventara para mí sería lo bastante duro para enterrar mi sentimiento de culpa. Puede que me jugara la posibilidad de ser directora del cuartel algún día, pero si ese puesto requería renunciar a Jules sin más, tampoco lo quería de todos modos.

Llegué a mi habitación y al cabo de un momento había cambiado el vestido por mi uniforme. Metí los pies descalzos en unas botas con refuerzos de hierro y en vez de las joyas de mi abuela llevaba mis dos kukris. Pero para salir a cazar necesitaba algo más.

El cuartel estaba muerto. No me encontré a nadie de camino a la armería a quien pudiera interesarle mis planes. Una vez allí, cogí todas las armas que me parecieron útiles y repasé mentalmente la munición que tenía que añadir.

—¿Qué haces ahí?

Di un respingo y me giré al oír la voz grave y vi a Warden parado en el umbral de la armería. Habría jurado que lo había visto con Roxy, Finn y Shaw en el funeral de Jules, pero a lo mejor me equivocaba. También llevaba el uniforme y los machetes amarrados en la espalda. Estaba muy distinto del chico que me abrió la puerta de su habitación el día anterior. Con las gafas y la camiseta estampada, seguramente con una alusión a algún anime, me había recordado tanto a mi Warden que por un momento creí que había subido a una máquina del tiempo. Sin embargo, fuera cual fuese su aspecto, ya no era mi Warden.

—¿Tú qué crees? —pregunté con amargura, y metí una pistola en la funda que acababa de atarme en el muslo.

Warden dio un paso hacia mí.

—Creo que te estás volviendo loca.

Solté un ruido divertido que sonó un tanto histérico. Tal vez tuviera razón. Puede que el miedo y la preocupación por Jules me estuvieran afectando a la cabeza y poco a poco me estuvieran haciendo perder el juicio.

Seguí equipándome bajo la atenta mirada de Warden hasta que estuve armada de los pies a la cabeza. Cuando me até en la muñeca el último cuchillo, con varias articulaciones y que adoptaba la forma de una pulsera, alcé la vista de nuevo hacia él.

—¿Por qué te quedas ahí sin hacer nada?

—Estoy esperando.

—¿A qué?

Enarcó las cejas como si yo fuera dura de mollera.

—A que termines.

—He terminado.

—Bien. —Separó los brazos que tenía cruzados en el pecho—. Entonces, vamos.

Arrugué la frente y salí de la armería detrás de Warden.

—¿Adónde?

—Eso depende. ¿Por dónde quieres empezar la búsqueda?

—Espera. —Lo agarré de la muñeca, así que se vio obligado a parar—. ¿Me vas a ayudar?

Warden soltó un bufido y puso cara de impaciencia.

—Sí, pero no le des tanta importancia.

—¿Por qué? —No lo entendía. El día antes me había dejado muy claro que Jules estaba muerto, que cualquier intento de buscarlo era una pérdida de tiempo, ¿y hoy quería ayudarme? A lo mejor no era yo la que estaba perdiendo la cabeza.

—¿Acaso importa?

—Sí.

Si solo estaba allí para complicarme la vida o espiarme y luego delatarme ante Grant, no me hacía ninguna falta. Aunque me iría muy bien tener a alguien como él a mi lado. No solo porque hacía años que cazaba sin la ayuda del cuartel, además era uno de los mejores luchadores que conocía. De todos modos, antes moriría que admitirlo delante de él.

—Quiero encontrar a Isaac —contestó Warden.

—De acuerdo...

—Y por lo visto Jules fue el último en verlo.

Entonces caí en la cuenta.

—Si encuentro a Jules, puede que tú encuentres a Isaac.

Warden asintió.

Por supuesto, su inesperada predisposición a ayudar no se debía a una repentina generosidad, pero no pasaba nada. Me daba igual por qué me ayudara, lo importante era que lo hiciera.

Seguimos en silencio el largo pasillo que conducía al aparcamiento subterráneo. Con mi código de seguridad desbloqueé la caja con las llaves de los coches que había a disposición de todo el cuartel, menos de Warden. Con sus misiones no autorizadas había perdido el derecho a usar esos coches y motos hace mucho tiempo.

Le lancé a Warden la llave porque yo odiaba estar al volante.

Tras una breve conversación, decidimos ir a Portobello. Era el último sitio donde habían visto a Jules vivo. Los grupos de búsqueda habían peinado la zona varias veces y a conciencia, pero no teníamos lugar adónde ir y tal vez habían pasado por alto alguna pista.

A esas horas las calles de Edimburgo estaban tranquilas. Apenas había tráfico, y el castillo, que de día recibía la visita de miles de turistas, se erguía majestático bajo la luz de las farolas sobre la ciudad dormida. Diez minutos después Warden, que conducía igual que peleaba, sin importarle las consecuencias, aparcó el coche delante de la piscina abandonada donde Floyd y Jules descubrieron a Isaac y sus vampiros.

Se me puso la piel de gallina, no solo por el frescor del aire nocturno. El edificio de una planta, con la cúpula en el medio, debía de llevar años vacío porque estaba bastante deteriorado. La fachada, antes clara, estaba descolorida y cubierta de grafitis que no tenían nada que ver con el arte. Había ripias en el suelo, como si el techo se hundiera un poco más con cada ráfaga de

viento. La puerta de cristal de la entrada estaba cerrada y solo sellada con una cinta protectora por si acaso. Al lado seguía colgada la misma tabla descolorida con las tarifas de la piscina en la pared, ya casi ilegible.

Sin decir una palabra, Warden y yo nos pusimos en marcha. Le di un golpecito al amuleto que llevaba colgado del cuello para que generara una ilusión que nos volviera invisibles a los dos. Lo último que necesitábamos eran testigos que vieran que entrábamos allí.

Warden retiró la cinta y entró en la piscina con uno de sus machetes en la mano y el otro aún en la espalda. Yo saqué un kukri y lo seguí de cerca.

En el interior olía a agua de lluvia estancada y mohó. También se notaba en el ambiente el suave aroma del desinfectante que había usado el grupo de limpieza de los Cazadores. Las hojas secas y los envases de plástico crujían bajo nuestros pies cuando nos acercamos despacio a las taquillas abandonadas. Había folletos amarillentos pegados en el suelo.

—Deberíamos dividirnos —propuse.

Warden lo negó con la cabeza.

—No, seguiremos juntos.

—Pero así es más rápido.

—He dicho que no.

Levanté las cejas.

—¿Es que tienes miedo?

Warden buscó mi mirada y me observó un rato antes de empezar a hablar muy despacio.

—Seguiremos juntos. Y si nos tenemos que separar, quedamos en el coche, ¿entendido?

¿A qué venía eso? Antes siempre nos dividíamos cuando teníamos que registrar edificios, y casi siempre nos salió bien. No sabía de dónde venía de pronto ese rechazo de Warden, pero si quería que siguiéramos juntos, así lo haríamos.

—¿Adónde vamos primero?

Warden señaló con la cabeza en dirección a los vestuarios.

Entramos en el largo pasillo con las armas en alto, nos desviamos de los numerosos vestuarios con las puertas también repletas de grafitis. Automáticamente me ocupé del lado izquierdo y Warden del derecho, igual que hacíamos antes. Comprobamos vestuario por vestuario para asegurarnos de que no amenazaba ningún peligro antes de ponernos a buscar rastros en la zona que pudieran darnos pistas de qué ocurrió la noche en que desapareció Jules. Luego nos dedicamos a las duchas de hombres y mujeres y dos trasteros.

Cada vez que salíamos de una estancia sin encontrar una pista mi esperanza se iba desvaneciendo. Las probabilidades de que descubriéramos algo que los demás hubieran pasado por alto eran escasas desde el principio, pero ¿por dónde íbamos a empezar la búsqueda si no?

Warden

—Nada —dije, y dejé caer mi machete.

Habíamos llegado a la piscina cubierta, y de momento lo único que habíamos encontrado era una parte de arriba de un bikini y botellas de cerveza que eran los restos de una fiesta que de todos modos parecía más de estudiantes que de vampiros.

El claro de luna brillaba a través de la cúpula, situada justo encima de la piscina vacía y cuyo cristal se había roto en algunos puntos, de manera que en la piscina se habían formado unos

pequeños charcos donde flotaban esquilas, hojas y más basura. Los trampolines sin usar, en parte rotos, sobresalían sobre el hueco vacío, en cuyo borde había un puñado de tumbonas manchadas.

Cain hizo un gesto hacia el ala oeste, donde una escalera subía a la primera planta.

—Sigamos por ahí arriba.

Me avancé mientras Cain nos cubría la espalda para que no nos atacara nada por detrás. Era espeluznante ver lo bien avenidos que estábamos como equipo después de tantos años. Como si nunca hubiera cambiado nada. Los dos sabíamos perfectamente qué hacer para funcionar bien juntos.

—¿Te acuerdas de nuestra primera caza oficial? —preguntó Cain en un susurro.

«¿Cómo iba a olvidarlo? Estábamos andando bajo la luz de la luna por el paseo marítimo, y casi me daba un infarto cada vez que de pronto salías corriendo a recoger basura que otros habían dejado en la playa».

—No —mentí. Pese a todo lo que había pasado entre Cain y yo, era uno de mis recuerdos preferidos, pero jamás lo admitiría. Menos delante de ella.

—Fue también aquí, en Portobello —dijo Cain, como si quisiera despertar mi recuerdo.

Habíamos llegado al extremo superior de la escalera. En vez de mirar a Cain, eché un vistazo al restaurante al que habíamos llegado. Las mesas y sillas estaban volcadas. Encima del mostrador de comidas aún estaban los carteles que anunciaban el pescado con patatas y otros platos. Detrás había una puerta cerrada que seguramente daba a la cocina.

—En Portobello..., ¿de verdad?

—Sí.

—Ya —gruñí—. Puede ser. He viajado mucho desde entonces.

La respuesta de Cain se hizo esperar dos, tres segundos. Luego se pasó por mi lado para entrar la primera en la cocina.

—Tampoco es tan importante —murmuró ella, pero por el tono se notaba que pensaba justo lo contrario.

De verdad que era un idiota, y una vez más eso dejaba claro por qué era mejor para Cain no tenerme en su vida. Salvo en esa última misión. Si ella lo lograba y yo encontraba a Isaac, tal vez lo más inteligente sería irse una buena temporada de la ciudad. Podría pedir que trasladaran a mi madre a Londres y volver con Roxy, Finn y Shaw. Seguro que Ingrid cuidaría bien de mi madre, y Nala no pondría ninguna objeción a reforzar su cuartel con un Cazador de Sangre, sobre todo porque en Londres no había muchos.

Iba a seguir a Cain hasta la cocina cuando retrocedió un paso y me puso una mano en el pecho para detenerme. Por instinto agarré con más fuerza el machete.

Cain me miró.

—¿Lo hueles? —dijo con los labios, sin hacer ruido.

Asentí. Romero. No sabía si era por la puerta cerrada o por el penetrante olor a agua de lluvia estancada, que gracias a las goteras en el techo era omnipresente, pero antes no había notado el olor a vampiro, una negligencia absoluta por mi parte.

Cain sacó el segundo kukri de la funda de la cadera y entró en la cocina.

Sentí un hormigueo en los dedos que me impulsaba a agarrarla, tirarla hacia atrás y hacer yo de avanzadilla, pero me contuve. Además de que Cain era más que capaz de avanzar, no se tomaría bien que me las diera de gran protector. Aunque era justo lo que quería hacer.

La cocina estaba aún en peor estado que el resto de la piscina. Se habían formado charcos en el

suelo, habían arrancado los armarios de la pared. Una rata salió pitando cuando entramos por encima del suelo de baldosas rotas. Las lámparas metálicas se bamboleaban torcidas del techo combado, que parecía que iba a hundirse en cualquier momento. Todo eso lo percibí en menos de un segundo porque acto seguido volví a centrarme en la sombra que emergió de la oscuridad.

El vampiro que se había escondido de nosotros allí dio un salto adelante e intentó agarrar a Cain. Ella esquivó su ataque y le clavó uno de sus kukris en el estómago. Soltó un grito y se sacó la hoja de las entrañas. Por un momento el hedor a sangre podrida inundó la sala.

Matarlo habría sido pan comido. Un solo vampiro, joven y no muy listo, no tenía nada que hacer contra dos Cazadores de Sangre con experiencia. Sin embargo, era mucho más difícil no matarlo, sino inmovilizarlo para interrogarlo.

Me vio en el mismo momento en que salté en plancha hacia él con mi machete. Le dio la espalda a Cain y se abalanzó sobre mí.

Luego todo fue muy rápido. Lancé el machete hacia Cain. En ese preciso instante saqué una pistola con la mano izquierda. El vampiro saltó sobre mí, y disparé una vez. La bala impactó en la herida que ya le había hecho Cain. Soltó un gruñido animal y se dobló. Caí con dureza al suelo.

El vampiro estaba demasiado afectado por el dolor para prestar atención a Cain, que había agarrado mi machete. Cogió impulso con la hoja y, con un solo golpe firme más fuerte del que era capaz una persona normal, separó la piel y el hueso y le cortó la pierna derecha al vampiro a la altura de la rodilla.

Soltó un rugido, un alarido estremecedor y tal vez, solo tal vez, me habría compadecido de él si no hubiera visto sangre seca en su ropa, sin duda los restos de su última comida humana.

Cain apartó el pedazo de pierna de una patada y soltó unas esposas del cinturón.

Agarré al vampiro, que tenía el rostro desfigurado por el dolor y atravesado por venas oscuras, y le puso las esposas, con una aleación de plata para soportar la fuerza de criaturas como esa. Luego me deslicé hasta uno de los armarios menos estropeados y apoyé la espalda en él con brusquedad.

Me miró furibundo con esos ojos brillantes rojos e intentó levantarse, pero con solo una pierna y las manos esposadas era imposible. Aparte de que seguía teniendo una bala en el estómago, lo que significaba que la herida no se podía curar por sí sola.

—¿Quieres o lo hago yo? —preguntó Cain, y apareció a mi lado. Tenía la cara salpicada con la sangre del vampiro.

Sin contestar, me puse en cuclillas al lado del vampiro hasta mirarlo a la altura de los ojos. Así veía bien los colmillos, tan pequeños que se confirmó mi teoría de que no hacía mucho que se había transformado.

—¿Dónde está Isaac?

—¡Suéltame! —rugió el vampiro, que intentó agarrarme.

—¿Dónde está Isaac? —repetí.

—¡Idos al infierno!

Solté un suspiro nervioso. ¿Por qué esos vampiros siempre tenían que ponerlo tan difícil? Sabía que iba a morir. Yo lo sabía. Cain lo sabía. Por Dios, hasta mi madre en coma lo sabía. ¿Por qué no decía la verdad directamente en vez de hacernos perder el tiempo?

—Isaac estuvo aquí hace cinco días —intervino Cain—. ¿Sabes algo de eso?

—¡Aunque supiera algo, no os lo diría!

—Pues deberías.

—¡Por encima de mi cadáver!

Se me movieron las comisuras de los labios.

—Eso se puede arreglar.

Estiré la mano, y Cain me dio uno de sus kukris.

El vampiro abrió los ojos como platos, presa del pánico. Por muy monstruosas, brutales y poderosas que fueran la mayoría de las criaturas, también temían el fin de su existencia. A diferencia de los humanos, los vampiros no iban a parar al mundo de los espíritus o al inframundo. Sus almas estaban condenadas y desaparecían en la nada.

—Dinos lo que sepas —le exigí al vampiro—. Es tu última oportunidad.

Tragó saliva.

—Pero no sé nada.

—¿De verdad? ¿Y por qué estabas hoy aquí?

—Quería esconderme. Nada más. No sé dónde está Isaac. No lo he conocido nunca.

Me incliné hacia delante.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! —Un temblor se había colado en la voz del vampiro.

—No nos mentirías, ¿verdad?

—No. Yo... de verdad no sé dónde está.

—Lástima —contesté, y le clavé el kukri al vampiro justo entre los ojos. Sus movimientos se paralizaron, y las manos cayeron dormidas al suelo. Dejé la hoja clavada en el cráneo y alcé la vista hacia Cain, que me miraba intrigada.

—¿Crees que decía la verdad?

Asentí.

—Sí, por lo menos su verdad.

Ese era el problema de interrogar a vampiros. Podías torturarlos y atormentarlos todo lo que quisieras, que si Isaac les había dado la orden de no hablar de él, no se podía hacer nada para romper ese juramento. La única ventaja consistía en que Isaac tenía que dar ese tipo de instrucciones cara a cara y con el tiempo el efecto se disipaba. Así que, si ese vampiro había estado bajo la influencia de Isaac, significaba que el rey había estado en contacto con él poco antes.

—¿Piedra, papel o tijera? —preguntó Cain.

Enarqué las cejas.

—¿En serio?

—Sí, ¿o te presentas voluntario?

Me incorporé.

—A la de tres. Uno, dos, tres... —Saqué el puño, mientras que Cain hizo la forma de las tijeras con los dedos—. Piedra gana a tijeras, tú lo registras.

Cain soltó un bufido.

—¿Por qué siempre ganas?

—Porque siempre sacas tijera.

—¡No es verdad!

—¿Quieres la revancha?

—Sí, otra vez a la de tres. Una, dos, tres...

De nuevo saqué el puño. Cain volvió a imitar una tijera con los dedos.

—¡Ah! ¿Cómo lo sabías?

«Te conozco».

—Registra al vampiro, yo voy a echar un vistazo al resto de la piscina —dije, aunque dudaba de que hubiera más de su especie, habíamos hecho demasiado ruido. Seguramente habían huido, o se habrían sumado a la pelea.

Como esperaba, el resto del edificio estaba vacío, y volví al cabo de diez minutos con Cain sin información nueva.

—¿Qué, has encontrado algo?

—Sí, esto. —Cain me dio una tarjeta de visita negra con unas letras doradas impresas que decía: «The Sorcerer, antigüedades. Propietaria: Fallon Emrys. ¿Busca un pedazo de historia para su casa? ¡Nuestra tienda es su sitio!». Debajo figuraba el horario y la dirección.

—Está cerca del cuartel —afirmé.

—Sí.

No tenía ni idea de por qué un vampiro llevaba encima la tarjeta de visita de una tienda de antigüedades, pero seguramente pronto lo averiguaríamos.

—Tenemos que hacer una visita a esa tienda.

Cain recuperó la tarjeta.

—Sin falta, pero primero tenemos que ocuparnos de esto. —Señaló al vampiro muerto—. No podemos dejarlo ahí, pero si llamamos al equipo de limpieza, Grant y los demás se enterarán de que estamos de caza.

—¿Tan grave sería? Al fin y al cabo no hemos infringido ninguna regla, éramos dos, justo como quiere Grant —comenté con desdén. Entendía por qué existían las reglas, pero para mi gusto Grant exageraba un poco. Hacía tres años que me las arreglaba solo, sin la ayuda del cuartel ni de nadie más. Y seguía vivo.

—Puede que no hayamos infringido esta regla, pero ¿qué crees que pasará si Xavier, Grant y mis padres se enteran de que andamos buscando a Jules, aunque la búsqueda se haya suspendido oficialmente? —preguntó Cain, mientras limpiaba las armas con la ropa del vampiro—. Nos echarán en cara que estamos malgastando tiempo y recursos, y nos suspenderán o nos volverán a asignar patrullas oficiales para que no nos quede tiempo de buscar a Jules.

—Vale, vale, mis labios están sellados.

Cain sonrió.

—Gracias. ¿Y qué hacemos ahora con nuestro amigo cojo? ¿Cómo te deshaces tú de tus cadáveres? Sé que Grant bloqueó a las brigadas de limpieza para ti.

Solté un bufido. Cain lo sabía, claro. Grant había ordenado a las brigadas que no volvieran a limpiar el «lugar de los hechos» en mi caso con la esperanza de que así volviera al camino de la virtud, pero no le salieron bien los cálculos.

Saqué el móvil.

Cain arrugó la frente.

—¿A quién llamas?

—A Wayne.

—Pero...

La interrumpí levantando un dedo cuando Wayne contestó. De fondo oí murmullos, era evidente que seguía en el funeral de Jules.

—Hola, necesito una brigada de limpieza en la antigua piscina de Portobello. Quería revisar el escenario cuando se me ha caído un vampiro en el cuchillo.

Wayne calló un momento.

—De acuerdo, pero dame unas horas. Mi turno no empieza hasta mañana a primera hora.

—Claro —contesté. Sabía que podía contar con Wayne. Se encargaba de todos los cadáveres que dejaba en Edimburgo y alrededores. En este caso también haría parecer que él se había encontrado con el vampiro durante su turno—. Voy a meter el cadáver en un armario de la cocina para que nadie lo encuentre antes que tú.

Wayne gruñó algo y dio por finalizada la llamada.

Guardé el móvil y miré a Cain, que había escuchado con escepticismo.

—No te preocupes, Wayne es de fiar.

—Ya lo sé. Por eso no contaba con que precisamente él desobedeciera las instrucciones de Grant de esa manera —dijo ella, que cabeceaba incrédula. Luego se levantó del suelo y me ayudó a esconder el cadáver en uno de los armarios.

Cain

—*E*s aquí —dije, y señalé el edificio encima de cuya puerta de entrada había escrito THE SORCERER en letras azul marino. Era una tienda con una pinta increíble, con grandes escaparates repletos de todo tipo de cachivaches. Parecía más bien una limpieza de casa que algo mágico.

—Entremos. —Warden abrió la puerta, que anunció nuestra llegada con un ruido tenue.

La tienda estaba abarrotada de infinidad de antigüedades. Había cómodas, armarios y sillas, pero también relojes de arena entre esculturas y jarrones.

Sin querer me pregunté si Jules conocía la tienda. Le encantaba todo lo relacionado con el diseño y el interiorismo, y a primera vista distinguí por lo menos una docena de cosas que sin duda le habrían arrancado suspiros embelesados.

Nos abrimos paso entre los trastos hasta la caja, donde había sentado un joven con el pelo castaño oscuro.

—Hola.

—Hola —nos saludó el tipo con una sonrisa pícara, como si supiera más de lo que quisiera revelar. En todo caso, la mirada sombría de Warden no parecía intimidarlo.

—¿Está Fallon? —pregunté porque, según la tarjeta de visita, que era idéntica a las que había en una cajita junto a la caja, era la propietaria de The Sorcerer.

—Sí, está detrás, en el almacén. Puedo ir a buscarla.

—Estaría bien.

El tipo ya se había levantado cuando se detuvo y se volvió de nuevo hacia nosotros. Nos miró a Warden y a mí con desconfianza.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Viejos amigos de Fallon —mentí. Mientras no supiera qué conexión había entre esa tienducha y los vampiros, no daría mi nombre bajo ningún concepto. No me sorprendería que esa Fallon Emrys resultara ser un chupasangre. Los vampiros encajaban bien en esa tienda.

—Esto es un poco aterrador —dijo Warden, como si me leyera el pensamiento. Se apoyó en el mostrador y dejó vagar la mirada por la estancia, que olía a papel viejo y capa de pulimento.

—¿Más que la piscina abandonada?

—¡Mucho más! ¿Has visto el reloj con el cuco inmortal?

Me reí y bajé la voz para que no nos oyera nadie, aunque no había nadie más en la tienda.

—¿Ha ido todo bien con Wayne y la limpieza?

Warden asintió.

—Sí, está todo solucionado.

Solté el aire, aliviada. Aún no podía creer que Wayne hiciera causa común con Warden. Sabía que eran buenos amigos, pero Wayne era también la mano derecha de Grant y una de las

personas más responsables que conocía. Jamás habría imaginado que justo él ayudaría a Warden en sus peligrosas intervenciones, actuando en contra de las instrucciones de Grant. Yo en su lugar no podría mirar a los ojos a Grant por pura mala conciencia, por eso me alegré mucho de no haber vuelto a ver al director del cuartel desde el funeral.

—Hola. —Una voz aguda interrumpió mis pensamientos. Levanté la vista y me encontré con un par de ojos de color gris azulado. Pertenecían a una mujer con una melena castaña, mucho más joven de lo que esperábamos, y sin duda no era una vampira—. ¿Nos conocemos?

Sonreí.

—No.

—Pero habéis dicho que erais viejos amigos de Fallon —protestó el chico a su lado.

—Era mentira —dijo Warden—. Lo siento.

Fallon se cruzó de brazos.

—De acuerdo... ¿Y quiénes sois exactamente?

—Yo soy Cain, y este es Warden. Estamos buscando a alguien a quien podrías conocer. Un chico joven, rubio, ojos marrones. Un poco larguirucho. Lleva una serpiente con una manzana tatuada en el hombro —describí al vampiro que habíamos matado—. ¿Lo conoces?

—Sí... —Fallon desvió la mirada, desconfiada, hacia Warden, y luego me miró de nuevo. Tal vez no fuera un vampiro, pero estaba claro que ocultaba algo. ¿Nos tomaba por polis?—. ¿Está en apuros?

—No. —«Ya no»—. Solo es que necesitamos su ayuda para algo.

Fallon dudó un momento antes de asentir con un suspiro.

—El chico a quien buscas se llama Travis Lee. Era subastador, entre otras cosas, de limpiezas de casas, de eso nos conocemos. Le he comprado cosas para la tienda muchas veces, pero ya hace una temporada que no hablamos.

—¿Tienes idea de dónde podemos encontrarlo? A poder ser en persona, no por teléfono.

Por supuesto, no íbamos a encontrarlo en ningún sitio porque su cuerpo era solo un montón de cenizas en la planta de combustión de los Cazadores. Sin embargo, tal vez la respuesta de Fallon nos llevara a saber cómo había entrado en contacto con Isaac y los vampiros, y pudiéramos seguir el rastro.

—En realidad, no. Eh... Espera, me recomendó muchas veces ese bar, el Tolbooth Tavern. Sonaba como si fuera cliente habitual.

Warden gruñó.

—¿Nada más?

—Eso me temo —contestó Fallon.

Le dimos las gracias y salimos de la tienda.

A Warden se le notaba que, como yo, esperaba más de la pista de las antigüedades, pero como no teníamos otros indicios, no podíamos ponernos quisquillosos.

—¿A la Tolbooth Tavern? —preguntó Warden.

Me abroché el abrigo y hundí las manos en los bolsillos porque hacía bastante frío. El sol que por la mañana brillaba alto ahora estaba tapado por unas tristes nubes de lluvia.

—He quedado ahora con Ella.

Había vuelto de Helsinki esa mañana y me había preguntado si quería quedar en nuestra cafetería preferida, el Zebra Coffee. Yo no lo pensé dos veces, porque me encantaban los pasteles de chocolate de allí y además había echado de menos a Ella durante los últimos días y en el funeral de Jules.

—Entonces, ¿esta noche?

Asentí, contenta de distanciarme unas horas de Warden. No me gustaba lo mucho que había disfrutado volviendo a cazar con él. No dejaba de pensarlo desde que habíamos estado en Portobello, por lo menos cuando no estaba preocupada por Jules. Warden y yo habíamos formado allí fuera un equipo perfectamente avenido. Al principio la sensación era un poco rara, y el hecho de que no recordara nuestra primera caza había sido como una puñalada peculiar, pero había sido divertido acabar juntos con ese vampiro. Era evidente que funcionábamos bien. La técnica de lucha de Warden había cambiado, pero aun así yo sabía en todo momento lo que tenía planeado sin tener que pensarlo. Igual que él seguía siendo capaz de prever cada uno de mis pasos.

Quedamos para más tarde, y me dirigí al Zebra Coffee.

La cafetería estaba inundada por el dulce aroma a chocolate y solo había unas cuantas mesas y sillas, era tan minúscula que enseguida vi a Ella.

—¡Hola! —Se levantó de un salto para darme un abrazo. No nos habíamos visto desde la desaparición de Jules, era su manera de decirme sin palabras lo mucho que lo sentía por mí. Desde entonces habíamos hablado por teléfono y nos habíamos escrito casi todos los días, pero no era lo mismo.

—¿Cómo estás? —preguntó, y aflojó el abrazo, pero me puso las manos en los hombros mientras me atravesaba con sus ojos de color blanco grisáceo.

—A veces estoy bien un momento... y luego no —contesté, encogiéndome de hombros.

Lo que no admitía era que todo me resultaba más soportable desde que había salido a cazar con Warden. No sabía si se debía al propio Warden o al hecho de hacer algo para buscar a Jules. Fuera como fuese, me sentía un poco mejor, y eso había que reconocerlo. No quería ahondar más en qué significaba eso, aunque ya le había contado a Ella mi renovada asociación con Warden. Necesitaba hablar con alguien del tema o habría explotado.

Me separé de Ella para sentarme cuando vi a Roxy que venía de los lavabos y se estaba poniendo los anillos en los dedos.

—Hola —la saludé, sorprendida de verla.

Me hizo un gesto con la cabeza.

—Hola.

—Espero que no te importe que haya traído a Roxy —dijo Ella—. Acababa de llegar de caza y estaba buscando desesperada algo de comer en el cuartel que no fuera apio.

Me reí.

—Claro que no.

Fuimos juntas a la barra y pedimos cafés y pasteles de chocolate.

—Madre mía —gimió Roxy tras probar el primer bocado, y masticó con una sonrisa plácida en los labios—. ¿Cómo puede ser que lleve ya casi dos semanas aquí y nadie me haya hablado de este local?

Ella sonrió satisfecha.

—Pasas demasiado tiempo con esos fanáticos del entrenamiento.

—¡Eh! —protesté.

—Solo digo la verdad. ¿Cuándo fue la última vez que no entrenaste?

Apreté los labios porque no sabía la respuesta. La búsqueda diaria de salas de lucha y entrenamiento era un ritual para mí. Parte integrante de mi jornada. Al fin y al cabo, cuando estaba de caza mi vida dependía de no quedarme sin aliento cada cinco minutos.

—¿A ti tampoco te gusta el deporte? —le preguntó Roxy a Ella, asombrada.

—Lo odio.

Roxy sonrió como si acabara de encontrar a una aliada importante.

—¡Yo también!

—Sí, choca esos cinco, amiga antideporte. —Ella le tendió la mano por encima de la mesa, y Roxy chocó.

Yo puse los ojos en blanco y me hice una nota mental para recordar que sería mejor no preguntar a ninguna de las dos si querían entrenar conmigo. Desde que Jules no estaba, además de pareja para luchar me faltaba una para entrenar. Estar sola en la cinta de correr o sentarme en la máquina de remos no era problema, pero me faltaba el entrenamiento personal. Salir a cazar con Warden era una cosa, solo así podía encontrar a Jules y él a Isaac. Sin embargo, entrenar juntos no era una necesidad, por eso jamás se lo pediría.

—¿Cómo ha ido en Helsinki? —le pregunté a Ella para pensar en otra cosa.

La sonrisa se desvaneció de su rostro, y juntó esas cejas tan bien definidas.

—Raro.

—¿Los raros eran los Cazadores de Helsinki o los espíritus?

Ella sacudió la cabeza.

—Ni unos ni otros. Owen estaba raro.

—¿Por qué?

Soltó un suspiro y removié el café con leche.

—Normalmente compartimos habitación de hotel cuando estamos fuera, así es más fácil hablar y sale más barato para el cuartel. Pero esta vez insistió en tener su propia habitación.

—¿Te ha dicho el motivo?

—Me dijo que está durmiendo mal.

—Owen nunca duerme mal —comenté.

Era algo de lo que siempre se quejaba Ella en broma. Ella tenía problemas para dormir desde siempre, mientras que Owen era como una marmota. Podía quedarse dormido en cualquier momento en unos segundos, hiciera frío o calor, estuviera en un lugar incómodo o ruidoso.

—Exacto. Es raro, ¿no?

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Nada que me haya quedado grabado.

—A lo mejor ha conocido a alguien —intervino Roxy, que ya había engullido medio pastel de chocolate—. Si yo saliera con Owen, tampoco querría que compartiera habitación con otra mujer. Y menos con una que parece una maldita modelo de Victoria's Secret.

—Ahí lleva razón —coincidí.

Ella arrugó la frente.

—Pero si Owen conociera a alguien me lo contaría.

—¿Seguro?

—Sí, ¿por qué no iba a hacerlo?

Me encogí de hombros, desconcertada. Owen y Ella tenían una relación parecida a la que había entre Jules y yo, se lo contaban todo porque la confianza plena era imprescindible para nuestro trabajo. En el caso de Ella y Owen incluso más que en el de otras parejas de Cazadores. Solo Ella podía ver a los espíritus de la fase uno y dos. Y los espíritus de la fase tres y cuatro solo los percibía Owen cuando ocupaban un cuerpo o se materializaban en los suyos. Su vida dependía de que Ella lo advirtiera de peligros invisibles. Y si le confiaba su vida, literalmente, ¿por qué no su

vida amorosa?

—Luego volveré a hablar con él —dijo Ella, y removi6 distraída su pastel de chocolate.

Cuando el silencio en la mesa se prolong6, me aclaré la garganta y miré a Roxy.

—¿Cómo ha ido la caza?

Estaba recogiendo satisfecha las migas de chocolate en el plato.

—Bien. Un espíritu menos que deambula por esta tierra.

—¿Fuiste con Shaw? —pregunté. En ese caso, seguro que Grant no estaría entusiasmado ni mucho menos. Como miembros del cuartel de Londres, Roxy y Shaw no estaban bajo sus órdenes directas, pero eso no cambiaba el hecho de que Shaw aún no era un Cazador cualificado y por tanto no podía salir a cazar en Edimburgo.

—No, con Finn. Ha abreviado la visita a su familia.

Ella, que por lo visto había perdido el apetito, le dio a Roxy el resto de su pastel de chocolate.

—¿Y qué hace Shaw?

—Entrena para su examen y da muchas vueltas por la ciudad para averiguar algo de su pasado. Desde que mencionaste que lo habías visto en tu cafetería, está obsesionado. Todos los días deambula durante horas con la esperanza de que alguien lo reconozca.

—¿Y ha conseguido algo ya?

—No que yo sepa.

Ella puso cara de desconcierto.

—Lo de su memoria realmente es una locura.

—Ya —gruñó Roxy con la boca llena. Parecía agradecida por el pastel de chocolate, pero no porque Ella cuestionara de nuevo su proceder al expulsar el espíritu de Shaw.

—Me contó que lo encontraste en Ravenscourt Park.

—Correcto.

—Y el espíritu que lo poseía se dejó expulsar sin más.

Roxy levantó la mirada.

—Yo no diría «sin más». Me atacó y estuvo a punto de matar a Shaw.

—Pero ¿lo expulsaste como a cualquier otro espíritu?

Roxy soltó un profundo suspiro.

—Sí. Lo hice todo como siempre. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada —contestó Ella, y bebió un sorbo de café—. Solo me gustaría encontrar una explicación para poder ayudarle, pero todo esto no tiene sentido.

—¿Es que algo tiene sentido en nuestro trabajo? —reflexioné.

Ella y Roxy me dieron la razón, y la conversación derivó en otros temas. Roxy nos contó historias de Londres, y nosotras le dimos algunas claves de nuestro cuartel hasta que cerró la cafetería y llegó la hora de quedar con Warden para salir a cazar juntos. Casi como en los viejos tiempos.

Cain

*M*e sentía observada, aunque no estaba haciendo nada prohibido. Al fin y al cabo, solo iba andando con una bolsa llena de armas por el cuartel. No era nada especial, pero aun así de camino a la Tolbooth Tavern me sentí como una delincuente peligrosa. Incluso había puesto ropa de deporte encima en la bolsa por si alguien me revisaba. Nunca me había pasado, el cuartel no era una cárcel y podíamos movernos con libertad, pero no dejaba de sentirme observada. Seguro que se debía a mi falta de costumbre de contradecir las instrucciones del director. Durante el funeral de Jules y Floyd había sido fácil salir a hurtadillas del cuartel, pero una tarde normal y corriente era distinto. Había Cazadores por todas partes que tenían la noche libre y correteaban por los pasillos para quedar con amigos o entrenar; otros se preparaban para salir a cazar.

Me moví entre ellos con discreción, con los auriculares puestos para que nadie me hablara. Ya casi había llegado a los ascensores cuando de pronto vi a mi madre. Tropecé un momento, pero enseguida me recuperé. A lo mejor pasaba de largo con las prisas por hacer algún recado.

Sin embargo, no tuve tanta suerte. Se acercó directa hacia mí, con una leve sonrisa en los labios.

Me saqué los auriculares de los oídos.

—Hola.

—Hola, iba a verte ahora.

—Voy de camino a un trabajo —mentí. Agnes me había pedido si podía actuar en un cumpleaños infantil dos días después, pero le había dicho que no. La búsqueda de Jules tenía prioridad.

—Bueno, entonces no quiero entretenerte.

—No pasa nada. ¿Qué querías? —pregunté, intrigada por lo que mi madre tenía que decirme.

Mis padres y yo teníamos buena relación, y siempre me apoyaban, pero todos teníamos nuestra propia vida. Ellos eran Cazadores con compañeros de lucha y obligaciones en el cuartel, igual que yo. Además, los dos tenían un trabajo a tiempo parcial. Mi padre trabajaba cuatro veces por semana de portero en un club, y mi madre se ganaba la vida dando cursos de defensa personal para mujeres.

Sonrió.

—¿Te da tiempo a tomar un café?

—Sí, creo que sí.

Subimos en ascensor a la cafetería, y una sensación desagradable se apoderó de mí. No había estado allí desde el funeral de Jules. Cada rincón de la sala me recordaba a él.

Nos servimos en las máquinas de café y nos sentamos en el sofá del rincón del fondo.

Mi madre removía su taza, con una leve sonrisa, casi nerviosa, en los labios.

—¿Va todo bien? —pregunté, y le di un sorbo al café, que necesitaba de verdad. A Warden y a mí nos quedaba una larga noche por delante y, entre el entrenamiento, la visita a The Sorcerer, la quedada con Ella y Roxy y la inminente caza, no había tenido mucho tiempo para descansar.

—Sí, sí, solo es que... Grant me ha pedido que hable contigo.

Puse cara de desconcierto.

—¿De qué?

Respiró hondo.

—Lo que ha pasado con Jules es una tragedia, y seguramente tardaremos una temporada en superar su pérdida. —Su voz había adquirido un tono serio—. Pero la vida sigue, y a las criaturas de la noche no les interesa nuestra tristeza. Devoran, matan y torturan, y si nosotros no les ponemos coto, no lo hace nadie.

—¿Y? —insistí. Eso no era nuevo para mí.

—A Grant le gustaría saber si ya has pensado en quién puede ser tu nuevo compañero o compañera de lucha para que podáis empezar a entrenar lo antes posible.

Pese a que aquellas palabras no me cogían del todo desprevenida, fueron como un puñetazo en la cara. Aún no estaba preparada para reemplazar a Jules. Sí, salía a cazar con Warden, pero eso era distinto. Nuestra colaboración tenía una fecha clara de caducidad.

—No, aún no.

—De acuerdo —dijo mi madre, pensativa—. No hace falta que te decidas ya, pero como mínimo deberías empezar a pensarlo. Si quieres Grant puede darte una lista de posibles candidatos.

Asentí y me juré aplazar esa decisión lo máximo posible porque en cuanto encontrara compañero nuevo y volviera a patrullar de forma oficial, me resultaría difícil seguir buscando a Jules.

—¿Algo más?

—No.

Me terminé el café de un sorbo largo y dejé la taza.

—Entonces será mejor que me vaya. No quiero hacer esperar a los demás.

—De acuerdo, que pases una buena noche.

—Gracias. Que os vaya muy bien a Jackson y a ti de caza. Salúdalo de mi parte.

Sonrió.

—Lo haré.

Warden

—Llegas tarde. —Había salido directo del taller y ya llevaba media hora delante del viejo edificio de ladrillo que albergaba la Tolbooth Tavern. El local al que nos había enviado Fallon Emrys resultó ser un bar cerca del Parlamento escocés. Por lo que veía, estaba concurrido. No era de extrañar, a menos de tres minutos a pie había algunos edificios de la Universidad de Edimburgo.

—Lo siento —murmuró Cain. Parecía pensativa—. Mi madre me ha entretenido.

Enarqué las cejas.

—¿Ha deducido que estamos buscando a Jules?

Ella sacudió la cabeza.

—No, quería hablar conmigo sobre mi nuevo compañero de lucha.

No me sorprendió. Jules llevaba unos días desaparecido, pero los Cazadores se olvidaban, cambiaban y reemplazaban rápido. Grant solía predicar que era imprescindible proceder así porque a las criaturas de la noche les importan un pimiento nuestros sentimientos.

—¿Qué le has dicho?

—Que aún no estoy preparada para salir a cazar de nuevo —contestó Cain, y se acercó a mí para dejar paso a un grupo de estudiantes que querían entrar en el bar.

Sonreí.

—¿Y se lo ha tragado?

—Sí, hasta ahora no le había mentido nunca. No tiene motivos para no creerme. —Cain se encogió de hombros y miró alrededor. Llevaba un abrigo verde y una bolsa negra que parecía bastante pesada, donde seguramente guardaba las armas—. ¿Entramos?

Asentí y abrí la puerta.

En el bar nos recibió una maraña de voces y risas. La decoración era sencilla, pero elegante. A la derecha de la entrada había una gran barra con el mostrador de madera, y detrás varias vitrinas llenas de coloridas botellas de alcohol. El suelo estaba cubierto con una alfombra granate, y las mesas y sillas para los clientes también eran de madera oscura, aunque no creaban un ambiente agobiante, sino más bien acogedor, ayudado por la música alegre que sonaba por el altavoz.

—¿Huelen algo? —preguntó Cain.

Sacudí la cabeza. El aire en la sala estaba enrarecido y el olor a comida era intenso, así que era prácticamente imposible filtrar el olor de un vampiro, si es que había alguno. No era de extrañar que a esas bestias les gustara tanto ir de bares. Además de que el hedor tapaba su olor, era como estar en un bufé de los de comer sin límite. Muy práctico.

Cain y yo decidimos que lo mejor era no llamar la atención al principio y observar. Pedimos algo de beber y nos sentamos a una de las mesas que quedaban libres desde la que teníamos una buena vista.

Los clientes del bar formaban una mezcla variopinta de jóvenes y viejos, locales y turistas, estudiantes y profesionales, fáciles de reconocer por las camisas y trajes. Nuestro vampiro, Travis, por lo visto pertenecía al último grupo, así que los vigilamos con especial atención.

—¿Por qué no tienes compañero de lucha?

La pregunta de Cain salió de la nada. La miré. Le dio un sorbo a su té helado y me observó con los ojos bien abiertos. Se había quitado el abrigo.

—¿Esa es tu manera de preguntarme si quiero ser tu compañero de lucha si no encontramos a Jules?

—Encontraremos a Jules —repuso Cain sin dudar ni entrar en mi comentario burlón—. Lo digo en serio, Warden. Eres un buen Cazador, pero en equipo serías extraordinario. ¿Por qué no quieres compañero de lucha?

«Porque nadie puede sustituirte».

—Porque no quiero arrastrar a nadie a mi mierda —contesté en un falso tono neutro.

Con Pietro, el sucesor de Cain, lo intenté de verdad, pero en nuestra primera caza estuvimos a punto de morir los dos porque no íbamos sincronizados. Después le di dos oportunidades más, pero no funcionó. Los cuatro Cazadores que le sucedieron tampoco le llegaban a la suela del zapato a Cain. Por eso al final preferí salir a cazar solo en vez de seguir intentando sustituir lo insustituible. En un momento dado Grant también se rindió y dejó de asignarme pareja.

—Ahí fuera hay un montón de Cazadores que se dejarían arrastrar con gusto a tu mierda —

comentó Cain, al tiempo que jugaba con el cubito de hielo de su vaso—. No lo entiendo, pero tienes una especie de club de fans entre los Cazadores.

—Sí, pero solo porque esa gente no me conoce. Me admiran porque voy a la caza de Isaac y porque he matado a más criaturas que cualquier otro Cazador de mi edad. Pero eso no me convierte en alguien infalible ni mucho menos, como vivió Dominique en sus propias carnes. Creyó y confió en mí. ¿Y de qué le sirvió? Para morir. No era el Cazador que ella creía. No era un héroe. Solo quería mi venganza.

—Cierto —me dio la razón Cain—. No saben lo idiota que eres.

Solté un bufido y dejé vagar la mirada por la sala. Me fijé en una mujer sentada en la barra sola con una copa de vino en la mano. No tenía nada de raro, pero no podía quitarle ojo de encima. Algo en ella no cuadraba. Era... la postura. Irradiaba algo elevado, fascinante. Una calma y seguridad que me resultaba poco habitual en una mujer de su edad y la hacía parecer mucho mayor. Desde luego, podía ser pura casualidad. O era una vampira y solo parecía una veinteañera cuando en realidad tenía doscientos años.

Cain debió de notar que mudaba el semblante porque giró la cabeza y siguió mi mirada.

Aún no habíamos llamado la atención de la vampira, pero debíamos andarnos con cuidado. Igual que los Cazadores de Sangre tenían olfato para los vampiros, ellos también podían presentirnos. Nuestra sangre era distinta de la de los seres humanos y los demás Cazadores, por eso éramos incomedibles para los chupasangres. También era el motivo por el cual no nos podíamos transformar. Un día un vampiro me dijo que para él olía como un saco de huevos podridos, pero tenía la firme sospecha de que solo quería ofenderme.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cain, mientras empezaba a jugar de nuevo con el cubito de hielo del vaso para no llamar la atención.

—Esperar. Seguro que está buscando un aperitivo. En cuanto haya encontrado a su víctima, desaparecerá con él o ella, luego la seguiremos.

Cain asintió, aunque se le notaba que no le gustaba usar un cebo.

No tuvimos que esperar mucho. Una mujer con el aspecto de la vampira, con una melena larga castaña y un vestido ceñido, rara vez permanecía mucho tiempo sola. Poco después de que la viéramos se le acercó un tipo. Era de mi edad, probablemente estudiante. Estuvieron charlando, pero unos minutos después la conversación terminó y salieron del bar cogidos de la mano. El tipo, que sin duda creía que había dado en el blanco, lucía una sonrisa de oreja a oreja.

Cain cogió sin decir nada el abrigo y la bolsa y seguimos a la pareja. Al caminar activé mi amuleto, que nos hacía invisibles a Cain y a mí para la gente de alrededor, y saqué los dos puñales que me había guardado debajo de la camiseta.

Directa, como si la vampira tuviera bien pensado cómo iba a ir la noche, giró por un callejón cerca de la Tolbooth Tavern.

—Voy a intentar acercarme con sigilo por detrás —dijo Cain, y me dio una pistola de la bolsa que me guardé en el cinturón.

Le hice un mínimo gesto con la cabeza y poco después salió corriendo por la calle para entrar en el callejón por el otro lado mientras yo entraba en él sin hacer ningún ruido.

El estrecho camino estaba sin iluminar, y la luz amarillenta de las farolas solo alcanzaba unos metros. Ahora percibía claramente el olor a romero que en el bar quedaba disimulado por los demás olores.

Carraspeé lo bastante fuerte para llamar la atención de la vampira, que caminaba unos metros por delante de mí con su ingenua víctima.

La mujer se paró y se volvió hacia mí. Al ver quién era, o lo que era, hizo una mueca de desprecio.

—Lárgate —gruñó con una voz gutural que no encajaba con su atractiva imagen.

El tipo que iba a su lado parecía molesto porque al principio no me veía, hasta que su mente atravesó la capa de la ilusión del amuleto y me vio.

—¡Joder! —exclamó con los ojos desorbitados al ver mis armas.

Retrocedió un paso tambaleándose, luego dio media vuelta para salir corriendo. No llegó muy lejos. La mujer que iba a ser su conquista de la noche lo agarró y lo atrajo hacia sí. La mano se había transformado en una garra, y las uñas puntiagudas se cernían amenazadoras sobre el cuello. Intentó resistirse, pero no tenía nada que hacer contra el gesto férreo de la vampira.

La mujer sonrió rabiosa, ahora se le veían los colmillos.

—Lárgate, o morirá.

—¡Suéltalo! —exigí con firmeza.

—¿Para que puedas matarme tú sin problemas? Creo que no. —Agarró el cuello del tipo, que había empezado a lloriquear. Sus llantos resonaban en el callejón.

—Bueno, también podemos matarte así —repuse.

La vampira abrió los ojos como platos.

—¿Podemos?

En ese momento una sacudida recorrió su cuerpo y la punta pintada de rojo de un perno salió a unos centímetros de su pecho. Cain le había dado por detrás con una ballesta. La mano de la vampira se resbaló de la garganta de su víctima poco antes de que su cuerpo inerte se desplomara.

Por un momento sentí algo parecido a la victoria, pero luego llegó la decepción. No queríamos matar a la vampira, sino interrogarla, y era una lástima enterrar ese rastro de Isaac inservible. Por mucho que quisiéramos encontrar a Jules y al rey de los vampiros, no podíamos arriesgar la vida de personas inocentes.

A propósito...

El chico miraba con los ojos desorbitados el cadáver. Ni siquiera vio a Cain, que se acercó despacio por detrás.

—Lárgate —ordené.

El chico me miró y tragó saliva. Todo el color se había desvanecido de su cara. Parecía que iba a vomitar en cualquier momento. En sus ojos se leía el puro miedo.

—Si le cuentas a alguien esto, te encontraré y te mataré.

Asintió aterrorizado, pero no se movió.

—¡Ahora! —gruñí, y lo amenacé con un puñal.

Surtió efecto. Salió corriendo, pasó por el lado de Cain, que lo esquivó dando un paso rápido al lado, pero no llegó muy lejos. En ese momento aparecieron tres hombres y otra mujer al final de callejón. El olor a romero era inconfundible. Uno de los vampiros agarró al chico por el pescuezo y, antes de que pudiera reaccionar, apretó. Las garras penetraron en la piel como un cuchillo en mantequilla blanda. Se oyeron unos borboteos y el hombre cayó al suelo, donde se quedó tumbado convulsionando mientras el vampiro se lamía la sangre de los dedos con gusto.

Por lo visto la mujer del bar no había salido sola. Algunos vampiros eran solitarios, otros se unían en grupos para planear mejor las emboscadas y luego compartir las víctimas. Esta segunda categoría era mucho más peligrosa.

Cain se colocó a mi lado en posición de combate. Me quedó el tiempo justo para darme cuenta

de que se había quitado el abrigo para moverse con más libertad, luego los vampiros nos atacaron.

Dos se abalanzaron sobre mí, los otros dos corrieron hacia Cain. Lo que sucedió fue un caos salvaje porque en el estrecho callejón apenas había sitio para una pelea de ese calibre.

Levanté el puñal. El primer vampiro intentó derribarme al suelo, pero me agaché con destreza y le clavé un puñal en la espalda que se quedó ahí. Soltó un alarido, pero yo ya tenía la atención puesta en otra parte. El segundo vampiro me atacó de un salto y me atrapó con la mejilla en el suelo.

—Bestia inmundada —mascullé. Ya me había enfrentado a muchos más vampiros, pero no por eso debía hacerme el arrogante. Todas las peleas entrañaban un peligro, y por muchos vampiros que hubiera matado, la arrogancia podía costarme la vida.

Mientras un vampiro me atacaba y lo bloqueaba, el otro, que se había quitado el puñal de la espalda, intentó aprovechar el lado que me quedaba desprotegido. Éramos un remolino de hojas, garras y colmillos, y noté cada golpe que encajé con la vibración de mi cuerpo, pero me había acostumbrado a obviar el dolor. Era un zumbido lejano, parecido al ruido de la calle, las voces procedentes del bar y la tos de Cain, que luchaba solo a unos metros de distancia.

Uno de los vampiros se acercó mucho con los colmillos, pero aproveché la cercanía y le clavé el puñal en la garganta. Con la otra mano saqué la pistola del cinturón y apunté al corazón del vampiro.

Apreté el gatillo. Se oyó un estruendo en el callejón, y el chupasangre cayó al suelo. Como ahora solo tenía que vigilar a un rival, podía acabar con él rápido. Le disparé un tiro al corazón, pero le di en el hombro. El vampiro se retorció y yo le di con el puñal, aún bañado en la sangre de su compañero. Se desplomó inerte.

Jadeando, me levanté sobre los dos cadáveres. Los ruidos de pelea al otro lado del callejón también habían enmudecido, y me arrodillé para recoger el segundo puñal.

—¿Warden? —La voz de Cain transmitía un extraño sonido tembloroso.

Me volví hacia ella y me quedé helado. Estaba tirada en el suelo entre los dos vampiros que había matado, y apenas se distinguía de ellos. Pálida como una sábana se sujetaba con la mano ensangrentada la pierna izquierda.

En su muslo se abría una herida enorme.

Cain

—*T*enemos que llevarte a la enfermería.

Sacudí la cabeza: no era buena idea. Empecé a sentir un mareo mientras la herida del muslo izquierdo sangraba a borbotones. En el punto donde el segundo vampiro me había atacado con mi propio cuchillo se abría una herida que ni siquiera un Cazador de Sangre asimilaba con tanta facilidad.

Warden se puso en cuclillas delante de mí.

—Cain, de verdad deberíamos...

—No —le interrumpí, y odié lo frágil y vulnerable que sonó mi voz. Encima me temblaba todo el cuerpo del frío que tenía—. Si me llevas a la enfermería, sabrán que hemos salido a cazar, y entonces nos impedirán seguir buscando a Jules. Y eso me mataría, esto no. —Señalé la herida.

Apretó los labios y dejó la mirada perdida al frente. Miraba distraído un punto indeterminado del callejón, luego sacó el móvil.

—He dicho que nada de...

—Cálmate —me hizo callar Warden—. Solo quería consultar algo. —Durante unos segundos que me parecieron una eternidad estuvo tecleando en el móvil, hasta que volvió a alzar la vista—. A unas cuantas calles de aquí hay un veterinario. Deberíamos encontrar todo lo necesario para remendarte. ¿Puedes caminar?

Asentí porque no me quedaba más remedio. Había que coser la herida, la hemorragia me afectaba pese a mis capacidades de curación acelerada.

Doblé la pierna sana e intenté ponerme en pie, y los puntos negros que llevaban todo el tiempo bailando en mi campo de visión se doblaron. Cerré los ojos como si pudiera eliminar la náusea que me atraía hacia el suelo. Resultó ser un error. Las piernas me temblaban de forma incontrolable y me fallaban.

—¡Mierda! —exclamó Warden. Desvió la mirada de nuevo hacia el mismo punto del callejón. Si Warden hubiera sido un Cazador de Almas que pudiera ver espíritus, me habría preocupado—. A lo mejor sí deberíamos llevarte al cuartel.

—No. —No podía permitir que mis padres y Grant se enteraran de eso, así que apreté los dientes, lidié con el dolor que me recorría todo el cuerpo y me levanté. Sin embargo, en cuanto me tuve en pie de nuevo empecé a tambalearme otra vez.

Warden me rodeó la cintura con un brazo a toda prisa para estabilizarme.

Por fin el mundo alrededor giraba un poco más lento, pero un segundo después volvió a tomar una velocidad de vértigo. Perdí el contacto de los pies con el suelo. Y de pronto estaba en brazos de Warden.

—¿Qué haces? —protesté con desgana.

—Te llevo.

—No... no hace falta.

—Claro que sí. Si no te desangrarás antes de llegar a la consulta —dijo Warden con un bufido, y se puso en marcha.

Odiaba verme tan vulnerable. Y aún odiaba más que tuviera razón, porque ¿cómo iba a caminar si ni siquiera me tenía en pie?

Estábamos saliendo del callejón cuando vi brillar la hoja de un cuchillo bajo la luz de una farola.

—Nuestras armas...

—He escrito a Wayne. Él se encarga.

Quería mirar a Warden, pero tenía la cabeza demasiado confusa.

—¿Le has hablado de nosotros?

—No, no te preocupes. Como en la piscina, cree que toda esa marranada es solo responsabilidad mía.

—Gracias —murmuré, y bajé la cabeza contra su hombro.

Las ganas de cerrar los ojos y perderme en su calor eran irrefrenables. Estaba helada y muy cansada. Los párpados me pesaban toneladas, mientras que de pronto notaba la mente tan ligera como si fuera a elevarme en cualquier momento y a salir flotando.

—Eh, no te duermas. —Warden sonaba estresado.

Abrí los ojos. Ni siquiera había notado que los había cerrado, pero debía de llevar ya un rato.

Warden se había desplazado por la ciudad a un ritmo frenético. Ahora estábamos en una calle grande, rodeados de gente que no nos veía porque nos protegía la magia del amuleto de Warden.

—Dime una cosa —le pedí, no solo para mantenerme despierta, sino también para distraerme de la dolorosa pulsión de mi herida.

Esquivó a una parejita que se acercaba a nosotros haciendo manitas.

—¿Qué quieres oír?

—Da igual —me acurruqué en su pecho.

Noté su respiración profunda y me arrimé aún más a él. Pasaron varios segundos hasta que dijo algo.

—En la piscina me preguntaste si me acordaba de nuestra primera caza juntos. ¿Lo recuerdas?

—Sí —gruñí perezosa.

—Mentí. Me acuerdo de todos los detalles como si fuera ayer. Era una noche estrellada, yo estaba muy nervioso, pero no pasaba nada porque tú estabas conmigo.

Asomó una sonrisa en la comisura de los labios, pero no pude sonreír de verdad, estaba demasiado agotada.

—Se te notaba que estabas nervioso —murmuré vagamente.

—¿De verdad?

—Sí, yo te lo noto todo.

No estaba segura de si Warden contestó o si volví a desmayarme un momento, pero lo siguiente que noté era que llegábamos a la consulta. Estaba cerrada, y Warden tuvo que dejarme un instante para abrir la cerradura. Por un momento eché de menos el calor que irradiaba su cuerpo.

Con la luz del móvil me guio por la zona de entrada. En la sala de tratamiento, con las ventanas oscurecidas por suerte, encendió la luz intensa y azulada del techo. Entorné los ojos.

Warden me ayudó a sentarme en la mesa de tratamiento. No había protección como en los

médicos de verdad, solo el metal frío, así que me puse a tiritar aún más. Ya no diferenciaba si era por el frío, la conmoción, la hemorragia o todo junto.

Warden desapareció en una sala contigua. Oí que rebuscaba en las estanterías y cajones, luego salió armado con desinfectante, vendas y utensilios de costura. También llevaba una aguja y un frasquito.

—¿Quieres que corte los pantalones o quieres quitártelos?

—Me los quito —contesté. Así me sentía más cómoda que con unas tijeras cerca de la herida.

Me deslicé de la mesa con un gemido y me desabroché el botón y la cremallera, pero no conseguí quitarme los pantalones por encima del muslo, pues con tanta sangre se me habían pegado a la piel y me provocaban dolores en el cuerpo con cada movimiento.

Apreté los dientes.

—¿Puedes ayudarme?

Warden tragó saliva y se acercó a mí. El calor que emanaba era tan delicioso que me dieron ganas de volver a apoyar la cabeza en su hombro. Agarró los pantalones y, en contra de lo que esperaba, no me los quitó con un gesto fugaz, sino que los fue retirando poco a poco del muslo, con cuidado de no atascarse en la herida abierta.

El roce era cariñoso, suave, y contrastaba mucho con el dolor. Con una mano me apoyé en su hombro hasta que pude quitarme los tejanos.

No me atreví a mirar la herida. No tenía problemas con la sangre, pero no me moría de ganas de inspeccionar el interior del muslo. A juzgar por la sensación, el corte debía de ser bastante profundo.

Warden me ayudó a sentarme de nuevo en la mesa de tratamiento. Luego se lavó las manos, se acercó una silla y cogió el frasquito.

—¿Qué es eso? —pregunté, y leí la etiqueta: «Lidocaína».

—Te dormirá la pierna —aclaró él, y sacó la jeringuilla como si lo hubiera hecho cien veces. Colocó la aguja con cuidado cerca de la herida.

Apreté los labios para no hacer ningún ruido porque el dolor era horrible, pero que me cosiera sin anestesia habría dolido aún más.

Warden me puso la inyección en varios puntos alrededor de la herida y a cada segundo el dolor y el escozor cedían un poco más hasta que casi no lo noté. Luego limpió la herida y la desinfectó.

—¿Puedo empezar? —preguntó, con la aguja de coser ya en la mano.

Como si tuviera elección.

Asentí. No era la primera herida que me cosían. La primera vez me dio un miedo atroz notar el hilo como una pequeña serpiente que se me metía en la piel. Sin embargo, no noté nada, igual que en ese momento.

Concentrado, Warden dio una puntada tras otra. Mantenía el gesto imperturbable, pero tenía un brillo de rabia en los ojos como si la mayor molestia en su vida fuera que no pudiera estar de caza en ese momento por mi culpa.

Lo entendía. Yo también habría preferido seguir buscando a Jules.

—Lo siento —susurré.

Warden siguió trabajando en mi herida sin inmutarse.

—¿Qué sientes?

—Que me hirieran.

—No puedes hacer nada.

—Entonces, ¿por qué me miras tan enfadado?

La pregunta hizo que aguzara los oídos. Durante unos segundos me aguantó la mirada sin contestar hasta que por fin le salieron las palabras de los labios.

—No estoy enfadado contigo, Cain, sino conmigo mismo por no haber sido capaz de evitarlo. Solo eran cuatro vampiros. Debería haber podido con ellos.

—Solo cuatro vampiros.

—He luchado contra muchos más.

—¿A la vez?

—Sí —gruñó él, como si no fuera algo que mereciera reconocimiento.

Debería haber dejado el tema ahí, pero por algún motivo para mí era importante que no se sintiera mal por mi culpa.

—No es culpa tuya que me hirieran. Sé cuidar de mí misma.

—Es evidente que no.

Parpadeé y agarré con fuerza el borde de la mesa de acero.

—¿Me consideras una mala Cazadora?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has insinuado.

Warden sacudió la cabeza.

—Olvida que he hablado. Eres una Cazadora tan extraordinaria que es solo culpa tuya que te hirieran. Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

¿Qué? No, un momento. Eso no era lo que quería oír. ¿O sí?

Estaba confundida, seguramente por la pérdida de sangre. No sabía cuánta había perdido, pero estaba claro que demasiada, y sin duda no me encontraba en condiciones de mantener una conversación tan complicada. De hecho, debería darme igual si Warden me consideraba buena Cazadora o no. Yo sabía lo que valía. Necesitaba a Warden para encontrar a Jules, no de guardián. Y lo de hoy... había sido un desliz. Prácticamente entraba en la definición del puesto de trabajo que te hirieran de vez en cuando.

—Lárgate de una vez —masculló Warden, con la cabeza inclinada sobre mi herida.

Levanté las cejas.

—¿Has dicho algo?

—No, hablaba solo.

De acuerdo... Indecisa, paseé la mirada por la consulta, en cuyas paredes había filas de estanterías y armarios de color blanco clínico. No había nadie más que nosotros, pero a saber lo que le pasaba por la cabeza a Warden.

Le dejé hacer su trabajo en silencio. El único ruido era el zumbido del tubo fluorescente encima de nuestras cabezas.

Unos minutos más tarde, Warden había terminado, y observé la herida, que ningún médico habría podido coser mejor.

—¿Lo has hecho más veces? —Para ser un estreno los puntos eran demasiado limpios.

Warden me puso un pie en su rodilla para poder vendar la herida.

—Sí, pero hasta ahora solo conmigo.

—¿Te coses a ti mismo?

—No puedo ir corriendo a la enfermería cada vez que me hago daño. —Se encogió de hombros y sujetó la venda de gasa con cinta—. ¿Cómo te sientes?

—Un poco borracha, pero ya mucho mejor.

Warden asintió y se puso a recoger para eliminar nuestro rastro. Encontró unos pantalones de deporte que por lo visto guardaba el veterinario en la consulta para emergencias. Me iban grandes, pero era mejor que nada, sobre todo porque sin pantalones no podría subir a ningún taxi en la ciudad. Warden llamó a uno porque durante los próximos días tendría que cuidarme la pierna. Aún tenía el muslo entumecido, pero pronto la lidocaína dejó de hacer efecto y luego el dolor regresó con toda su furia.

El taxi aparcó delante del viejo cementerio junto a Calton Hill, y después de que Warden pagara al conductor, me ayudó a llegar a la habitación sin que me vieran.

Paramos delante de mi puerta. Warden tenía el pelo desgredado de la infinidad de veces que se lo había peinado con los dedos por los nervios, y lucía unas oscuras ojeras bajo los ojos, como si hubiera pasado una noche muy larga, aunque aún no era ni medianoche. Entendía cómo se sentía. Yo estaba tan agotada como después de patrullar durante doce horas.

—Creo que a partir de aquí me apañaré sola —dije, y marqué el código en el teclado que desbloqueaba la puerta de mi habitación.

—Bien —contestó Warden, y miró alrededor como si temiera que en cualquier momento apareciera otro Cazador de un rincón y nos pillara hablando—. Entonces te dejo en paz.

Quería decir algo más, tal vez incluso darle las gracias, pero Warden no daba la impresión de querer oírlo. Así que me limité a asentir, entré en mi habitación y me dejé caer en la cama con un suspiro. La noche había sido un auténtico desastre y, aparte del dolor que empezaba a notar de nuevo poco a poco, estaba esa presión en el pecho que no acababa de explicarme.

Pensé un momento en ducharme, pero enseguida comprobé que estaba demasiado exhausta. Sentía la cabeza y las extremidades pesadas como si tuviera las venas llenas de hormigón. Cerré los ojos y respiré hondo para olvidar cómo había ido la noche. Era demasiado tarde para cambiar nada, y no me quedaba más remedio que mirar hacia delante.

Debí de echar una cabezada. Cuando llamaron a mi puerta, me incorporé. Mierda. ¿Qué hora era? Busqué a tientas el móvil y vi que solo había pasado un cuarto de hora. ¿Nos había visto alguien llegar al cuartel y se había chivado a Grant?

Bajé del colchón con esfuerzo y me acerqué cojeando a la puerta. Sin embargo, el pasillo estaba vacío frente a mi habitación. ¿Habían sido imaginaciones mías? Parpadeé y cuando iba a cerrar la puerta posé la mirada en algo que había en el suelo. Me agaché para cogerlo. Era una botella de refresco de cola y una tableta de mi chocolate preferido.

Sonreí. Era increíble que aún se acordara.

Me metí de nuevo en la cama, cogí el móvil y abrí el chat con Warden. El mensaje más reciente era de hacía ya tres años. Tragué saliva. Tanto tiempo sin escribirnos. Ya era hora de romper el silencio.

Cain: *Gracias por el chocolate.*

Cain: *Y por tu ayuda hoy.*

Cain: *Si algún día quieres dejar de ser Cazador, seguro que serías un médico excelente.*

Warden: *Me alegro de que lo pienses...*

Cain: *Buenas noches.*

Warden: *Buenas noches, Cain.*

Warden

—*N*o toques eso —reñí a Shaw por tercera vez.

El chico se comportaba como un niño pequeño en fase de descubrimiento. Lo quería tocar todo, observarlo y estudiarlo, pero mi taller no era el sitio adecuado para dar rienda suelta a su curiosidad.

Shaw retiró el dedo del Ghostvision. Cogí el aparato que quería modificar para Roxy y lo dejé en mi banco de trabajo, que antes había limpiado con esmero. Las herramientas y aparatos de medición ya estaban preparados, igual que una cánula con la sangre de Roxy, aunque había usado una parte.

—¿Cómo va tu entrenamiento?

—Bastante bien. He encontrado a unos cuantos Cazadores de Sangre que me ayudan. Y Finn ahora ha vuelto y puede practicar conmigo.

—¿No sale a cazar con Roxy?

—Sí, sí. Hace poco los dos estuvieron en St. Andrews para acabar con un espíritu de la fase cuatro, pero resultó que no era uno de los seres que ella había liberado —contestó Shaw mientras paseaba por el taller—. Empieza a ponerse nerviosa porque ya llevamos mucho tiempo aquí.

Solté un bufido. «Nerviosa» era quedarse muy corto. Cuatro días antes, poco después de llevarle el chocolate a Cain, Roxy me interceptó en el pasillo y me soltó un discurso para que hiciera el favor de «montar de una vez la pieza que le había prometido». No se lo reprochaba. Si mi vida estuviera en juego, yo también me inquietaría. Por eso había aprovechado los últimos días para trabajar lo máximo posible en el aparato. También porque quería jugarle una mala pasada a Kevin. No le gustaba que ayudara a Roxy, y eso solo me daba un motivo más para hacerlo. Me dio el susto de mi vida cuando apareció en el callejón al lado de Cain. Por un momento creí de verdad que el mensajero de la muerte había aparecido para llevársela, pero solo estaba ahí por aburrimiento. Sin embargo, unos segundos de incertidumbre bastaron para que me apresara el puro pánico.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera? —preguntó Shaw, y se puso a mirar por encima del hombro.

—Puedes pasarme las herramientas.

Asintió con resolución. Si había una persona en el mundo que quisiera ayudar a Roxy más que yo, era Shaw. Y, por supuesto, Finn.

Shaw y yo trabajamos concentrados en el aparato, y el silencio solo se interrumpía con sus preguntas ocasionales. Preguntaba por mi manera de proceder y qué funciones tenía cada componente que montaba. Tardamos toda la tarde, pero al final el aparato quedó listo para otra prueba. Esperaba de verdad que esta vez funcionara.

Metí con cuidado una de las tiras de prueba en el aparato. Luego vertí gota a gota un poco de sangre de Roxy para analizarla. El aparato emitió un leve zumbido mientras procesaba los datos. Para ello seleccionaba en distintos ordenadores y satélites que usaban los archivistas o que se habían hackeado para adaptarlos a la búsqueda de criaturas. Miré el móvil en tensión, que al final vibró para anunciar un mensaje nuevo. Lo abrí y estudié las coordenadas que me había enviado el aparato.

Torcí el gesto.

—Vale, mierda. Aún no funciona.

Shaw miró con atención mi móvil.

—¿Por qué no?

—Son las coordenadas de mi taller. Por lo visto la sangre reacciona a sí misma.

—¿Y eso qué significa?

—Que tengo que seguir afinando los sensores para que a Roxy no le aparezca siempre su propia ubicación.

Me temía que podía pasar algo así. De todos modos, el aparato buscaba una energía equivalente a la maldición de Roxy. De momento era como si intentara encontrar un susurro mientras le gritaban sin descanso. Sin embargo, después de ocho horas en el taller tenía el cerebro fundido y el cuerpo exhausto, y no quería arriesgarme a estropear algo de la máquina, así que la guardé y la llevé a su sitio en el almacén.

Luego me dirigí con Shaw al cuartel, donde había quedado con Wayne para una sesión de entrenamiento. Le pregunté a Shaw si quería apuntarse, pero ya tenía planes con Roxy y Finn.

Después de ponerme deprisa la ropa de deporte, llegué a la sala de entrenamiento con un cuarto de hora de retraso.

—Perdona —saludé a Wayne, que ya me esperaba en el borde de la colchoneta.

Alzó la vista del móvil y lo dejó en el banco con su toalla y su botella, y yo dejé también mis trastos.

—No pasa nada, estaba escribiéndome con Eva.

—Hace siglos que no la veo. ¿Cómo está?

Entramos en la colchoneta y empezamos a calentar; yo imitaba los movimientos de Wayne.

—Bien. Por fin Theo y ella han encontrado una casa.

—¿Ya sabe cuándo va a volver?

Wayne sacudió la cabeza, no parecía muy contento.

—Si te soy sincero, no creo que vaya a volver. No parece que eche mucho de menos la lucha.

Enarqué las cejas, sorprendido. Primera noticia. Antes Eva y Wayne eran modelos para Cain y para mí, aunque solo eran unos años mayores. Yo siempre había dado por hecho que Eva necesitaba la caza tanto como Cain.

—¿Por qué lo dices?

—Le encanta ser madre, no para de contarme lo peligroso que es el trabajo de policía de Theo. Creo que le da miedo que los dos no vuelvan un día de su turno y Jeffrey se quede sin padres.

Eso podía entenderlo, pero...

—Pues que Theodor deje su trabajo.

Wayne soltó una carcajada.

—Se lo propondré.

Habíamos terminado de calentar y cogimos dos puñales falsos. Cain y yo siempre entrenábamos con armas de verdad, aunque no estaba permitido. De vez en cuando conseguía

convencer también a Wayne, pero solo si estábamos solos en las salas de entrenamiento porque, al ser la mano derecha de Grant, se tomaba muy en serio su función de ser un ejemplo.

—¿Ya sabes qué vas a hacer si no vuelve? —pregunté, y paré con el puñal varios ataques de Wayne, y surgió un sonido rítmico de madera contra madera.

—¿Te refieres a si voy a buscar un nuevo compañero de lucha?

Asentí.

Una secuencia rápida de golpes de Wayne y mis intentos de esquivarlos interrumpieron la conversación unos segundos, hasta que retomamos el hilo.

—Seguramente. ¿Por qué? ¿Te interesa?

Colaborar con él implicaría dejar en gran medida mi carrera de Cazador de Sangre. Wayne también cazaba de vez en cuando vampiros y otras criaturas de carne y sangre, pero sus capacidades se necesitaban sobre todo para cazar espíritus.

—No.

—Lástima, entonces tendré que buscarme a alguien —dijo Wayne, y se dispuso a atacar de nuevo—. A lo mejor se lo pregunto a Cain...

—¡Joder! —Wayne había roto mi bloqueo y me había dado en el hombro. El golpe dolía, pero el dolor remitió tan rápido como había surgido. Sus palabras resonaron bastante más en mi interior—. ¿Quieres ser el compañero de lucha de Cain? —pregunté, asombrado. No porque la tuviera en cuenta como compañera, eso tenía sentido, sino sobre todo por lo mal que me sentaba la mera idea.

—Yo creo que funcionaría, ¿no te parece?

—Claro —dije, al tiempo que hacía un gesto que esperaba pareciera casual. Ni siquiera sabía por qué me molestaba tanto la idea de que pudieran formar pareja, de hecho, no quería saberlo. Tenía la ligera sensación de que la respuesta no me gustaría.

Wayne se rio.

—Tendrías que verte la cara.

Intenté relajar el semblante.

—No sé de qué hablas.

—Warden, ya sé que salís juntos de caza.

—Repito: no sé de qué me hablas.

—Encontré su abrigo. —Wayne bajó el arma de práctica y me lanzó una mirada penetrante que me advirtió de que no siguiera mintiendo—. En el callejón, cuando fui a recoger detrás de ti. Por cierto, aún no me has dado las gracias por eso.

—Gracias.

Wayne soltó un bufido.

—Puedes ahorrártelo. Mejor cuéntame qué hacías allí con Cain.

Me acerqué más a Wayne. Para un espectador, con el arma en la mano parecía una confrontación, pero quería evitar que alguien escuchara nuestra conversación.

—Cain y yo estamos buscando a Jules.

—Jules está muerto.

—Lo sé, pero Cain piensa que sigue vivo.

—¿Por qué la ayudas si estás convencido de lo contrario?

—Jules fue el último en ver a Isaac. Si encontramos un rastro de él, con suerte daremos también con Isaac. O por lo menos con una pista útil —aclaré, aunque solo era parte de la verdad. También podría buscar solo a Isaac, como hasta ahora.

—¿Eso significa que volvéis a ser compañeros? —dijo Wayne sin dar importancia a la pregunta.

Era uno de los motivos por los que era mi mejor amigo. No me juzgaba como Grant y muchos otros Cazadores. No me metía en ningún cajón ni me tomaba por un loco rebelde solo por tener mis propios métodos para abordar las cosas. Siempre me lo decía claro cuando no compartía mi opinión, pero aceptaba mis decisiones como lo que eran: mías.

Sacudí la cabeza.

—No, para nada.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo fiarme de ella —contesté, y volví a la posición de combate para no estar sin hacer nada—. Me dejó en la estacada cuando más la necesitaba.

Wayne frunció el entrecejo.

—¿De verdad? Fuiste tú el que no quiso seguir siendo su compañero. Tú la dejaste colgada, no al revés.

—Sí, porque me delató.

—¿Has hablado alguna vez de eso con ella? ¿O le has preguntado por qué lo hizo?

«Lo hizo porque para ella las reglas son más importantes que yo».

Por Jules estaba dispuesta a infringir las reglas, y eso decía más sobre los sentimientos de Cain hacia mí de lo que jamás había querido saber. A su vez, el hecho de que aun así yo la ayudara decía más de mis sentimientos hacia ella de lo que quería admitir.

—Da igual por qué lo hiciera. Pasó. Fin de la historia.

Pareció que Wayne quería decir algo, pero no le dejé y me abalancé sobre él con el puñal.

Durante los minutos siguientes ninguno de los dos tuvo tiempo de hablar ni pensar, y a mí me fue muy bien. Durante los últimos días ya había pensado bastante en Cain. Era como un río que transcurría por mi vida. De algún modo mi yo de entonces consiguió levantar un dique que la mantuvo a raya, pero ahora se habían formado agujeros y grietas en ese dique que no eran tan fáciles de volver a cerrar.

Wayne y yo no hablamos más de Cain o Eva, seguimos entrenando hasta la extenuación. Hasta que sentí el corazón acelerado y me temblaban los músculos. Era justo lo que necesitaba y lo que con suerte luego me ayudaría a dormirme rápido, antes de que ese río llamado Cain arrasara con todo si lograba romper el dique.

De vuelta en mi habitación me di una ducha caliente, encendí el televisor, que era de casa de mis padres, y me tiré en la cama. Como todas las noches en que no salía de caza, me sentía un poco culpable, pero hoy era uno de esos días raros en que no estaba de humor para matar criaturas. Aún me pesaba lo ocurrido con Cain. Me recordaba demasiado a lo que había pasado con Dominique. Tenía claro que necesitaba zanjar el asunto. Nada ni nadie me la devolvería, y Amelia estaba muerta, y por tanto Dominique tenía su venganza. Por algún motivo no podía parar de pensar en ella, y tenía una vaga idea de por qué...

—¿Kevin? —pregunté en la habitación vacía, y apagué el televisor—. ¿Kevin? ¿Me oyes?

Nunca lo había llamado, pero tenía una pregunta que solo él podía contestar.

—¿Kev?

—¿Qué pasa? —Una mujer había aparecido junto a mi cama de la nada. Llevaba bikini y un sombrero grande, como si llegara de estar tumbada en una playa de Bali.

No sabía cómo lo hacía, pero hacía mucho tiempo que había dejado de querer entender la magia del mensajero de la muerte. Parecía contradecir todas las leyes.

—Hola —saludé sorprendido—. No puedo creer que haya funcionado.

Kevin soltó un bufido.

—Es que no funciona. No soy un maldito perro faldero, ni tu genio particular. Pero me intriga saber qué quieres. Bueno, ¿qué pasa?

—Necesito preguntarte algo.

Kevin me miró a la expectativa.

Respiré hondo. Se me aceleró el pulso, se me humedecieron las manos del miedo que me daba la respuesta de Kevin.

—Dominique... ¿Puedes decirme si está en el mundo de los espíritus?

—Por fin, llevaba todo este tiempo esperando a que me preguntaras por ella —dijo Kevin, y cruzó las piernas largas y bronceadas—. Sí, está en el mundo de los espíritus.

—¿Y está bien ahí?

El mundo de los espíritus era, como el inframundo, un misterio para los vivos. Había determinados días al año en los que las capas entre los mundos eran muy finas y se podían traspasar, pero los mundos estaban separados entre sí por una buena causa. Y a Marjorie, la reina del mundo de los espíritus, al parecer no le gustaba demasiado dar la bienvenida a los vivos en su reino.

—No lo he comprobado, pero estoy seguro de que está estupenda —dijo Kevin—. El mundo de los espíritus es un lugar apacible, y allí se reunió con su hermano, así que no te preocupes por ella.

Sentí que se me aliviaba el peso en el pecho que durante las últimas semanas se había convertido en algo tan cotidiano que apenas lo percibía ya.

—Gracias, Kevin.

Sonrió.

—¿Puedo hacer algo más por ti?

Sacudí la cabeza. Era todo lo que necesitaba saber. Hacía tiempo que evitaba la pregunta por miedo a que la respuesta de Kevin fuera otra. No sabría cómo afrontarlo si Dominique estuviera en el inframundo. A mi juicio nunca había hecho nada para merecerlo, pero aun así existía ese miedo. Un temor que ahora Kevin me había quitado. Dominique estaba con su hermano, eso era... era bonito. Aunque no cambiara el hecho de que su vida había sido demasiado corta y yo no había podido salvarla. Podría haber hecho mucho bien en este mundo.

Kevin se despidió con un gesto de la cabeza y al cabo de un segundo ya había desaparecido.

Me quedé inmóvil en la cama, dejando que las palabras del mensajero de la muerte resonaran en mi cabeza, cuando de pronto se iluminó mi móvil. Lo cogí de la mesita de noche y comprobé perplejo que las lágrimas me empañaban la vista. Las eliminé enseguida parpadeando.

Cain: *¿Hoy vamos de caza?*

Warden: *Aún estás herida.*

Cain: *Estoy mucho mejor.*

Warden: *Olvídalo.*

Cain: *No quiero perder más tiempo.*

Warden: *No ayudarás a Jules si te pones tú en peligro.*

Cain: *Ay, odio que tengas razón.*

Cain: *Pero me voy a volver loca si sigo aquí sin hacer nada.*

Warden: *Solo han pasado unos días.*

Cain: *¡Sí! Días en los que no hago más que estar en mi habitación. Ni siquiera he ido a entrenar por miedo a que alguien note que estoy herida.*

Warden: *No es el único motivo por el que aún no deberías entrenar.*

Cain: *Bah, cierra el pico.*

Cain

*M*iré el móvil y esperé a que Warden enviara una respuesta sagaz a mi mensaje, pero no llegó nada. Y eso que nunca se había mordido la lengua conmigo, ni en serio ni por diversión. Quería hacerlo enfadar como... como antes.

Tal vez fuera porque hacía días que no salía de mi habitación. O porque me había confesado que sí recordaba nuestra primera caza. Quizás fuera por un motivo muy distinto, pero tenía muchas ganas de hablar con él. Había formado parte de mi vida durante mucho tiempo, y durante los últimos días había entendido que lo echaba de menos. No solo éramos compañeros de lucha, también mejores amigos. No había secretos entre nosotros, y si oía un buen chiste o una historia interesante, o si me había pasado algo divertido, siempre era la primera persona a la que se lo quería contar todo. Antes que Jules, Ella y mis padres. Un vínculo tan profundo no desaparece sin más por no verse durante un tiempo.

Cuando Warden decidió entonces poner fin a nuestra colaboración, me dolió en el alma. Me sentí herida y molesta, no entendía cómo podía tirar a la basura tan fácilmente años de amistad, sobre todo porque yo solo quería protegerlo de sí mismo. Lo odié durante mucho tiempo, pero de todo eso hacía tres años. La rabia seguía ahí, pero menos imponente. Aunque las cosas entre nosotros nunca podrían volver a ser como antes, tal vez había llegado el momento de perdonarle y dejar atrás todo lo ocurrido, tanto lo bueno como lo malo, y empezar de nuevo.

Cain: Lo siento, no lo decía en ese sentido.

Vi que el mensaje había llegado, pero no si Warden lo había leído. Pasaron unos segundos que se convirtieron en minutos sin obtener respuesta. Quise creer que se había dormido o que había salido con Roxy, Finn y Shaw y por eso no me escribía, pero lo cierto era que seguramente no me hacía caso.

Cain: ¿Cómo te ha ido el día?

Cain: ¿Te has enterado de la pelea de Owen y Ella en las salas de entrenamiento?

Cain: ¿Warden?

Cain: Háblame. Por favor.

De acuerdo, ahora sonaba desesperada de verdad. Para Ella habría sido el paraíso pasarse días en su habitación escuchando música, pero para mí era el infierno. La única vez que había salido fuera de las horas de comer había sido para dar clases a los niños. Por desgracia esa semana estaba prevista una clase de prácticas de lucha. Para no tener que enseñarles ninguna secuencia de movimientos nueva que pudiera dar pistas sobre mi estado de salud, les había hecho repetir los movimientos de la clase anterior.

Dejé el móvil antes de poder enviar más mensajes de los que seguramente me arrepentiría en cuanto volviera a la normalidad. Luego salí de la cama y noté un tirón doloroso en el muslo. La herida ya se había cerrado, pero ni siquiera las artes de costura de Warden podían hacer que los músculos y la piel se unieran en unos días de tal manera que pareciera que nunca había existido la herida. Necesitaría dos o tres días más para curarse.

Fui cojeando hasta el baño para maquillarme por aburrimiento. Me puse el pódcast de un Cazador de Tokio al que solo se podía acceder a través de una página web protegida con contraseña. Hablaba de sus propias experiencias como Cazador, daba a conocer historias que había oído y a veces también tenía de invitados a otros Cazadores. Estos eran los fragmentos más interesantes.

Había acabado con la sombra de ojos y me disponía a hacerme la raya del ojo cuando llamaron a la puerta. Extrañada, dejé el lápiz para abrir y me llevé una buena sorpresa al ver a Warden en la puerta. Parpadeé, tenía que ser una alucinación. Llevaba gafas, unos sencillos pantalones de deporte grises y una camiseta negra.

—Hola —saludé, un tanto desconcertada. ¿Qué hacía allí? ¿Quería echarme la bronca en persona por todos los mensajes que le había bombardeado?—. ¿Qué pasa?

—He venido a recogerte.

—¿Vamos de caza?

—No.

—¿Necesito zapatos?

Warden se miró. Él también llevaba solo calcetines.

—Vale, entonces no —deduje, y salí al pasillo sin hacer más preguntas.

En realidad me daba igual adónde fuéramos o qué planes tuviera con tal de salir de la habitación. Lo que no esperaba era que, dos pasillos más allá, ya hubiéramos llegado. Delante de la puerta de su habitación. Marcó su código de seguridad y me invitó a entrar.

Eché un vistazo al cuarto, donde seguía dominando el caos, tal vez incluso más que en mi última visita.

—¿Qué hacemos aquí?

Warden cogió dos mandos de PlayStation de su cama que yo ni siquiera había visto con tanto desorden. Me dio uno.

—Combatir tu aburrimiento.

¿Lo decía en serio? Por lo visto, sí, porque se sentó en su cama, con la espalda apoyada en la pared, y encendió el televisor que colgaba encima del escritorio. Me quedé allí aturdida de pie, intentando entender qué estaba pasando. ¿Warden estaba poseído por un espíritu?

—Siéntate —dijo sin apartar la vista del televisor—. ¿O quieres pasarte el resto de la tarde ahí de pie mirándome?

Sacudí la cabeza y me subí con él a la cama. Para tener buena vista del televisor tenía que sentarme justo al lado de él. Las rodillas solo estaban separadas unos milímetros.

—No sabía que tenías una PlayStation.

—No es mía. Es de las salas comunes.

—¿La has robado?

—La he cogido prestada —me corrigió Warden.

Para entonces había iniciado sesión con su perfil y escogió un juego. Seguía unas reglas bastante sencillas. Cada uno elegía un personaje, y luego nos batíamos en un duelo en el que cada personaje tenía dos vidas y habilidades y ataques especiales que iniciaban una secuencia de

animación y provocaban muchos daños en el adversario.

Yo no paraba de dar golpes salvajes al mando sin saber qué botón correspondía a cada ataque.

—Vamos, vamos, vamos... —supliqué, y agarré el mando con más fuerza cuando intentaba esquivar a Warden, que se abalanzó sobre mí con un ataque especial. Mi batería de energía ya estaba en un nivel tan bajo que mi vida corría peligro. Sin embargo, no conseguí huir de él y al final de la simulación su personaje ejecutó una danza de celebración de su victoria.

Warden sonrió autocomplaciente.

Solté un bufido.

—Tenías el mejor personaje.

—No, es que eres mala.

—Quiero la revancha.

Esta vez escogí el personaje con el que había jugado antes Warden, mientras que él se decidía por otro. Daba golpes frenéticos al mando, como si me fuera la vida en ello. Por un instante llevé la delantera, hasta que Warden acabó conmigo de nuevo, esta vez sin ataques especiales. Solté un gruñido de frustración porque a mi ambición forzosa no le sentó bien ver a Warden alzarse con una victoria aplastante; aun así, era divertido jugar con él, y además agradecía el cambio.

En la tercera ronda escogí el mismo personaje que Warden, y esta vez el resultado fue muy distinto. Aún tenía la batería casi llena, mientras que la de Warden había adquirido una peligrosa tonalidad roja. Le di una potente patada, y su personaje cayó al suelo.

—¡Sí, me lo imaginaba!

De pronto Warden a mi lado se había quedado muy quieto. Me incliné hacia él, pero estaba del todo absorto en el televisor, donde su personaje volvió a levantarse con solo una vida, mientras que yo estaba casi del todo sana. Segura de poder ganar de una vez esa ronda, me abalancé sobre el avatar de Warden y... me molió a palos. Ni siquiera lo vi venir; mi batería de energía verde pasó a naranja, luego a rojo y finalmente de nuevo a verde cuando activé la segunda vida. Unos segundos después solo quedaba una luz amarilla.

Pero ¿qué carajo?

Intenté con todas mis fuerzas ganar la batalla, pero la opción de una victoria se desvaneció delante de mis narices cuando Warden me lanzó su ataque especial. *Bye bye*, bonito mundo. Mi personaje cayó al suelo, y de nuevo el avatar de Warden se regodeó en mi muerte.

Miré a Warden. Seguía con el rostro inexpresivo, pero por el brillo de sus ojos supe que nunca había tenido opciones de ganar. Me había dado una falsa seguridad para luego destruirme de una forma aún más brutal que antes, ¡el muy canalla!

—Me has engañado —aseguré.

A Warden le temblaron las comisuras de los labios, pero tuvo la decencia de reprimir la sonrisa.

—Puede ser.

—¿Cada cuánto juegas a esto con Wayne?

Entonces sí se rio. Fue una carcajada alegre, por una vez sin desprecio ni amargura, como las que solía soltar últimamente. Solo oírla casi valía la pena haber perdido.

—¿Qué? ¿No puedo ser mejor que tú y ya está?

—Espera a que haya calentado motores —gruñí.

Mi amenaza sonó más bien a suave tormenta de verano que a tempestad amenazadora. Warden me ganó las diez rondas, que se me pasaron en un santiamén. Odiaba ver que él era mucho mejor que yo. Al mismo tiempo disfrutaba viendo lo mucho que se alegraba de sus victorias porque,

aunque antes intentara disimularla, yo veía su sonrisilla.

—Tengo hambre —anunció Warden después de otra derrota por mi parte. Dejó el mando en mi regazo y bajó de la cama—. ¿Quieres que te traiga algo de la cafetería?

—Puedo ir contigo.

—No, no pasa nada. Mejor practica un poco —me dijo con una sonrisa, luego desapareció y me quedé sola en su habitación.

Dejé vagar la mirada, despacio, y en ese momento, sin los constantes jadeos de mi personaje moribundo de fondo, fui consciente de verdad de dónde estaba y con quién estaba pasando el rato. Si alguien me hubiera dicho tres semanas antes que estaría con Warden en su habitación jugando a los videojuegos me habría reído. Aun así, la situación, que debería parecerme extraña, me resultaba curiosamente familiar. Antes de nuestra pelea solíamos sentarnos en su cama a jugar a las cartas o a charlar sin más. Entonces aún estaba convencida de que nada podría separarnos jamás. Cómo me equivocaba.

Empecé un combate de entrenamiento, pero enseguida comprobé que, aunque ganaba, no era ni la mitad de divertido jugar contra el ordenador que contra Warden. No era lo mismo. Dejé el mando a un lado y cogí el libro que estaba sobre la mesita de noche.

Era un libro sobre los espíritus de la fase cuatro, que no solo trataba de los tipos de almas muertas, también de la física, la química y la biología que había detrás de las apariciones. Iba sobre las teorías de los campos electromagnéticos y todo tipo de chismes científicos que no entendía del todo. No me sorprendía que Warden lo estuviera leyendo. Siempre le había interesado la ciencia que había tras las criaturas, igual que a su padre. Antes solían montar inventos juntos para los Cazadores. Siempre que me quedaba a cenar con la familia Prinslo, James me explicaba en qué estaba trabajando. Sin embargo, con su muerte prematura muchas de sus ideas se habían quedado en teorías. Como el aparato para extraer la magia de las brujas, una brújula para rastrear espíritus y una vacuna que, además de evitar la transformación en espíritu, la podía revertir. Puede que todo eso fuera demasiado bonito para ser verdad.

Seguí hojeando el libro cuando Warden volvió con un montón de bocadillos en un plato y una botella de refresco de cola en la mano. Era la única bebida azucarada que Wayne no había conseguido prohibir de las máquinas del cuartel. Grant era adicto a esa cosa.

—Veo que has decidido fisgonear en vez de practicar —comentó Warden, pero no parecía enfadado. Volvió a sentarse conmigo en la cama y me pasó una de las botellas. El plato lo dejó en el medio.

—No estaba fisgoneando, solo miraba el libro. —Lo dejé en su sitio y cogí un bocadillo—. No es precisamente lo que se consideraría lectura fácil para dormir.

Él se encogió de hombros, como si a él no le costara nada leer eso.

—¿Por qué te interesan los espíritus de la fase cuatro? —pregunté, y le di un mordisco al bocadillo.

—No me interesan. Solo estoy ayudando a un amigo.

—¿A Wayne?

—Bueno, está metido en algo ahora mismo.

Ahí agucé el oído.

—¿Y por qué te pregunta a ti y no a un Cazador de Almas? Seguro que Ella o Louis le ayudarían si tiene problemas.

Warden bebió un trago del refresco y se encogió de hombros de nuevo. Tenía una pierna doblada contra el cuerpo, la otra estirada a mi izquierda, me habría sido fácil tocarla.

—Ya que mencionas a Ella —dijo Warden, y cogió el siguiente bocadillo—. ¿Qué ha pasado entre Owen y ella?

Vaya, casi se me había olvidado que había lanzado el cebo a Warden para ganarme su atención. Por otra parte, la pelea entre los dos no era un secreto.

—Yo no estaba, pero me han dicho que se engancharon bastante en la sala de entrenamiento.

—¿Y por qué?

—Nadie me lo supo decir con exactitud.

—¿No has hablado con Ella?

—No, ahora está en una misión y no da señales de vida hasta después. Aunque estoy empezando a preocuparme. Hace poco me comentó que Owen se estaba comportando raro.

Warden enarcó las cejas.

—¿Cómo que raro?

—Ya no quiere dormir con ella en la misma habitación de hotel cuando están fuera. Tampoco es propio de él provocar una discusión con ella. Suele besar el suelo por donde pisa.

—Puede que ese sea el problema. Él está enamorado, ella no le corresponde. De ahí la pelea.

Chasqueé la lengua.

—Bobadas. Owen no está enamorado de Ella. Hace siglos que son compañeros de lucha.

—¿Y?

—Owen nunca ha demostrado interés por Ella.

—Los sentimientos cambian —opinó Warden.

—No después de tanto tiempo.

—En nuestro caso ha cambiado lo que sentimos el uno por el otro.

«Ay».

Esas palabras fueron como un toque de diana que me recordaba que ese momento apacible juntos ya no era lo habitual. Aunque, tras las dificultades iniciales, resultara fácil volver a la convivencia anterior.

En aquella época pasé mucho tiempo añorando a Warden; luego me esforcé mucho en convencerme de que no lo necesitaba. Que no «nos» necesitaba. Pero nunca lo había olvidado de verdad. Siempre había momentos en los que acababa absorta en mis pensamientos. Por ejemplo, cuando pedía una pizza de piña, algo que Warden, que lo consideraba un crimen culinario, siempre necesitaba comentar. O cuando Jules insistía en que entrenáramos con las armas falsas en vez de con las auténticas. O cuando en la librería pasaba por una estantería llena de mangas. Sabía que Warden ya no leía, pero a los doce años estaba obsesionado con eso. Pasábamos horas en la biblioteca porque sus padres no podían permitirse los álbumes con su elevado consumo. Madre mía, cuántas horas pasamos en el suelo de la biblioteca...

Desvié la mirada con cuidado hacia Warden y lo observé. Tal vez fuera por las gafas, o porque no llevaba armas encima y ahora parecía totalmente relajado, pero en ese momento me recordaba tanto a su yo anterior que casi dolía.

—A veces te echo de menos —me salió sin previo aviso.

—¿Por qué? Estoy aquí.

Dudé, pero ya era demasiado tarde para recular. Si de verdad quería que tuviéramos un futuro, tenía que ser sincera con él.

—Ya sabes lo que quiero decir. Te echo de menos. Y echo de menos pasar tiempo contigo.

Warden entornó los ojos mientras me observaba durante unos instantes rápidos.

—No me echas de menos a mí, sino a tu antiguo compañero. Es distinto.

—Sigues siendo el mismo.

—No, no lo soy —dijo él, mientras ocultaba sus verdaderos sentimientos tras una falsa sonrisa, tan tensa en los labios que parecía dolorosa. Por primera vez reconocí que el hombre en el que se había convertido no necesariamente me caía bien. ¿Cómo iba a caerme bien? Había nacido del odio, la rabia y el miedo.

—Eso son cosas tuyas. Los últimos tres años han sido duros para ti, te han marcado, tal vez también te han cambiado, pero no borran la persona que fuiste durante los dieciocho años anteriores —repose con una convicción que no me hizo falta fingir. Sabía que tenía razón. De lo contrario, ahora estaría sola en mi habitación y no allí con él. No me habría ido a buscar ni me habría dejado refresco de cola y chocolate en la puerta de mi habitación.

Sacudió la cabeza.

—Te equivocas.

—No, no es verdad. Te conozco, Warden, aunque no quieras admitirlo.

Al oír la última frase su rostro adoptó una expresión curiosa, como si necesitara reflexionar con intensidad sobre mis palabras. Al final dejó el bocadillo a un lado y se expulsó las migas de los dedos.

—¿Puedo preguntarte algo?

Arrugué la frente, extrañada.

—Claro.

—¿Por qué...? —se atascó y apretó los labios. Esperé a que siguiera hablando y ordenara las ideas, pero luego sacudió la cabeza—. ¿Sabes qué? Olvídalo. No es... no es tan importante.

—¿Seguro?

—Sí. Además, ya es tarde. Será mejor que te vayas.

No eran ni las once, para los Cazadores era prácticamente la tarde, pero no quería abusar de la hospitalidad de Warden, sobre todo porque le estaba muy agradecida por romper mi aburrimiento.

Cogí mi refresco medio lleno para llevármelo a la habitación y me levanté. En la puerta abierta, me di la vuelta de nuevo.

—Gracias por una tarde tan bonita —dije, y miré a Warden, que también se había levantado para seguirme, no sabía si por educación o para asegurarse de que desaparecía de verdad. Antes de ese día habría apostado por la segunda opción, pero ya no estaba tan segura—. Si hay algo que pueda hacer por ti...

—De hecho, sí hay algo —dijo Warden antes de que terminara la frase—. Me debes un favor. Quería preguntarte si podrías visitar a mi madre.

Puse cara de sorpresa. No contaba con eso en ese momento. Hacía meses que no iba a ver a Emma. No porque no quisiera verla, sino porque siempre daba por supuesto que a Warden no le parecería bien que pasara tiempo con ella.

—¿Quieres que visite a tu madre?

Asintió.

—Siempre le caíste muy bien. Creo que se alegraría de oír tu voz.

—De acuerdo, mañana pasaré a verla.

—Gracias. Al lado de la cama hay un montón de libros, se los puedes leer en voz alta.

—Ah, pensaba que solo íbamos a charlar un rato.

Warden hizo un amago de sonreír.

—Mientras no le cuentes nada malo de mí.

Le devolví la sonrisa.

—No se me ocurriría ni en sueños.

Warden

No sabía cuánto tiempo de mi vida había pasado ya en tejados, callejones oscuros o escondido en rincones sospechosos acechando a vampiros. Estaba claro que demasiado, pero era un mal necesario si quería encontrar a Isaac, y ahora a Jules. Hacía cinco días, mejor dicho, desde que Cain volvía a estar en forma, todas las noches deambulábamos cerca de Tolbooth Tavern con la esperanza de encontrar a nuevos vampiros que nos dieran una pista sobre Isaac. Sin embargo, el rastro estaba muerto. No aparecieron más criaturas cerca del bar. Era casi como si les hubieran avisado de la masacre que habíamos provocado Cain y yo.

—¿Una galleta? —preguntó Cain, y me ofreció el paquete.

Sacudí la cabeza.

Se encogió de hombros y siguió mordisqueando la galleta, como si estuviéramos de nuevo sentados en mi habitación en vez de en el tejado de una casa familiar de dos plantas, ocultos tras la copa de un árbol con unas ramas de todos modos esqueléticas.

Era una noche desapacible, con un viento que me soplaba el pelo en la frente y algunas gotas ocasionales que estallaban en la piel. Me abracé las rodillas, dejé vagar la mirada por el vecindario, tan tranquilo y quedo ante nosotros que costaba imaginar que hubiera algo malo justo allí. Sin embargo, sabía por experiencia propia hasta qué punto podían engañar las apariencias. Me había criado en un barrio parecido, y ni el césped bien cortado ni el felpudo horterá en la puerta de casa o las flores en la terraza habían disuadido a Isaac de entrar en casa de mis padres. Por eso Cain y yo tampoco dudamos en dar crédito a las habladurías del cuartel. Por lo visto en ese rincón de la ciudad vagabundeaban cada vez más vampiros desde hacía poco. Solo era una pista vaga, pero era mejor que nada. Y si podíamos proteger a otra familia de un destino parecido...

—Estás pensando en ellos, ¿verdad? —interrumpió Cain mis pensamientos.

Alcé la vista.

—¿En quién?

—En tus padres.

Asentí con desgana, aunque no me gustaba la facilidad que tenía Cain para adivinarme. Pero siempre había sido así. Mi mente era como la biblioteca desparramada de Wan Shi Tong en *Airbender, el último guerrero*: inaccesible para la mayoría, pero Cain había encontrado una vía de entrada. Ahora podía revolver a placer y desordenarlo todo.

Me había resignado a mi nueva vida y a la soledad, interrumpida solo por amistades temporales. Durante tres años había tenido suficiente, pero cada minuto que pasaba con Cain agudizaba cada vez más la sensación de que me faltaba algo. Ese deseo de algo más había sido también lo que me había impulsado a llevarme a Cain aquella noche a mi habitación. Fue

divertido jugar con ella. Me sentí de vuelta en una época que echaba mucho de menos. Aun así, lo cierto era que Cain solo pasaba tiempo conmigo porque Jules no estaba. En cuanto lo encontráramos, ya fuera vivo o muerto, volvería a dedicarse a él o a su nuevo compañero de lucha. Yo era el segundo plato, no podía olvidarlo, aunque ella me lo pusiera fácil. Sobre todo cuando me decía que me echaba de menos, o cuando me miraba con esos ojos.

—Hoy he estado con tu madre.

—¿Por qué? —pregunté, desconcertado.

Se encogió de hombros y estiró las piernas.

—Ni idea, porque sí. Le he hablado de mi trabajo. Mi otro trabajo.

Asentí, imaginaba a mi madre hablándoles de Cain a todas sus amigas con niños pequeños para que la contrataran de princesa para sus cumpleaños. Cain siempre había contado con su apoyo incondicional, igual que yo, tomara la decisión que tomara. La única que no habría aprobado era la de alejarme de Cain.

—Probablemente lo dejaré —anunció Cain.

—¿Por qué?

—La agencia es genial, y me gusta trabajar con niños, pero ahora he tenido que rechazar ya dos trabajos por la búsqueda de Jules, y seguro que de ahora en adelante pasará más. No puedo arriesgarme a que se me atravesara algún cumpleaños.

Lo entendía perfectamente. Era el mismo motivo por el que yo era incapaz de conservar el mismo trabajo más de unas semanas. Cuando llegaba la hora de la verdad, la vida de Cazador y la caza de Isaac siempre iban primero.

—Habéis elegido un día muy bonito para esta observación —sonó de pronto una voz a mi lado.

Levanté la vista y vi a un joven con el pelo castaño claro que llevaba una camiseta negra con el nombre de todos los miembros de BTS en letras blancas. Bajó con cautela por el tejado con un paraguas en la mano y se sentó a mi lado.

—Nadie te ha obligado a venir.

Kevin se encogió de hombros.

—Estaba aburrido.

—También podrías acosar a los miembros de BTS.

—¿Estás hablando conmigo? —preguntó Cain, que miraba molesta hacia donde estábamos Kevin y yo, con el pequeño detalle de que ella no veía a nuestro mirón. Solo las personas que como Roxy estaban malditas o tenían una conexión muy estrecha con la muerte podían ver a los mensajeros de la muerte.

—Con Kevin.

Cain arrugó la frente.

—¿Quién es Kevin?

—El mensajero de la muerte más poderoso que haya existido jamás —contestó él, pero Cain no lo oyó.

Solté un bufido. «Un poderoso incordio» encajaría más.

—Es mi mensajero de la muerte.

Kevin hizo un gesto de indignación.

—¿Tu mensajero de la muerte? No soy una mascota.

—Entonces, ¿por qué vienes corriendo como si fueras un perro?

—Eh, no seas tan desagradable. Pensaba que éramos amigos.

—Un momento —interrumpió Cain nuestra riña—. ¿Ves a un mensajero de la muerte? ¿Ahora, en este momento?

—Sí.

—Mierda, entonces, ¿por qué estás tan tranquilo? —Cain me lanzó una mirada casi tan letal como los kukris que de pronto tenía en la mano. Se levantó de un salto y miró alrededor en la noche, dispuesta a defenderme de cualquier criatura que se atreviera a acercarse a mí.

Sonreí satisfecho y la cogí de la mano para volverla a bajar y que nadie la viera sin querer.

—Cálmate, no voy a morir.

—Estás viendo a un mensajero de la muerte —rugió Cain. No retiró la mano, pero tampoco hizo amago de volver a sentarse—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, pero Kevin y yo... somos amigos.

Kevin torció el gesto para esbozar una sonrisa insolente y empujó el paraguas hacia mí; aunque Cain no lo pudiera ver, me protegía del constante goteo.

No sabía cómo funcionaba exactamente la magia de Kevin, pero era distinta de la de los brujos, los vampiros o los elfos. Era única e imparable, igual que la muerte, por eso los mensajeros de la muerte eran también las únicas criaturas consideradas inmortales de verdad. Eran necesarios para mantener el equilibrio, y la mayoría no eran ni buenos ni malos. Eran ejecutores neutrales de lo inevitable y trasladaban las almas de los muertos al mundo de los espíritus o al inframundo. Kevin había jurado una vez que me llevaría al mundo de los espíritus, pero yo no estaba tan seguro. Había acumulado bastante porquería durante mi vida, sobre todo durante los últimos tres años, que a mi juicio era imperdonable.

—¿Eres amigo de un mensajero de la muerte? —El tono de Cain rebosaba sarcasmo.

—Algo así. Quiso venir a buscarme unas cuantas veces, pero... no salió bien.

Ella me miraba de arriba abajo con el entrecejo fruncido.

—¿Y no te parece inquietante?

—No más inquietante que los vampiros, y a ellos los busco por voluntad propia.

Cuando Kevin apareció por primera vez, acababa de luchar en la costa oeste de Escocia contra unas lamias. Gané la batalla, pero fue bastante exigente y después estuve tumbado un buen rato junto a los cadáveres de mis adversarios. La cara de Kevin apareció ante mí de la nada. En un primer momento pensé que era una persona que quería ayudarme. De hecho, Kevin sí quería ayudarme, pero su intención no era salvarme la vida, sino facilitarme el cruce del puente hasta el mundo de los espíritus. Muy a su pesar, no morí ese día.

—¿Y ese Kevin está ahora mismo con nosotros en el tejado?

—Sí, aquí sentado. —Lo señalé, o más bien el sitio a mi lado, y Kevin saludó con la mano como si Cain pudiera verlo.

Ella torció el gesto.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—Bien, porque si lo haces te mato, y luego conocerás de verdad a un mensajero de la muerte —me amenazó, aunque en su vida había visto y oído locuras mayores que eso. Guardó las armas y volvió a sentarse a mi lado. Paseaba la mirada, atenta, por el lugar donde estaba sentado Kevin.

Él respondió a su escrutinio con una media sonrisa.

—Me cae bien —aseguró, igual que la primera vez que la conoció en el callejón la noche de Halloween—. ¿Por qué ya no sois compañeros?

—Eso no te incumbe.

Cain me miró confundida.

—¿Qué?

—Lo siento, era Kevin.

—¿Qué ha dicho?

—Nada —contesté con evasivas.

—Vamos, dímelo.

—Sí, díselo —repitió Kevin.

—¿Perdona? —Cain me miró con esos grandes ojos verdes que a veces me parecían un bosque, tan profundo que me podía perder dentro.

De pronto noté la garganta áspera y seca. Tragué saliva y vi que una gota de lluvia le caía en la mejilla y rodaba despacio. La melena pelirroja ondeaba y se encrespaba con la humedad más de lo habitual, un mechón de pelo mojado le colgaba de la frente y me dieron ganas de retirárselo. Sin embargo, Cain no parecía tener ningún interés en eso. Por el trabajo, le daba igual si se mojaba, tenía que arrastrarse por la tierra o caminar por la sangre. Hacía lo que fuera necesario, y eso siempre me había gustado de ella.

—Kevin quería saber por qué ya no somos compañeros de lucha.

Cain parpadeó, y otra fina gota de lluvia quedó atrapada en sus pestañas. Adoptó una expresión pensativa.

—Es una buena pregunta... que por desgracia solo tú puedes contestar.

Levanté una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Yo nunca rompí nuestra pareja de lucha. Fuiste tú quien dijo que solo seguiría trabajando conmigo «por encima de mi cadáver».

—Sí, porque me delataste.

—Porque no me dejaste elección.

Solté un bufido.

—Por supuesto que tenías elección. Podrías haber cerrado el... ¿Qué ha sido eso? —me interrumpí al ver un destello de luz deslumbrante en el cielo. Desapareció tan rápido como había aparecido, y, de no haber visto que Cain lo miraba tan desconcertada como yo, habría pensado que me lo había imaginado.

—¿Un rayo? —preguntó con escepticismo.

—No, no creo. —Era una noche nublada, pero el aire no chisporroteaba como cuando la tormenta era inminente.

Contuve la respiración, tenso, cuando la luz, un brillo azulado, se avivó de nuevo, seguida de un sonido profundo que alguien desprevenido podría confundir con el bufido de un gato. Cain y yo estábamos mejor informados. Intercambiamos una mirada rápida, luego bajamos lo más rápido posible del tejado al balcón de abajo, desde donde saltamos al suelo. La hierba húmeda chapoteó bajo las botas. Juntos recorrimos corriendo la calle hacia la luz cegadora. Campo a través seguimos el camino más rápido, saltamos unas vallas y corrimos entre los arbustos sin hacer caso de los rasguños que las espinas y las ramas nos hacían en los brazos. Saqué uno de los machetes que llevaba sujeto en la espalda y de reojo vi que Cain también sacaba las armas.

Nos acercamos a la luz, con un claro origen mágico. El destello azulado recordaba a la magia generada por un amuleto del nivel cinco o seis. Los bufidos y siseos no fueron en aumento, cada vez eran más débiles hasta que al final se apagaron del todo, poco antes de que Cain y yo llegáramos a la fuente de la luz. Bajamos el ritmo, anduvimos con más cuidado para que no nos

oyeran llegar.

—Tú los registras a los dos, yo me encargo de estos de aquí —se oyó una voz grave.

—¿Por qué siempre tengo que tocar yo a los asquerosos? —preguntó una mujer.

—Porque te lo digo yo, y ahora deja de quejarte y date prisa —ordenó alguien con brusquedad.

No identificaba las voces con las de ningún Cazador que conociera. Miré intrigado a Cain, que sacudió la cabeza. Por lo visto ella tampoco los conocía. Nos acercamos a los desconocidos con el mayor sigilo posible hasta que pudimos verlos.

Contuve la respiración. En plena calle había cuatro vampiros muertos. Dos parecían dormir tan tranquilos, los otros dos cadáveres habían quedado destrozados por la magia hasta quedar irreconocibles. Solo el leve aroma a romero me indicaba lo que habían sido. Junto a los cadáveres había arrodillados una mujer y un hombre. Él era rubio, ella tenía el pelo negro. ¿Eran Cazadores libres? ¿Podía ser?

—¿Qué, has encontrado algo? —preguntó el hombre.

La mujer se levantó, con las manos llenas de sangre.

—Solo un móvil, pero se ha estropeado durante la pelea.

Le dio el aparato manchado de sangre a su colega, que lo observó un momento antes de guardárselo.

—A lo mejor aún podemos salvar los datos. Y ahora larguémonos antes de que nos vea alguien.

La mujer asintió, saltaba a la vista que ostentaba un rango menor.

Se me tensaron los músculos y salí de la sombra para pedirles explicaciones, porque era evidente que no tenían pensado limpiar el desaguisado. Tenía un comentario sarcástico en la punta de la lengua cuando Cain me agarró del brazo y me retuvo porque en ese mismo momento el rubio levantó la mano. El aire empezó a removerse delante de los dedos y se formó una grieta luminosa que parecía dividir el mundo.

Un portal. Era un brujo.

Me separé de Cain, salí corriendo y, antes de levantar las armas o hablar con ellos, atravesaron el portal y desaparecieron en la nada. La grieta entre los mundos se cerró tras ellos, y las sombras que había creado la luz del portal fueron engullidas por la oscuridad.

¡Mierda! Me paré, jadeando, mientras por encima de la cabeza las farolas, que estaban bloqueadas por alguna magia, volvieron a cobrar vida y me atraparon en su haz de luz.

—No han sido imaginaciones mías, ¿verdad? —preguntó Cain, que venía por detrás.

Lo negué con la cabeza. La lluvia había arreciado durante los últimos minutos, y la tela oscura del uniforme de Cazadora casi se le pegaba a la piel. En otras circunstancias habría disfrutado bastante de la imagen, pero por dentro estaba histérico. No solo porque se nos había escapado la oportunidad de interrogar a esos vampiros, los únicos que deambulaban por allí aquella noche. No, también habíamos dejado escapar a esos malditos brujos. ¿Qué había en el móvil que se habían llevado? ¿Y dónde habían desaparecido?

Me puse en cuclillas junto a un cadáver. Toqué con cuidado los puntos quemados de la ropa del vampiro, donde la magia del brujo o la bruja le había impactado. Lo más probable era que el hombre fuera un maestro porque, según tenía entendido, solo ellos podían crear esos portales.

—No lo entiendo. —Cain se acercó al lugar donde unos segundos antes se había cerrado el portal—. ¿Por qué los brujos cazan vampiros?

—Porque Baldur se lo ha ordenado.

Cain me miró, confusa. Había guardado el puñal y ahora se tocaba el amuleto del cuello para

protegernos de miradas curiosas.

—¿Por qué iba a hacerlo? La última guerra entre brujos y vampiros fue hace siglos, si damos crédito a los registros. Desde entonces conviven en paz. Salvo por los altercados en Hungría hacia 1920. Tal vez...

—Isaac quiere matar a Baldur, y por lo visto él lo está buscando para adelantarse.

Cain arrugó la frente.

—¿Cómo lo sabes?

Suspiré y me puse en pie.

—Vamos a cobijarnos de la lluvia.

Cain no puso objeciones.

Informé a Wayne de los vampiros muertos para que enviara a la brigada de limpieza como intermediario. Luego iniciamos el camino de vuelta al centro histórico, donde entramos en un restaurante de comida rápida, que era lo único que estaba abierto a esas horas. Cain, que a veces era igual de fanática de la salud que Wayne, pidió una ensalada con un precio desorbitado, y yo me decidí por una pequeña ración de patatas fritas, el plato más barato de la carta. Necesitaba un trabajo con urgencia que me aportara algo de dinero otra vez, pero entre la búsqueda de Jules, la caza de Isaac y mis intentos de hacer que el Ghostvision funcionara para Roxy, no me quedaba tiempo para buscar algo nuevo.

—Entonces, ¿qué pasa con Baldur e Isaac? —preguntó Cain, y bebió un trago de agua.

Me metí una patata frita en la boca.

—¿Qué sabes de mi época en Londres?

—No mucho. Cuando te pregunté en Halloween te cerraste en banda.

Se me había olvidado por completo. No podía creer que no hubieran pasado ni cuatro semanas.

—Lo siento, aquella noche estaba muy enfadado porque habías matado a mi vampiro y los días anteriores habían pasado muchas cosas —contesté, y, milagro, esta vez Cain no me contradijo diciendo que no era mi vampiro, sino que me escuchó con paciencia. Le hablé de mi excursión a Londres, de cómo había conocido a Roxy y Shaw y cómo nos había llevado el camino hasta Francia. También le hablé de Amelia, la visión del destino, su visión y su muerte. No mencioné a Dominique. Salvo a mi madre, no le había hablado a nadie de ella; aunque ahora sabía que estaba bien en el mundo de los espíritus, aún no me sentía preparado para hablar de ella.

—¿Y creéis a Amelia? —preguntó Cain cuando por fin callé. Llevaba tanto rato hablando que hacía tiempo que se había terminado la ensalada y mis patatas se habían enfriado.

—Al principio yo también tenía mis dudas, pero Roxy la cree, así que yo también. —Me encogí de hombros y cogí el agua de Cain. De tanto hablar se me había quedado la garganta seca—. Y, después de lo que hemos visto esta noche, parece que algo hay. Algo pasa entre los vampiros y los brujos.

—Entonces, ¿crees que Baldur ha ordenado buscar a Isaac para matarlo?

Asentí, aunque no me gustaba la idea de que otra persona que no fuera yo matara a Isaac. Era evidente que Amelia había estado en contacto con Baldur. Seguramente también fue él quien le dio la fuerza. Era demasiado fuerte para ser una simple Cazadora de Magia. Si era cierto y los dos colaboraban, lo lógico era que Amelia también le hubiera hablado a Baldur de su visión para proteger a su maestro. Y seguro que el brujo más poderoso no se quedaría de brazos cruzados esperando tan tranquilo a que lo ejecutara el rey de los vampiros.

Cain dejó escapar un murmullo reflexivo.

—Si todo eso es cierto, y eso parece, ¿no deberíamos cambiar de estrategia?

—¿Qué te ronda por la cabeza?

—De momento no hemos tenido mucho éxito siguiendo a los vampiros hasta Isaac. A lo mejor deberíamos perseguir a los brujos.

—¿Quieres decir para que nos lleven hasta Isaac?

—Sí, puede ser... Ni idea, pero pasar el rato sentados bajo la lluvia en tejados acechando a vampiros de momento no ha sido la táctica más efectiva.

—No estoy seguro de que sea buena idea.

—Venga ya —dijo Cain—. ¿Qué tenemos que perder? Por lo menos deberíamos probar de vez en cuando otras maneras de proceder. ¿O tienes una propuesta mejor?

Por desgracia, no la tenía. No era especialista en matar criaturas con dotes mágicas, y eso me inquietaba. Si solo fuera yo, correría el riesgo sin pestañear, pero ya no estaba solo. Cain estaba conmigo, y no quería volver a verla herida como en el callejón después de que nos atacara ese vampiro.

—A lo mejor no sale bien y es una pérdida de tiempo —continuó Cain, antes de que pudiera contestarle—. Pero tampoco tenemos más indicios prometedores. Si vemos que la gente de Baldur tampoco tiene un plan, siempre podemos volver a los métodos de siempre. Pero de momento parece que no vamos a encontrar a Jules hasta que no encontremos a Isaac, y al revés. Entonces, ¿por qué no dejar que Baldur nos haga el trabajo?

Desvié la mirada hacia el empleado solitario que llevaba unos diez minutos limpiando el local con una mopa y que no paraba de mirarnos, puede que con la esperanza de que nos fuéramos pronto y pudiera cerrar. Volví a mirar a Cain, que me observaba ilusionada, y de pronto sentí el deseo irracional de cogerla de la mano en la mesa.

—De acuerdo. Pero nada de bromas con los brujos. Si la cosa se pone fea, nos largamos.

—Warden Prinslo, ¿no tendrás miedo?

«Sí, por ti».

—Conocer los propios límites no tiene nada que ver con el miedo —repuse con aspereza.

La mejor manera de combatir la magia era la magia, y ni Cain ni yo la teníamos. Había intentado varias veces entrenar con amuletos de niveles más altos, igual que Cain, aunque ella jamás lo admitiría.

—Vaya, no sabía que eras capaz de semejante reflexión.

—Siempre me has subestimado.

Cain sacudió la cabeza.

—Te equivocas, pero mejor hablemos de los brujos. Ahí tenemos un problema.

Solté un bufido.

—¿Solo uno?

—De acuerdo, muchos, pero el más importante es: ¿cómo los encontramos? Podrían desaparecer por el portal a cualquier parte, y no tengo ni idea de dónde suele estar la gente de Baldur.

Sin duda le costaba admitirlo, porque había pocas cosas que Cain no supiera de las criaturas de la noche.

—Yo tampoco —reconocí—. Pero conozco a alguien que lo sabe.

Cain

¿Por qué no habíamos hecho esa visita la noche anterior? ¿Y por qué había insistido en acompañar a Warden? Además de que todo el mundo nos miró como si fuéramos bichos raros cuando recorrimos juntos los pasillos del cuartel, la idea de hablar con Harper me resultaba de lo más desagradable porque no podía obviar cómo había tratado a Jules ni la cantidad de veces que había herido sus sentimientos. ¿Y ahora tenía que ayudarnos justo ella a seguir el rastro de los brujos, que tal vez nos llevaran hasta Jules? Si eso no era ironía del destino... Sin embargo, era la única Cazadora de Magia en quien podíamos confiar. Un brujo había matado a sus padres biológicos cuando su hermano y ella aún eran bebés. Harper había ido a la caza de ese brujo hasta entonces, y por lo visto de ahí había surgido una amistad enfermiza con Warden, por eso estaba convencido de que no iba a delatarnos. Pese a mis reticencias con ella, confiaba en Warden. Era el único motivo por el que ahora estaba a su lado, frente a la habitación de Harper.

Warden llamó a la puerta.

Se oyeron pasos, y al poco tiempo se abrió.

Una sensación de desprecio se apoderó de mí al ver los ojos oscuros de Harper. Llevaba unas mallas negras y un top corto que resaltaba su figura delicada. Pese a ser una Cazadora de Magia con un talento natural, llevaba un amuleto del nivel uno colgado al cuello. Siempre me había preguntado por qué, pero nunca me había atrevido a decírselo.

—Hola —nos saludó Harper, mirando a Warden.

Él sonrió.

—Hola. ¿Podemos hablar contigo un momento?

Harper desvió la mirada hacia mí con desconfianza, como si leyera mis pensamientos llenos de prejuicios. Dudó un momento, pero luego aguantó la puerta y nos dejó pasar.

Imaginaba su habitación muy distinta. En mi cabeza Harper vivía en una especie de cripta con carteles lúgubres, velas y cráneos en las estanterías, y libros que describían sacrificios rituales. De fondo sonaba esa música horrenda que curiosamente tanto le gustaba escuchar a Ella. Pero eso era totalmente distinto. Sí había velas, pero solo estaban para dar un olor agradable a leña en la habitación. En la cama se amontonaban cojines de todos los tonos crema y beige, y de las paredes colgaban tablones, ramas y troncos cuyo sentido se me escapaba hasta que vi un gato en una de las ramas hecho un ovillo.

—¿Tienes un gato? —pregunté asombrada.

—Sí, Loki y Thor.

Harper se acercó al gato, que levantó la cabeza, no, las cabezas, para dejarse acariciar. Una cabeza era blanca; la otra, negra, y el cuerpo también estaba dividido, como si alguien hubiera fundido la mitad de dos gatos, pero, en vez de dos colas, el gato tenía tres. La cabeza blanca de la

derecha bostezó, mientras que la izquierda negra dejaba que Harper le acariciara detrás de la oreja. Era dulce en cierto modo, aunque saltaba a la vista que era una bestia del inframundo.

Harper sonrió al animal, luego volvió a alzar la vista hacia nosotros.

—Bueno, ¿a qué se debe el honor?

—Cain y yo necesitamos tu ayuda.

—¿Volvéis a ser compañeros de lucha?

—Solo temporalmente —contestó Warden sin mirarme—. Estamos buscando a Jules.

Harper enarcó las cejas.

—Pensaba que estaba muerto. Estuve en su funeral.

Eso me llamó la atención. ¿Por qué había ido? En vida nunca se había interesado por Jules. Estuve a punto de decirlo, pero Warden se me adelantó.

—Cain cree que sigue vivo. Nunca encontraron el cuerpo.

Harper gruñó algo y dejó claro que esa teoría no la convencía en absoluto, pero no dijo nada y dejó que Warden le aclarara la situación. De nuevo habló de París, Amelia y Baldur, aunque se saltó unos cuantos detalles. Luego le habló de los brujos que habíamos visto doce horas antes y de nuestro plan de seguirles el rastro.

—¿Y qué queréis de mí? —preguntó Harper cuando Warden terminó. Estaba sentada en su cama y Loki y Thor se habían puesto cómodos en su regazo.

—Un consejo sobre por dónde empezar a buscarlos —contestó Warden—. Se llevaron un móvil de los vampiros a los que atacaron.

—¿Cómo era el brujo que creó el portal?

—Era alto. Con el pelo corto y rubio. La cara delgada. La mujer era mucho más baja, con el pelo muy oscuro.

—El tipo tenía un perfil marcado, y la nariz bastante puntiaguda —añadí.

—Suen a Tarquin. Es del círculo íntimo de Baldur. —Harper empujó al gato de su regazo y se levantó para dirigirse al escritorio. Abrió el portátil, tecleó algo y poco después abrió una imagen—. ¿Era este el hombre que visteis?

Warden y yo observamos la imagen. Era borrosa y, a juzgar por la calidad, debía de tener como mínimo veinte años. Aun así, reconocimos una versión más joven del maestro de brujo rubio.

—Sí, es él —confirmé. En la fotografía a su lado no estaba la mujer, sino otro tipo—. ¿Y quién es este?

—Es Kane. También un brujo del círculo íntimo de Baldur. Hace tiempo que no hay rastro de él. Puede que esté muerto.

—¿Sabes dónde podemos encontrar a Tarquin? —preguntó Warden.

Harper sonrió con amargura y cerró el portátil.

—Si lo supiera, hace tiempo que no estaría vivo. Podéis probar suerte en Leith. La gente de Baldur va a menudo por ahí. A lo mejor encontráis una pista de Tarquin.

Warden asintió.

—Gracias, nos has ayudado mucho.

Yo también le di las gracias entre dientes y me giré para salir de la habitación cuando la voz de Harper me hizo parar de nuevo.

—¿Estáis seguros de que vale la pena?

Me volví hacia ella despacio.

—¿Qué quieres decir?

Harper se cruzó de brazos. La melena negra le caía lisa sobre los hombros, el *piercing* del orificio izquierdo de la nariz reflejaba la luz artificial.

—¿Cuánto tiempo lleva Jules desaparecido? ¿Veinte días? ¿Más? ¿Menos?

Levanté las cejas. El corazón me latía con fuerza. Hablar con Harper de Jules era como atizar un nido de abejas con un palo: absurdo y doloroso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Os vais a jugar la vida por él.

—Porque queremos salvarlo.

—Seguramente está muerto.

Cerré los puños para reprimir el temblor que estaba a punto de apoderarse de mí. ¿Cómo podía decir algo así? Sabía que tenía un corazón de piedra, pero llegar tan lejos...

—Te gustaría, ¿verdad? Nunca te cayó bien. ¡Seguramente te alegras de que no esté!

Harper abrió los ojos como platos. Me miró aturdida, como si no supiera con qué mentira contestar a eso para negarlo todo. Siempre había menospreciado a Jules por motivos que jamás entendería, y le daba a entender una y otra vez que no estaba a su altura.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Warden. Me agarró del codo y me sacó de la habitación al pasillo.

No opuse resistencia.

Dimos unos cuantos pasos y luego me soltó. Me miró perplejo.

—¿A qué ha venido eso?

Warden se peinaba el pelo con una mano, nervioso. No paraba de mirar hacia la puerta cerrada de Harper y luego a mí.

—No puedo entenderlo si no me lo explicas.

Apreté los dientes. Por supuesto que no sabía lo que había sucedido entre Harper y Jules, había pasado muy poco tiempo en el cuartel durante los últimos tres años para enterarse.

—Harper ha hecho mucho daño a Jules —contesté en un susurro, y me abracé a mí misma el torso para contenerme de alguna manera. Jamás entendería qué le veía Jules, pero su dolor y desilusión pesaban aún más en su ausencia. Merecía tener la vida más feliz posible...

—Lo siento —dijo Warden, y sonaba sincero—. Pero estoy seguro de que Harper no desea su muerte. Solo estaba aportando una visión lúcida de la situación.

Arrugué la frente.

—¿Qué significa eso?

—Nada, solo que a lo mejor ella es un poco más racional con el asunto.

Entorné los ojos y lo estudié.

Warden me aguantó la mirada, con la cabeza un poco inclinada a la derecha, como siempre que mentía.

Sentí una puñalada en el pecho y me aparté de él.

—Crees que tiene razón.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo has pensado.

—Sí, creo que veinte días es mucho tiempo.

Mierda. Se me llenaron los ojos de lágrimas y ni siquiera sabía por qué. Warden ya me dejó claro el primer día que le pedí ayuda que creía que Jules estaba muerto. Entonces, ¿por qué me herían tanto sus palabras ahora?

Parpadeé para que no viera las lágrimas.

—¿Por qué pierdes el tiempo conmigo y esta búsqueda si no crees que podamos encontrar a Jules?

—Tengo mis motivos.

—Solo te importa Isaac, ¿verdad? —pregunté, aunque no lo entendía del todo. Warden llevaba años buscando solo al rey de los vampiros. No me necesitaba y, en vista de los acontecimientos más recientes y de mi herida, era más bien un palo en las ruedas que una ayuda.

Aun así, sacudió la cabeza.

—Eso no es verdad.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿por qué me ayudas?

—No importa.

—Si lo haces solo por compasión...

—No es eso.

—¿Pues qué?

Crucé los brazos. De pronto me sentía muy desvalida y vulnerable. Tal vez porque Harper y Warden habían expresado un miedo que estaba oculto en mi interior y al que no me permitía dar rienda suelta. Porque si perdía la esperanza, también perdía a Jules.

—No lo entenderías.

Solté un bufido.

—No puedo entenderlo si no me lo explicas —le reproché con sus mismas palabras.

Warden suspiró con fuerza antes de mirar alrededor con atención. Estábamos solos en el pasillo. Lo miré expectante hasta que de nuevo cruzó la mirada conmigo. Me miró un momento, luego abandonó la resistencia.

—Te ayudo porque odio la idea de que salgas a cazar sola.

—Porque me consideras una mala Cazadora. Vaya, eso es...

—¡Joder, Cain! No. —Se pasó de nuevo los dedos por el pelo, pero esta vez se agarraba los mechones como si lo estuviera desesperando tanto que tuviera ganas de arrancárselos—. Hasta los mejores Cazadores pueden morir. ¡No soportaría perderte! Porque, por si no lo has notado, eres muy importante para mí.

Parpadeé.

—Que soy... —repetí sin entenderlo, pero me quedé a media frase. Significaba todo lo contrario de lo que había creído durante los últimos meses—. Pero si me odias.

Warden tragó saliva.

—Solo podía odiarte tanto porque eres muy importante para mí.

Dio un paso hacia mí y tuve que tirar la cabeza hacia atrás para mirarlo. De pronto noté la garganta seca. Los sentimientos que leía en sus ojos azules eran un reflejo de los míos. Los últimos tres años nos habían separado, pero Warden ocupaba un lugar fijo en mi corazón y eso nunca cambiaría. Incluso en los peores momentos, en que deseé que se fuera al infierno, su nombre siempre hacía que prestara atención.

—No tiene sentido —murmuré, no estaba segura de si era una respuesta a las palabras de Warden o a mis propios pensamientos confusos. No entendía nada. Aun así, no me resistí al momento ni a su cercanía, que me seducía por completo.

A Warden se le dibujó una sonrisa tierna en los labios.

—Mis sentimientos por ti nunca han tenido sentido —susurró, y levantó la mano. Me acarició la mejilla con suavidad y me colocó un mechón detrás de la oreja antes de rozar la nuca con los dedos.

Me quedé petrificada, el corazón se me aceleró cuando Warden se inclinó despacio hacia mí. Su aliento cálido me rozó los labios. Contuve la respiración mientras notaba un cosquilleo y cerraba los ojos sin querer. Warden se acercó poco a poco. Se me encogió el estómago cuando sus labios rozaron los míos.

«Madre mía».

Me fallaron las rodillas y...

Sonó un fuerte carraspeo por detrás que me cayó como un jarro de agua fría y me recordó que seguíamos en un pasillo en medio del cuartel.

Retrocedí, y Warden apartó la mano del cuello. Mi desconcierto se reflejaba en su mirada.

Mierda, ¿qué estábamos haciendo? ¿Habíamos...? ¿Habíamos estado a punto de besarnos?

Aturdida por la idea, busqué el origen del ruido. A unos pasos de nosotros vi a Roxy y Shaw.

—Y yo que pensaba que había algo especial entre nosotros —dijo Shaw con una sonrisa de oreja a oreja.

Roxy, en cambio, no parecía tan contenta. Estaba de brazos cruzados.

—Ciento veintisiete días, Warden. Ciento veintisiete.

—Lo sé, y casi he terminado. —La voz de Warden sonaba ronca, como si hubiera despertado de un sueño de forma inesperada.

—Hace semanas que «casi has terminado».

Parpadeé irritada porque no era capaz de seguir la conversación.

—¿Terminar qué?

—Roxy necesita un invento de mi padre. Tengo que modificarlo para ella.

—¿Para qué?

—Roxy abrió sin querer una puerta al inframundo y liberó a cuatrocientos cuarenta y nueve espíritus malignos a los que debe enviar de vuelta a su sitio en esos mismos días, o el maldito Kevin enviará su alma al inframundo.

—¡Warden! —rugió Roxy—. ¡Era un secreto!

—No te preocupes tanto. Cain no se lo contará a nadie, ¿verdad? —Warden me interrogó con la mirada.

Aún estaba un poco aturdida, pero asentí. Harper iba a la caza de los asesinos de sus padres. Warden buscaba a Isaac. Yo intentaba encontrar a Jules. ¿Por qué no iba a infringir las reglas también Roxy? Al parecer ya no servían de mucho.

Roxy seguía mirando furiosa a Warden.

Él suspiró.

—Dame dos días más y el aparato estará listo para la primera prueba de verdad, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accedió Roxy, aunque no parecía nada satisfecha.

No sabía con exactitud qué había pasado, pero entendía su impaciencia. La perspectiva de acabar en el inframundo no era nada atractiva, y cuatrocientos cuarenta y nueve espíritus eran muchos. Ante semejante misión fracasaría hasta el mejor Cazador de Almas.

—Genial, entonces nos vamos y os dejamos seguir tranquilos. Que os divirtáis —dijo Shaw, y guio a Roxy por el pasillo.

No nos movimos hasta que doblaron la siguiente esquina, y aun así no me atrevía a mirar a Warden. Había estado a punto de besarle. Warden, con su mano delicada acariciándome el cuello. Warden, cuyos labios ya había notado sobre los míos. ¿En qué estaba pensando?

Dios, no estaba pensando en nada, solo me dejaba llevar por mis sentimientos. Eso lo empeoraba aún más porque por lo visto una parte de mí quería besar a Warden. Ay, madre...

Warden se aclaró la garganta y señaló con torpeza el pasillo. ¿En qué estaba pensando? ¿Se arrepentía de nuestro «casi beso»? ¿Le daba vergüenza?

—Será mejor que me vaya al taller a..., ya sabes...

—Sí, yo también tengo... cosas que hacer.

—Exacto, cosas... ¿Nos vemos?

—Claro —dije con una sonrisa tensa.

Warden asintió, luego se dio la vuelta con brusquedad y se fue.

Lo seguí con la mirada. El corazón seguía laténdome con fuerza mientras intentaba comprender lo que acababa de pasar.

Warden

—Caminemos hacia allí —le dije a Cain, y señalé a la derecha, en dirección al paseo marítimo.

Era la cuarta noche seguida que paseábamos por Leith, un barrio de Edimburgo donde siempre olía un poco a sal, algas y pescado a la brasa, para buscar a Tarquin y otros brujos. También era la cuarta noche seguida que Cain y yo no hablábamos de lo que había estado a punto de pasar en el pasillo delante de la habitación de Harper.

—Ya hemos estado ahí —repuso Cain.

—Lo sé, pero vamos a mirar otra vez.

Hasta ahora en ese barrio no había habido indicios de actividades mágicas. Dos días antes eliminamos a un asuang, un ser de sangre pariente lejano de los vampiros porque necesitaba la sangre de los niños nonatos. Por desgracia, esas criaturas no tenían ningún vínculo con Isaac y por tanto nos eran del todo inútiles.

Cain y yo seguimos el camino que transcurría junto a la orilla del río Water of Leith y nos acercamos despacio al puerto. Los barcos amarrados se mecían al ritmo del mar, que rompía con suavidad contra el muro del muelle.

Observé a un hombre que paseaba solo por el paseo del puerto.

—Mira el tío que está a las diez.

Sin girar la cabeza, Cain miró en la dirección que le indicaba.

—¿El de la chaqueta roja?

—Sí.

—Parece discreto.

—Ya. Pero ¿un brujo que está a punto de matar vampiros por encargo de Baldur de verdad estaría sentado tan tranquilo en un banco contemplando el mar? —preguntó Cain, porque justo eso era lo que estaba haciendo el hombre.

Odiaba no poder oler a los brujos como a los vampiros. Toda persona con la que nos cruzábamos podía ser de la gente de Baldur. No nos quedaba más remedio que especular. Los únicos brujos a los que podíamos desenmascarar con certeza eran la mujer y los dos hombres de la fotografía que nos había enseñado Harper.

—Ya los encontraremos —afirmó Cain con optimismo, y se ajustó en los hombros el abrigo verde que le había devuelto Wayne. Allí, cerca del mar, el viento soplaba bastante más frío.

Tuve que reprimir el deseo de rodearla con el brazo para que entrara en calor. No estaba seguro de en qué punto estábamos después de nuestro amago de beso. Era como un espíritu de la fase uno: existía, pero no lo percibíamos, así que me quedaba sin método. Nunca había tenido problema en reconocer lo que querían de mí las mujeres o los hombres. De hecho, era bastante bueno leyendo el lenguaje corporal, pero Cain era para mí como un libro escrito en latín. Era

capaz de descifrar unas cuantas palabras porque estaba claro que me tenía cariño, pero no entendía el contexto. ¿Quería que la besara o su atracción solo era fruto de nuestra amistad reencontrada? ¿De verdad volvíamos a ser amigos? La sensación era que sí y que no al mismo tiempo.

—¿Ha vuelto Kevin? —preguntó Cain.

La miré.

—No, ¿por qué lo dices?

—Parecías muy concentrado.

—Es mi cara normal. Siempre estoy concentrado.

—Por supuesto —contestó divertida, y se le dibujó una sonrisa en las comisuras de los labios. Yo también esboqué una sonrisa sin poder evitarlo.

Cain y yo nos quedamos un rato en el puerto para vigilar la multitud de restaurantes. Sin embargo, no había nada peculiar, por eso al final volvimos a ponernos en marcha. Paseamos por la plaza del Farmers Market, que a esas horas estaba desierta, y nos dirigimos a un bar que se llamaba Teuchters Landing y estaba en la desembocadura del Water of Leith al mar. El bar era solo una casita con asientos para los clientes fuera, en una especie de muelle encima del agua.

Caminamos ocultos en la sombra de un árbol para vigilar a los clientes con la mayor discreción posible. Se reían, comían y bebían, pero nadie parecía un hechicero. Era realmente exasperante porque me temía que aquella noche iba a ser otro chasco.

—¿Ya funciona el Ghostvision? —preguntó Cain en voz baja, y se arrimó un poco más a mí. Así no parecíamos una amenaza, dábamos la impresión de ser una parejita a punto de toquetearse con fogosidad.

De todos modos, no estaba seguro de si era la mejor manera de proceder: el olor floral de Cain me distraía bastante. Una parte de mí quería apartarse, pero la otra preferiría agarrarla y atraerla hacia mí y hacer realidad lo que estábamos fingiendo. Desde lo ocurrido en la puerta de Harper no había pasado un solo día, miento, una sola hora, en la que no pensara en sus labios y el beso que por desgracia no llegó a ser.

Tragué saliva.

—Espero. Roxy y Finn volverán a probarlo esta noche. Si vuelve a no funcionar, destrozaré el trasto contra la pared.

—Te arrepentirías.

—Sí. Como mínimo cuando Roxy vaya a por mí.

Cain se rio por lo bajo. El aliento me hizo cosquillas en el cuello.

—Estoy segura de que conseguirás poner en funcionamiento el trasto.

—Funciona, ese no es el problema. Solo que no hace lo que debería.

Los sensores del aparato eran muy sensibles. A veces funcionaban de maravilla, luego parecían estropearse sin motivo. Era el mismo problema con el que ya había tenido que lidiar mi padre. Por otra parte, habría sido fácil si ya tuviera cientos de aparatos para descargar a los Cazadores de Almas.

—Warden... —De pronto Cain sonaba alarmada.

Alcé la vista.

—¿Qué pasa?

—¡Ahí, en la entrada!

Seguí su mirada y no pude evitar sonreír. ¡Habíamos encontrado a Tarquin! En ese momento salía del minúsculo bar, con la misma bruja con la que ya lo habíamos visto el día de los

vampiros, antes de que desaparecieran por el portal. Se habían parado en la entrada de la casita para comentar algo. Los observé en tensión y me sentí como un depredador a la caza.

—Parece que esos dos traman algo hoy —gruñó Cain—. ¿Entiendes lo que dicen?

Sacudí la cabeza, compungido. Pese a que después de cuatro días en los que más o menos solo había habido observación, estaba ansioso por volver a la actividad, tuve paciencia.

De pronto la bruja retrocedió un paso. Le hizo un gesto con la cabeza a Tarquin antes de darse la vuelta y caminar hacia donde estábamos Cain y yo.

—¡Mierda!

Le di la vuelta a Cain y la apreté contra el árbol en cuya sombra nos cobijábamos. Contuve la respiración, tenso, y escuché los pasos de la bruja que sonaban a lo lejos... cuando noté un tirón en la camiseta.

Miré a Cain.

El pecho le subía y bajaba un poco más rápido que un minuto antes, y me miraba con los ojos abiertos como platos.

—¿Nos dividimos? —preguntó sin inmutarse.

Sacudí la cabeza y nos señalé a los dos y a Tarquin. Saltaba a la vista que era el pez más gordo de los dos. Si alguien sabía más de Isaac, era él.

Sentí un gran alivio al ver que Cain estaba de acuerdo con mi plan de seguir juntos. Nos mantuvimos tres o cuatro segundos más en la posición en la que estábamos antes de separarnos.

La bruja se había ido, pero Tarquin también.

—Mierda, ¿dónde está?

—Ni idea —contestó Cain, y se abrió paso.

Corrimos hacia el bar, tras el cual se veía el puente sobre el río, pero como mínimo había tres caminos más que Tarquin podría haber seguido.

—¡Perdón! —gritó Cain, y consiguió llamar la atención de algunos clientes—. Acaba de estar aquí un hombre de casi dos metros de alto, rubio. ¿Alguien ha visto adónde ha ido?

Unas cuantas personas se dieron la vuelta sin más, otras sacudieron la cabeza, pero una mujer con el pelo azul señaló el puente estrecho.

Cain le dio las gracias y salió corriendo en la dirección indicada, y yo la seguí sin saber hacia dónde corríamos exactamente.

Nuestros pasos resonaban en el asfalto cuando llegamos a un barrio residencial con casas de varias plantas. De pronto vi por el rabillo del ojo el destello de luz azul igual que unas noches antes, cuando estaba sentado con Cain en el tejado. Ella también lo vio y cambió de rumbo.

Doblamos una esquina y ahí estaba Tarquin. Había creado un portal. La grieta centelleaba en el aire, dispuesta a llevarlo adonde quisiera.

Tarquin alzó la vista, sorprendido, cuando nos oyó llegar. Solo nos separaban unos metros del brujo. Debía de saber quiénes y qué éramos porque lucía una sonrisa burlona en el rostro, como si quisiera decir: «lo siento, demasiado tarde». Después de ese último saludo silencioso atravesó el umbral del portal.

—¡No! —rugió Cain, y dio un salto adelante.

Me dio un vuelco el corazón. De repente parecía que todo pasaba a cámara lenta. Cain intentó agarrar de la mano a Tarquin, pero el brujo era demasiado rápido. Desapareció en la grieta luminosa, que emitió un destello deslumbrante a punto de cerrarse, Cain lo atravesó en el último segundo y la magia la engulló.

Intenté retenerla, pero ya era demasiado tarde. El portal se había cerrado justo tras ella. Y yo

me quedé solo.

Miré al vacío, desconcertado, donde un segundo antes estaba la luz azul. Se me encogió el estómago, el pánico se apoderó de mí, me aturdió, pero solo durante una fracción de segundo hasta que el instinto superó al miedo por Cain y tomó las riendas. Saqué el móvil y llamé al cuartel mientras caminaba nervioso de un lado a otro.

—Jardinería Dagger, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó una mujer.

—Warden Prinslo. WP170516EDI. Necesito la ubicación de Cain Blackwood. CB170516EDI. Puede que ya no esté en la ciudad —me salió, sin aliento.

Tenía las palmas de las manos húmedas, el sudor angustioso me picaba en el cuero cabelludo. ¿En qué estaba pensando Cain para saltar detrás de Tarquin? Podría estar en cualquier parte del mundo, y sobre todo estaba con el brujo a solas. ¿Y si la llevaba al escondrijo de Baldur? ¿O a otra base de los brujos? Contra uno o dos tal vez Cain podría defenderse aun sin la magia del amuleto, pero no contra tres, cuatro o incluso una docena. Podría estar muerta ya. La idea me aceleró el pulso de nuevo, así que la descarté con vehemencia.

—La he encontrado —dijo la mujer al otro lado del teléfono.

—¿Y?

—Te he enviado sus coordenadas al móvil.

Colgué sin despedirme y abrí el mensaje del cuartel. Al cabo de un segundo sentí un gran alivio en todo el cuerpo. La dirección era de Edimburgo, al otro lado de la ciudad. Con suerte llegaría a tiempo...

Cain

Me picaba la piel, y oía un pitido en los oídos. Entorné los ojos, desorientada, para librarme del mareo que de pronto se había apoderado de mí. Me sentía como si acabara de bajar borracha de una montaña rusa. Un súbito gruñido me devolvió la sobriedad al instante.

Miré al frente y vi el rostro de un vampiro atravesado de venas oscuras. Estaba en cuclillas a solo unos metros de mí y me miraba con esos ojos brillantes y rojos.

Sin apartar la vista del vampiro, vi que estaba en una vieja sala destartada de techos altos y mobiliario antiguo. La claraboya que había encima de las ventanas estaba hecha añicos, y el polvo y la porquería habían entrado por ahí. Por lo visto era la hora de comer porque en una mesa a solo unos pasos de mí yacía el cuerpo inerte de un hombre. Estaba casi desnudo y plagado de mordiscos, y alrededor de él se habían reunido unos cuantos vampiros más.

No estaba sola frente a ellos. A mi lado Tarquin ya había adoptado la posición de combate. No parecía sorprendido con los chupasangres, más bien preparado para el ataque. Bueno, pero sin mí.

Me echó un vistazo rápido y luego se volvió de nuevo hacia los vampiros, como si me considerara una amenaza menor. Con razón, yo solo quería hablar con él, no verlo muerto, no como nuestros acompañantes que rechinaban los dientes con las bocas manchadas de sangre. El brillo ávido en sus ojos era más evidente de lo habitual.

—Esto es lo que has conseguido siguiéndome —dijo Tarquin sin mirarme, poco antes de que un destello azul saliera de su mano y le diera al vampiro que teníamos más cerca. Salió disparado hacia atrás y se golpeó contra la pared. Pareció que el todo muro temblaba con la furia del choque.

Los demás vampiros gruñeron y se abalanzaron sobre nosotros.

Levanté los kukris y deseé llevar encima un arma más grande, la catana de Harper o los machetes de Warden, para que las bestias no se acercaran tanto. Sin embargo, en esa habitación tampoco había opción de sortearlos, con tantos muebles y el destello azul que centelleaba en el aire y que también debía esquivar. Puede que en ese momento Tarquin luchara en mi bando, pero no por eso su magia era menos letal para mí.

Me agaché por debajo de uno de los rayos que no dio en el blanco e impactó en la pared que tenía detrás. Justo a tiempo vi al vampiro que me atacaba por el costado, tomé impulso y le clavé uno de mis kukris en el hombro. Quería sacar la hoja cuando el vampiro me dio un golpe en el brazo, tan fuerte que se me cayó el segundo kukri de la mano. Aterrizó con un tintineo en el suelo mientras el vampiro saltaba de nuevo hacia mí. Detrás de su cabeza centelleaban luces azules.

Agarré la pistola del cinturón y, cuando ya olía el aliento del vampiro que apestaba a putrefacción, disparé un tiro amortiguado. La bala le dio en el cráneo y se lo hizo pedazos muy cerca de mí. Se desplomó sin cabeza.

Me arrodillé. Con un movimiento fluido levanté un kukri y saqué el otro del cuerpo del vampiro antes de dedicarme a mi siguiente rival, cuando de pronto oí que se rompía un cristal.

Tarquin había arrojado a uno de los chupasangres con su magia a través de la ventana al jardín, que no había visto hasta este instante, cuando el cristal ya no reflejaba. Por lo menos ahora sabía que estábamos en la planta baja de un edificio. El brujo saltó detrás en plancha y una ráfaga de viento fresco entró en la sala.

Respiré aliviada. Sin tener que esquivar constantemente el rayo de magia podía concentrarme del todo en mi adversario.

Y él en mí. El vampiro que tenía enfrente soltó un gruñido y dio un salto hacia mí.

Le disparé varios tiros, pero el desgraciado era rápido, no recibió más que alguna bala perdida.

Volví a apretar el gatillo, pero el maldito cargador estaba vacío. Tiré la pistola a un lado sin mirar y me lancé a luchar con mi kukri.

El vampiro me agarró del abrigo con las garras. La tela se rasgó y noté un leve escozor en la piel, pero no me dejé confundir por eso. En cambio, aproveché el impulso, me di la vuelta y le clavé un cuchillo en la zona lumbar, tan profundo que llegó a la columna vertebral.

Soltó un alarido como un perro apaleado y cayó al suelo cuando las piernas cedieron.

Lo agarré de los hombros sin compasión, le di la vuelta, le clavé el segundo kukri en el corazón y el chupasangre se desplomó inerte. Le saqué los dos cuchillos de golpe del cuerpo. Caía sangre de las puntas.

Jadeando, miré alrededor. La mesa con el cadáver estaba volcada. Ahora el cuerpo yacía en el suelo, junto a los cuatro vampiros muertos, algunos decapitados, otros abrasados. El polvo entraba por la ventana reventada al interior y se pegaba en los charcos de sangre que se habían formado por todas partes.

Me acerqué a la ventana y miré fuera. Estaba oscuro, pero por lo que veía nos encontrábamos en una especie de mansión con extensos jardines y árboles altos que me tapaban la vista de un posible vecindario. Tarquin luchaba muy cerca, en el césped descuidado, contra dos vampiros que lo rodeaban y solo tenían ojos para él. Era mi oportunidad de escapar. Sin embargo, si desaparecía ahora, podían pasar días, semanas o incluso meses hasta que Warden y yo volviéramos a dar con una pista que nos llevara a Tarquin y, con suerte, también a Isaac.

El cristal crujió bajo mis pies cuando me di la vuelta para levantar la pistola y cambiar el

cargador. Luego volví corriendo a la ventana y puse rumbo a uno de los vampiros. Los ataques mágicos de Tarquin los movían de un lado a otro, así que me resultaba imposible poner a uno en el punto de mira. Puede que un tirador mejor, como Jules, les hubiera dado sin problemas, pero mi punto fuerte era la lucha cuerpo a cuerpo. Respiré hondo y aun así disparé un tiro que, como cabía esperar, no acertó.

—Mierda —exclamé, porque ahora los dos vampiros me habían visto.

Mientras uno daba otro salto hacia Tarquin, el otro salió corriendo por los parterres y arbustos asilvestrados hacia la ventana rota.

No me dio tiempo a reaccionar, en un abrir y cerrar de ojos llegó a mi lado y me derribó. Antes de que me sujetara contra el suelo, volví a ponerme en pie con un potente impulso. Sorprendido, el vampiro enseñó los dientes y vi el brillo de los colmillos, pero eso no me dio miedo.

En esta ocasión pasé yo primera al ataque para ponerle fin de una vez. Sin embargo, mi adversario era ágil y persistente y, mientras intentaba clavarle el cuchillo, el vampiro hacía todo lo posible por romper mi defensa con las garras.

Tenía el corazón acelerado, y respiraba a trompicones. Noté que la herida seguía dándome algunos problemas, pero en ese momento no podía pensar en ello. Me agaché ante un golpe del vampiro, le clavé uno de los kukris en el pie y así lo dejé pegado al suelo. Luego le di una fuerte patada en la rodilla. El ruido del hueso roto me llenó de satisfacción. El vampiro se desplomó con un grito y, antes de que supiera cómo había ocurrido, lo agarré por los hombros, le di la vuelta y le clavé el segundo kukri en el corazón.

El vampiro estaba muerto. Fuera, en el jardín, también estaba todo en silencio. No había destellos de magia, ni ruidos de pelea ni pasos. Se había terminado.

La sala estaba bañada en sangre de los vampiros y su víctima. Me escocía el costado, donde uno de los vampiros me había dado con las garras, y la antigua herida de la pierna seguía protestando.

Estaba en medio de la sala, con la respiración entrecortada, y ni siquiera me estremecí cuando Tarquin volvió a entrar por la ventana. Se le veían varios rasguños profundos en el cuello y la cara, y además intentaba cargar lo menos posible la pierna izquierda. Pese a todo, no parecía interesado en sus heridas. Se arrodilló sin decir nada delante de uno de los vampiros y se puso a registrarlo. No me prestó más atención.

Observé con detenimiento cómo registraba los cadáveres uno a uno, con demasiada desconfianza para hablar. A diferencia de los vampiros, los brujos no eran malignos *per se*. No se movían por sus instintos ni necesitaban matar para existir. Sin embargo, había un motivo por el cual los Cazadores de Magia los cazaban: no todos decidían llevar una vida apacible.

Fuera lo que fuese lo que buscaba Tarquin, no lo encontró. Después de cachear al último cadáver, se incorporó y me miró. No supe interpretar la mirada de sus ojos castaños claros. Me hizo un gesto con la cabeza, para darme las gracias en silencio o algo parecido, luego levantó una mano y creó un portal.

—¡Espera! —Di un paso adelante.

Ya fuera por el tono suplicante de mi voz o porque acabábamos de cubrirnos las espaldas el uno al otro, Tarquin se paró. Me miró intrigado. La luz del portal centelleaba sobre los rasgos de la cara.

—Baldur os ha mandado a buscar a Isaac, ¿verdad?

El brujo parecía sorprendido y no se esforzó en disimularlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también estoy buscando a Isaac —contesté sin responder a su pregunta—. Se ha llevado a un amigo mío. Un Cazador de lo Siniestro. ¿No lo habréis visto por casualidad?

—No, no me he encontrado con ningún Cazador de lo Siniestro —contestó Tarquin.

Le creí. Tampoco tenía motivos para mentirme. Isaac era el enemigo de su maestro, no de Jules.

El brujo permaneció un instante más delante del portal, pero, al ver que no decía nada más, lo atravesó.

Esta vez no lo seguí. El portal se cerró, y me quedé sola en la mansión destartalada.

Me puse a registrar a los vampiros a toda prisa con la esperanza de que Tarquin hubiera pasado algo por alto cuando de pronto se oyó un estruendo. Di un respingo y me di la vuelta. La puerta de entrada de la casa se había abierto con tal fuerza que había golpeado contra la pared. Esperaba ver irrumpir a más vampiros en la sala, pero solo entró una persona empuñando las armas.

Warden.

El pecho le subía y bajaba a toda velocidad, y en los ojos se reflejaba un miedo que no le había visto nunca. Los nudillos le sobresalían claros de la fuerza con la que agarraba el machete. Como si estuviera dispuesto a no dejar títere con cabeza.

Me miró desconcertado.

—Cain... —Mi nombre sonó solo como un susurro en sus labios.

Durante dos o tres segundos no se movió, luego dejó caer de repente los machetes y en tres pasos cortos superó la distancia que nos separaba. El miedo se desvaneció de sus ojos y quedó desplazado por otra sensación, pero antes de sacar en claro cuál era exactamente, me atrajo hacia sí y me besó.

Sus labios calientes y ávidos presionaban contra los míos, con tanta fuerza que prácticamente saboreé su preocupación y miedo por mí. Había venido a protegerme, y de pronto desapareció toda la tensión de mi cuerpo. Cerré los ojos, le rodeé el cuello con los brazos y lo atraje hacia mí.

Cuando clavé los dedos en su camiseta le salió un suspiro placentero. Atrapé el sonido con los labios y me puse de puntillas para acercarme más a él. Notaba el corazón desbocado, y ya no era por el esfuerzo de la lucha.

Warden subió los dedos despacio por mi espalda, como si quisiera palpar cada milímetro de mi cuerpo para asegurarse de que estaba bien.

Me estremecí. Incluso a través del tejido de la camiseta sentía que la caricia ardía en mi piel. Por un momento pensé que debería resultarme raro besarle: antes era mi mejor amigo, ahora mi enemigo más personal, pero no fue así. Besar a Warden era como respirar, natural y, en ese momento, fundamental.

Me arrimó más a él, y me abrumó el cúmulo de sentimientos que me arrolló de pronto. Nunca había pensado en besar a Warden. No, no era cierto, nunca me había permitido pensarlo. Sin embargo, en ese momento me pregunté cómo podía ser que no lo hubiera pensado. Los besos de Warden eran impetuosos, apasionados y al mismo tiempo tiernos, como si yo fuera el arma más preciada que hubiera tenido jamás en las manos. Me hizo perder la razón y acalló mis pensamientos hasta que solo lo sentía a él: las manos, los labios, el aliento en mi piel.

Warden se abrió paso con los dedos por debajo de mi camiseta, recorrieron la columna vertebral y sentí un calor abrasador en la boca del estómago. Me aferré aún más a él y apretó el pecho contra el mío mientras con la lengua recorría burlón mi labio inferior. Solté un tenue jadeo y lo asalté con la lengua.

Warden me había incitado a hacer muchas tonterías, pero aquella era sin duda la mejor tontería

que habíamos hecho juntos...

El beso se volvió más tierno. Me acaricié con delicadeza con la boca antes de separarse de mí. Abrí los párpados temblorosos y vi sus ojos azules que me miraban con intensidad.

—¿Estás bien?

Me miró de arriba abajo. Después de aquella intervención, el abrigo había quedado definitivamente para el contenedor de basura, pero, aparte de eso, no sufría daños graves.

—Sí, solo son unos cuantos rasguños.

Warden asintió, aunque no parecía del todo aliviado.

—¿En qué estabas pensando cuando seguiste a Tarquin a través del portal?

—No pensaba en nada. Lo siento.

Warden me miró como si no hubiera palabras suficientes en el mundo para reprocharme tanta ingenuidad. Sin embargo, en vez de soltarme un discurso volvió a estrecharme entre sus brazos.

Pese a que no decía nada, notaba la desesperación, la inseguridad y el miedo que lo habían acompañado durante los últimos minutos, y lo abracé con todas las fuerzas que fui capaz de reunir.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —me murmuró al cuello.

Su aliento cálido me hacía cosquillas en la piel húmeda. Me estremecí y asentí en su pecho. En ese momento fui consciente de verdad del peligro que había corrido. Detrás de ese portal podría haber cualquier cosa al acecho. Podría decirse que tuve suerte de que solo hubiera unos cuantos vampiros y no una reunión de brujos. O Baldur en persona.

—Te lo prometo.

Warden se separó de mí y me envolvió la cara en las manos. El azul de los ojos me recordaba a la magia que poco antes se arremolinaba salvaje a mi alrededor, pero no me aparté de él. No me daba miedo, aunque tuviera el poder de herirme.

Warden echó un vistazo despacio a la sala destrozada.

—¿Qué ha pasado aquí?

Tragué saliva.

—Tarquin nos ha teletransportado a un nido de vampiros. Por lo visto buscaba pistas que lo llevaran a Isaac, pero no ha encontrado nada.

—¿Y ahora dónde está?

—Fuera. Se ha ido hace unos minutos. Le he preguntado por Jules, pero no sabía nada de él. Eso significa que podemos volver a empezar desde el principio —dije con un profundo suspiro.

—No te preocupes por eso. Ahora voy a llevarte a casa. Mañana nos vemos, ¿de acuerdo?

No tenía nada que objetar. La última media hora había sido como un día entero.

Warden me agarró de la mano, me sacó de la casa y me llevó a un coche que estaba aparcado atravesado en la entrada. Me ayudó a subir y luego se sentó al volante. Antes de arrancar el motor llamó a Wayne para que limpiara la marranada de la mansión.

Durante el camino de vuelta al cuartel seguía notando la mirada de Warden clavada en mí. Me pregunté en qué estaría pensando, porque a mí me costaba bastante entender lo que acababa de pasar. ¡Nos habíamos besado! Busqué en sus ojos un rastro de arrepentimiento, pero no lo encontré.

Una vez que llegamos al cuartel, Warden me ayudó a bajar y me acompañó por los pasillos hasta mi habitación.

Paramos delante de mi puerta.

—¿Necesitas algo más?

Sacudí la cabeza.

—Solo una ducha.

—Vale, entonces que te mejores.

—Sí.

Yo no paraba de mover los pies, nerviosa. ¿Cómo te despedías de quien antes era tu mejor amigo, tu excompañero de lucha, y además el chico al que acabas de besar?

Warden se aclaró la garganta.

—Bueno, entonces... buenas noches.

—Buenas noches —contesté.

Se quedó un momento quieto, indeciso, hasta que se inclinó y me dio un beso de despedida. Solo fue un gesto breve, tierno y fugaz a la vez, que a otra persona quizás le parecería insignificante, aunque era todo lo contrario. Cuando Warden se dio la vuelta para marcharse, me dejó una sonrisa en los labios.

Cain

—*L*os espíritus de la fase cuatro son especialmente pérfidos —explicó Ella a los niños poniendo una voz terrorífica—. Además de que pueden ser invisibles para nosotros y poseer cuerpos ajenos, también cuentan con la capacidad de volver a materializar su propio cuerpo.

—Pero ¿eso no es bueno? —preguntó Lina, una de mis alumnas más ambiciosas—. Así un Cazador de Sangre como mi papá también puede matarlos.

—Es verdad, pero los espíritus de fase cuatro, además de tener un cuerpo propio, en la mayoría de los casos tienen también poderes de telequinesia, que son una mier... muy peligrosos. Solo deberían enfrentarse a ellos Cazadores experimentados.

—¡Como mi papá! —gritó Lina.

Ella se rio.

—Sí, como tu papá.

De vez en cuando invitaba a otros Cazadores y Cazadoras a la clase para que hablaran de sus especialidades, y no conocía a una Cazadora de Almas mejor que Ella. Habló más de los espíritus en general y de sus casos con Owen. Me alegré de que estuviera hoy y poder retirarme un poco. A decir verdad, no estaba muy por la labor. Lo que me había pasado con Tarquin y el portal aún me tenía absorta. Igual que el beso con Warden. Cuanto más lo pensaba, más insegura me sentía. No tenía ni idea de en qué punto estábamos. ¿El beso había sido algo puntual fruto de un arrebato, o se repetiría? En mi fuero interno esperaba que se repitiera, pero ¿en qué nos convertía eso? Porque de una cosa sí estaba segura: Warden no era Finn. No podía besuquearme con él por diversión, significaba demasiado para mí.

¿Por qué tenía que ser todo siempre tan complicado? No solo con Warden, también con Jules e Isaac. Habíamos vuelto a empezar de cero, sin ninguna pista del rey de los vampiros ni de mi primo. ¡Dios, me ponía de los nervios!

Ella terminó la clase sin que yo tuviera que aportar nada más. Mientras los niños salían en tromba de la clase a buscar a sus padres, que los esperaban en el pasillo, recogimos nuestras cosas. Después de la clase habíamos quedado en ir a nadar.

Íbamos a salir cuando mi madre entró en el aula. Había dejado el uniforme de Cazadora y llevaba unas mallas y un jersey azul cielo. El pelo color caoba, un poco más oscuro que el mío, le caía suelto sobre los hombros.

—Hola a las dos.

—Hola, Lillian —saludó a mi madre—. ¿Cómo estás?

—No puedo quejarme. Hoy es mi día libre. Por cierto, enhorabuena por el fantástico trabajo de Helsinki, tu padre me lo ha contado.

Ella esbozó una sonrisa de oreja a oreja y se le sonrojaron las mejillas. Su padre era su gran

modelo. Para ella un halago suyo pesaba más que el de cualquier otra persona en este mundo.

—Gracias. Fue muy emocionante.

—Te creo. Cuando podamos tienes que contármelo, pero si no te importa ahora me gustaría hablar un momento con mi hija.

Me invadió un mal presentimiento. Seguro que quería hablar conmigo de la elección de un nuevo compañero de lucha.

Ella me miró y reconoció la inquietud en mi mirada.

—Es que íbamos a...

—No pasa nada —la interrumpí, agradecida porque intentara salvarme de esa conversación, pero era mejor zanjarla lo antes posible—. Ve tú primera. Voy en cuanto hayamos terminado.

«¿Seguro?», me preguntaba Ella con la mirada.

Asentí.

Ella dudó un momento más, luego se despidió de mi madre y nos dejó solas en el aula.

Mi madre cerró la puerta y se acercó a mí en el pupitre.

—¿Por qué no contestas al móvil? Hoy he intentado llamarte cinco veces —dijo en ese tono maternal que enseguida conseguía despertar mi mala conciencia.

—Lo siento, tengo un número de móvil nuevo. Luego te lo envío.

Había cambiado el móvil antiguo, mejor dicho, lo había perdido. No tenía ni idea de dónde estaba ese trasto. Al principio pensé que se me había caído sin querer durante el combate con los vampiros en la mansión, pero ni Wayne ni la brigada de limpieza lo habían encontrado. Tampoco estaba en el coche que utilizamos Warden y yo. Los archivistas tampoco habían podido localizarlo, así que me dieron uno nuevo. Por suerte había respetado las normas de forma modélica y no había grabado en el móvil información ni mensajes que pudieran perjudicar a los Cazadores y al cuartel.

Mi madre se apoyó en el pupitre sin decir nada y me miró de arriba abajo.

En ese momento entendí que no había ido a verme por las llamadas sin contestar, sino porque había salido a cazar durante las últimas semanas. No sabía cómo, pero de alguna manera se había enterado.

—Pero tengo razón al suponer que tu nuevo número de móvil no es lo único que deberías contarme, ¿verdad?

Asentí. Ya no tenía sentido mentir.

—Lo siento —me disculpé, y me senté delante de mi madre en una mesa de los niños.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haberte mentido.

—¿Nada más?

Asentí, porque me daba la sensación de que estaba dispuesta a escucharme de verdad.

—Sé que los Cazadores tenemos una responsabilidad ante la gente y que nuestro trabajo es peligroso, pero con Jules os habéis rendido demasiado pronto. No podía aceptarlo.

—¿Y por eso te has ido sola?

—No, sola no..., con Warden.

Mi madre hizo un amago de sonreír y sacudió la cabeza, divertida.

—¿Por qué será que no me sorprende? Siempre he sabido que vosotros dos volveríais a trabajar juntos algún día.

Enarqué las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Sí, una madre sabe esas cosas.

Se encogió de hombros como si la maternidad fuera un misterio sobrenatural que otorgara determinadas habilidades telepáticas.

No ahondé más en el tema porque lo que ella pensara de Warden y de mí era secundario, había una pregunta mucho más importante.

—¿Nos vas a delatar?

Si le hablaba a Grant del asunto, apaga y vámonos. Warden y yo habíamos obedecido y habíamos salido a cazar juntos, pero nuestra búsqueda de Jules iba claramente en contra de las instrucciones del cuartel.

Suspiró.

—No.

—¿De verdad que no? —pregunté sorprendida porque mi madre era como yo. Valoraba las reglas del cuartel y las acataba. Incluso cuando la perjudicaban, como aquella vez en que le dieron a Xavier y no a ella la dirección de los Cazadores de Sangre. Lo aceptó por el sencillo motivo de que, según las reglas, la decisión de quién ocupaba el puesto era solo de Grant.

—De verdad que no. Entiendo por qué necesitas hacerlo. Pero prométeme que iréis con cuidado. Intentaré dar largas a Grant y Xavier un tiempo más. Los dos quieren que te busques un nuevo compañero.

—Gracias, mamá. —Me levanté de la mesa de un salto para darle un abrazo fuerte, ella me correspondió y la sensación de calor y confianza fue increíble.

Cuando nos separamos, salimos juntas del aula.

—¿Cómo lo has averiguado? —le pregunté en el pasillo, poco antes de tomar distintos caminos.

—Por casualidad. Estaba con los archivistas cuando entró una llamada de Wayne pidiendo una brigada de limpieza, diez minutos después de verlo en el cuartel. Luego revisé unos cuantos expedientes y comprobé que, desde la desaparición de Jules, Wayne había pedido muchas limpiezas. Demasiadas. Entonces até cabos. Lo único que no sabía era lo de Warden.

—Si algún día ya no tienes ganas de trabajar en esa tienda, podrías ser detective —propuse al llegar a la escalera.

Soltó una carcajada.

—Va bien saberlo, pero creo que me gusta demasiado ser Cazadora.

Nos despedimos y yo fui a mi habitación a ponerme el bikini. Con una toalla bajo el brazo, me dirigí a la piscina, donde salté al agua con Ella.

Mientras yo nadaba mis largos, Ella estaba tumbada en una colchoneta. No era una piscina de recreo, sino para entrenar, pero a Ella eso no le interesaba. Se dejaba llevar tan tranquila, como si estuviera de vacaciones. Solo le faltaba una sombrilla en las narices y un cóctel en la mano.

—Eh, ¿qué quería tu madre? —preguntó.

Nadé alrededor de la colchoneta.

—Se ha enterado de que Warden y yo estamos buscando a Jules.

—¡Madre mía! ¿Qué ha dicho?

Le hice un resumen de la conversación. Esperaba que nadie más averiguara lo que había descubierto mi madre. Aunque lo dudaba. Los archivistas tenían un montón de datos sobre todos y cada uno de los Cazadores y en teoría sabían perfectamente cuándo íbamos a la armería y salíamos del cuartel, pero esos datos no se utilizaban para controlarnos. Mientras Warden y yo

nos mantuviéramos cubiertos y fuéramos cautelosos, nadie más nos descubriría. Aun así, tal vez no estuviera mal sumar a uno o dos Cazadores más a bordo para que las frecuentes solicitudes de limpieza de Wayne no levantaran sospechas.

—¿Cómo va la búsqueda de Jules? —preguntó Ella, y remó a contracorriente hacia los filtros.

—No muy bien —contesté en voz baja, y la puse al corriente. Además de nosotras solo había dos Cazadores más en la piscina, pero no quería arriesgarme a que nos oyeran—. Es muy frustrante, hasta ahora todas las pistas han acabado en nada. No tenemos nada de nada.

—Lo siento, pero seguro que lo encontraréis.

—¿De verdad lo crees?

Ella asintió y se volvió hacia mí. Llevaba el pelo rubio recogido con una pinza para que no se le mojara. Aun así, se le habían soltado unos cuantos mechones que se le pegaban húmedos en la frente y las mejillas.

—Veo en tu aura que sigues creyéndolo, y mientras conserves la esperanza, yo también.

Sonreí. Me sentó bien oírla. Sí, aún no estaba preparada para renunciar a Jules, pero cada día que pasaba las dudas ganaban peso y costaba más no perder la esperanza. Sobre todo cuando pensaba en que el cuartel había vuelto a la normalidad. Nadie hablaba ya de Jules o Floyd, su muerte se había aceptado sin más y, aparte de sus padres, el resto seguía adelante como antes. Hasta cierto punto lo entendía. Nuestra profesión era peligrosa, no paraban de desaparecer y morir Cazadores de servicio, pero costaba aceptar lo rápido que Jules había caído en el olvido.

—¿Y cómo va la colaboración con Warden? ¿Os estáis volviendo locos el uno al otro?

La pregunta me pilló desprevenida, y por un momento olvidé mover los brazos. El agua me dio en la cara y tardé un poco en recuperar el ritmo.

—No..., va bien.

Levantó una ceja.

—¿Eso qué significa?

Me mordí el labio, cohibida.

—Es distinto a como esperaba.

—Repito: ¿eso qué significa?

Aunque me movía en agua fría, me acaloré.

—A lo mejor nos hemos besado.

—¿Qué? —exclamó Ella, que se sentó de golpe. La colchoneta empezó a tambalearse y perdió el equilibrio. Cayó al agua con un gran chapoteo. Volvió a emerger intentando tomar aire y con el pelo empapado. Me miró a los ojos—. ¿Qué has dicho?

—Nos hemos besado.

—¿Cuándo? —Ella ni siquiera intentó subir a la colchoneta, que se estaba yendo.

—Hace dos días.

—¿Y ahora me lo cuentas?

—Perdona —me disculpé, y le conté que Warden me encontró después del combate en la mansión y nos besamos. Al recordarlo sentí un cosquilleo en los labios y un temblor nervioso en el pecho. De pronto entendí que estaba deseando volver a verlo. La víspera había salido a cazar con Roxy y Finn para vivir de cerca cómo funcionaba su Ghostvision. Desde entonces no sabía nada de él.

—Guau —exclamó Ella, y me sacó de mis pensamientos—. No imaginaba que aún podía llegar a pasar. Jules me debe veinte libras.

La miré confundida.

—Vamos, lo vuestro era bastante evidente, por lo menos antes de lo de los padres de Warden. Jules y yo esperábamos todos los días que soltaras que os habíais besuqueado.

Era la primera vez que lo oía.

—¿Y hacíais apuestas?

—Sí. —Sonrió—. No te hagas la sorprendida. Por aquel entonces erais inseparables y habríais hecho cualquier cosa el uno por el otro.

—Porque éramos compañeros de lucha.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí, claro, lo que tú digas.

—¿Por qué nunca me habéis dicho nada?

—No queríamos entrometernos —dijo Ella, como encogiéndose de hombros, y nadó detrás de la colchoneta, que ya estaba en el otro lado de la piscina.

La seguí con la mirada y pensé en sus palabras, pero decidí que ya no importaba lo que Jules y Ella pensarán entonces. O lo que fuéramos antes Warden y yo. Eso formaba parte del pasado. Me interesaba mucho más lo que nos deparaba el futuro.

Ella volvió con su colchoneta, que le sujeté mientras intentaba subir de nuevo. Luego nos quedamos un rato más en el agua. Ella se dejaba llevar mientras yo volví a nadar mis largos en un intento de liberar la mente, pero la cabeza volvía una y otra vez a Warden y el beso.

—Mira quién ha venido de visita —oí que susurraba Ella, que de pronto apareció a mi lado.

Salí de mi ensimismamiento y alcé la vista. Acto seguido vi a Warden caminando junto al borde de la piscina. Puede que se me secara un poco la boca al verlo. Antes lo veía mucho sin camiseta, pero era la primera vez en tres años y... guau. A lo largo de mi vida había visto algunos cuerpos masculinos bonitos, pero Warden... era distinto. Tal vez lo pensaba porque ahora sabía cuál era el tacto de su pecho musculado contra mi cuerpo.

Me obligué a apartar la vista de sus abdominales bien definidos y noté que también me había visto. Lucía una sonrisa consciente. Sin quitarme ojo de encima, dejó sus cosas en un banco en el borde de la piscina.

—Creo que es una señal para que me vaya —dijo Ella y, antes de que pudiera retenerla, remó con su colchoneta hasta la escalera más cercana. Al pasar saludó a Warden, y al poco había desaparecido.

Cuando miré alrededor comprobé que estábamos solos en la piscina. Se me aceleró el pulso sin querer.

Warden se sentó en el borde y me observó con una mirada que sentí como un cosquilleo en la piel incluso a esa distancia.

Nadé hasta él porque habría sido raro seguir con mis largos sin hacerle caso. Tampoco era lo que quería. Me apetecía mucho más hablar con él. Tocarle. Sentir sus labios en los míos. Si él también quería.

—Hola —me gritó cuando solo nos separaban unos metros.

—Hola —contesté sin aliento, con la esperanza de que lo atribuyera a que ya llevaba un rato en la piscina.

Esbozó una media sonrisa.

—Ella tenía bastante prisa.

—Sí, tiene... cosas que hacer. Espíritus —mentí, tan mal que ni yo misma me habría creído. ¿Por qué estaba tan nerviosa de repente?

Warden no hizo ningún amago de entrar en el agua, así que subí apoyándome en el borde y me

senté a su lado sobre las baldosas frías. Se me puso todo el cuerpo de piel de gallina.

Warden me observó, detuvo la mirada sin mucha discreción en mis pechos y luego me miró a la cara. Ni siquiera podía tomármelo mal, al fin y al cabo no hacía ni dos minutos que yo estaba admirando su cuerpo de la misma manera.

—¿Cómo fue con Roxy? —pregunté para distraerme del hecho de que Warden y yo en ese momento estábamos sentados juntos prácticamente en ropa interior: mi bikini tampoco tapaba más que un sujetador.

—Muy bien. Ahora el Ghostvision funciona sin problemas. Ayer eliminamos a dos de sus espíritus —dijo Warden con la voz un poco tomada.

Mientras patrullábamos en Leith me había contado con todo detalle lo de Roxy, Kevin y la maldición. La historia era increíble, y lamentaba que la antigua mentora de Roxy la hubiera engañado de esa manera. No podía imaginar qué sentiría si Grant o mi madre hubieran estado colaborando todo el tiempo con Isaac.

—¡Felicidades! ¿No podrás montarnos por casualidad un aparato para encontrar a Isaac?

Warden se rio.

—Lo habría hecho hace años.

—Lástima —contesté, y chapoteé con los pies en el agua. De pronto me sentí extrañamente atrapada en presencia de Warden. No solo por nuestra relativa desnudez, sino porque algo me afligía el corazón. Desde la noche que pasamos juntos en el tejado. Me aclaré la garganta.

—Me gustaría hablar contigo de algo.

—¿De qué?

«Del beso. De la manera en que acabas de mirarme. Y de las mariposas que noto en el pecho cada vez que te veo».

—De lo que pasó entre nosotros.

—Pensaba que habíamos zanjado el tema.

—No, porque no lo entiendes.

Enarcó las cejas.

—¿Qué más hay que entender? Me engañaste.

No sonaba furioso, se le había colado un matiz áspero en la voz. Como si le costara reprimir sus verdaderos sentimientos, algo que aún evidenciaba más que el tema no estaba cerrado.

—Sí, te engañé —admití—. Pero solo para protegerte.

Warden tensó los músculos de las mandíbulas cuando apretó los dientes con fuerza.

—Si de verdad hubieras querido protegerme, habrías ido conmigo.

Sacudí la cabeza, y sin querer me agarré con más fuerza al borde de la piscina.

—No habría funcionado, Warden. Entonces los dos éramos jóvenes e inexpertos. Estabas muy lejos de ser el Cazador que eres hoy. Igual que yo. Si me hubiera atacado una horda de vampiros como ayer, no habría podido hacer nada para salvarme, por no hablar de salvarte a ti. Entonces estabas demasiado enfadado para entenderlo, pero yo lo vi.

Warden tragó saliva.

—Entonces, ¿me traicionaste porque no me creías capaz?

—¿Sinceramente? Sí. No podía ver cómo prácticamente te suicidabas —confesé. Noté un leve temblor en la voz, como siempre que recordaba aquella noche y las horas en las que no supe dónde estaba ni cómo se encontraba. Al recordarlo de nuevo el pánico se apoderó de mi corazón —. Tú tuviste miedo por mí cuando desaparecí detrás de Tarquin a través de ese portal, ¿no?

—Sí —contestó Warden tras dudar un poco.

—Pues coge ese miedo y multiplícalo por cien. Así sabrás lo que sentí cuando te fuiste aquella noche. Me moría de preocupación... porque tú también eres importante para mí, maldita sea.

Warden no me miró.

Le cogí con cuidado la mano, que estaba al lado de la mía en el borde de la piscina.

No me rechazó, pero tampoco hizo amago de responder a la caricia.

—Nunca quise engañarte —seguí hablando—. Y si ahora me preguntaras si me iría contigo a matar a Isaac, no tardaría ni cinco minutos en armarme. Hoy eres mejor Cazador que antes y, aunque sigas furioso con Isaac, la rabia ya no está desatada. Dejas que te guíe, pero no que te domine. No como entonces.

Warden no contestó. El murmullo y el ruido de los filtros eran lo único que se oía, por lo demás el silencio era absoluto.

—¿Por qué no me habías dicho todo eso antes?

Sonreí con tristeza.

—Porque no me diste la oportunidad. Renunciaste a ser mi pareja de lucha. Sin dudarlo ni un segundo. Siempre pensé que después de la detención vendrías a verme y te disculparías, pero no lo hiciste. Por lo visto nuestro trabajo juntos no significaba tanto como para mí.

Warden levantó la cabeza.

—Nuestro trabajo juntos lo era todo para mí, pero no tardaste ni cuatro semanas en reemplazarme. Jules y tú...

—Eso tenía que ser temporal —interrumpí a Warden, y retiré la mano. Ahora era yo la que estaba enfadada. ¿Cómo podía creer eso? ¿Es que no me conocía? Jules era uno de mis mejores amigos, pero no era el sustituto de Warden—. Necesitaba un compañero para poder salir de caza, mejorar y ayudarte con Isaac, pero habría vuelto contigo en cualquier momento si me lo hubieras pedido. Pero no lo hiciste. Así que me quedé con Jules y me obligué a olvidarte.

—¿Y qué, me has olvidado?

Sonreí.

—Ya sabes la respuesta.

Warden no contestó y contempló el azul artificial de la piscina.

Lo observé conteniendo la respiración, lo que más deseaba en el mundo era que me mirara, sonriera y dijera que me perdonaba por lo de entonces. Quería mirar hacia delante y trabajar por nuestro futuro, pero no funcionaría mientras siguiéramos aguantando el peso de nuestro pasado.

—¿Te apetece una carrera? —preguntó Warden de pronto.

Parpadeé. ¿Lo decía en serio?

—¿Estás seguro de que quieres pasar por eso?

—He mejorado.

—De acuerdo —dije cuando quedó claro que no era una broma.

Volví al agua de un salto y vi que Warden también entraba despacio en la piscina mientras intentaba interpretar su expresión. En ese momento era impenetrable. ¿Qué le pasaba por dentro?

—¿Seis largos?

Asentí.

—¿Listo?

—Sí. A la de tres. ¡Uno, dos, tres!

Me di impulso desde el extremo de la piscina y salí disparada por el agua con movimientos fuertes. Sin fijarme en lo que hacía Warden a mi lado nadé a crol lo más rápido que pude, en el otro extremo de la piscina volví a darme impulso y regresé nadando. Repetí la secuencia varias

veces. Poco antes del final subí un poco el ritmo otra vez, pero quizá fuera el lío que tenía en la cabeza lo que me dificultaba tanto coordinar brazos y piernas. No quería esa carrera, quería respuestas, sin tener que atosigar a Warden. Quizás solo necesitaba un poco de tiempo para reflexionar sobre lo que habíamos dicho.

—¡Ya! —grité al final del sexto largo, y me agarré al borde de la piscina para darme un respiro. Con la respiración entrecortada busqué a Warden, que había terminado su quinto largo muy por detrás de mí. Esperé a que apareciera a mi lado. El pelo castaño le colgaba en mechones oscuros, casi negros, de la frente, y le daban un aire juvenil—. ¿Estás seguro de que has mejorado?

—Bah, cierra el pico. —Warden me salpicó agua.

Yo también le salpiqué.

—No seas tan mal perdedor.

—Y tú no seas una ganadora tan displicente. —Volvió a tirarme agua, y la ola me dio en la cara.

Intenté respirar, indignada. ¡Ya verás! No podía dejarlo pasar así como así. Volví a mojar a Warden.

Se le ensombreció la mirada y, cuando menos me lo esperaba, estábamos metidos en una pelea de agua inundando la mitad de la piscina. Remé con fuerza con las manos y Warden hizo lo mismo hasta que al final me di la vuelta e intenté huir riendo. Sin embargo, las ganas de ganarme en esa batalla de pronto convirtieron a Warden en un excelente nadador. Me agarró y me rodeó la cintura con el brazo, con una sonrisa pícaro en los labios. La gravedad de la conversación se había desvanecido.

—¡Warden! ¡No! —Intenté con un chillido escapar de él, pero era demasiado tarde. Se sumergió.

El agua se juntó por encima de nuestras cabezas y engulló mis gritos. Un murmullo amenazó en mis oídos, pero el ruido desapareció tan rápido como había llegado cuando Warden se impulsó desde el suelo y volvimos a salir a la superficie como un rayo. Me aferré a él por instinto. Le rodeé la cadera con las piernas y le hundí los talones en el trasero. Intenté respirar, jadeando.

Warden soltó una carcajada. Era tan alto que tocaba sin problema en la piscina, mientras que a mí me llegaba el agua a la boca en cuanto intentaba poner un pie en el fondo.

Le di una palmada en la espalda.

—¡Idiota, eso ha sido injusto!

—¿Injusto? No sabía que había reglas.

—Siempre hay reglas —protesté, pero sin mucho entusiasmo porque en ese momento me di cuenta de lo cerca que estábamos. Warden me sujetaba contra él. Me agarraba con fuerza con el brazo musculado y presionaba el pecho desnudo contra mi torso.

Aunque durante los últimos minutos había tragado más agua de la que quería, de pronto notaba la boca seca. Miré a Warden. Le colgaban unas gotas de las pestañas y le rodaron por la cara, cuya cercanía a la mía de pronto me resultó insoportable.

Por lo visto a Warden no le pasó inadvertido el cambio en mí porque ese brillo pícaro en los ojos fue reemplazado por una mirada tierna. La paseó con suavidad por mi cara. Vi que tragaba saliva, nervioso, como si tuviera algo difícil que decirme y no supiera cómo lo iba a encajar.

Mi mano se movió como si tuviera vida propia. La levanté con cuidado hacia su mejilla para que entendiera que podía contármelo todo. Todo, aunque me rompiera el corazón.

—Siento cómo me comporté entonces —empezó a decir Warden. Su disculpa eran palabras susurradas que solo existían entre él y yo—. Odiaba al mundo y a mí mismo, no a ti. No quería contagiarte esos sentimientos, pero lo hice, y estuvo mal.

Lo observé con detenimiento.

—¿Eso significa que me perdonas?

Él sacudió la cabeza y su rostro adoptó una expresión atribulada, como si se detestara por lo que nos hizo.

—No hay nada que perdonar. Ahora lo entiendo.

Le acaricié la mejilla con suavidad en un intento de borrar la culpa de su rostro. La conciencia de que nos habíamos herido mutuamente de una forma horrible, pese a ser tan importantes el uno para el otro, dolía. Lamenté los años que habíamos perdido porque en este trabajo nunca se sabía cuánto tiempo nos quedaba. Sin embargo, también me alegré de por fin quitarnos de en medio lo que se interponía entre nosotros. Bajo todas esas capas de soledad, miedo y rabia seguía estando el Warden de antes, el que me importaba más que mi propia vida, y quería recuperarlo.

Lo atraje hacia mí.

—Te echaba de menos.

Warden hundió el rostro en mi hombro.

—Yo también.

Cerré los ojos y me permití disfrutar plenamente del momento y sentir cada fibra, cada movimiento de Warden. Su aliento en mi cuello. Sus brazos en mi cintura. Los dedos en mi piel. Después de tantos años, abrazarle seguía pareciéndome algo íntimo.

Respiré hondo por última vez antes de separarme de Warden, pero no me soltaba. Me abrazó con más fuerza, y de repente noté sus labios en el cuello.

Me quedé helada.

Ligeros como una pluma, como si fuera una casualidad, me acariciaban la piel. No era casual, no era un descuido, porque rozaban el mismo punto una y otra vez, y otra, y otra.

Me estremecí y me mordí el labio inferior para no hacer ningún ruido mientras dejaba que Warden me besara el cuello por un acuerdo tácito. Contuve la respiración hasta que no aguanté más. Luego enterré una mano en el pelo húmedo para guiar sus labios al sitio donde sus besos eran más deliciosos. No necesitaba mi guía, encontró el punto él solo. Me succionó la piel con suavidad, y luego empezó a atrapar con la lengua las perlas de agua que me corrían por la piel.

Noté un cosquilleo nervioso. De pronto el agua parecía estar como mínimo diez grados más caliente.

—Warden...

—Sí... —gruñó en mi cuello.

—No deberíamos hacer esto aquí. —Yo misma noté lo poco contundente que sonaba mi protesta.

—Claro que sí. —Las manos, que hasta entonces tenía puestas en mi cintura, fueron bajando hasta la cadera, y luego aún más hasta las nalgas. Me agarró, y de una sacudida me arrimó más a él hasta que lo noté duro y caliente entre los muslos.

Solté un grito ahogado. Lo sentía todo... todo. Mi bikini fino y su bañador no ayudaban a esconder nada, podríamos haber estado desnudos. Era justo lo que deseaba una parte de mí.

Warden siguió acariciándome el cuello, me mordisqueó con suavidad el lóbulo de la oreja, rozó suavemente con los labios, sin presión, los puntos donde el pulso me latía con demasiada intensidad y siguió por la mandíbula hasta que por fin llegó a la boca. Sin embargo, no me besó,

aunque notaba su aliento en mis labios.

Parpadeé y lo miré a los ojos azules. Su mirada era oscura, pero ya no por la inquietud y la culpa, sino fruto del deseo y la lujuria, sentimientos que entendía muy bien. De pronto tenía la sensación de estar bañándome en lava, de arder en llamas.

—Warden...

—¿Sí?

—Bésame.

Noté su sonrisa justo antes de cumplir mi deseo. Sus labios se posaron sobre los míos, calientes y hambrientos.

Por fin ya no solo se tocaban nuestros cuerpos, también las bocas. Me abrí por instinto a él y suspiré al notar su lengua. Fue un beso apasionado, febril, que me dejó sin aliento. Me sentía mareada no solo por el beso, por todo lo que sentía, pero sobre todo por esa sensación en constante aumento en el bajo vientre, donde notaba a Warden.

Me gustó ver cuánto me deseaba, y me envalentoné. Empecé un movimiento rítmico con las caderas, restregándome contra Warden, y le arranqué una palabrota en mis labios. Noté que se ponía aún más duro. Sus manos en mi trasero me acercaron aún más a su erección. Una voz en mi cabeza me decía que todo aquello era mala idea. No lo de Warden en sí, sino que de nuevo estábamos en un sitio público. Con que hubiera un solo Cazador que quisiera entrenar un poco bastaba para que corrieran rumores e historias, y eso era lo último que quería. Aun así, era incapaz de parar. La sensación era demasiado buena, fantástica, igual que nuestros besos anteriores. Como si todas las idas y venidas y rodeos de los últimos años solo hubieran servido para reunirnos aquí y ahora así.

—Cain... —murmuró Warden en mi boca. El sonido ronco de su voz me atravesó todo el cuerpo—. ¿Vamos a mi habitación?

Asentí sin dudar.

Por suerte Warden no me soltó. Me fallaban las piernas, no sabía si estaba en condiciones de nadar. Nos llevó a una escalerilla y me ayudó a salir de la piscina antes de salir él del agua. La erección se perfilaba con claridad bajo el bañador mojado. Cuando vio que lo miraba, se le dibujó una sonrisa pícaro en el rostro.

Fuimos juntos a los bancos donde estaban nuestras cosas. Warden me dio mi toalla, cogió la suya y se la enrolló en la cadera para no hacer partícipe a todo el cuartel de su estado. Luego cogió su móvil y cuando iba a agarrarme de la mano con la que le quedaba libre, paró en seco.

Arrugué la frente.

—¿Qué pasa?

Warden no contestó, pero giró el móvil hacia mí. Su mirada, antes rebosante de deseo por mí, ahora parecía pensativa y atenta.

Miré la pantalla, desconcertada, y tardé unos segundos en darme cuenta de lo que estaba viendo. Había abierta una cadena de mensajes. Alguien había escrito a Warden. Yo, para ser exactos. Era un mensaje enviado desde mi móvil, que no encontraba. Pero no fue eso lo que me dejó petrificada, eran las palabras que veía.

«Sé dónde está vuestro Cazador de lo Siniestro».

Cain

—*E*s una trampa —dijo Warden.

Estábamos en su cuarto y, mientras yo procuraba recuperarme de la impresión, él caminaba nervioso por la habitación. Warden me había dado una de sus camisetas para que no estuviera sentada en su habitación en bikini, y aun así tiritaba de frío cuando alcé la vista del móvil.

—Sí, seguramente.

Se paró y me miró.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que no vamos a investigar el asunto?

—¿Qué? ¡No! Por supuesto que vamos a investigar —protesté, consternada. No esperaba que Warden opinara distinto después de todo lo que habíamos hecho ya para encontrar a Jules.

Señaló su móvil en mi mano. El agua que le goteaba del pelo mojado le estaba empapando el cuello de la camiseta.

—Ni siquiera sabemos quién envía los mensajes.

—Está claro que alguien que sabe dónde está Jules.

Soltó un bufido.

—No tenemos pruebas de eso.

—Ya, ¿y qué? —Me encogí de hombros—. Todo el tiempo andamos a la caza de alguna esperanza. ¿Por qué no esta?

—Porque es una trampa —repitió, como si fuera dura de mollera. ¿Qué mosca le había picado? —. Me apuesto lo que quieras a que es tu amigo Tarquin que quiere eliminarte porque sabes demasiado de él.

—No sé nada de él.

—Lo has visto, a lo mejor con eso basta. —Warden me cogió el móvil para volver a leer los sospechosos mensajes, aunque seguramente ya se los sabía de memoria.

—A lo mejor quiere ayudarnos de verdad. —Yo no me planteaba no seguir la pista. Iba a hacerlo, con o sin Warden, él tenía que ser consciente de eso.

Sin embargo, sacudió la cabeza.

—Si quisiera ayudarnos, nos escribiría dónde encontrar a Jules, y no insistiría en quedar.

—Me parece que aun así tenemos que ir.

—¿No has oído lo que acabo de decir? —El tono era un tanto duro, casi rudo—. Solo son mensajes de texto. No vale la pena que los dos nos juguemos la vida.

Me crucé de brazos como para que sus palabras no me llegaran al corazón.

—Lo que quieres decir es que Jules no vale la pena para ti.

—Deja de tergiversar mis palabras. Quiero encontrar a Jules, pero esto... —Sacudió el móvil —. No tiene fundamento.

Entorné los ojos para reprimir las lágrimas de desesperación. Sabía que Warden tenía razón, pero eso no cambiaba mis sentimientos. Había dejado solo a Jules en la lucha. No había estado con él cuando más me necesitaba. Le había fallado, y no iba a volver a ocurrir.

—Jules está en algún sitio ahí fuera. Solo. Por mi culpa. Y haré todo lo que esté en mi mano para encontrarlo y recuperarlo.

—Cain... —Warden se arrodilló delante de mí. Me miró con ternura. Cuando además me acarició la mejilla, estuve a punto de romper a llorar.

Le cogí la mano, la aparté de mi cara y lo miré a los ojos.

—Por favor, ven conmigo.

—Cain, es una trampa.

—Eso ya lo has dicho, pero podríamos prepararnos —repuse yo, y en mi desesperación se mezclaba una impaciencia creciente. No entendía por qué era necesaria esa conversación con Warden. ¿No era eso lo que queríamos los dos, una pista sobre Jules y tal vez sobre Isaac?

—¿Qué tienes pensado?

Me encogí de hombros.

—Podríamos decírselo a los demás.

—Ni hablar —dijo Warden, tajante—. Aunque vayamos a un encuentro con veinte Cazadores, podrían sorprendernos. A lo mejor nos llevan a un nido de vampiros o nos tienden una emboscada. Y por mucho que me guste infringir las reglas, hay una que me he impuesto a mí mismo y que jamás romperé: no quiero arrastrar a inocentes a mi mierda. ¿Quiero encontrar a Isaac y lo arriesgaría todo por eso? Sí, pero eso es cosa mía, no de los demás. No los voy a poner en peligro.

—Lo entiendo, pero...

Warden me cortó, impaciente.

—Aparte de que deberías tener claro que, cuando nos encontremos con Tarquin, o quienquiera que haya escrito los mensajes, no libraremos un combate justo, sino según sus condiciones. No será como otras veces, cuando nos abalanzamos sobre su escondite de improvisado.

Miré a Warden desconcertada. ¿Qué le pasaba? Hasta ahora nunca se había negado a un combate. Era casi como si otra persona le hubiera puesto esas palabras en la boca.

—¿Y qué pasa con Isaac? —pregunté. Se había jugado la vida por el rey de los vampiros tantas veces que hasta era amigo de un mensajero de la muerte—. ¿Ya no quieres encontrarlo? Antes lo habrías dejado todo por una oportunidad así. ¿Y ahora das marcha atrás?

—Sí, claro que quiero encontrarlo, pero no a ese precio.

—¿A qué precio?

Apretó los labios y desvió la mirada como si no soportara mirarme ni un segundo más.

Sentí que me invadía la rabia. Pensaba que, por fin, después de todos esos años, volvíamos a estar en sintonía, pero al parecer me equivocaba.

—¿A qué precio, Warden? —repetí entre dientes.

Él sacudió la cabeza y se dio la vuelta como si yo no estuviera esperando su respuesta, pero luego volvió a mirarme. La expresión afligida en sus ojos me cogió del todo desprevenida.

—Al precio de perderte. No tienes ni idea de hasta qué punto puede salir todo mal.

—¿Es porque seguí a Tarquin a través del portal? —pregunté, procurando entender el dolor en su mirada.

—No.

—¿Por mi herida?

—No, no es eso.

Warden se levantó y se puso a caminar nervioso de nuevo por la habitación. Se pasó la mano por el pelo, inquieto, mientras los pasos eran cada vez más rápidos. Me puso bastante nerviosa porque cada vez tenía más la sensación de que había algo que no me contaba.

—Warden, ¿qué pasa? No te entiendo.

—Yo tampoco me entiendo a mí mismo...

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Cabeceó como si no pudiera creer en qué se había convertido, luego se dejó caer en la cama a mi lado. Clavó la mirada en el suelo durante unos segundos, a sus pies, antes de levantarla de nuevo. Estaba lleno de dolor, asolado por un tormento que yo no entendía.

—Cuando estuve con Roxy y los demás en Francia, murió alguien a quien tenía mucho cariño.

—¿Maxwell Cavendish?

—No, Dominique Delacroix.

Nunca había oído ese nombre.

Warden se frotó las manos como si intentara calentárselas y tomó aire, tembloroso. Comprendí que lo que me quería decir no se lo había contado a nadie, de lo contrario no le costaría tanto encontrar las palabras.

—Era una amiga. Más que eso, para ser sincero. Nos conocimos hace dos años en París, y enseguida tuvimos conexión. Había perdido a su hermano poco antes en un ataque de un hombre lobo. Yo era capaz de consolarla porque sabía por lo que estaba pasando, y eso nos unió.

Sentí una leve puñalada en el pecho, pero no era de celos, sino de dolor, por cuántos de nosotros habíamos perdido a seres queridos, sin haber cumplido aún los treinta.

—¿Estabais juntos?

—No. —A Warden se le dibujó una sonrisa triste en los labios, como si lo lamentara—. No había tiempo para eso. Pero manteníamos el contacto y siempre nos veíamos cuando el trabajo nos llevaba al mismo rincón del mundo. Ella también fue uno de los motivos por los que acompañé a Roxy a París. Allí no había rastro de Isaac, solo quería ver a Dominique.

Le cogí de la mano. Entrelacé con fuerza sus dedos con los míos para darle ánimos para seguir hablando.

—¿Qué pasó?

—Murió en la lucha contra Amelia. Yo estaba al lado y me limité a mirar.

Bajé de la cama y me senté con él en el suelo para que no pudiera esquivar mi mirada. Para mí era importante que entendiera bien lo que quería decirle.

—Lo que pasó con Dominique no es culpa tuya.

—Sabía que dirías eso. Y sí, es cierto, no la maté con mis propias manos, pero tampoco fui capaz de protegerla. Murió en mis brazos, y siempre que cierro los ojos vuelvo a ver su cara. Parecía tan desvalida...

Tragué saliva.

—¿La querías?

—No. Y eso es lo que me da tanto miedo. —Pensativo, Warden me colocó un mechón suelto detrás de la oreja. Movié los dedos en mi pelo y esbozó una leve sonrisa forzada—. Si con Dominique la sensación es tan horrible, no quiero saber cómo sería con alguien a quien quiero de verdad. Por eso no quiero que vayas.

Me quedé petrificada. Debía de haber entendido mal a Warden, ¿no? Era imposible que

acabara de confesarme su amor, pero su mirada decía otra cosa. Era cálida y tierna. El dolor que le provocaba la pérdida de Dominique era solo un débil eco que subrayaba los sentimientos de Warden hacia mí. Mientras me miraba, esbozó una media sonrisa, como si le resultara imposible ser infeliz cuando me miraba.

Se me aceleró el corazón y las ideas se agolpaban, pero no tuve tiempo de pensar. Warden me puso la mano en el cuello y me atrajo hacia él. Con cuidado, como si fuera nuestro primer beso, me hizo notar sus labios y me besó con una ternura que no esperaba. Habían desaparecido las prisas y el deseo que habíamos compartido en la piscina, para dar paso a un anhelo casi doloroso que hacía que todo lo demás perdiera importancia.

Lancé los brazos al cuello de Warden y le devolví el beso, que al mismo tiempo era una petición. Me pedía que no me pusiera en peligro porque no soportaría que me pasara algo. Como para asegurarse de que estaba bien, deslizó las manos por mi cuerpo. Las metió debajo de la camiseta y, cuando me acarició con los dedos la piel desnuda, solté un leve suspiro. Sin interrumpir el beso, me agarró de la cintura y me colocó en su regazo.

Con un movimiento suave me soltó la pinza con la que me había recogido el pelo de camino a su habitación, y cayó sobre los hombros con sus ondas húmedas. Warden interrumpió el beso y se inclinó un poco hacia atrás. La manera de mirarme era como un abrazo. Despacio, como si tuviera miedo de asustarme, cogió un mechón y lo dejó caer entre los dedos.

—Tú...

Me incliné hacia delante y le robé con un beso la palabra de los labios. De repente no besar a Warden ya no era una opción en mi vida.

Mi plan era empujarlo hasta la cama, pero se me adelantó. Me agarró de nuevo de la cadera y, con un gesto que jamás se me habría ocurrido en el entrenamiento, nos hizo girar hacia la cama y yo quedé debajo. Una sonrisa de satisfacción asomó en su rostro, y yo hice una mueca desafiante. Él aceptó el reto y nos besamos sin prisas. Nuestras lenguas se encontraron primero con prudencia, luego cada vez más exigentes.

Se me aceleró la respiración y deslicé las manos por debajo de la camiseta de Warden. Palpé centímetro a centímetro los duros músculos que ya había admirado en la piscina. Se tensaron ante el roce, pero de pronto ya no era suficiente, no solo quería sentirlo al tacto, quería verlo y saborearlo. Tiré con exigencia del dobladillo de la camiseta hasta que él se irguió y se la quitó.

La imagen era impresionante. Me incorporé y me permití admirar su belleza con calma durante unos segundos. Warden observaba con ojos lujuriosos cómo estiraba la mano hacia él. Primero acaricié los centenares de pequeños tatuajes que adornaban el antebrazo antes de subir con el dedo por el brazo hasta los hombros para luego volver a bajar por el pecho hasta la barriga. Tenía el cuerpo cubierto de multitud de cicatrices, viejas heridas que ya solo parecían pequeños rasguños, pero debían de haber sido bastante graves si habían superado las habilidades de sanación de un Cazador de Sangre.

Tembloroso, Warden soltó aire cuando mis dedos llegaron a la pretina del pantalón. No parábamos de mirarnos a los ojos, como si los dos necesitáramos asegurarnos de que el otro estaba de acuerdo con lo que estaba pasando. Mi cuerpo vibraba de excitación y deseo.

Me incliné hacia delante y besé una cicatriz dentada situada justo debajo de la clavícula. La piel tenía un ligero sabor salado. Seguí explorando y recorrí con la lengua el contorno de su cuerpo. Suspiró de placer y hundió la mano en mi pelo. Disfruté plenamente del momento hasta que Warden tiró con suavidad del mechón que tenía entre los dedos y me obligó a mirarlo. En cuanto lo miré a los ojos noté sus labios en los míos. Me besó con ímpetu, salvaje, mientras

tiraba con insistencia de mi camiseta: se había terminado mi tiempo para explorar.

Levanté los brazos y Warden me quitó la camiseta. Debajo aún llevaba el bikini y, aunque no era ropa interior refinada, a Warden pareció gustarle lo que veía. Soltó un gruñido y volvió a tomar posesión de mi boca. Me presionaba en el colchón con su peso de una forma maravillosa, y su erección era como una promesa caliente entre mis muslos. Me estremecí de deseo mientras mi piel ardía en llamas.

Warden se apartó de mi boca y bajó por el cuello, pasó por la clavícula hasta mis pechos, que subían y bajaban excitados al ritmo de mi respiración. Con los dedos un tanto temblorosos me desabrochó la parte de arriba y dejó al descubierto lo que había debajo.

Durante unos segundos me observó como si quisiera absorber por completo mi imagen y grabarla para siempre en la memoria. La expresión de asombro era tal, de tanta veneración, que no podía más que sentirme de maravilla mientras me examinaba. Otros hombres fuera del cuartel me habían dicho que estaba demasiado musculada, que había mucha fibra y pocas curvas femeninas, significara lo que significase eso. Mentiría si dijera que esos comentarios no me afectaban, sobre todo porque mi mejor amiga siempre había sido un ejemplo de mujer delicada y femenina. Yo no lo era, y en ese momento tampoco importaba porque era evidente que a Warden le gustaba lo que veía.

—¿Por qué no te habré seducido antes?

Me eché a reír.

—Más vale tarde que nunca.

—Cierto. —Sonrió, me acarició el vientre con la palma de la mano y subió hacia mis pechos. Los agarró con ternura y los amasó con suavidad antes de rodear uno de los pezones con los labios.

Gemí cuando movió la lengua y me arqueé hacia él para notar más las sensaciones que me estaba provocando. El tirón entre las piernas, cada vez más intenso, estaba a punto de volverme loca. Me entraron ganas de ordenarle a Warden que hiciera el favor de darse prisa, pero, por otra parte, las sensaciones que estaba desatando en mí en ese momento eran maravillosas.

Un segundo después separó la mano de mi cintura y la desplazó despacio entre mis piernas. Contuve la respiración, expectante, cuando se abrió paso con los dedos por debajo del bikini. Pese a verlo venir, no pude reprimir el gemido cuando me rozó.

—Dios... —gemí, y lo abracé con más fuerza cuando empezó a toquetearme con fruición. Mi cuerpo estaba al rojo vivo, sentía un cosquilleo en la piel de la tensión. Respiraba cada vez más rápido, igual que los movimientos circulares de Warden. Había dejado de besarme para observar cómo perdía la cabeza por culpa de sus dedos.

Era demasiado. No sabía cuánto tiempo iba a aguantar. Buscando un apoyo le clavé las uñas en la espalda y gemí con fuerza.

—Warden...

Los movimientos se volvieron más lentos.

—¿Quieres que pare?

Me mordí el labio inferior para reprimir el sonido que me salía de la garganta, y sacudí la cabeza con fuerza mientras me entregaba a sus dedos.

Se le dibujó una sonrisa en los labios, era dulce, alentadora, y me permitió dejarme llevar del todo.

Hundí la cara en su cuello mientras todo mi ser se contraía. Todo mi cuerpo era un latido, un pulso. La tensión que crecía en mi interior a cada segundo era casi insoportable, pero no tenía

ninguna intención de decirle a Warden que parara porque sabía lo placentero que sería el alivio al final de ese tormento agri dulce.

—Warden... —Le clavé las uñas en la piel—. Dios, voy a...

—Córrete para mí, Cain —me ordenó con voz ronca. Aceleró aún más los movimientos, aumentó la presión de los dedos.

Entonces ocurrió. Aunque lo estaba esperando, el orgasmo arrasó conmigo. Apreté los labios contra el cuello de Warden para amortiguar el gemido, convencida de que si no se me oiría hasta en el pasillo.

Warden me acarició hasta que el orgasmo fue remitiendo, entonces apartó la mano y me abrazó mientras yo intentaba recuperar la compostura.

No recordaba la última vez que me había sentido así, algo tan intenso, tan abrumador y tan... perfecto. Me acarició el pelo con ternura. El corazón se me fue calmando poco a poco, y se me relajaron los músculos hasta que acabé en sus brazos, agotada pero satisfecha como después de un entrenamiento largo y minucioso.

Estuvimos un momento en ese silencio de común acuerdo hasta que Warden me rozó el oído con los labios. Sentí la caricia de su aliento cálido, y noté que a él también le costaba respirar.

—Eh.

Lo miré y sonreí.

—Eh.

Me devolvió la sonrisa, parecía igual de satisfecho que si hubiera llegado él al orgasmo, y eso que aún notaba su erección.

Quería devolverle el regalo que me había hecho, así que busqué a tientas el bañador. Le toqué con los dedos el miembro tapado por la tela en un gesto prometedor antes de empezar a jugar con la goma elástica.

Warden, al que por lo visto ya no le quedaba mucha paciencia, me apartó la mano con suavidad, se levantó de la cama de un salto y se quitó el bañador. Cuando se volvió hacia mí, con esa mirada entre ilusionada y un poco desafiante, no pude evitar sonreír. No solo por Warden ni por el hecho de que, una vez más, aquella imagen me dejó sin aliento y despertó un cosquilleo ansioso en todo el cuerpo. Era asombroso lo natural que parecía aquello entre nosotros. Como si nos hubiéramos visto desnudos decenas de veces. Nos habíamos visto en distintos grados de desnudez en la piscina, en las salas de entrenamiento y después de las misiones, pero nunca así, nunca de una forma tan directa, ni nos habíamos desvestido con plena conciencia para el otro.

—Ahora tú —exigió Warden con un brillo pícaro en los ojos.

Cogí sin dudar el bikini y me lo bajé por las piernas. Se lo lancé al pecho en actitud provocadora.

Sonrió satisfecho e investigó con la mirada lo que ya había tocado con los dedos.

Estiré una mano hacia él y él respondió a mi llamada silenciosa. Acto seguido nuestros labios se fundieron de nuevo.

Warden interrumpió el beso un momento, se inclinó sobre la cómoda que había junto a la cama y sacó un preservativo que abrió con gestos rápidos. Con los brazos apoyados en ambos lados de mi cabeza, se colocó encima de mí. Tenía la cara sonrojada, y en sus ojos se leía una honda satisfacción, como no se la había visto nunca.

De pronto supe que después de esa noche nada volvería a ser como antes. Tampoco era eso lo que quería. Lo que deseaba, con todo mi corazón, era ese momento.

Warden

Debía de estar soñando, si no, no me explicaba la perfección de ese momento. Cain, desnuda debajo de mí, presionaba su cuerpo contra el mío con ganas. Sus pechos pequeños y firmes se apretaban contra mi torso, tenía los muslos abiertos para dejarme sitio en el medio. La melena pelirroja, aún mojada, se extendía en tirabuzones salvajes por mi almohada, tenía las mejillas sonrojadas, y esa mirada llena de deseo clavada en mí. Hacía siglos que no me miraba así. No, así no me había mirado nunca. Cain era la mujer más guapa que conocía.

—¿Estás segura de que quieres esto? —pregunté, en un último acto de contención. Su cuerpo me daba señales claras de que me deseaba, pero tenía que oír esas palabras, necesitaba su permiso para estar listo y derribar esa última barrera que seguía existiendo entre nosotros.

Ella asintió, decidida, y su voz sonó sin aliento como la mía cuando contestó:

—Sí, más que nada en el mundo.

Sonreí. Era justo lo que quería oír. Aparté una mano y me coloqué en posición sin quitarle ojo de encima. Me incliné un poco hacia delante y la besé con ternura mientras empujaba con la pelvis y me forzaba a penetrarla despacio, aunque fuera justo lo contrario que deseaba mi cuerpo. Cerré los ojos para mantener el control. Los ruidos que emitía Cain me ponían a prueba.

—Warden, por favor —suplicó.

—Yo... no quiero hacerte daño.

—No puedes hacerme daño. —Cain se acercó con la cadera, ansiosa, hizo que me adentrara más y así se acabó todo. Todo el control que había tenido hasta ese momento se desvaneció.

Con un último empujón duro la penetré más adentro. Gemimos a la vez, y luego ya no hubo manera de parar. Empecé a moverme, primero despacio, luego cada vez más rápido. Hundí la cara en su pelo, jadeando, presioné la boca en su piel y procuré resistir el impulso de mi inminente orgasmo, además de mis abrumadores sentimientos por Cain. Me había acostado con mucha gente. Sobre todo durante los últimos tres años, el sexo había sido un refugio para mí, para notar cercanía y como mínimo no pensar durante un rato en Isaac y mi caza. Sin embargo, la sensación nunca había sido tan fantástica y perfecta como con Cain. Nadie me conocía como ella, y mis parejas, chicos o chicas, nunca se habían abierto del todo como ella. Esa clase de intimidad le daba a todo una intensidad completamente nueva.

Cain se aferró a mí en busca de un apoyo mientras yo me acercaba al orgasmo con cada segundo que pasaba. Ella gemía y jadeaba debajo de mí, a tal volumen que la gente que pasara por delante de la habitación seguro que la oía, pero me daba igual. Que lo supiera todo el mundo. Cain y yo no teníamos nada de lo que avergonzarnos, porque juntos éramos geniales.

Mis movimientos se aceleraron, con más fuerza, eran más desenfundados. Los pensamientos en mi mente enmudecieron hasta que solo quedó Cain, que se arrimaba a mí, gemía mi nombre, una y otra vez, hasta que llegó. Noté que se contraía, y esa sensación también me empujó a mí al abismo. Me corrí dentro de ella a borbotones calientes, vibrantes, y de pronto toda la energía que me impulsaba hasta entonces abandonó mi cuerpo.

Me desplomé sobre ella, exhausto.

Cain soltó un último gemido, pero no protestaba por mi peso, sino que me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza. Los dos nos quedamos tres minutos tumbados con la respiración entrecortada, a la espera de que los corazones y los cuerpos recuperaran la calma.

Luego me obligué a levantarme para quitarme el preservativo. Cuando volví, Cain seguía inmutable en mi cama: desnuda, con el pelo alborotado y la piel cubierta por una fina capa de

sudor. Lucía una sonrisa de satisfacción en los labios, y esa sonrisa era solo mía.

Subí con ella al colchón y, aunque era una lástima no poder contemplar su cuerpo, nos tapé con el edredón. Debajo ella se arrimó a mí. Ya era adicto a la sensación de su piel en la mía.

La besé con ternura.

—¿Cómo estás?

—De maravilla. —Me acarició el pelo—. ¿Y tú?

—Genial. —Sonreí y me incliné de nuevo hacia delante para besarla, esta vez fue un beso más largo y profundo hasta que de nuevo se me despertó la erección. Sin embargo, no buscaba una segunda ronda. Las decisiones que se avecinaban no serían fáciles, pero hasta que nos tocara tomarlas, nos merecíamos un poco de descanso.

Apagué la lámpara que había junto a mi cama y nos envolvió la oscuridad. Cain se arrimó a mi pecho, yo tenía un brazo apoyado en su hombro. Ya no le veía la cara porque en el cuartel sin ventanas la oscuridad era absoluta en cuanto se apagaban las luces. Aun así, notaba que estaba despierta y que algo le pasaba por la cabeza que no la dejaba en paz.

—¿Warden?

—Sí.

Dudó.

—Lo que me has dicho antes...

—Ahora no —la interrumpí antes de que terminara la frase—. Ha sido un día muy largo. Durmamos y luego hablamos, ¿te parece?

—De acuerdo. —Bostezó. Tal vez me dio la razón tan rápido solo por el agotamiento y la satisfacción después de los orgasmos.

Sabía lo que había dicho, y era verdad. La quería, probablemente antes ya la quería tanto como ahora, pero no tenía intención de decírselo. Así no. Además, si no me correspondía, prefería pasar esa noche con ella en mi feliz ignorancia, en vez de enfrentarme ya a la dura realidad.

Cain

Cuando desperté a la mañana siguiente, me sentí envuelta entre algodones. Bostecé y hundí la cara en la almohada, impregnada de ese maravilloso olor a Warden, y me desperecé. Debajo del edredón seguía desnuda, y me recordó lo que había pasado unas horas antes.

Estiré los brazos hacia Warden con una sonrisa, pero solo llegué a tocar el aire. A mi lado la cama estaba vacía. ¿Cuándo se había ido Warden? Y, sobre todo, ¿adónde había ido? Me incorporé y me llevé el edredón cuando encendí la luz. Entorné los ojos, deslumbrada, luego miré alrededor parpadeando, pero no había rastro de él. Tras un breve vistazo comprobé que el baño también estaba vacío.

Iba a recoger mi ropa cuando se abrió la puerta de la habitación.

Warden entró en el cuarto. Ya iba del todo vestido. En una mano llevaba un soporte de cartón con dos tazas de café, en la otra, una bolsa negra con una pinta horrible. Lucía una sonrisa en los labios cuando me miró.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Sí, como un tronco. Ni siquiera me he dado cuenta de que te habías ido. ¿Dónde estabas?

Dejó la bolsa.

—He ido a buscar café y armas.

—¿Para qué?

—Para estar despierto y para luchar. —Me dio un beso en la raya del pelo antes de acercarme una de las tazas. Era café del bueno de una de las cafeterías que había en Princess Street.

Bebí un sorbo con placer.

—¿Y contra quién vamos a luchar?

Warden se dejó caer en su silla del escritorio como si no confiara lo suficiente en su fuerza de voluntad para sentarse a mi lado.

—Aún no estoy seguro, pero seguramente contra el autor del mensaje misterioso.

Paré en seco.

—¿Qué?

—Le he vuelto a escribir y he fijado un encuentro esta noche para que él o ella nos diga lo que supuestamente sabe de Jules.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

—No he cambiado —contestó Warden, y bebió un trago de la taza, en principio llena de té—. Sigo pensando que es un error, pero tal vez me equivoque. A lo mejor sería un error no hacer nada. No lo sabremos hasta que no lo intentemos. Además, antes de que hagas una tontería y te vayas sola, prefiero ir contigo.

Me ajusté el edredón en los pies y me acerqué a Warden para darle un abrazo.

—Gracias.
Me rodeó la cintura con el brazo.
—Agradécmelo cuando volvamos vivos.
—Volveremos, ya lo verás.
—Espero por el bien de los dos que tengas razón.

Warden

Llovía a cántaros cuando Cain y yo llegamos al Dominion, uno de los cines más antiguos de la ciudad. El edificio, que recordaba a la década de 1930, se alzaba majestuoso en el cielo encapotado. Unos escalones amplios subían hasta la entrada de vidrio, cuyos elementos granates para mí evocaban el Hollywood de antes.

Me sorprendió que el autor del mensaje eligiera justo ese sitio para un encuentro porque estaba abarrotado de gente. A los vampiros, los brujos y las demás criaturas les gustaba escoger víctimas civiles, pero casi siempre intentaban pasar lo más desapercibidos posible. Así su existencia se mantenía en secreto, y les facilitaba muchas cosas. Ningún ser sobrenatural que se dedicara a cazar personas quería que su víctima supiera de su existencia y pudiera tomar medidas.

—¿Ya habías estado aquí? —preguntó Cain. Tenía el pelo mojado porque llevábamos un rato observando el cine a una distancia segura. Sin embargo, no nos llamó la atención ningún espectador ni ningún incidente.

Abrí la puerta del cine. Nos recibió el aire caliente, impregnado del olor a palomitas dulces y queso fundido.

—Sí, mi padre y yo vimos aquí una vez una película de *La guerra de las galaxias*, pero de eso hace años.

Nos pusimos en la cola de las entradas.

La zona de entrada tenía muchos rincones, por eso era difícil de vigilar. Miré con desconfianza a los presentes, pero Tarquin no estaba; tampoco había ningún espectador que nos llamara la atención o que nos diera la impresión por otros motivos de que pudiera ser el autor del mensaje de texto misterioso. Saqué mi móvil y abrí la serie de mensajes que había escrito mientras Cain dormía tan tranquila a mi lado. Pero Tarquin, o quienquiera que estuviera allí, no había reaccionado a ninguna de mis preguntas, solo me había enviado los datos para quedar.

Todo aquello aún no parecía una emboscada, pero de todos modos estaba en tensión, demasiado consciente de las armas que llevaba debajo de la ropa. Seguía pensando que todo eso era mala idea, pero confiaba en Cain. Más que en cualquier otra persona del mundo. También la quería más que a nadie en el mundo. Por eso prefería correr el riesgo con ella que despertar un día y ver que se metía en una situación peligrosa sin mí.

La cola se fue acortando hasta que al final nos tocó a Cain y a mí. Le di al taquillero nuestro número de reserva y me tendió dos entradas para una peli de acción que nos habían pagado. Luego fuimos directos a la sala.

El Dominion era conocido por su extravagancia. No te sentabas en un asiento cualquiera, uno al lado de otro, sino en unos sofás de piel muy sofisticados y cómodos. Además, había una zona de primera clase. Antes de que empezara la película te servían unos camareros con tentempiés y bebidas. Allí tomamos asiento.

Cain estiró los pies.

—¿Por qué no habíamos estado juntos aquí?

Levanté una ceja.

—No sé... ¿Te gustaría que viniéramos juntos?

—Ni idea. ¿Y a ti?

—Sí —contesté con franqueza. ¿Cómo no iba a ser sincero después de lo que había pasado entre nosotros la noche anterior?

Me sonrió.

—Genial, a mí también.

Esbocé una sonrisa y me recliné en el sofá en un intento de relajarme porque aún no nos amenazaba ningún peligro inminente.

En la pantalla estaban proyectando fragmentos de escenas célebres de películas cuando un camarero se acercó a nuestro sitio para tomarnos nota. Le dijimos que no, esta vez no estábamos allí por placer.

Tras un cuarto de hora la sala quedó a oscuras y el murmullo exaltado de los demás espectadores enmudeció. El cine estaba concurrido, no era de extrañar una noche lluviosa como aquella, pero seguíamos sin rastro de nuestro contacto misterioso.

Miré alrededor, cada vez más impaciente. Me ponía nervioso tener a tanta gente sentada detrás de nosotros, teniéndonos a la vista sin problema.

Ya llevábamos media hora de película cuando noté que Cain se ponía rígida a mi lado. La miré y seguí sus ojos. Un hombre que no era Tarquin y llevaba el uniforme de los empleados del cine se acercó a nosotros. El olor a romero era inconfundible incluso entre los fuertes aromas de palomitas y condimentos de las patatas.

Busqué a tientas el puñal, pero no lo saqué mientras observaba al vampiro. Tenía el cabello fino, lo llevaba recogido en la nuca, según una moda extraña y anticuada, y se veía cano, aunque con la luz centelleante de la pantalla era difícil de reconocer. Sin mediar palabra, se abrió paso junto a Cain y a mí y tomó asiento en el sofá que quedaba libre al lado.

—Me alegro de que hayáis hecho caso de mi mensaje —dijo, en voz tan baja que solo lo oí gracias a mis dotes de Cazador con el ruido de la película.

Cain se acercó al vampiro, y por tanto también a mí.

—¿Quién eres?

—Podéis llamarme Phineas.

Apreté los dientes.

—De acuerdo, Phineas, ¿qué hacemos aquí? ¿Qué sabes de Jules?

El vampiro se puso cómodo y miró la pantalla en vez de a nosotros. Las luces de colores centelleaban sobre su piel pálida y los pómulos altos, y de pronto tuve la certeza de que era muy viejo. Muy muy viejo.

—Sé dónde podéis encontrarlo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Tengo mis fuentes, estrechos colaboradores de Isaac.

Al mencionar al rey de los vampiros se me aceleró el pulso. Me entraron ganas de agarrar a Phineas y sacarle toda la información a palos. Si era quien decía ser seguro que tenía unos cuantos datos interesantes que darnos.

—Eso no te hace precisamente digno de confianza a nuestros ojos —comentó Cain.

Phineas se encogió de hombros.

—Ese no es mi problema.

Cain suspiró.

—¿Y por qué quieres traicionar a Isaac?

—A mí y a unos cuantos más no nos parece bien la dirección que están tomando sus... esfuerzos —aclaró. El tono de duda había sido tan mínimo que casi lo pasé por alto—. La humilde morada que atacaste con tu amigo el brujo era nuestro punto de encuentro.

¿La propia gente de Isaac estaban en contra de él? Era interesante.

—¿Es por Baldur?

Phineas no contestó, metió la mano en el bolsillo sin apartar la vista de la pantalla. Sacó un móvil, tecleó un momento y acto seguido vibró el mío en el bolsillo de los pantalones.

Lo saqué y vi que me había enviado unas coordenadas desde el antiguo número de Cain.

—Ahí encontraréis a vuestro Cazador de lo Siniestro —dijo Phineas.

Cain me arrancó el móvil de la mano y miró las coordenadas.

—¿Tienes alguna prueba?

Phineas soltó un bufido.

—Los Cazadores de Sangre siempre sois unos desconfiados.

Nos miró con desprecio a Cain y a mí hasta que soltó un suspiro y se levantó de su sitio. Iba a ponerme en pie para detenerlo cuando dejó caer algo en mi regazo.

—Haced lo que queráis con esta información, pero yo en vuestro lugar actuaría rápido —dijo, y le lanzó a Cain su móvil—. Y a partir de ahora no deberíais dejaros móviles por ahí. Nunca se sabe quién los va a encontrar. —Dicho esto, desapareció por donde había llegado.

Lo seguí con la mirada hasta que lo perdí de vista, entonces me permití ver lo que había lanzado al regazo. Era un cordel trenzado de colores con un amuleto mágico del nivel uno colgado.

Cain soltó un grito ahogado. Prácticamente noté cómo se le tensaban todos los músculos de su cuerpo, y también se me encogió el estómago al verlo. Solo había un Cazador que llevara su amuleto en un cordel tan llamativo.

Cain

Las coordenadas de Phineas nos llevaron al medio de ninguna parte, en el corazón de Escocia. En muchos kilómetros a la redonda no había más que montañas y bosques, atravesados en algún que otro punto por ríos. Estaba segura de haber visto durante la última media hora más ovejas y vacas de las Highlands que personas. Era una ruta idílica, sobre todo después de la lluvia de la noche anterior. El cielo estaba despejado, los rayos deslumbrantes del sol hicieron que el verde alrededor pareciera aún más intenso. Sin embargo, no pude disfrutar de la excursión porque notaba como un bloque de hielo en el estómago el miedo a lo que nos esperaba al final del trayecto.

—Pronto llegaremos —comprobé con un vistazo al navegador.

Las lágrimas me escocían en los ojos, y tenía agarrado el amuleto en la mano con tanta fuerza que dolía. No era tonta. Por supuesto, sabía lo que significaba que Jules ya no llevara ese amuleto encima. Una vez puesto, no se podía quitar hasta que la magia se hubiera consumido o el portador... ya no estuviera. La idea seguía dejándome sin respiración porque, por mucho que creyera en la supervivencia de Jules, ya no podía cerrarme a la verdad. Renunciar a él y dejarlo que se pudriera con los vampiros no entraba en la ecuación. Debíamos devolverlo a casa, para que tuviera la despedida que merecía, con sus amigos y familiares. No merecía estar enterrado en el bosque como un pedazo de porquería sin valor alguno.

Diez minutos después Warden aparcó el coche al final de un camino lleno de baches. El motor enmudeció y acto seguido solo se oyó el gorjeo de los pájaros. El aire estaba despejado y una brisa suave hacía bailar la naturaleza alrededor mientras los rayos de sol buscaban su camino entre las copas de los árboles y dibujaban patrones abstractos en el suelo del bosque. El lugar adonde Phineas nos había enviado era curioso...

Bajé del coche con las rodillas temblorosas. Sacamos las armas del maletero y seguimos las instrucciones del móvil hasta las coordenadas, que nos llevaron sorprendentemente a una cabaña. Parecía agazapada, insignificante entre los árboles, construida de madera, con una chimenea y un pequeño porche con un banco. La cabaña me recordaba a una casa de vacaciones donde mis padres y yo pasamos una semana años atrás.

—Esto está bastante tranquilo —comentó Warden.

Nos sentamos escondidos tras unos cuantos arbustos, con los prismáticos en la mano. Era un lugar apacible donde no se intuía nada malo, pero los dos sabíamos hasta qué punto llegaban a engañar las apariencias.

Dejé vagar la mirada con los prismáticos por el suelo en busca de huellas de neumáticos o algo parecido. Los vampiros no podían teletransportarse ni convertirse en murciélagos..., pero el bosque parecía del todo intacto.

—¿Entramos? —pregunté.

Warden asintió.

Cambiamos los prismáticos por cuchillos. Saqué mis kukris, y Warden sus machetes de la funda en la espalda. Poco a poco nos acercamos a la cabaña. Pese a que no había señales de peligro, el corazón me latía desbocado. Quería encontrar a Jules a toda costa, pero al mismo tiempo la imagen me daba miedo. Su amuleto me pesaba en el bolsillo de los pantalones.

De cerca la cabaña parecía igual de tranquila que de lejos. Nada se movía, tampoco se notaba el típico olor a romero. Warden se adelantó y entró en el porche, que crujió bajo sus pies. Contuvimos la respiración, tensos, pero no salió nadie a ver qué pasaba. Le cubrí la espalda a Warden mientras se disponía a romper la cerradura. Unos segundos después la puerta se abrió con un clic y nos dio acceso al interior.

La cabaña estaba abandonada. Era tan pequeña y abarcable que bastó con echar un vistazo para comprobar que no había nadie.

Bajé las armas.

—Aquí algo no cuadra.

Warden asintió y guardó el machete.

Atravesé despacio la cabaña, que consistía en una gran estancia y un baño contiguo, muy parecida a nuestra habitación en el cuartel. De todos modos, la casita parecía inhabitada en comparación con la central de los Cazadores. En la cama que había en un rincón no había ni almohadas ni una manta, la cocina estaba tan limpia como si fuera una pieza en exposición y no había más objetos que pudieran dar una pista de si a veces alguien se alojaba allí. Ni fotografías ni libros ni otros efectos personales. Solo la nevera estaba encendida y emitía un leve zumbido.

Warden fue directo a ella.

—Te juro que si ahí dentro está el cadáver de Jules salgo corriendo —intenté bromear.

Warden abrió la nevera.

—Falsa alarma, no es Jules.

—¿Pero?

—Un montón de sangre. —Dio un paso a un lado para que yo viera las conservas granates que se amontonaban dentro. Warden sacó un paquete y lo inspeccionó—. Son robados de la Cruz Roja.

—Haz una foto, a lo mejor podemos volver luego a esa pista.

Warden sacó el móvil y se puso a retratar algunas bolsas mientras yo seguía echando un vistazo a la cabaña. Alguien tenía que vivir allí, si no, no habría necesidad de semejante cantidad de sangre. Pero ¿dónde estaba el vampiro correspondiente? ¿Y por qué vivía allí, con tanta austeridad? Allí no había nada, ni televisor, ni siquiera encontré una baraja de cartas.

Enervada, me desplomé en una de las sillas junto a la mesa, que amenazó con ceder con un fuerte crujido. Me puse en pie de nuevo a toda prisa.

—¡Ay!

Warden alzó la vista.

—¿Todo bien?

—Sí, solo que pensaba que la silla se iba a romper. —Me puse de rodillas para inspeccionar la silla. Gracias al entrenamiento diario pesaba bastante para mi volumen, ¡pero no tanto! Sin embargo, en ese momento entendí que no era la silla lo que había cedido bajo mi peso, sino todo el suelo—. Warden, tienes que ver esto.

Cerró la nevera y se acercó a mí.

Señalé las muescas en la madera. Parecía que el suelo se hubiera hundido un poco alrededor de la silla, pero no por casualidad. Los bordes eran demasiado definidos y lisos. Alguien había serrado un agujero allí.

Me incorporé y saqué de nuevo los kukris. Con un gesto de la cabeza le di a entender a Warden que estaba lista.

Agarró la silla para levantarla, pero no funcionó. Las patas estaban pegadas al suelo, pero la silla se inclinó a un lado de manera que la apertura del suelo quedó libre. Era una escotilla, para ser exactos, con una escalera que bajaba.

—Bueno, mira por dónde. —Warden se inclinó hacia delante para echar un vistazo al agujero, en cuyo fondo había una lámpara encendida. Aun así, no se distinguía quién o qué había ahí abajo.

Se me erizó el vello de los brazos, pero descendí por el agujero antes de que Warden pudiera detenerme. Bajé despacio los peldaños para hacer el menor ruido posible, haciendo constantes pausas para escuchar ruidos sospechosos. En los últimos metros saqué el cuchillo por si acaso me esperaba una sorpresa desagradable al final de la escalera.

Sin embargo, no había un comité de bienvenida sediento de sangre ni estaba en una sala de tortura ni en casa de Isaac.

Warden bajó de un salto los últimos peldaños y acabó a mi lado en el suelo.

—¿Qué es esto?

—Buena pregunta. Parece un laboratorio —contesté.

La luz intensa de las lámparas de neón se reflejaba en las relucientes superficies metálicas que ocupaban toda la sala. Por todas partes había máquinas de acero inoxidable que parecían complejas, y vi varios tubos de ensayo llenos de líquidos de todos los colores. De una pared colgaban batas, todas de la misma talla, y olía a limpieza clínica como si se hubiera caído una olla con una mezcla de desinfectante y humidificador. En medio se colaba un fino matiz a romero, pero no parecía haber vampiros. Aun así, no solté el kukri mientras seguía avanzando para inspeccionar con más detenimiento el laboratorio.

En un escritorio había una libreta con notas ilegibles y un portátil al lado, asegurado con una contraseña. Por miedo a disparar una alarma no intenté acceder. Además, ¿qué tipo de contraseñas utilizaban los vampiros? ¿Sangre4ever? ¿BloodyValentine? ¿Buffyesunamierda?

—Otra nevera llena de sangre —dijo Warden, y dejó caer de nuevo la puerta, que estaba abierta. Con el atuendo negro, los machetes en la espalda y los puñales en la cadera, parecía fuera de lugar en un sitio como ese. Sacó con escepticismo un tubo de ensayo de una de las máquinas y observó el líquido claro que contenía—. VS-19-124 —leyó de la etiqueta—. Suena a algún tipo de vacuna.

—¿Qué crees...?

Mi pregunta se vio interrumpida por un rugido. Me di la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Un vampiro había aparecido de la nada y se abalanzaba sobre Warden.

Warden

Oí el rugido, pero no me dio tiempo a actuar. Me derribaron al suelo con toda la furia.

Me quedé sin aire, y el tubo de ensayo que tenía en la mano se hizo añicos junto a mi cabeza mientras el vampiro intentaba agarrarme con los colmillos afilados. Me había rodeado el cuello

con las garras. Yo intentaba zafarme de él resollando y lo agarré de las muñecas para volver a respirar.

—¿Qué hacéis aquí? —masculló el vampiro. Las venas negras le atravesaban la piel, y los ojos tenían el color de la sangre.

El aspecto era el de cualquier otro vampiro en el momento de la pelea, pero, pese a los rasgos de la cara desfigurados, algo me resultaba tan familiar que asustaba. El pelo castaño, las cejas bajas, la cicatriz en la mejilla, que yo sabía que se debía a una caída en bicicleta cuando tenía nueve años...

Me quedé helado.

Era imposible.

No podía ser...

—¿Pa... papá? —Mi voz era solo un gemido ronco por las garras que me rodeaban el cuello. Miré desconcertado la cara que hacía tres años que no veía y me resultaba tan familiar y tan desconocida al mismo tiempo—. Papá, suéltame —dije entre dientes mientras tosía e intentaba quitarme sus manos del cuello.

No me escuchó. Más que la presión de los dedos en mi garganta me dolía que no me reconociera. O que le diera igual. Enseñó los dientes, con los colmillos bien visibles.

De pronto vi un movimiento detrás de mi padre.

Cain.

—¡No! —dije todo lo alto que pude, luego le rodeé la cadera a mi padre con una pierna y conseguí hacer palanca para quedar yo encima de él.

Durante un breve instante aflojó un poco, pero al cabo de un segundo volvió a apretar. Sin embargo, ahora que estaba yo encima no podía ejercer tanta fuerza.

Lo agarré por los antebrazos. La piel al tacto era extrañamente fría bajo los dedos. Tenía que parar, o no me quedaría más remedio que...

—¡Mano! —fue todo lo que conseguí decir.

Otro Cazador que no me conociera tan bien tal vez no me habría entendido, pero era Cain. Colocó como un rayo una parte de unas esposas en la muñeca de mi padre y luego se puso a tirar de ella con todas sus fuerzas hasta que consiguió arrancarle la garra de mi cuello. Luego cerró la otra parte de las esposas en uno de los armarios metálicos.

Mi padre tiró de ellas, intentó soltarse. Se volcaron unos tubos de ensayo, pero el armario se mantuvo firme anclado en la pared. Intentaba atraparme rugiendo y enseñando los dientes, pero no podía.

—Gracias —dije con voz ronca antes de levantarme del suelo y tocarme el cuello. Notaba un dolor palpitante en el punto donde me apretaban las garras y cuando me miré los dedos vi que los tenía manchados de sangre.

—¿Estás bien? —preguntó Cain. Casi le faltaba tanto el aliento como a mí del susto.

Asentí, aunque notaba la garganta herida, y observé al vampiro. Sentía el corazón acelerado mientras intentaba comprender lo que mis ojos habían entendido hacía rato.

El vampiro, mi padre, nos fulminó con la mirada a Cain y a mí. Se le veían claramente los colmillos.

—Soltadme —masculló.

Poco a poco se fue imponiendo en mi mente la evidencia de lo que había ocurrido tres años antes. Isaac no había matado a mi padre, lo había secuestrado y transformado. Por supuesto, en aquel momento ya pensé en esa opción, pero la descarté enseguida. Para Isaac la transformación

era un acto de piedad del que no le creía capaz con un aliado de los Cazadores. Saltaba a la vista que me equivocaba.

—¿Warden? —Cain me tocó el brazo con suavidad—. ¿De verdad estás bien?

—Yo sí, pero... ¿no lo reconoces? —pregunté, sin apartar la vista de mi padre, que seguía luchando con las esposas.

Cain siguió mi mirada y lo observó con más atención. Quedó muy claro el momento en que vio lo que yo estaba viendo. Le salió un grito ahogado.

—¡No puede ser!

Asentí.

—Lo transformó.

—Dios mío.

—¡Soltadme! —rugió mi padre. Su voz seguía siendo la misma, pero sonaba más áspera, más animal que antes. El cariño que rezumaba antes cuando hablaba conmigo había desaparecido. Noté de nuevo un nudo en la garganta, pero esta vez por un motivo muy distinto.

Cain volvió a rozarme el brazo. Me miraba compasiva, y le vi brillar las lágrimas en los ojos. No estaba seguro de si lloraba por mi padre o porque se compadecía de mí. O ambas cosas.

—¿Qué..., qué hacemos ahora con él?

—Ni idea —dije, aunque en realidad estaba claro lo que había que hacer. Mi padre era un vampiro. Nosotros éramos Cazadores de Sangre. Pero la idea de eliminar sin más a mi padre, al que acababa de reencontrar, era demasiado terrible para asumirla en ese momento.

—¡Soltadme! —exigió de nuevo mi padre, y tiró con fuerza de las esposas con aleación de plata que él mismo había inventado unos años antes.

—¿Y si llamáramos a mi madre?

Sacudí la cabeza.

—No. Lo mataría aquí mismo.

Cain se abrazó el torso como si buscara apoyo en sí misma. Ella sentía lo mismo que yo: impotencia.

—Pero ¿cuál es la alternativa? Quiero decir que no podemos dejarlo ir, ¿no?

—Ni idea —confesé. No tenía ningún plan, no había llegado tan lejos; estaba demasiado ocupado intentando entender lo que estaba pasando—. ¿Nos dejas solos un momento?

—Warden...

—Por favor —la interrumpí—. Necesito un momento para mí.

Ella asintió.

—De acuerdo, pero ve con cuidado, por favor.

Esbocé una débil sonrisa.

—Claro.

Tras echar un último vistazo a mi padre, Cain me dio un beso en la mejilla. Luego se dirigió al otro extremo del laboratorio para dejarme un poco de intimidad y seguramente seguir investigando.

Observé durante unos segundos cómo abría cajones y hojeaba expedientes y luego me volví hacia mi padre. Parecía haberse rendido a su destino de estar encadenado. Los rasgos brutales se habían desvanecido de su rostro, las venas negras habían desaparecido, y el rojo intenso de los ojos había dado paso a un castaño oscuro. Ahora el aspecto era casi del todo humano, de no ser por los colmillos.

Me puse de rodillas delante de él y lo observé.

Él me aguantó la mirada, desafiante.

Las ideas se me agolpaban en la cabeza y al mismo tiempo aparecían con una lentitud increíble. Había encontrado a mi padre. Y era un vampiro.

—¿Sabes quién soy? —pregunté con la voz ronca.

Él torció los labios para esbozar una media sonrisa.

—Eres un Cazador de Sangre.

—Sí, pero también soy tu hijo, Warden.

—Yo no tengo hijos.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en la cara.

—Sí. Eres James Prinslo, y antes de que Isaac te transformara, estabas casado con Emma. ¿Te acuerdas?

—No conozco a ninguna Emma.

¡Mierda! ¿Cómo podía haber olvidado a mamá?

Saqué el móvil y abrí una foto de nuestra familia de unas semanas antes del ataque de Isaac. Se la enseñé a una distancia segura.

—¿Ves? Este eres tú, con mi madre y conmigo. Ese día estábamos en Stockbridge Market. ¿Te acuerdas?

—No.

—O aquí. —Le enseñé otra imagen en la que yo no aparecía porque hice la foto. Aparecía mi padre de traje y mi madre con un vestido elegante para celebrar su decimoquinto aniversario de boda—. La noche en que fuisteis a cenar al Witchery, vuestro restaurante preferido.

Mi padre inclinó la cabeza y observó la foto. Me pareció ver un atisbo de emoción en sus ojos, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—No conozco a esa mujer.

—Pero en la foto apareces a su lado.

—Eso no demuestra nada.

Apreté los dientes para controlar la frustración que se apoderaba de mí. No sabía si mi padre mentía o si la transformación de verdad le había hecho olvidar todo. Cuanto más tiempo vivían como vampiros, más se alejaba la mayor parte de su antiguo yo humano. Los sentimientos quedaban enterrados. Los recuerdos, borrados.

—¿Qué haces aquí? —cambié de tema y cogí uno de los tubos de ensayo del armario para ponérselo delante de las narices—. ¿Qué es VS-19-124?

Mi padre no me respondió.

—¿Trabajas para Isaac?

—Suéltame y a lo mejor te lo cuento.

Lo negué con la cabeza. No era tan ingenuo, aunque me costara distinguir al padre que había conocido del vampiro que tenía ahora delante.

—Solo puedo ayudarte si contestas a mi pregunta. ¿Qué estás investigando?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Qué significa VS? —Tenía que colaborar. ¡Tenía que hacerlo! De lo contrario ni Cain, ni yo, ni los demás Cazadores de Sangre tendríamos ningún motivo para dejarlo con vida ni un segundo más.

Mi padre guardó silencio.

Me froté la cara, nervioso, y de pronto un grito estridente desgarró el ambiente y se me metió en los huesos.

Me puse en pie de un salto y me di la vuelta.
¡Cain!

Cain

Con las piernas temblorosas y un mal presentimiento me alejé de Warden y su padre. No me gustaba dejarlos solos. Warden era un Cazador de Sangre fantástico, pero también tenía el sesgo de sus sentimientos, y en mi fuero interno esperaba que no cometiera ninguna insensatez, como por ejemplo quitarle las esposas a James.

Tal vez el vampiro al que habíamos encadenado tuviera el aspecto de su padre, pero no lo era. Ya no era el hombre que nos cocinaba lasaña y le había enseñado a Warden cómo funcionaba el magnetismo. Su cuerpo era solo el cascarón de un alma bestial. El verdadero James antes se habría cortado una mano que tocarle un pelo a Warden. Se habría odiado por lo que acababa de hacer, puede que aún más de lo que yo odiaba a Isaac por lo que le había hecho a James, y por tanto también a Warden. ¿Por qué había tenido que transformarlo justo a él? Como si en este mundo no hubiera científicos suficientes de los que poder abusar para sus investigaciones.

Sacudí la cabeza y me obligué a dejar de pensar. Intenté concentrarme de nuevo en mi misión. Me alejé paso a paso de Warden y su padre. El laboratorio era bastante amplio y de unas dimensiones asombrosas, bastante más grande que la cabaña situada encima de nuestras cabezas. Era evidente que no habían escatimado ni en gastos ni en esfuerzos para construir ese escondrijo. Me pregunté qué estaba investigando allí Isaac que hacía que Phineas y los demás vampiros conspiraran contra él.

Dejé vagar con cuidado la mirada por los armarios y estanterías y hojeé algunos expedientes y libros que había por ahí. Encontré varias tesis doctorales con unos títulos de redacción tan compleja que solo era capaz de intuir de qué iban. Decidí llevarme la documentación luego. Seguro que en el cuartel los archivistas me ayudarían a entenderlo.

Escudriñé a Warden con la mirada. Seguía de rodillas delante de su padre, mirándolo sin más. Incluso de lejos le notaba la tensión, pero en ese momento no podía hacer nada por él más que seguir indagando para poder largarnos de allí lo antes posible. Con o sin su padre, aún estaba por decidir. Warden tenía razón: por mucho que mi madre y los demás Cazadores apreciaran a James como persona, no dudarían en matarlo. Sería una muerte rápida y benévola y, por lo que conocía a James de antes, seguramente así lo habría deseado.

Desvié la mirada hacia los dos con una angustiada sensación de opresión en el pecho y vi una puerta en la que no me había fijado. Era metálica y el color casi se confundía del todo con la pared. Si no estuviera abierta unos centímetros seguramente habría pasado de largo. James debía de estar escondido allí antes de atacarnos por detrás. Cogí uno de mis kukris antes de empujarla con cautela. La luz de detrás cobró vida automáticamente y dejó al descubierto una especie de almacén. Agucé el oído en el silencio, pero solo oía el zumbido de una ventilación.

Observé la estancia en tensión, donde innumerables cajones y cajas de cartón se amontonaban

hasta el techo. Paseé la mirada por las etiquetas, pero nada me llamó la atención hasta que vi otra puerta metálica entre dos estanterías. Parecía bastante maciza, y tenía incrustada una pantalla con termómetro. Era una cámara frigorífica. Eso no podía significar nada bueno.

Unas nubecillas muy finas, como las que se generaban con un gran cambio de temperatura, se colaron por debajo de la puerta cuando la abrí. Me recibió una oleada de aire frío. Sentí un escalofrío, pero me atreví a adentrarme más en la cámara.

—Qué demonios... —murmuré, desconcertada, y agarré la empuñadura del kukri.

La cámara parecía el escenario de una película de terror. Estaba llena de cadáveres, colgados de unos ganchos del techo como los cerdos cortados por la mitad en un matadero. Se me revolvió el estómago. Me había enfrentado a muchas atrocidades en mi vida, pero nunca había visto algo así. ¿Qué había hecho James con esa gente? A primera vista no se les veían rastros de mordeduras en el cuerpo, pero las caras estaban todas muy chupadas y perforadas. Como si algo los hubiera roído por dentro e intentado devorarlos hacia fuera. Me dieron ganas de dar media vuelta, pero reprimí el deseo y me acerqué a los cadáveres para ver si Jules estaba entre ellos.

En la cámara había como mínimo treinta muertos, tanto mujeres como hombres. Me di prisa porque, además de la imagen de los muertos, el frío de la cámara era insoportable. Sentía un cosquilleo doloroso en la piel y, pese a llevar botas, ya notaba los dedos de los pies entumecidos.

El corazón me latía con fuerza cuando pasé junto a las filas de cadáveres, pero Jules no estaba, lo que para mí fue un alivio y un tormento a la vez. Llegué al fondo de la cámara y, cuando iba a dar la vuelta para entrar en calor de una vez, vi otra puerta con una llave en la cerradura. Como si James hubiera intentado cerrarla.

—Por favor, que no sea otra cámara frigorífica llena de cadáveres —murmuré para convencerme, y abrí la puerta de un empujón para acabar rápido.

Para mi gran sorpresa detrás había un pasillo con celdas a ambos lados. Una cárcel. Al parecer James encerraba ahí a la gente antes de que sus experimentos los mataran. El aire estaba impregnado de un fuerte olor, una mezcla de orín, vómito y sangre. En medio se intuía el olor químico del detergente, que de todas formas no bastaba para blanquear el olor a miedo y perdición. ¿Cómo de horribles debían de haber sido los últimos días de esas personas?

Saqué la llave de la cerradura y salí de la cámara frigorífica al pasillo.

—¿Hola?

Nadie contestó.

Guardé el arma y espié en la celda que me quedaba a la izquierda. Había sangre seca pegada en el suelo, pero estaba vacía, igual que la de enfrente. Las cinco celdas siguientes también estaban abandonadas. Tal vez llegábamos tarde. Puede que todos estuvieran muertos ya.

De pronto oí un ruido que sonaba como el chirrido de una puerta. Me puse en posición de ataque enseguida, pero el ruido ya se había apagado. Había sido tan tenue y breve que ni siquiera sabía de dónde procedía. Giré por otro pasillo y me acerqué a una celda. El olor a miseria y sangre ganaba intensidad a cada paso.

Entonces lo vi.

Estaba hecho un ovillo en un catre, un armazón destartado sin almohada ni manta. Se encontraba de espaldas a mí, la ropa estaba mugrienta, llena de polvo y sangre, pero el pelo rojo era inconfundible.

—¡Jules! —Se me aceleró el pulso y un temblor me atravesó el cuerpo. Nerviosa, intenté encontrar una llave en el manojo que encajara en la cerradura de la celda, pero me temblaban tanto los dedos que me costaba probar las distintas llaves.

—Jules —grité de nuevo.

No se movió.

Los movimientos se volvieron más acelerados. Me escocían las lágrimas en los ojos.

Por fin encajó una llave. Fui corriendo hacia Jules y lo agarré del brazo para ver si seguía vivo.

Cuando noté que se le tensaba el cuerpo bajo las puntas de los dedos, me invadió un gran alivio.

En ese momento de pronto Jules se puso en pie de un salto y me arrolló en la celda con una furia que nunca le había visto. Choqué con un ruido sordo contra los barrotes del otro extremo de la estancia. Me quedé sin aire en los pulmones y caí al suelo resollando. La espalda y el pecho me ardían de dolor.

Miré a Jules perpleja. Los ojos, antes azules, ahora eran del color de la sangre, y en la boca sobresalían dos colmillos como los que solo tenían los vampiros con décadas de antigüedad.

¡No tenía sentido! Tampoco olía a romero. Si no hubiera estado tan cerca habría dado por hecho que el hedor que imperaba ahí abajo tapaba el olor, pero había llegado incluso a tocarle. ¿Cómo podía ser?

—Jules...

Se abalanzó sobre mí, y no cabía duda de cuáles eran sus intenciones. Me cogió con unas manos que parecían garras y volvió a tirarme al suelo, con tanta fuerza que pensaba que me iba a romper las clavículas con tanta presión.

Solté un grito de dolor. Intenté apartarlo de mí por la fuerza, pero no se movió ni un centímetro. En cambio, me clavaba las garras con más fuerza y más hondo cada segundo que pasaba en los hombros hasta que la piel me reventó y olí mi propia sangre.

—Jules, por favor —supliqué. ¿En qué lo habían convertido?

No dijo nada. Su aliento cálido me acariciaba la cara.

No quería hacerle daño, pero no me dejó otra opción. Busqué a ciegas el kukri en el cinturón, con lo que se multiplicó el dolor del hombro. Apreté los dientes y lo resistí mientras los dedos se me resbalaban del arma que tenía agarrada debajo.

«Vamos...».

De pronto me atravesó un dolor completamente nuevo y solté un alarido. Jules me había hundido los colmillos en el cuello. Ya me habían mordido unas cuantas veces, pero eso era distinto. Nunca un vampiro había bebido de mí. La sangre de Cazador de Sangre tenía un sabor asqueroso, esa era la premisa oficial, pero a Jules no parecía molestarle. O tenía demasiada hambre. Bebió de mí a grandes tragos, la sensación era rara, como si las venas vibraran en mi cuerpo.

—¡Jules..., para!

Lo agarré del pelo y tiré. Mala idea. Sentí un dolor desgarrador en el cuello porque no se apartó de mí. Seguía saliendo sangre de mi cuerpo a borbotones, y noté el inicio de un leve mareo.

«¡No! ¡No puedes rendirte ahora, Cain!».

—¡Para! —le ordené de nuevo, y luego intenté meter la mano entre la cara de Jules y mi cuello para librarme de él de alguna manera antes de quedarme inconsciente.

No me soltaba. Me agarraba de las muñecas con la fuerza de los brazos y me las apartó a un lado para beber de mí sin problema.

Lo notaba todo: los colmillos, la lengua, los labios y la vida que, sin prisa pero sin pausa, iba abandonando mi cuerpo mientras Jules se fortalecía.

—¡Eh, chupasangre!

La voz de Warden llegó hasta Jules y le obligó a levantar la vista. Me salió un ruido de alivio cuando por fin las venas dejaron de vibrar. Jules enseñó los dientes. De los labios y la barbilla le goteaba mi sangre.

Pese al mareo distinguí el momento justo en que Warden reconoció a Jules, pero no le dio tiempo a procesar la idea porque este se apartó de mí y se abalanzó sobre él.

Sin embargo, Warden estaba preparado para el ataque, no como yo. Esquivó a Jules con destreza y lo atacó con el machete. La hoja le hizo una herida en el brazo a Jules, pero el dolor solo parecía espolearlo.

Jules arrojó a Warden contra las rejas de otra celda e intentó agarrarlo, pero antes de que lo consiguiera él se agachó. Jules chocó con toda su furia contra las barras de hierro y el estruendo del metal vibrando inundó la cárcel y resonó como un eco en las austeras paredes. Warden le dio una patada por detrás a Jules en la parte trasera de las rodillas, él soltó un gruñido y pasó acto seguido al siguiente ataque.

Los dos se movían tan rápido que apenas podía seguir la pelea. Me sentía como si estuviera clavada en el suelo, y lo que me impedía levantarme de un salto no era tanto el dolor y la pérdida de sangre, sino la conmoción por Jules. Aun así, en algún momento conseguí sacar uno de los kukris y me puse en pie a duras penas para ayudar a Warden. Había perdido los machetes y luchaba solo con las manos contra las garras de Jules, que ya le habían dejado algunas señales en el cuerpo.

Me acerqué a los dos, pero sin estar a cubierto Jules me vio enseguida. Esquivó otro golpe de Warden y se lanzó de nuevo a por mí. Sin embargo, esta vez no pudo aprovechar el factor sorpresa. Me agaché bajo sus brazos y al cabo de un segundo le clavé el codo entre los omoplatos. Cuando se tambaleó hacia delante le clavé el kukri en la ingle.

Jules soltó un bramido.

«Lo siento», pensé.

Sacó el cuchillo de la carne y se acercó a mí. Lo agarré del brazo con fuerza y le retorcí la extremidad hasta que no le quedó más remedio que dejar caer el arma. En ese preciso instante el puño de la otra mano me dio en la nariz. El dolor me explotó en la cara cuando se rompieron los huesos.

—¡Cain! —oí que gritaba Warden.

Desvié la vista nublada hacia él. Estaba en la celda de Jules, con las esposas preparadas. Enseguida entendí cuál era el plan y le di una potente patada en el estómago a Jules. Empezó a dar tumbos sin perder el equilibrio. Le di otro golpe sin compasión que lo envió directo a su celda. Warden metió la mano a toda velocidad entre las barras de hierro y, antes de que Jules pudiera ir de nuevo a por mí, le colocó una de las esposas en el brazo. Jules se volvió hacia Warden, pero él ya estaba colocando la otra parte de las esposas en la reja y dio un salto hacia atrás.

Jules tiraba de las esposas. Por un momento temí que el material no resistiera su fuerza descomunal, pero sí resistió. Por lo menos de momento. Soltó un gruñido furioso. Clavó su mirada iracunda en mí, y se abalanzó de nuevo sobre mí, pero las cadenas lo retuvieron, así que no me llegó a tocar. Me miró enseñando los dientes.

Lo miré también, el rostro desfigurado de mi primo, mi compañero de lucha, mi amigo. ¿Qué habían hecho con él Isaac y sus amigos?

—Eso explica por qué se le soltó el amuleto —dijo Warden. Había salido de la celda a una

distancia clara de Jules y ahora estaba a mi lado. Tenía algunos desgarros en la camiseta, un ojo morado y un montón de rasguños en el cuerpo, como si se hubiera caído en una fosa llena de gatos salvajes.

Me limpié la sangre de la nariz con el antebrazo.

—Hay algo que no está bien.

—¿Te refieres aparte de que es un vampiro?

—Sí, ¿no lo hueles?

—¿El qué?

—No hay nada. No desprende ningún olor.

Warden arrugó la frente.

—Ahora que lo dices...

—Los colmillos también son demasiado largos —añadí. ¿Y por qué lo tenía James allí encerrado? ¿Por qué iba a encarcelar Isaac a los suyos?

—¿A lo mejor porque es Cazador de lo Sinistro?

—Puede ser —contesté con escepticismo, sin apartar la vista de Jules, que seguía rugiendo y gruñendo, intentando liberarse de las cadenas para matarnos. La imagen era horrible, se me revolvía el estómago y casi deseaba no haber llegado hasta allí. Pero por lo menos ahora tenía una certeza, y eso también tenía valor, ¿no?

Warden

Primero mi padre, y ahora Jules. Tal vez yo estaba muerto y Kevin me había arrastrado al inframundo, y todo eso solo eran visiones del horror que me acompañaría hasta la eternidad. En ese caso, no me sorprendería que Cain también se transformara, aunque como Cazadora de Sangre fuera resistente a las mordeduras de vampiro. O así debería ser.

Clavé la mirada en la herida que tenía en el cuello. Estaba cubierta de sangre, pero no parecía importarle. Solo tenía ojos para Jules.

—Deberíamos llevarlo al cuartel. —Las palabras sonaban vagas, tal vez por la nariz rota, que tendrían que arreglarle en la enfermería—. A lo mejor allí alguien nos explica por qué es distinto a los demás vampiros.

—¿Llamo a tu madre?

Cain apretó los dientes y asintió, aunque era evidente que le resultaba difícil. Mi padre y Jules ahora eran vampiros. Los enemigos. Y había la posibilidad de que los demás Cazadores los mataran. Pero ¿qué otra opción les quedaba? Nosotros no éramos capaces de eliminarlos, ninguno de los dos reunía el valor. Tampoco podíamos dejarlos marchar porque luego seríamos cómplices de la muerte de todas las personas que mataran a partir de ahora.

Saqué el móvil.

—Mierda, no hay cobertura. Voy a...

Me interrumpió un fuerte estruendo que me hizo estremecer. Levanté la cabeza, pero no había sido Jules el que había provocado el sonido. El ruido procedía de la zona de delante.

Cain y yo intercambiamos una mirada rápida, luego salimos corriendo de la prisión, atravesamos la cámara frigorífica con los cadáveres y el almacén hasta volver al laboratorio.

—Mierda —exclamé, y corrí al armario donde Cain había encadenado a mi padre.

Ya no estaba, por lo menos no entero. Las esposas seguían bamboleándose del armario, pero

de mi padre solo quedaba la mano izquierda, que al parecer él mismo se había cortado.

—Qué carajo... —gruñó Cain a mi lado, que observaba confundida la mano inerte, tirada en el suelo frente a nosotros.

—Tú te quedas con Jules, yo voy a intentar alcanzarlo —dije, y salí corriendo.

—¡Warden!

Paré y miré a Cain.

—Llévate esto. —Me lanzó las esposas que había soltado del armario.

Las cogí y salí corriendo hacia la escalera, cuyo extremo estaba a oscuras. Además de llevarse la luz, mi padre había cerrado la escotilla. Presioné, pero no se abrió. Joder, debía de haber puesto algo encima. Empujé contra la madera con todas mis fuerzas. Presioné hasta que me temblaron los músculos y empezó a dolerme la cabeza por el esfuerzo.

Por fin se movió la tapa. Los primeros milímetros fueron los más difíciles, luego fue más fácil. Apreté los dientes y con un último empujón abrí la escotilla. Lo que la bloqueaba cayó al suelo. Subí a la cabaña, saqué el machete y seguí el rastro de sangre en el bosque.

Las manchas rojas me facilitaron la persecución de mi padre. Sin embargo, cuanto más me alejaba de la cabaña, más pequeñas se volvían las salpicaduras de sangre y más intenso el olor a hojas mojadas. Caminé más despacio, respiré hondo y seguí el matiz de romero que ya solo era un toque en el aire. Miraba alrededor nervioso en busca de pistas, pero no era un maldito explorador. Aun así, seguí andando.

Después de kilómetro y medio tuve que reconocer que había perdido el rastro. Me detuve. Noté una brisa fresca. Se me erizó el vello del cuello y cerré los puños. Me entraron ganas de gritar al mundo mi frustración. No podía creerlo. Acababa de encontrar a mi padre y ya lo había vuelto a perder. Habría preferido adentrarme más en el bosque para tal vez recuperar el rastro, pero no quería dejar a Cain más rato sola con Jules.

Saqué el móvil con un suspiro. Por suerte había vuelto la cobertura. Llamé a la madre de Cain, cuyo número hacía más de tres años que no marcaba.

—¿Warden? —Sonaba sorprendida.

Tragué saliva.

—Hola, Lillian.

—¿Va todo bien?

—No. Cain y yo... hemos encontrado a Jules.

Warden

Si las miradas mataran, hacía tiempo que mi corazón habría dejado de latir por la manera como me miró el padre de Cain cuando entré en el despacho de Grant. Aún recordaba la época en la que le caía bien a Andrew, pero eso fue antes de que yo arrastrara a Cain al lado oscuro y de que nos acostáramos juntos. A decir verdad, eso no lo sabía su padre, pero para cualquiera que tuviera ojos en la cara era bastante obvio que nuestra relación ya no era platónica. Tampoco nos esforzábamos en disimularlo.

—Hola —saludé a Cain, que estaba apoyada en la pared porque no había asientos suficientes.

Ella esbozó una sonrisa, pero parecía triste. Tenía ojeras.

No habíamos dormido mucho durante las últimas noches. Explicar a Grant y los demás lo que habíamos hecho durante las últimas semanas no había sido un placer, y luego hicimos una expedición a la cabaña del bosque.

—¿Cómo tienes el cuello? —pregunté, y le aparté con suavidad el pelo del hombro. La herida de la mordedura se había cerrado, pero las cicatrices aún eran muy visibles y las tenía un poco inflamadas. Con las heridas normales era bastante raro, pero los vampiros tenían algo en la saliva que actuaba contra nuestra capacidad de curarnos.

—Cada día mejor.

Asentí. Era la primera buena noticia desde nuestro descubrimiento.

—¿Y tú cómo estás?

Me encogí de hombros. No tenía respuesta para eso. En ese momento había demasiadas preguntas sin responder y muy poco tiempo para aclarar las ideas. A decir verdad, agradecía mucho la distracción que me alejaba de estar tumbado despierto en la cama. Así estaba dispuesto a renunciar a dormir con gusto.

—Empecemos —anunció Grant. Estaba sentado tras su escritorio, con una lata de cola en la mano, pero parecía tan cansado, tan exhausto como me sentía yo. No, como sin duda nos sentíamos todos tras los hallazgos de los últimos días—. Wayne, ¿tienes algo que informar?

Wayne, que estaba apoyado en el escritorio, se incorporó. Era uno de los doce Cazadores que participaban en esa reunión. Además de Grant, Cain y yo estaban presentes los padres de Cain y Jules, así como los demás jefes de los Cazadores de Magia, de Almas y de Sangre y la doctora Kivela de la enfermería.

—Hemos registrado a fondo la zona de alrededor del laboratorio —informó Wayne. No miraba a Grant, sino a mí. Había organizado los grupos de búsqueda y también fue él quien me aseguró que intentarían atrapar con vida a mi padre—. Pero no hay rastro de James, no creo que lo encontremos, por eso considero que la mejor estrategia es la retirada. Parecía que su laboratorio era muy importante para él. Si cree que está despejado, tal vez vuelva.

—Estás hablando de una emboscada —dedujo Grant.

—Sí, yo retiraría a toda la gente y escondería cámaras en los alrededores. Asignaría al laboratorio tres o cuatro Cazadores, pero tendrían que vivir allí por un tiempo indefinido. Si James tiene vigilada la cabaña, no debe haber ningún movimiento.

Grant sopesó la estrategia de Wayne y luego asintió.

—De acuerdo. Tienes hasta esta noche para encontrar a cuatro voluntarios, pero quiero que tú te quedes aquí. No sabemos cuándo necesitaremos tus habilidades de Cazador de Almas.

Di un paso adelante automáticamente, aunque noté un leve movimiento contrario cuando Cain intentó retenerme.

—A mí me gustaría sumarme a esta misión.

Grant sacudió la cabeza.

—Ni hablar, no eres objetivo en este asunto. No nos sirve alguien que nade entre dos aguas si llega el momento de la pelea.

No lo decía en serio, ¿no?

—Jamás iría en contra de los Cazadores.

—Lo siento, Warden. Por desgracia ya has demostrado en numerosas ocasiones que no se puede confiar en ti. Te quedas aquí, fin de la discusión —zanjó Grant con voz decidida—. Los dos os podéis considerar afortunados por no acabar arrestados por vuestra conducta irresponsable, así que será mejor que no me provoquéis.

Apreté los labios para no decir nada más. Si solo fuera yo, no me tragaría esas acusaciones, pero no quería perjudicar a Cain con mi actitud. Además, una vez detenidos quedaríamos del todo aislados de lo que pasara alrededor, también con Jules. No podía hacerle eso a Cain, porque, pese a lo que Grant pensara de mí, sí era una persona de fiar. Solo tenía tendencia a saltarme las reglas sin sentido.

—Maëlle, ¿habéis podido averiguar algo? —continuó Grant.

La doctora Kivela dio un paso adelante. Nunca había visto a la médica sin estetoscopio ni bata blanca, pero se los había quitado para la reunión. Llevaba el pelo gris recogido en un moño. Saltaba a la vista que también había trabajado sin descanso durante las últimas noches.

—Sí, los archivistas han conseguido entrar en el portátil de James.

—¿Y?

La doctora Kivela hizo una mueca que dejaba claro que no iba a gustarnos lo que estaba a punto de decir.

—Hemos encontrado pruebas de que la cantidad de vampiros sigue bajando. Es algo natural porque cada vampiro solo puede transformar a otro y los Cazadores han ganado en eficacia durante los últimos treinta o cuarenta años. Al parecer, Isaac quiere revertirlo, por eso después de su transformación la función de James es encontrar un remedio que transforme a las personas sin necesidad de un mordisco. La base era la investigación de James en una vacuna para evitar el vampirismo o incluso revertirlo. Es de suponer que esa investigación fue el motivo por el que Isaac atacó y transformó a James hace años.

Al pronunciar estas últimas palabras la doctora desvió la mirada hacia mí, y fue como si la corriente me atravesara el cuerpo. Nunca encontramos una explicación a por qué los vampiros entraron en casa de mis padres aparentemente de la nada ni a por qué Isaac se había presentado en persona. Sin embargo, si de verdad había oído hablar de la labor científica de mi padre, de pronto todo cobraba sentido. Si mi padre hubiera conseguido fabricar el remedio, a esas alturas apenas habría vampiros, Isaac estaría derrocado en la práctica. El hecho de que ahora pudiera

usar el conocimiento de mi padre para sus fines seguro que solo era un añadido.

—¿Es eso lo que han hecho con mi Jules? —preguntó Olivia con la voz temblorosa. Estaba sentada al lado de la madre de Cain en una de las sillas delante del escritorio de Grant. Lillian la cogía de la mano. Su marido Charles estaba justo detrás de ella. También tenía escrito en el rostro el horror por lo que acababa de oír.

—Lamentablemente, sí —contestó la doctora Kivela—. Según los registros que hemos encontrado se deduce que James lleva ya unos tres años trabajando en el suero y ha inyectado ya a casi doscientos objetos de prueba, sobre todo vagabundos. Todos murieron. Jules es el primero que ha superado la inyección y la transformación asociada a ella.

—¿Sabemos por qué ha sobrevivido? —La pregunta era de Cain, que hasta entonces se había mantenido en silencio. Su mirada no reflejaba más que férrea determinación.

—No, James aún lo estaba investigando. Por lo visto estaba intentando averiguar cómo hacer que el efecto fuera duradero —aclaró la doctora Kivela de brazos cruzados—. Entre tanto nosotros también hemos conseguido sacarle una muestra de sangre a Jules para investigarlo más a fondo.

Olivia tenía la voz temblorosa.

—¿Cómo se encuentra?

—Teniendo en cuenta las circunstancias... —contestó Wayne—. La doctora Kivela ha usado sus contactos para conseguir reservas de sangre y, mientras colabore, puede moverse con libertad en la celda.

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó Charles.

Wayne interrogó con la mirada a la doctora Kivela.

Suspiró.

—Jules se ha calmado, y tenemos las muestras. Creo que ahora se le puede visitar, pero aún no hemos conseguido que hable. Además, deberíais ser conscientes de que Jules ya no es el hijo que conocíais. Ahora es un vampiro.

De nuevo se oyó un sollozo de la garganta de Olivia.

La madre de Cain sonrió con tristeza a su hermana antes de dirigirse también a la doctora Kivela.

—¿Ya se sabe qué pasará con él?

—No. La situación es completamente nueva para nosotros, avanzamos paso a paso. Pero os aseguro que respetaremos a Jules y lo que ha significado para nosotros y no lo haremos sufrir de forma innecesaria en ninguna etapa. Por supuesto, todos los presentes en esta sala serán informados a su debido tiempo.

La traducción era que Jules estaba ahora mismo en su celda de condenado a muerte si no se obraba el milagro y encontrábamos a mi padre. Conocía la documentación sobre su investigación y me había enseñado muchas cosas, pero todo eso superaba con mucho mis capacidades, mi conocimiento y mi saber. Lo que hacía de mi padre una persona única capaz de conseguir un remedio para curar a Jules de su vampirismo. Si es que quería.

Cain

Yo amasaba nerviosa las reservas de sangre en la mano, pero me obligué a parar antes de que el paquete me reventara entre los dedos. Habían pasado cinco horas de la reunión con Grant y los

demás, y llevaba justo ese rato intentando reunir el valor para visitar a Jules.

Habían pasado dos días desde que Warden y yo lo habíamos encontrado en el laboratorio de James. Desde entonces no lo había vuelto a ver, aunque apenas podía pensar en otra cosa, pero también tenía miedo. No del propio Jules, pese a las heridas que me había infligido, sino de mis sentimientos y la nueva realidad.

«Mierda».

El aleteo nervioso que notaba en el pecho se acentuó. Presioné con la mano el punto bajo el cual mi corazón latía con fuerza y procuré calmarme para lograr el valor y el sosiego que fingía ante los demás. No quería que me excluyeran de nuevo por mis sentimientos a flor de piel como tras la desaparición de Jules. De hecho, me sorprendió que Grant nos dejara irnos de rositas a Warden y a mí. Puede que sintiera una gran compasión por nosotros y el destino que habían corrido personas a las que queríamos.

—Si esperas más, la sangre se pondrá rancia.

Me di la vuelta, asustada, y se me estuvo a punto de caer la reserva de sangre. No me había dado cuenta de que había alguien más.

—¡Wayne! Me has dado un buen susto.

Se disculpó con una sonrisa.

—Lo siento, no quería acercarme a hurtadillas. ¿Cómo estás?

Me encogí de hombros porque no sabía qué contestar.

—Me alegro de encontrarte aquí. Necesito disculparme contigo.

—¿Por qué?

—Por haberme rendido tan pronto con Jules —contestó, y se metió las manos en los bolsillos, cohibido—. Cuando Grant decidió que se suspendía la búsqueda, debería haber dicho algo. Sobre todo después del asunto de los Cazadores dados por muertos que quizás solo habían sido secuestrados.

Asentí con vaguedad porque no me había enterado mucho de todo eso. Warden me lo había contado un poco, pero durante las últimas semanas había estado demasiado ocupada con la búsqueda de Jules.

—¿Ya tenéis una pista de dónde pueden estar los Cazadores?

—No, por desgracia, no. Sinceramente, aún no sabemos qué relación hay entre todo esto.

—En cuanto vuelva la normalidad, estaré encantada de ir a patrullar y ayudar.

—¿Con Warden de compañero de lucha?

—Creo que es muy feliz siendo un solitario. —Sabía que a Warden le gustaba estar conmigo, pero tampoco quería obligarlo a nada. O albergar falsas esperanzas. De momento no habíamos hablado ni una palabra sobre nuestro futuro juntos.

—Sí, es feliz solo, pero no tanto como contigo. No creo que Eva vuelva al servicio. Cuando mencioné delante de Warden que tú y yo podríamos ser compañeros, no le gustó nada.

Sentí calor en el corazón.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Deberías preguntárselo, pero después de ver a Jules. —Wayne me recordó el motivo que me había llevado hasta allí. Cuando notó que bajaba la voz de nuevo, dio un paso hacia mí. Lucía una tierna sonrisa en los labios—. Sé que es duro, pero lo conseguirás.

—No quiero recordarlo como un monstruo.

—No será así, créeme. Puede que no sea lo mismo, pero sé lo que se siente. Tras el diagnóstico de cáncer intestinal, mi padre no volvió a ser el mismo, las últimas semanas de su vida fueron

muy duras. Ya no era el hombre que me había criado, y los recuerdos de su cuerpo debilitándose son dolorosos, pero no borran todos los bonitos. —Wayne había adoptado un tono reflexivo—. Le habría dado la espalda y habría dejado que pasara por todo él solo para no estropear mis bonitos recuerdos, pero me alegro de no haberlo hecho. Y estoy seguro de que te pasará lo mismo con Jules.

Sonreí.

—Gracias. —Aquellas palabras me ayudaron de verdad.

Luego Wayne se despidió de mí porque tenía una reunión con los Cazadores que iban a ocupar la cabaña del bosque; mi padre sería uno de ellos.

Cuando se fue, volví a respirar hondo y marqué el código que abría la puerta de las celdas de arresto. Comprobé aliviada que dentro el aire era limpio y olía a puro, no como en el calabozo donde había encontrado a Jules.

Me planté delante de su celda. Estaba sentado con las piernas cruzadas en su cama como si meditara, pero con esposas en las articulaciones de pies y manos. Contemplaba inmóvil la pared, aunque en la celda había un televisor y una estantería llena de libros. Había abandonado la forma de vampiro: las manos ya no eran garras, y los ojos habían recuperado su azul natural. Parecía casi el antiguo Jules, pero con ropa totalmente descolorida que el viejo Jules jamás se habría puesto.

Tragué saliva y me acerqué a la celda.

—Hola, Jules.

Ni se inmutó.

—Te he traído la cena. —Me puse en cuclillas y empujé la reserva de sangre por debajo de la reja, luego retrocedí dos pasos para que Jules no me pudiera agarrar desde su celda—. Antes he estado con tus padres, Grant y los demás en una reunión —le informé, sin saber qué más decir—. La doctora Kivela nos ha contado lo que te hizo James.

Yo observaba a Jules en tensión, pero él no reaccionaba a mis palabras, aunque estaba segura de que me oía y me entendía. Los vampiros eran bestias que seguían sus impulsos más primarios cuando tenían hambre, pero podían pensar como una persona. Los vampiros como Phineas eran la mejor prueba, pero, a diferencia de Jules, habían surgido por la vía natural.

Suspiré y me senté en el suelo, delante de la celda.

—Siento lo que te ha pasado —dije, hablando en un susurro, mientras jugueteaba nerviosa con los dedos—. Y no haber estado contigo patrullando aquella noche. No sé si mi presencia en lugar de la de Floyd habría cambiado algo, pero tengo la sensación de haberte fallado. —Me sorprendió lo bien que me sentó disculparme con Jules. Animada, seguí hablando—: Y también siento no haberte encontrado antes. No sé cuánto tiempo llevas así, pero a lo mejor habría podido evitarlo. Espero que puedas perdonarme y un día vuelvas a hablar conmigo, pero también lo entenderé si no quieres saber nada más de mí.

De pronto Jules se movió. Se levantó de la cama y me miró fijamente. Con la mirada clavada en mí, se acercó al borde de la celda. Justo delante de los barrotes se paró. Se agachó sin decir nada sobre la reserva de sangre. Los dedos de la mano derecha se transformaron en garras. Con una abrió el paquete y se lo llevó a la boca.

Se me revolvió el estómago. Sabía que bebía sangre, era un vampiro, pero verlo con mis propios ojos me recordaba que se había abalanzado sobre mí. Enseguida volví a notar el palpito de la herida en el cuello. Reprimí el impulso de tocármela y en cambio me agarré las rodillas.

Observé con falsa valentía cómo Jules se bebía la reserva de sangre. Tiró el paquete al cubo de

basura que había en un rincón y se lamió con la lengua los labios teñidos de rojo antes de volver a sentarse en la cama.

En ese momento habría dado cualquier cosa por saber qué le pasaba por dentro. ¿Se acordaba de mí? ¿O su pasado era un gran agujero negro como en el caso de James?

—Por cierto, le debes a Ella veinte libras —dije, y apoyé la barbilla en las rodillas—. Me contó lo de vuestra pequeña apuesta, y parece que por desgracia has perdido. Warden y yo nos hemos besado... De hecho, hemos hecho mucho más. —No había tenido mucho tiempo para pensar en lo que habíamos hecho—. Sé que durante los últimos años me he quejado mucho de él..., pero era más fácil juzgarlo por su actitud que intentar entenderlo. Ahora lo entiendo. Cuando te fuiste, no me quedó más remedio que infringir las reglas para encontrarte.

Jules seguía callado.

—Seguro que ahora estás pensando: pero, Cain, ¿qué pasa con el puesto de directora del cuartel? —imité su voz de sorpresa y me contesté a mí misma—. No lo sé. Pero si ese puesto requiere renunciar a mi mejor amigo y darle la espalda a Warden, no vale la pena. Además, seguro que aún me quedan veinte, treinta años para demostrar lo que valgo. ¡Y lo haré!

Jules miraba la pared, inmóvil. No sabía si me escuchaba, pero seguí hablando y le conté todo lo que había pasado en el cuartel. No sabía qué esperaba, pero me parecía lo correcto hacer partícipe a Jules de su vida anterior. Cuando por fin salí del calabozo, pensé en lo que Wayne había dicho, y en que jamás lamentaría esas dos horas que había pasado con Jules.

Warden

*E*l zumbido de la aguja de tatuar enmudeció cuando terminé de pincharme la última raya en la piel. Observé que el enrojecimiento se curaba en fracciones de segundo de manera que el tatuaje reciente de pronto parecía tener ya unos días.

Dejé la máquina a un lado con un suspiro y comprobé con decepción con una mirada al reloj que el dolor solo era una breve distracción. Pensé en volver a leer los viejos documentos de mi padre sobre su vacuna contra los vampiros, pero sabía que solo lo haría para aplazar la visita a mi madre. Nadie me obligaba a hablarle de papá, pero tenía que hacerlo. Se lo contaría todo; ocultarle semejante hecho no me parecía bien.

Me puse una camiseta limpia y me dirigí con el corazón en un puño a la enfermería.

En el cuartel reinaba un ambiente extraño, abatido, y notaba las miradas de los demás Cazadores clavadas en mí. Todos sabían en qué se había convertido mi padre y lo que habíamos vivido Cain y yo. Antes de que a alguien se le ocurriera darme palique, aceleré el paso con cuidado.

En la enfermería saludé al personal antes de atravesar las cortinas para ver a mi madre.

—Hola, mamá. —Me dejé caer en mi butaca y la observé. Tenía el rostro un poco más rosado de lo habitual, y le habían lavado el pelo—. Hoy estás guapa. —Le cogí la mano, que yacía pesada e inmóvil en la mía, y le acaricié con el pulgar el dorso. Rozaba distraído el punto donde antes llevaba la alianza que ahora estaba en el cajón de la mesita de noche junto a la cama.

Quería a mi padre con todo su corazón, y si algo positivo podía extraerse de su estado actual era la condición de que nunca tendría que enfrentarse a su muerte.

—He encontrado a papá —dije, con solo un hilo de voz y la vista clavada en su mano. Decirle esas palabras a ella era un poco más difícil que contarle a Grant, Lillian o Wayne mi encuentro con James—. Está vivo, por así decirlo, pero ya no es el mismo de antes. Ahora es uno de los de Isaac. —Miré a mi madre, que, como cabía esperar, no se movió. Parecía muy tranquila, pero yo no sentía calma—. Siempre pensé que me daría cierta paz descubrir lo que había pasado aquel día. Por qué había ocurrido..., pero creo que me equivocaba —confesé tanto a mi madre como a mí mismo—. Saber que Isaac había escogido a papá no cambia absolutamente nada. Tú sigues en coma, y papá... Mi deseo de ver sufrir a Isaac por lo que os ha hecho es más fuerte que nunca. Sé que la venganza es un sentimiento detestable, y estuve a punto de perder a Cain por eso, pero...

Paré cuando apareció un niño pequeño de la nada que sin duda no llegaba ni a los diez años y se sentó con toda naturalidad en la silla que quedaba libre al otro lado.

Tragué saliva.

—Por favor, dime que no has venido por ella.

—No, aún no le ha llegado la hora —contestó Kevin con una voz infantil que no cuadraba con la expresión consciente de sus ojos—. He venido a verte.

—Qué amable. —Pretendía sonar sarcástico, pero no fue así.

—Siento de verdad lo de tu padre.

Solté la mano de mi madre.

—¿Por qué no me dijiste que no estaba en el mundo de los espíritus?

—Porque no lo sabía. ¿Te haces una idea de cuántas personas mueren todos los días, todos los meses, todos los años? Me explotaría la cabeza si supiera cómo han acabado todas. Lo de Dominique pude decírtelo solo porque la estaba vigilando, pero cuando pasó lo de tu padre aún no nos conocíamos. De haber sabido que no había cruzado al otro mundo, te lo habría dicho.

Asentí. Por algún motivo le creí.

—Gracias, Kev.

—¿Para qué están los amigos? —Se reclinó en su silla—. ¿Quieres hablar del tema?

—¿De mi padre? —Lo negué con la cabeza.

—Entonces, ¿a lo mejor de la dulce Cazadora de Sangre?

—¿Cain?

—Sí, he visto que hay algo entre vosotros dos.

—No me digas que nos estabas observando mientras hacíamos el amor.

—¡Claro que no! Aunque no me creas, tengo algo parecido a la decencia.

—Con Cain va bien. —Aún no habíamos definido con mayor precisión qué había entre nosotros y si teníamos futuro, pero de momento disfrutaba de lo que teníamos.

Era el único rayo de luz esas semanas en las que se sucedían los incidentes oscuros. Primero lo de Dominique, luego la desaparición de Jules y... todo lo que siguió después.

—Hablando del rey de Roma —susurró Kevin antes de desaparecer de pronto un momento antes de que se abriera la cortina y Cain asomara la cabeza.

—Hola. ¿Molesto?

—No, pasa.

Entró en la habitación provisional y dudó un instante antes de acercarse a mí y sentarse en mi regazo.

La atraje hacia mí e inspiré su dulce aroma, que hizo que se disipara el olor químico de la enfermería. Era asombroso cómo Cain conseguía que cualquier momento fuera un poco más soportable.

Apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿De qué has hablado con ella?

—De mi padre. Le he contado que lo hemos encontrado y en qué se ha convertido.

Cain asintió.

—¿Y cómo estás?

—Bien.

Enarcó las cejas, dudosa.

—Por favor, sé sincero.

—De verdad que estoy bien —le aseguré—. Era duro tener que contárselo a mi madre, y al principio ha sido bastante impactante, pero es evidente que ya no queda nada de mi padre. El hombre al que conocí ha muerto. Después de tres años he asumido su muerte, por lo menos todo lo que es capaz de asumir una persona. Solo lamento lo que le ha hecho a Jules.

—Yo también.

Deseé poder eliminar el dolor de su voz.

—¿Ya has ido a verle?

Asintió.

—Ahora mismo. He estado dos horas contándole todo lo que se ha perdido durante las últimas semanas. Tampoco parecía muy interesado, por lo menos no ha reaccionado a nada de lo que le he dicho.

—Lo siento.

—Yo también. Pero no pierdo la esperanza.

—Si quieres mañana podemos visitar a Jules juntos —le ofrecí.

—Estaría bien. —Se arrimó a mí.

Le acaricié el pelo con ternura y durante un rato estuvimos así sentados, disfrutando del momento a solas. Era la primera vez en días que tenía la sensación de calmarme y no vivir con la constante preocupación de que viniera alguien con otra mala noticia.

—Warden...

La miré de reojo.

—¿Sí?

Apartó la cabeza de mi pecho para mirarme. La melena pelirroja le caía con ondas suaves sobre los hombros y no iba maquillada, aun así las pecas de la nariz seguían siendo solo sombras claras. En invierno siempre se le aclaraban un poco.

—¿Quieres volver a ser mi compañero de lucha?

No me lo esperaba.

—Sé que te has acostumbrado a salir de caza solo —continuó—. Y que tal vez creas que te reemplacé por Jules y ya está. Pero no es cierto, como tampoco estoy reemplazando a Jules ahora por ti. Los dos sois geniales e insustituibles, pero si quieres volver conmigo, para mí sería una alegría. Contigo es con quien más me divierto cazando monstruos.

Me temblaron las comisuras de los labios.

—También es muy divertido cazar monstruos contigo. Pero ya sabes que a partir de ahora intentaré seguir el rastro de Isaac, eso no ha cambiado.

—Lo sé, y te seguiré adonde nos lleve su rastro.

—Entonces volvemos a ser compañeros desde ahora mismo.

Cain asintió antes de lanzarse a mi cuello y darme un fuerte abrazo.

Le devolví el abrazo e intenté retener el momento. Jamás habría ni soñado con volver a ser su compañero. Al contrario, me había resignado a ir de aquí para allá solo el resto de mi vida. Pero ahora que la había recuperado, no iba a dejarla escapar jamás. Tampoco permitiría que nada ni nadie se interpusiera entre nosotros, ni las criaturas de la noche ni nuestros sentimientos confusos por no tener el valor de hablar.

De pronto se abrió la cortina que nos protegía de las miradas curiosas y Shaw asomó la cabeza.

Solté un bufido y dejé a Cain.

—¿En serio, otra vez? Tienes que trabajar esos tiempos, tío.

—¡Perdón! Finn ha preguntado si queríamos ir a comer algo todos juntos. Pero si preferís seguir metiéndoos mano, seguro que todos lo entenderán —dijo Shaw con una sonrisa divertida.

Solté un bufido y miré a Cain.

—¿Tú qué dices?

—Creo que a todos nos sentaría bien una pequeña pausa.

Cain

—¿Cómo ha pasado? Pensaba que os odiabais. —Finn miró perplejo primero a Warden, luego a mí—. De verdad que ya no entiendo el mundo. De repente Jules se ha convertido en vampiro artificialmente, James está vivo y lleva a cabo investigaciones para Isaac y vosotros volvéis a ser compañeros de lucha, ¡con derecho a roce! Probablemente luego me contaréis que Roxy ahora es vegana.

—Ah, ¿no lo sabías? Ahora solo como verdura cruda. Las zanahorias son las nuevas hamburguesas —dijo Roxy, torciendo el gesto como si padeciera dolor físico con solo mencionar su sagrada comida rápida, por no hablar de renunciar a ella de verdad—. Ya que hablamos de hamburguesas, ¿podemos pedir de una vez? —Buscó con la mirada una camarera.

Estábamos en el Espy, un restaurante acogedor en el paseo marítimo de Portobello. Con el murmullo del mar de fondo la comida estaba el doble de rica. Éramos un grupo bastante grande con Roxy, Shaw, Finn, Ella, Owen, Warden y yo, así que nos habían dado una mesa redonda desde donde se veía la playa y las olas. De hecho, se podrían haber visto si no estuviera tan oscuro.

Roxy le hizo un gesto a una camarera y pedimos la comida.

—Sigo sin tener respuesta —insistió Finn, y le dio un sorbo al agua gratuita que habían dejado en la mesa.

Miré a Warden, que estaba sentado a mi lado con una mano sobre mi rodilla. Por primera vez desde que habíamos encontrado a su padre parecía relajado de verdad. Yo no podía decir lo mismo, pero a lo mejor unos cuantos cócteles ayudarían.

—Después del funeral por Jules y Lloyd me fui a buscar a Jules porque no creía en su muerte. Warden me ayudó. Entonces nos dimos cuenta del buen equipo que hacemos, y nos desahogamos.

Finn enarcó las cejas, escéptico.

—¿Ya está?

—Más o menos.

—Pero ahora con sinceridad... —Shaw se inclinó sobre la mesa sin parar de mirarme a mí y a Warden—. ¿Quién besa mejor? ¿Cain o yo?

Yo levanté una ceja, molesta. No era la primera vez que Shaw hacía ese tipo de insinuaciones...

Warden resopló.

—Ya sabes la respuesta.

—Ya, yo, claro. —Se reclinó en su silla—. Me lo imaginaba. Lo siento, Cain —añadió, y me guiñó el ojo.

—¿Cuándo os habéis besado vosotros dos? —preguntó Owen, y bebió un sorbo de su cerveza.

Me alegré de que hubiera venido con nosotros. Las últimas veces lo había echado de menos en el grupo, y me gustaba ver que Ella y él por lo visto habían conseguido dejar a un lado sus desavenencias.

—En Londres. Pero solo por diversión, porque Shaw no tenía recuerdos y aún intentaba averiguar qué o quién le gustaba —aclaró Warden, y lanzó una mirada poco discreta a Roxy, que de pronto mostraba un increíble interés por su servilleta.

—¿Has averiguado algo de tu pasado durante las últimas semanas? —preguntó Ella.

Shaw se puso serio y sacudió la cabeza.

—Siento no haberte podido ayudar más.

—No pasa nada. Lo de la cafetería era una buena pista, pero, o bien eres la única que se fijó en mí allí, o me confundes con alguien que se parece mucho a mí.

Ella no contestó, pero el pequeño surco en la frente era una clara señal de que no creía que fuera una confusión. Yo tampoco. Tenía muy buena memoria para las caras, además de que gracias a su visión de almas también veía el aura de una persona y era capaz de asociar sus colores a la cara que le correspondía. Para ella las personas eran inconfundibles.

—¿No has preguntado en la universidad? —dijo Warden.

—Sí, tengo que ir, pero ya sabes que también tengo otras cosas que hacer.

Warden asintió.

Me interesaba saber cómo iba la caza con el Ghostvision, pero no hice la pregunta porque Owen y Ella no sabían nada de la delicada situación en la que se encontraba Roxy.

Miré a Finn.

—¿Ya sabéis cuánto tiempo os vais a quedar en Edimburgo?

—Solo unos días más.

—¿Luego adónde vais? —Era Ella la que preguntaba.

—Aún no lo sabemos —contestó Roxy con evasivas, y se encogió de hombros—. A lo mejor de vuelta a Londres, o puede que no.

La camarera volvió con nuestro pedido a la mesa. La comida tenía una pinta fantástica, y enseguida robé unas patatas fritas del plato de Warden. Había pedido una hamburguesa con queso y cuando ya le iba a dar el primer mordisco mi móvil me indicó que había recibido un mensaje nuevo. Solo podía ser del cuartel porque todos mis amigos estaban conmigo.

Tuve un mal presentimiento, fui a coger el bolso cuando de pronto también vibró el móvil de Warden, seguido del de Ella, Owen, y finalmente también el de Roxy y Finn.

—Pero ¿qué mierda...? —preguntó Shaw con la boca llena.

Nada más abrir el mensaje se me heló la sangre en las venas.

«¡EMERGENCIA! ¡Unos vampiros han atacado el cuartel!».

Warden

*E*n la calle delante del cementerio que llevaba a Calton Hill reinaba un silencio escalofriante. Por lo general rebosaba de turistas, pero ahora estaba vacío, casi como si intuyeran el peligro que acechaba bajo nuestros pies.

—¿Vais armados? —pregunté a los demás.

—Siempre —contestó Roxy, y tocó el amuleto azul de nivel cinco que se bamboleaba en el cuello y con el roce se iluminó, como si quisiera indicar que estaba listo para eliminar a unos cuantos vampiros.

Cain ya había sacado los kukris, Owen dos puños americanos con púas puntiagudas, y Shaw tenía una pistola en la mano. Ella llevaba su amuleto de nivel cuatro en forma de anillo en el dedo.

—Entonces, ¡vamos! —Salí dando zancadas por la puerta de hierro fundido, los pasos iban al ritmo del latido de mi corazón.

Cain estaba justo a mi lado, juntos entramos en el cementerio. Ella aseguró la izquierda y yo la derecha, antes de abrirnos camino tumba por tumba hasta la entrada para asegurarnos de que no hubiera vampiros ya allí al acecho.

—Mierda —exclamó Cain.

La puerta de piedra que protegía el ascensor estaba hecha pedazos. Delante yacía un chico joven, un Cazador al que a todas luces le habían roto la nuca. En lugar del ascensor que solía haber detrás de la roca, se abría un agujero. Desde el subsuelo llegaban ruidos amortiguados, gritos y llamadas de auxilio aisladas.

Cain marcó a toda prisa su código de seguridad para llamar el ascensor, pero no llegó. Lo volvió a intentar, con el mismo resultado.

—Parece que vamos a tener que bajar escalando.

Asentí y fui el primero en bajar al pozo. Había una escalera estrecha de metal que bajaba. Cada metro que bajábamos el olor a romero y sangre era más intenso. Me revolvía el estómago, pero las náuseas no eran nada comparadas con el deseo ardiente de hacer que los vampiros se arrepintieran de haber ido al cuartel.

Los últimos metros de la escalera los bajé de un salto hasta el techo del ascensor, que parecía haberse parado ahí. Cain estaba muy cerca detrás de mí, seguida de los demás. Veía mi propia determinación salvaje en sus rostros. Asentí, y Owen abrió la escotilla que había en el techo del ascensor.

—¡Oh, mierda! —dijo Shaw.

En el ascensor había una montaña de cadáveres. Vi a Florence y a Carl, dos Cazadores de Magia, y a la madre de Floyd, cuyo nombre había olvidado, pero la reconocí de su funeral. Los

ojos marrones inertes me miraban. Esa era la auténtica cara de los vampiros, su verdadera naturaleza. Por muy civilizados que se mostraran, por muy cultos que parecieran, en el fondo eran todos unos monstruos.

—Por favor, dime que no tenemos que entrar ahí —suplicó Ella.

Cain torció el gesto, y fue respuesta suficiente.

Me compadecí de ellos y fui el primero en entrar. Desde el borde de la escotilla me deslicé despacio, muy despacio, para aterrizar con la mayor suavidad posible sobre los cuerpos. Aun así, la carne blanda cedió bajo las botas.

«¡Joder!».

Bajé del montón con cuidado y aseguré la puerta. Vi muertos por todas partes. Lo único que me tranquilizó y me dio esperanza fue que debajo de los cadáveres de Cazadores y archivistas había como mínimo el doble de vampiros. Me llegó a los oídos el tintineo de las armas y el ruido de puñetazos sordos, me temblaban los músculos ante la expectativa de la lucha.

Ayudé a Cain, Ella y Roxy a llegar hasta mí, luego las siguieron Owen, Shaw y Finn. Seguro que Finn se arrepentía de no haber alargado un poco más las vacaciones familiares, pero yo me alegraba de que no lo hubiera hecho. Era un Cazador de lo Sinistro muy bueno y, tal y como pintaba la situación, nos sería de gran ayuda.

—Primero tenemos que ir a la armería —dijo Cain.

Nadie puso objeciones.

Al parecer las peleas habían terminado en ese nivel del cuartel porque llegamos a la armería sin hacer paradas. La habían saqueado bastante, solo esperaba que se hubieran abastecido los demás Cazadores y no los vampiros. Fuimos pitando a arrasarlo con lo que quedaba. Yo cogí dos machetes, Shaw una escopeta antigua de una de las vitrinas. Cain se proveyó de más cuchillos y nos dio a todos spray de pimienta y gas lacrimógeno.

Luego fuimos todos juntos a ver dónde necesitaban nuestra ayuda.

La puerta de la escalera estaba obstruida por un vampiro acribillado a tiros. Los gritos y alaridos sonaban ahí más fuertes, igual que los rugidos y siseos de los vampiros.

Llegamos a la segunda planta, donde, entre otras cosas, estaban la cafetería y las salas comunes. Ahí también se había desatado el caos y la destrucción. Las puertas colgaban de las bisagras y las mesas estaban volcadas, de algún sitio salía música alta de un equipo de música que, junto con los ruidos de la lucha, se fundía en una horrenda cacofonía de fondo.

Seguimos con sigilo por el pasillo hacia los tumultos cuando de repente saltó un vampiro de una de las salas. Tenía la boca manchada de sangre. Dio un salto hacia nuestro grupo, pero no tenía nada que hacer contra Cain y yo, que íbamos a la cabeza. En cuestión de segundos su cuerpo se desplomó en el suelo entre nosotros. Sin embargo, su muerte no fue una satisfacción para mí. No daba la sensación de victoria, sino de ser solo el principio.

Seguimos andando y vimos a dos archivistas muertos con las armas aún en la mano que no habían conseguido acabar con los vampiros. Sacamos un puñal, tal vez luego nos salvaría la vida.

De pronto Ella gritó por detrás.

—¡Dios mío!

Agarré el machete con más fuerza, alarmado, cuando pasó corriendo por mi lado hacia un cuerpo que yacía en medio del pasillo. Tardé un momento en comprender que era Wayne el que estaba ahí tirado en un charco de su propia sangre. Unos rasguños profundos le atravesaban el rostro, de una palidez espectral, y en el muslo se le abría una gran herida en la carne. La pierna estaba torcida de una manera que no había visto nunca. ¿Seguía formando parte de su cuerpo?

Ella se había arrodillado delante de él y le tocaba el hombro.

—¡Wayne!

Contuve la respiración.

—¡Wayne, despierta!

Se movió. Pasados unos segundos abrió un ojo con un gemido, el otro lo tenía morado e hinchado. Era una herida que en el caso de un Cazador de Sangre debería curarse de inmediato, pero cuando se juntaban demasiadas heridas peligrosas para la vida nuestra capacidad de sanación se ralentizaba.

—Wayne —repitió Ella, y le envolvió la cara en las manos—. ¿Me oyes?

—Sí —dijo él con voz ronca. El tono era débil, tenía la voz rota, casi irreconocible. Le temblaban los párpados, como si estuviera a punto de quedarse otra vez inconsciente.

—¡Sigue despierto! Voy a sacarte de aquí. —Ella le puso un brazo debajo de los hombros. Le temblaban las manos. Me dolía en el alma ver cómo intentaba levantarlo, pero no tenía fuerza suficiente y él solo era un pedazo de carne inerte en sus manos. Y eso que ni siquiera estábamos seguros de si lo que pretendía saldría bien o sería solo un suplicio innecesario para él.

—¡Owen, ayúdame! —A Ella le caían lágrimas por la cara, y yo también sentí la presión en los ojos cada vez mayor y la opresión en el pecho más intensa.

Owen dio un paso adelante, con la mandíbula tensa, y levantó a Wayne del suelo con un solo movimiento rápido como si fuera un niño y no un Cazador de metro noventa bien musculado.

—Vamos a sacarlo y luego volvemos —dijo Owen, y cuando estaba a punto de darse la vuelta Wayne volvió a moverse en sus brazos. Se le separaron los labios y le vi sangre en los dientes. No era buena señal.

—Iiiiiisaaaa.

Me acerqué a él.

—¿Qué has dicho?

Tragó saliva.

—I... Isaac.

—¿Isaac?

Wayne asintió, fue un gesto apenas perceptible con la cabeza.

—Aquí.

Me quedé helado.

—¿Isaac está aquí?

Volvió a asentir.

—Tenemos que irnos ya —les apremió Ella.

Miré un momento a Ella, Owen y Wayne, luego me di la vuelta hacia los demás. Cain no lloraba, pero le vi brillar las lágrimas en los ojos y, a diferencia de las de Ella, no eran de tristeza y miedo, sino de rabia.

—Debe de estar aquí por Jules —dijo.

Asentí. Cualquier otra cosa sería demasiada casualidad. Quería recuperar al vampiro creado artificialmente que le habíamos quitado de su laboratorio.

—En ese caso —intervino Finn—, sería mejor bajar. Tarde o temprano Isaac bajará a las celdas a buscar a Jules.

Nadie le llevó la contraria en el grupo, así que nos pusimos en marcha de nuevo y volvimos andando a la escalera. Subidos los peldaños a toda prisa, pasamos de largo la tercera planta hasta llegar a la cuatro cuando de pronto se oyó un chillido agudo y un intenso llanto.

Cain se había parado tan en seco que Shaw estuvo a punto de arrollarla. Me miró presa del pánico.

—¡Son los niños! ¡Tenemos que ayudarles!

Sin dudar salimos corriendo de la escalera a las habitaciones.

Allí la pelea estaba en pleno apogeo. Vimos a varios Cazadores luchando contra vampiros en los sitios más variados de los pasillos y habitaciones. Seguimos los gritos infantiles. Por lo visto alguien había intentado ponerlos a salvo en una de las habitaciones, pero los vampiros los habían encontrado.

Había por lo menos una docena que intentaban romper una barrera de seis Cazadores adultos para llegar a los niños. Entre ellos estaba Xavier, el jefe de los Cazadores de Sangre, y Ronja, una Cazadora de lo Siniestro que intentaba a la desesperada proteger a sus hijos. Le caía sangre de la frente, y tenía el vestido desgarrado en muchos puntos, como si ya hubiera caído en las garras de los vampiros. Los niños se cogían unos a otros detrás de ellos y lloraban muertos de miedo.

—Tenemos que ayudarles —dijo Cain, pero Roxy la retuvo con un gesto del brazo y dio un paso adelante.

Había tocado el amuleto y el aire se llenó del crepitar de la magia, cuyos hilos azules se le enredaban en los dedos.

—Finn, Shaw y yo nos encargamos, vosotros id a buscar a Jules e Isaac. No pueden escapar.

Cain dudó.

—¿Estáis seguros?

Finn esbozó una sonrisa triste.

—Lo conseguiremos. Y en cuanto acabemos, iremos a ayudarlos con Isaac.

—Cuidaos —dije, antes de que Cain pudiera decir nada más, no teníamos tiempo de discutir. La cogí de la mano y volví con ella hacia la escalera mientras los otros tres se lanzaban a luchar contra los vampiros.

En la quinta planta olía a humo. Unas nubes oscuras salían de la dirección donde estaba el despacho de Grant, sobre el pasillo. Ahí abajo el miedo parecía aún más denso que en los niveles superiores porque allí estaba la enfermería con los heridos, y también los archivistas, los menos formados para la lucha.

Cain y yo avanzamos con sigilo y de camino a las celdas de arresto fuimos asegurando una celda tras otra. Tenía tensos todos los músculos de mi cuerpo, y oí el susurro de la sangre en mis oídos.

Cuando iba a girar por otro pasillo apareció Alessandra atolondrada, seguida de cerca por un vampiro. Al vernos estuvo a punto de tropezar, pero luego aceleró el paso y fue directa a nosotros.

—¡Ayuda!

Cain echó a correr y se metió entre Alessandra y el vampiro. Él intentó agarrarla, pero Cain lo cogió del brazo y se lo retorció con todas sus fuerzas. El vampiro gritó y se volvió hacia ella, pero le paró el puño. Los dos estuvieron bailando en un torrente de golpes y puñaladas hasta que Cain consiguió atravesarle el corazón con la hoja de uno de sus kukris. El vampiro se desplomó en el suelo.

Cain se volvió jadeando hacia mí y Alessandra, que estaba escondida en mi espalda.

—¿Estás herida?

La ayudante de Grant lo negó con la cabeza. Tenía el pelo alborotado, pero salvo por un

rasguño en el cuello parecía ilesa. Puede que hubiera sobrevivido tanto tiempo porque los vampiros habían tardado un rato en llegar tan al fondo del cuartel.

—¿Dónde está Grant?

—Está con los Cazadores que escogió Wayne para ir a la cabaña de James.

Vi el alivio en la cara de Cain cuando comprendió que por lo menos su padre, que se había presentado voluntario para la misión, estaba a salvo. Seguro que su madre también estaba bien. Lillian, junto con Cain, era una de las Cazadoras de Sangre de mayor talento que conocía.

Acompañamos a Alessandra a la escalera porque los ascensores de todo el cuartel estaban parados, y la enviamos a la planta superior, desde donde esperábamos que pudiera huir al aire libre sin problema. Puede que se cruzara con Ella y Owen, que podían ayudarla, pero Cain y yo teníamos que ocuparnos de Isaac.

—¿Preparada?

Cain asintió.

—Puede que las cosas se pongan muy feas...

—Muy feas —confirmé.

Nos abrimos paso de nuevo hasta las celdas porque era el único indicio que teníamos, siempre y cuando Isaac y Jules siguieran en el cuartel y no llegáramos tarde.

—¡No vas a pasar de aquí! —oí gritar a una mujer.

Reconocí la voz de la doctora Kivela poco antes de ver a la médica en el pasillo que llevaba a la enfermería. Parecía agotada, pero estaba con las piernas abiertas en la entrada. La puerta de cristal estaba reventada y los añicos la rodeaban. Tenía una espada en las manos que parecía completamente fuera de lugar con esos dedos finos y delicados, y amenazaba con ella a un vampiro. El monstruo estaba de espaldas a mí, pero en cuanto le vi el muñón en el brazo supe quién era.

—Déjame pasar —masculló mi padre, que la amenazaba con la garra que le quedaba en alto.

—No, no puedes ir a verla.

«Verla». A mi madre.

—Puedo, y voy a hacerlo. ¡Es mía!

Mi padre se abalanzó sobre la doctora Kivela de un salto. Ocurrió tan rápido que Cain y yo no tuvimos tiempo de reaccionar. La tiró al suelo y la mordió en el cuello. Se le resbaló la espada de la mano sin haber ni rozado a mi padre. Al cabo de un instante la médica estaba muerta y su cuerpo inerte yacía sobre un montón de cristales.

Mi padre se incorporó. Se limpió la sangre de las comisuras de los labios y pasó por al lado de la doctora Kivela hacia la enfermería.

—¡Mi madre! Tenemos que protegerla. —Mi propia voz me sonó extrañamente apática. Durante todos esos años mi mayor deseo había sido matar a Isaac, y ahora tenía la oportunidad. Pero ninguna venganza en este mundo valía la vida de mi madre. Tenía que detener a mi padre.

Cain asintió y en ese preciso instante se oyó un fuerte chillido como si fuera una sierra de cadena. Procedía de las celdas de arresto.

«¡Mierda!».

—Cain...

Clavó su mirada en mí, y el dilema que vi en sus ojos estuvo a punto de partirme el corazón. Podía acompañarme y juntos proteger a mi madre, pero entonces seguramente Isaac lograría escapar.

—Warden..., tengo que ir a buscar a Jules.

—No deberías ir sola...

—Warden —me interrumpió—, confía en mí. Lo retendré hasta que tú, Finn y los demás lleguéis. Lo conseguiré, no te preocupes.

La miré fijamente y su actitud decidida me dijo todo lo que necesitaba saber. Me incliné hacia ella y le di un beso, solo por si uno de los dos no volvía.

—Te quiero, Cain.

Sonrió.

—Yo también, así que haz el favor de cuidarte.

Cain

Seguí a Warden con la mirada, pero solo un breve instante hasta que me di la vuelta antes de que me asaltaran las dudas. Me aferré a mis cuchillos y salí corriendo hacia las celdas de arresto y el ruido de sierra, procurando hacer caso omiso de las peleas, la sangre y el sufrimiento que me rodeaban, aunque fuera casi imposible. Nunca había vivido algo así. Isaac debía de haber atacado nuestro cuartel con como mínimo cien vampiros. No entendía cómo lo había encontrado y había logrado acceder, pero en ese momento no iba a resolver ese misterio. Primero necesitaba encontrar a Jules.

Ya de lejos vi que la puerta de acero que daba a las celdas estaba arrancada de las bisagras. ¡Ojalá no fuera demasiado tarde! Salté en plancha por encima de un vampiro muerto que estaba en medio del pasillo, y bajé el ritmo a regañadientes para hacerme una idea general. Me acerqué con cautela a las celdas. Había demasiado ruido alrededor y el hedor a romero era demasiado penetrante para decir si había alguien en las celdas, así que no me quedó más remedio que comprobarlo yo misma.

Con el pulso acelerado me escondí tras una pared y me dirigí a la celda de Jules. Enseguida lo vi. Estaba libre. Alguien había serrado cuatro barrotes de la reja y estaba a punto de meterse por el agujero que había quedado. Pero no estaba solo: en el pasillo, delante de él, había otro vampiro con una sierra que parecía robusta, además de Isaac. Hasta ahora solo lo había visto en fotografías antiguas y en las imágenes granuladas de las cámaras de vigilancia delante de la casa de Warden, pero estaba segura: era él.

Su rostro joven ocultaba que ya tenía siglos, tal vez incluso milenios de vida. Llevaba un traje, el pelo negro y espeso le caía sobre los hombros. Me lo imaginaba más alto y musculado, pero no iba a cometer el error de subestimarle. Incluso de lejos percibía las ondas de poder que emanaba. Tenía algo atractivo, casi hipnótico, de tan grande como era su poder y tan fascinante su presencia.

—Hola, Julius —oí que decía Isaac. Su voz era aterciopelada y suave.

Jules hizo un amago de reverencia.

—Hola, mi rey.

A Isaac se le dibujó una sonrisa en los labios y, sin necesidad de ordenar nada, el otro vampiro dejó la sierra a un lado y fue hacia mí, dispuesto a despejar el camino a base de lucha hasta que Isaac y Jules salieran del cuartel.

Mierda, no tenía tiempo de esperar a Finn y los demás. Me aferré a mis kukris y salí de mi escondrijo mientras una voz tenue en mi cabeza preguntaba si me había vuelto loca para enfrentarme sola al rey de los vampiros.

—Cain Blackwood. —Isaac me llamó por mi nombre, como si saludara a una buena amiga.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Parecía relajado y sublime, como si estuviéramos en la ópera y no en medio de un infierno de sufrimiento, desesperación y rabia. ¿Cómo sabía quién era yo?

—No puedo dejaros marchar —dije con firmeza, aunque me temblaban las rodillas.

—No creo que tengas elección.

—¡Jules se queda aquí!

Isaac suspiró.

—Apártate de nuestro camino y a lo mejor te dejo vivir.

Me quedé en mi sitio. La muerte no me daba miedo, y así por lo menos tenía una oportunidad, o de eso intentaba convencerme. Hasta entonces nadie había conseguido matar a Isaac. Pero ¿cómo iban a hacerlo, si ese desgraciado se pasaba todo el tiempo escondido en algún sitio? Tal vez ni siquiera era tan fuerte como nos quería hacer creer a todos, y en realidad era un cobarde débil que justo por eso siempre se escondía en algún sitio.

Isaac soltó un suspiro.

—Está bien, tú lo has querido. Arol, encárgate de ella —ordenó, inexpresivo, como si no fuera ni una amenaza ni un obstáculo, solo una pesada molestia que eliminar lo antes posible.

El vampiro fornido de la sierra se acercó a mí. Lucía una sonrisa horripilante en el rostro que le daba un aire aún más terrible a su cara. Como si se alegrara de hacerme pedazos.

Paré el primer golpe, pero el segundo me dio con fuerza en el costado. Me encorvé con un gemido, pero lidié con el dolor y cogí el kukri. Vi por el rabillo del ojo que Jules e Isaac pasaban por nuestro lado, pero Arol me impedía seguirlos.

Saltaba a la vista por qué Isaac lo había escogido de guardaespaldas. Además de ser físicamente como una pared, se comportaba como una pura máquina de matar. Los golpes eran implacables. A cada golpe le seguía otro de inmediato, de manera que no me quedaba espacio para atacar, estaba demasiado ocupada en esquivar sus golpes. Además, tenía un alcance considerable gracias a su impresionante altura.

La siguiente patada que no logré esquivar lo bastante rápido me dio en la barriga con toda su furia. Salí disparada contra la pared, y en el estómago me explotó un dolor que no había experimentado jamás y que me dejó sin aire. Se me saltaban las lágrimas. Cuando quise levantarme, Arol me agarró. Pataleé mientras me sujetaba, pero no sirvió de nada. Me levantó en el aire sin esfuerzo y me arrojó al otro lado de la sala. Caí al suelo con un gran estruendo.

Tenía la sensación de que se me iba a romper la espalda, y de no poder respirar. Intenté tomar aire, presa del pánico, y procuré calmarme. Si me rendía ahora, se había acabado, y quizás no solo en mi caso. Pensé en Warden, que estaba luchando con su padre, en Roxy, Shaw y Finn, que protegían a los niños, y en Ella y Owen, que con suerte habían conseguido poner a salvo a Wayne y ya iban a mi encuentro para ayudarme.

Pensar en mis amigos me dio fuerzas para volver a ponerme en pie. Como había perdido el kukri, saqué la pistola y apreté el gatillo.

Las balas hicieron retroceder el cuerpo de Arol, pero no soltó ni un solo ruido. Solo la contracción de los músculos de la cara me decía que sentía algo.

Le apunté a la cabeza, pero me temblaba tanto la mano por el dolor que la bala solo le rozó la mejilla. El cargador se vació antes de lo que habría querido, y me atacó de nuevo.

Me tiré al suelo y di una voltereta. Cogí una barra metálica de las que había serrado de la celda y me abalancé sobre él. Le di en el cráneo, y por lo menos le arranqué un bufido al vampiro.

Cogí impulso de nuevo con la barra, pero esta vez Arol la paró y me la arrancó de la mano con un gesto potente. Antes de que me diera cuenta, volvía a estar a mi lado. Me agarró de la garganta y apretó. Intenté apartarlo con la respiración ronca, pero era demasiado alto y casi no le llegaba al cuerpo. Sin embargo, aún no estaba dispuesto a zanjar el asunto y acabar conmigo. En vez de estrangularme sin más, me arrojó con toda su rabia contra una de las celdas.

Sentí un cosquilleo en el cuerpo, que intentaba sanar las numerosas contusiones, pero no era tan fácil que te zarandearan como a una muñeca por muy Cazadora de Sangre que fuera. Tenía la cabeza como un bombo, me dolían todas las extremidades; además, estaba segura de que la patada en el estómago también me había provocado algunas heridas internas. Debía aceptar que no podía ganar esa pelea, por lo menos no así. Arol era demasiado fuerte.

Me quedé tumbada en el suelo, inmóvil. Oí que se acercaban sus pasos. Con cuidado de que no viera el movimiento, busqué a tientas el espray de pimienta en el cinturón.

El vampiro se paró a mi lado, me agarró del brazo y me puso en pie. Me miró a la cara con una sonrisa maliciosa.

Saqué el espray de pimienta y le rocié una buena cantidad en los ojos.

Arol gritó y me soltó. Furioso, intentó agarrarme, pero estaba ciego y yo era rápida. Saqué el puñal que le había quitado al archivista muerto de la bota y me abalancé sobre él. Llegó a tocarme, pero demasiado tarde porque en ese mismo momento cogí impulso y le clavé el cuchillo en el corazón.

Caímos juntos al suelo. Se le quedaron los brazos dormidos, desapareció el espíritu combativo y pude librarme de él.

«Joder».

Me di a mí y a mi cuerpo tres segundos para recuperar el aliento. Luego me incorporé como pude, recogí los kukris, que estaban un poco más allá en el pasillo, y salí corriendo. No sabía si conseguiría atrapar a Jules e Isaac, pero por lo menos tenía que intentarlo.

Me costaba respirar. Me ardía la garganta y me dolían los huesos, pero no me detuve y corrí hacia la escalera. Subí los escalones de dos en dos.

Casi había llegado a la segunda planta cuando vi una silueta vestida de negro que se retorció en el suelo, pero en apariencia seguía viva. Ralentiqué el paso. Sabía que tenía que perseguir a Isaac y Jules, pero no podía pasar sin más del Cazador herido. Cuando me arrodillé a su lado, vi que era Holden, el hermano mellizo de Harper. Tenía la cara muy desfigurada, llena de arañazos, hematomas e hinchazones. Apenas se movía, pero los sonidos que emitía eran fruto de dolores intensos.

Cuando cruzó la mirada conmigo, vi el puro pánico en sus ojos.

—Jules...

Abrí los ojos como platos.

—¿Lo has visto?

Desvió la mirada hacia la puerta abierta que daba a la segunda planta.

—Harper... Tú... ayudar.

Sus palabras no eran más que graznidos roncacos, pero logré entenderle. Se me heló la sangre en las venas cuando entendí lo que significaban. Harper estaba luchando contra Jules. Iba a matarlo.

«Si no la elimina él primero».

—Yo me encargo —le prometí a Holden, después de ponerlo rápidamente en la postura de recuperación. Luego salí corriendo otra vez.

Aún estaba más preocupada por Jules que antes, pero ahora también sentía miedo por Harper.

No me caía bien, pero no por eso quería verla muerta, ni mucho menos.

Busqué aterrada en la segunda planta hasta que oí la voz de Harper.

—¿Por qué le haces caso?

Las voces procedían de la cafetería. Corrí hacia allí y entré resbalando en la sala justo cuando Harper se abalanzaba sobre Jules con su catana. Isaac estaba tan tranquilo a unos metros, entre mesas y sillas volcadas, contemplando el espectáculo con una sonrisa de satisfacción sin mover un dedo. Tenía los cadáveres de dos Cazadores a sus pies, y el sofá que tenía detrás estaba rasgado, así que el relleno blando sobresalía como si fueran vísceras de un cuerpo.

Observé a Harper y Jules consternada. Mi excompañero de lucha había mutado del todo a vampiro, con los ojos rojos, las venas negras y las garras afiladas. Saltaba a la vista que Harper era buena con su arma, pero aun así Jules conseguía esquivar con destreza todas sus maniobras. Como si conociera la secuencia de movimientos y su naturaleza. Sin embargo, Harper no se desanimó, tomaba impulso una y otra vez hacia Jules. Contuve la respiración cuando dejó caer la hoja de nuevo sobre él, pero él paró la cuchilla letal con la garra como si fuera un juguete.

¿Cómo podía ser? Veía que le goteaba sangre del puño, aunque en realidad debería haberle cortado todos los dedos. Harper intentó arrebatarse la espada a Jules, pero él la agarró firmemente. Tiró de ella con fuerza y, si Harper no la hubiera soltado, le habría dado justo en el brazo. Ahora ella estaba delante de él, desarmada.

«¡Madre mía!».

Sin pensarlo, me puse en marcha, corrí hacia Harper y me coloqué a su lado con el kukri en alto para defenderla.

—Lárgate —le murmuré—. Yo arreglo esto. ¡Pon a Holden a salvo!

Oí los jadeos de Harper, y luego que salía corriendo.

Tenía la mirada clavada en Jules, que seguía ahí, dispuesto a luchar, como si solo esperara una orden de Isaac, que observaba el espectáculo con una fascinación displicente.

—Veo que has conseguido escapar de Arol. Enhorabuena. Pero eso no te salvará la vida —dijo Isaac. Parecía disfrutar demasiado con la situación—. No me dejas elección: Julius, máatala.

Warden

«Yo también».

Las palabras de Cain aún resonaban en mis oídos y me dieron el empuje y la determinación que necesitaba para poner fin rápido al asunto de mi padre. ¿No había provocado ya suficiente daño con su investigación para Isaac? ¿Encima tenía que ir allí y destruir el resto de mi vida? Después de ese día, el cuartel jamás volvería a ser el mismo.

Seguí a mi padre a la enfermería. Las esquirlas de la puerta rota crujían bajo mis pies. La unidad estaba desierta, como si todos hubieran huido. Solo se había quedado la doctora Kivela, y ni siquiera había tenido ocasión de agradecerle que intentara proteger a mi madre.

Seguí a mi padre con el corazón desbocado, él se acercó a la cortina tras la cual estaba mi madre. Aún le goteaba la sangre de la doctora Kivela de la garra. En ese momento me arrepentí de corazón de no haberlo matado cuando tuve ocasión en el laboratorio. Me permití ver a mi padre en ese vampiro, y ese breve instante de sentimentalismo ahora lo pagábamos caro. Esa criatura ya no tenía nada en común con mi padre. A James Prinslo le caía bien la doctora Kivela, y también todos los Cazadores que el vampiro en el que se había convertido hacía que sus congéneres mataran de forma tan despiadada.

—¡Eh! —rugí.

Mi padre..., no, James se volvió hacia mí. Los ojos le brillaban, rojos, tenía la barbilla y todo el cuello manchados de sangre.

—¡Lárgate!

—Ni hablar, no te la vas a llevar.

—No eres capaz de matarme.

—Y tanto que sí. —Apreté con más fuerza la empuñadura de los machetes.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué no lo hiciste hace tiempo?

—Porque no había entendido lo que eres en realidad: ¡un monstruo!

James esbozó una sonrisa burlona que dejó al descubierto los colmillos.

—Bueno, si crees que puedes ganarme sin tu amiguita, inténtalo.

No hubo dudas. Ni interrupciones. Ni cuestionamientos. Me abalancé sobre él, con los cuchillos en alto para cortarle la cabeza. Tenía que ser así.

James esquivó mis machetes muy bien. Era muy rápido, pero no más que yo. Me di la vuelta y rocé con los machetes el brazo con el muñón al final.

Enseñó los dientes.

—¿Esto es todo lo que sabes? —Se abalanzó sobre mí y me derribó al suelo con todas sus fuerzas, y nos llevamos uno de los carros metálicos que había por ahí. Esparadrapo, vendas, cánulas y otros utensilios médicos se esparcieron por el suelo.

La furia del impacto me exprimió el oxígeno de los pulmones, y un dolor desgarrador me subió por la espina dorsal. Intenté tomar aire.

—Ya te he dicho que no puedes ganar —masculló James, que ahora estaba sentado encima de mí. Me puso una mano en la garganta y apretó sin piedad, igual que unos días antes en el laboratorio.

Sin embargo, esta vez estaba preparado. Lo agarré del brazo con ambas manos y aparté los dedos de mi cuello. Las garras me arañaron la piel, pero me daba igual. Apreté los dientes y luché contra su fuerza y mi dolor.

La mano de James me soltó la garganta. Sonreí, le agarré una pierna con la mía y nos di la vuelta como ya había hecho en el laboratorio. Ahora estaba yo sentado encima de él, mirándolo desde arriba. Su rostro era un reflejo del mío veinte años después.

—Siento que tenga que acabar así —dije, y saqué uno de los puñales.

James sonrió.

—Yo también.

Me clavó una jeringuilla en el cuello con toda la rabia. Debía de haberse caído en el pequeño cubo de basura que habíamos volcado junto con el carro metálico.

Solté un grito, y durante dos o tres segundos el dolor se apoderó de mí por completo.

James me apartó de un empujón y se levantó con agilidad de un salto.

Me saqué la jeringuilla, que por suerte estaba vacía, y cuando quise agarrar a mi padre ya era demasiado tarde, se me había escapado y había abierto las cortinas. Ahora estaba con un machete en la mano sobre mi madre, que no se había enterado del caos y la violencia que se desataba a su alrededor.

Di un paso adelante.

—¡Para! —rugió James.

Me quedé petrificado.

—Si te acercas más, la mato.

Se me revolvió el estómago.

—¿Qué quieres?

—¡Quiero que te largues!

Vi movimiento por el rabillo del ojo. La doctora Kivela. Pero no, no era la médica la que estaba sentada a unos metros en una de las camillas, sino Kevin que había copiado su figura. Lo supe por el brillo de sus ojos, además de porque la verdadera doctora Kivela estaba muerta.

Volví a sentir náuseas, aunque muy distintas. El hecho de que Kevin estuviera allí solo podía significar una cosa: o me había llegado la hora a mí o a mi madre.

—Lárgate, Warden —me advirtió de nuevo James.

—No puedo.

—Entonces tendré que matar a Emma... —Alcé mi machete.

—¡No! —Di un paso adelante, pero enseguida me detuve de nuevo—. ¡No lo hagas!

—Entonces lárgate de aquí.

No sabía qué hacer. Si me quedaba, James mataría a mi madre, y si me iba cabía la posibilidad muy real de que lo hiciera igualmente. ¿Qué otra cosa iba a querer de ella? Estaba en coma y era una Cazadora de Sangre, no cabía la opción de transformarla para pasar con ella la eternidad.

Miré a Kevin, asustado, busqué su mirada. Sabía que como mensajero de la muerte tenía la obligación de mantenerse neutral, pero como amigo mío tenía que haber algo que pudiera hacer con todo su poder. De pronto noté la garganta muy seca.

Kevin desvió la mirada hacia James y luego hacia mí.

—Por favor —supliqué con voz tenue.

Suspiró.

—Está bien, pero solo esta vez...

La doctora Kivela se desvaneció en el aire y un segundo después mi madre levantó una mano con brusquedad y agarró a James de la garganta. Dejó caer el machete del susto, intentó retroceder, pero no lo consiguió: a todas luces mi madre era demasiado fuerte para él. Con la mano que le quedaba libre se arrancó las cánulas y tubitos que llevaba en el cuerpo y luego se levantó de un salto por el borde de la cama.

Observé anonadado lo que sucedía, que suscitaba un dilema entre mi corazón y mi mente. Meforcé a recordar que no era mi madre la que controlaba ese cuerpo, sino Kevin, que lo había poseído un rato para ayudarme.

Arrojó a James contra la pared. Él intentó con todas sus fuerzas quitarse la mano del cuello, pero no lo consiguió. De todos modos, tampoco podía asfixiarse porque los vampiros solo respiraban por costumbre y no porque necesitaran el oxígeno.

—Warden —me advirtió Kevin, y oír la voz de mi madre por un momento me dejó más fuera de juego que ver que su cuerpo volvía a moverse después de tanto tiempo.

Me sacudí el estupor y me puse en marcha. Notaba el corazón en la garganta. Cogí mi machete y fui hacia James. Se retorció, pero no servía de nada, y vi que con cada paso el miedo iba en aumento en sus ojos.

Intentó mover la cabeza, sacudirla.

—¡Warden, no! ¡No tienes por qué hacerlo!

—Claro que sí. Kevin, suéltalo.

Me hizo caso.

En ese preciso instante saqué el machete, apunté al cuello de James y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, le separé la cabeza del tronco.

Un golpe, y se acabó. Su cuerpo se deslizó por la pared al mismo tiempo que mi machete caía al suelo con un tintineo. Entorné los ojos y respiré hondo mientras intentaba convencerme de que no acababa de matar a mi padre, sino a una bestia que tenía su cara.

—A lo mejor debería ser Cazador —dijo Kevin con la voz de mi madre—. Es muy divertido.

Abrí los ojos y lo miré incrédulo.

—¿A eso lo llamas divertido?

—Bueno, sí, puede que mi definición de divertido sea distinta a la de la mayoría.

—Ya —gruñí, y miré a mi madre.

Sabía que era Kevin el que tenía delante, era evidente, pero aun así tenía una sensación rara en el corazón al verla tan viva. Antes de que me diera cuenta, me atrajo hacia sí y me dio un fuerte abrazo. Hundí la cara en su pelo y me permití por un momento imaginar que no era Kevin el que se escondía en ese cuerpo, sino mi madre. De hecho, ella también lo hizo, estaba en silencio, pero su alma seguía allí, porque Kevin me había ayudado a salvarla.

—Oh, yo también te quiero.

—No lo estropees —dije entre dientes, y abracé a mi madre con fuerza por última vez porque no sabía cuándo iba a tener la oportunidad de hacerlo, si es que la llegaba a tener. Luego la solté.

Kevin me miró.

—Siento que hayas tenido que matar a tu padre.

—No pasa nada. Ese vampiro... no era mi padre. Él jamás le habría hecho daño a mi madre.

—Aún no podía creer que hubiera estado a punto de perderla—. Los mensajeros de la muerte sí que sabéis.

Sonrió.

—Gracias, pero ahora será mejor que me vaya. Nos vemos.

—Hasta pronto —contesté.

Un segundo después desapareció la picardía de los ojos de mi madre y su cuerpo se durmió. La cogí justo a tiempo y resbalamos los dos con cuidado hasta el suelo.

En el pasillo se oían los ruidos de peleas, sabía que tenía que levantarme y salir a buscar a Cain y los demás, pero durante un breve instante para mí solo existió mi madre en este mundo. Le coloqué el pelo detrás de la oreja y recé para que un día despertara. La echaba muchísimo de menos. La añoranza era más soportable cada día que pasaba, pero nunca se reducía.

—¿Warden?

Levanté la cabeza. Miré alrededor con los músculos en tensión, pero no vi a nadie, hasta que de pronto fui consciente de que esa voz débil y áspera procedía de la mujer que tenía en brazos. ¡No podía ser! La miré atónito. En efecto, tenía los ojos un poco abiertos, y me miraba confusa. ¿Estaba soñando?

—¿Mamá? —pregunté con prudencia.

—Warden... —dijo con voz ronca, y cerró los ojos, como si mantenerlos abiertos le requiriera demasiado esfuerzo, pero noté que aún estaba conmigo.

¿Cómo podía ser? El corazón me latía con fuerza, me fallaban las rodillas cuando la levanté del suelo y la llevé a su cama. La tumbé con cuidado en el colchón y la cogí de la mano, que seguía fría como de costumbre.

Sus dedos respondieron a la presión, ligeros como una pluma.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Kevin, el muy canalla... De haber sabido que era capaz de hacer eso, lo habría abrazado aún con más fuerza.

Cain

—Julius, máatala —ordenó Isaac.

Sabía que a Jules no le quedaba elección, como vampiro estaba bajo el hechizo de Isaac, pero aun así sentí una puñalada en el corazón cuando obedeció la orden de Isaac sin rechistar y me atacó sin dudar. Se abalanzó sobre mí, y no me quedó más remedio que dirigir el kukri contra él, aunque todos los poros de mi piel se resistían a hacerle daño. Paré sus golpes como pude, pero la pelea con Arol y el camino hasta allí habían pasado factura. Mis movimientos eran más lentos y los ataques menos fuertes de lo que me gustaría.

Jules, en cambio, rebosaba energía maligna. Asestaba un golpe tras otro, se esforzaba por romper mi protección para poner fin a mi vida.

De pronto lo vi claro. No cabía la posibilidad de que los dos sobreviviéramos a la pelea. Uno de los dos tenía que morir...

Y no iba a ser yo.

Hice acopio de mis últimas fuerzas y le di una patada a Jules en el pecho que lo envió directo contra una de las mesas volcadas. La madera se hizo pedazos con el impacto, pero Jules no se frenó ni un segundo. Enseguida me vi sumergida de nuevo en el torbellino de empujones y golpes hasta que ya no supe dónde me daban.

Sentía el corazón acelerado, me caía sudor de la frente. No sabía cuánto tiempo aguantaría a Jules. Igual que la otra vez en el laboratorio, sus movimientos y técnica de lucha me resultaban conocidos, pero en cierto modo eran distintos. Los golpes eran más duros, los puñetazos más certeros, y me daba la sensación de que solo estaba jugando conmigo y que cada ataque era una nueva burla.

—No tienes por qué hacer esto —dije entre dientes mientras me iba empujando hacia atrás con cada golpe y tenía que vigilar de no caer con las sillas volcadas. Cogí impulso con el kukri y le di a Jules en la barbilla.

Soltó un siseo.

Dejé caer el arma y saqué el espray de pimienta del cinturón. Jules me lo quitó de la mano antes de que pudiera apretar el dosificador. El recipiente rodó por el suelo. El tintineo me distrajo, y el puño de Jules me dio en la mandíbula. El sabor a sangre inundó mi boca. Escupí y me abalancé sobre él con otro cuchillo. Él esquivó mis golpes con habilidad hasta que noté los brazos cansados y las fuerzas agotadas, y creí que no iba a poder aguantar ni un segundo más.

Aproveché ese preciso instante para darme con las garras. Retrocedí un paso, pero, en vez de pisar suelo firme, puse el pie en una superficie resbaladiza. Perdí el equilibrio y me caí. El golpe no fue grave, pero los dolores de mi cuerpo ya maltrecho seguían ardiendo.

Quería incorporarme, pero ya tenía a Jules encima de mí. Me agarró de la garganta, con la cara a solo unos milímetros de la mía, y apretó.

Me cortó la piel con las garras. Solté un chillido cuando las hundió cada vez más en la carne y sentí que la sangre brotaba caliente de las venas. El pánico se apoderó de mí. Me retorció debajo de él como un gusano, pero era demasiado fuerte. Estaba sentado en mi pecho como si fuera una mole de cemento sin quitarme el ojo de encima, como si se estuviera planteando disfrutar de un tentempié mientras siguiera con vida.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, que ya no tenían nada que ver con el dolor. Cada vez me costaba más respirar, y notaba que poco a poco me iba quedando inconsciente. Sabía que de ese desmayo ya no despertaría. Vi unas manchas negras, así que solo distinguía a Jules a través de una bruma de oscuridad y lágrimas.

—Por favor... —supliqué.

Jules me miró desde arriba sin piedad. La cara hinchada se había transformado en una máscara de crueldad.

—No quieres hacerlo. —No sabía si entendía lo que decía o si solo eran los balbuceos incoherentes de una moribunda—. Éramos compañeros...

Me temblaron los párpados. Resistí con todas mis fuerzas el impulso arrollador de cerrarlos y rendirme sin más a mi destino. Tal vez así fuera más sencillo, pero el camino fácil no me devolvería con Warden, mis amigos y mis padres.

—Por favor, Jules... Pa... Para... Este no eres tú —dije con voz ronca, en un último intento desesperado, cuando de pronto aflojó el gesto en el cuello y retiró las garras. Parpadeé y procuré ver algo a través de la capa de lágrimas.

Jules me miró. Seguía teniendo los ojos color rojo sangre, pero la mirada parecía más nítida, como si, además de entender mis palabras, por fin fuera consciente de quién era. Me invadió la esperanza de que aún no estuviera del todo sometido a Isaac. Siempre había sido fuerte, como persona y como Cazador de lo Siniestro, por qué no como vampiro. Tal vez era capaz de luchar contra sus instintos, por lo menos hasta que alguien acudiera en mi ayuda.

Tragué saliva.

—Jules, soy yo..., Cain. Tu compañera de lucha.

Inclinó la cabeza.

—¿Cain?

La voz sonaba oscura y ronca, distinta de antes. Oírle pronunciar mi nombre me provocó una sensación agridulce.

—Sí, Cain. Tu prima. Nos criamos juntos.

—¿A qué esperas? —se oyó la voz de Isaac—. ¡Mátala!

Esperé temerosa a que Jules se abalanzara de nuevo sobre mí, pero esta vez no obedeció la orden de Isaac. Me observó pensativo y, cuando parpadeó, por un breve instante sus ojos se tiñeron de azul. Me quedé sin aire.

—¡Mátala! —exigió Isaac, y estaba segura de que no eran imaginaciones mías, sonaba menos aburrido que un minuto antes.

Esta vez Jules tampoco le hizo caso, y eso me dio ánimos.

—Él te ha hecho esto, Jules. Eras uno de los nuestros. Un Cazador de lo Siniestro. Vivías aquí, en este cuartel. Entrenábamos juntos, y tú... decoraste esta cafetería. Tus padres viven aquí. Igual que Harper, de la que llevas meses enamorado. ¿Te acuerdas? —A Jules se le movieron las cejas, yo lo interpreté como una buena señal y seguí hablando, aunque cada sonido que salía de mi boca me dolía en la garganta—. Tus padres son Cazadores. Tu madre es Cazadora de Sangre como la mía, y tu padre, Cazador de lo Siniestro. ¡Igual que tú! Tú nunca quisiste ser un vampiro. Isaac te secuestró y te retuvo para transformarte.

Jules alzó la vista y me pareció ver que sacudía la cabeza, pero tal vez fueran también imaginaciones mías. Aún tenía la mirada nublada, estaba mareada por la hemorragia, y sentía un cosquilleo en todo el cuerpo, que intentaba curar mis numerosas heridas.

—Jules, ¡mátala! —La voz de Isaac había mutado a un rugido impaciente.

—No.

—¿Qué has dicho?

—¡No! —Noté que el peso de Jules se separaba de mi cuerpo. Observé desconcertada cómo se levantaba y se dirigía a Isaac.

—¿Osas volverte contra mí?

Jules miró a Isaac, cuyos rasgos de la cara se transformaron también hasta adquirir el aspecto del monstruo que era en realidad. Las venas negras palpitaban bajo la piel.

No sabía qué exactamente había motivado a Jules o si era una combinación de todo (mis palabras, mi miedo y nuestro pasado en común), solo me alegré de que hubiera funcionado.

Durante dos o tres segundos no pasó nada. Era como si Isaac le dejara esos segundos a Jules para cambiar de opinión, pero él no se movió del sitio, así que Isaac tomó una decisión. Se abalanzó sobre Jules como si su vida no le importara en absoluto. Como si no acabara de matar a decenas de personas por él, pero por lo visto su honor y su ansia de poder eclipsaban todo lo demás.

Había visto luchar a muchos vampiros, contra mí, contra otros Cazadores, contra criaturas y también entre sí, pero nunca había presenciado una lucha como la que libraron Isaac y Jules. Los dos se movían tan rápido que se convertían en sombras. Los oía rugir y mascullar, pero casi no podía seguirlos con la mirada. No me sorprendía ver a Isaac así, al fin y al cabo era el vampiro más poderoso del mundo. En cambio, Jules... parecía ser un digno adversario. No solo estaba a su altura: era superior.

Me pregunté en serio cómo había podido defenderme de él tanto tiempo. Paraba todos los

ataques de Isaac, y cuando llegó a agarrarlo y lo arrojó contra la pared, se lo hizo pagar con toda su furia. En ese momento agarró una mesa y se la lanzó a Isaac, que fue arrollado y voló contra la pared. Cayó revoque al suelo.

Entendí que Jules podría haber salido de las celdas de arresto en cualquier momento. Tal vez fuera porque era Cazador de lo Sinistro, o por la vacuna que James le había administrado, pero no era solo un vampiro. Era más.

Isaac se puso en pie, jadeando. El traje estaba desgarrado en varios puntos y, aunque las heridas ya se habían cerrado, tenía la cara cubierta de sangre, la suya y la de Jules.

Los dos se colocaron uno frente a otro como depredadores, con la respiración entrecortada. Además de sentir la tensión y la adrenalina, la olía con intensidad en forma de sangre, sudor y romero.

—Si paras ahora, tendré clemencia —gruñó Isaac.

Hasta yo vi que era mentira. Seguramente mataría a Jules solo por haber desobedecido sus órdenes, porque se convertía en una amenaza imprevisible.

—Olvidalo —fue lo único que dijo Jules, y se abalanzaron el uno sobre el otro con un rugido.

Me arrimé a la pared para esquivar a los dos vampiros, pero me fallaban tanto las rodillas que no me tenía en pie. Contuve la respiración mientras observaba la pelea y cómo los dos intentaban vencer al otro.

Jules era más fuerte que Isaac. Tiró al rey al suelo y le dio un rodillazo en la cara. Le salpicó sangre de la nariz. Isaac rugió y, cuando quiso levantarse, Jules lo derribó con todo su cuerpo. Se sentó a horcajadas encima de él y cogió impulso con una garra para clavársela con toda su furia en el pecho a Isaac. Oí cómo se le rompían las costillas incluso de lejos. Gritó, pero enmudeció cuando Jules le arrancó el corazón vivo del cuerpo: lo vi sangriento y rojo en sus garras.

Se impuso un silencio sepulcral. No solo en la cafetería, en todo el cuartel. Durante una fracción de segundo todo se detuvo.

El rey de los vampiros estaba muerto. Su corazón estaba en la mano de la criatura que él mismo había creado.

Jules lo dejó caer y se levantó. Se irguió sobre el cadáver de Isaac. Su rostro era una máscara de acero que me impedía ver qué pensaba o sentía en ese momento.

Dios mío, ni siquiera sabía lo que sentía yo. La conmoción por lo que acababa de presenciar era demasiado profunda. Jamás habría imaginado que fuera posible. Como todos los Cazadores, estaba convencida de que los vampiros le obedecían de forma incondicional, era una parte esencial de su poder. Pero tal vez yo, y todos, estábamos equivocados. O era cosa de Jules... Al fin y al cabo, no había surgido por la vía natural, lo habían creado en el laboratorio. Puede que Isaac fuera el rey, pero no su creador, por lo menos no de la misma manera que el resto de los vampiros.

Cuando Jules me miró fijamente a los ojos, me quedé sin aliento. Durante unos segundos nos miramos, y tuve que reconocer que una pequeña parte de mí temía que terminara lo que había interrumpido poco antes. Tal vez me había perdonado porque una parte de él se acordaba de mí, pero no era el mismo de antes. Me lo había demostrado en la pelea contra Isaac. Jules era más fuerte y poderoso que nunca. Más de lo que suponía después de su transformación. De lo contrario no habría conseguido volverse contra las órdenes de su rey.

—¡Cain!

Dudé, pero luego desvié la mirada de Jules hacia Warden, que irrumpió en la cafetería en ese momento. Se me escapó una expresión de alivio. ¡Estaba vivo, gracias a Dios!

Warden se arrodilló delante de mí y me envolvió la cara con las manos para mirarme.

—¿Estás bien?

Asentí.

—¿Y tú?

—También. ¿Qué ha pasado?

—Jules... —Desvié la mirada hacia él, pero ya no estaba encima del cuerpo inerte de Isaac. Lo busqué con la mirada, pero no lo vi por ninguna parte. ¿Cómo había podido desaparecer tan rápido? No había oído ni visto que se marchara.

—Pero ¿qué...? —Warden miró incrédulo el cadáver de Isaac con el tórax abierto—. Eso... ¿has sido tú?

Sacudí la cabeza y me levanté a duras penas. Me dolía todo el cuerpo, y me sentía hecha polvo, como si llevara noches sin dormir,

—No, ha sido Jules.

Warden puso cara de confusión.

—¿Cómo?

—Luego te lo explico. —Primero necesitaba procesar lo que había visto, además de que no tenía fuerzas. Me apoyé en la pared porque las rodillas amenazaban con ceder. Enseguida apareció Warden a mi lado y me rodeó la cintura con el brazo—. ¿Y tu padre?

—Está muerto.

—Lo siento.

Warden sacudió la cabeza. En ese momento vi que irradiaba una felicidad extraña.

—Es mejor así, créeme. Pero... mi madre ha despertado.

Lo miré confundida.

—¿Emma está despierta?

Asintió, con una sonrisa en los labios.

—Sí, pero luego te lo cuento —me devolvió la respuesta—. Primero voy a sacarte de aquí.

—¿Y el resto de los vampiros?

—Que se encarguen los demás de ellos.

Asentí y dejé que Warden me sacara de la cafetería.

Subimos juntos la escalera. Fuimos dejando atrás paso a paso el caos y la destrucción, pero sabía que ese día nos acompañaría durante mucho tiempo. Pasaría a los libros de historia de los Cazadores y cambiaría para siempre el cuartel de Edimburgo. Nadie que lo hubiera vivido lo olvidaría jamás. El día en que Isaac manchó las paredes del cuartel con nuestra propia sangre.

El día del baño de sangre.

Cain

Veinticuatro velas. Una por cada Cazador y cada archivista fallecido el día del baño de sangre.

Miré las llamas temblorosas y procuré contener las lágrimas. Ya había pasado más de una semana. Los fallecidos, tanto personas como vampiros, estaban enterrados o incinerados. Los pasillos limpios, los rastros de la batalla, el caos y la destrucción se habían eliminado. Aun así, me daba la sensación de oler la sangre y el abrumador hedor a romero. Cuando cerraba los ojos, veía el rojo que salpicaba las paredes. Sentía náuseas con solo pensarlo.

Un roce en el hombro me hizo estremecer. Desde el ataque de los vampiros estaba muy asustadiza, pero cuando vi a Warden me relajé enseguida. Me rodeó con el brazo y me dio un beso en la sien. Su cercanía hacía que el corazón me latiera más tranquilo. Me dejé caer contra él, con las velas colocadas en el altar de una de las salas de entrenamiento aún a la vista.

—¿Cómo estás? —preguntó, bajando la voz hasta susurrar.

Me encogí de hombros, sin saber qué contestar. Estaba ilesa, las heridas se habían curado, por lo menos las físicas. El alma, en cambio, era una herida abierta, cruda y sangrante, y no podía dejar de pensar en todas las personas que habían dado su último suspiro en esas salas. Eran demasiadas. El cuartel siempre me había parecido un lugar seguro, pero me equivocaba. Después de ese desastre, nada sería como antes. Jamás volvería a dormir sin un cuchillo bajo la almohada, ni saldría de la habitación sin un puñal. Isaac estaba muerto, pero aun así estaría alerta, como tantos otros. La sensación de seguridad había quedado destruida para siempre.

Como si Warden percibiera mis pensamientos oscuros, me abrazó con más fuerza.

Hundí la cara en su pecho y respiré temblorosa. Me asustaba la intensidad de la tristeza ahora que el muro de rabia que había erigido en la pelea con Isaac había caído.

Alcé la vista hacia Warden, sorbiéndome la nariz. Seguía con la mirada fija en las velas, la mandíbula tensa, cuando noté un movimiento y vi que sujetaba algo en la mano a lo que daba vueltas, nervioso. Era una vela blanca, parecida a las que teníamos delante.

—¿Es para tu padre?

Cuando asintió le vi en los ojos el dilema al que se enfrentaba. Quería ponerla con las demás para recordar a su padre, que había sido una parte importante de los Cazadores y, al mismo tiempo, había causado tanto sufrimiento como vampiro. Yo no estaba cuando Warden lo mató, pero me lo contó entre lágrimas, tumbado en la cama en mis brazos.

—Ponla.

Warden dudaba.

—¿Seguro?

Sonreí y contesté separándome de él para que pudiera encender la vela. Lo que James había hecho no era culpa suya. Estaba bajo el influjo de Isaac, que también era el responsable de lo que

le había ocurrido a Jules.

Warden sacó un mechero del bolsillo de los pantalones que cobró vida con un chasquido. Encendió la mecha, puso la vela con las demás y luego volvió conmigo.

Le cogí de la mano y él apretó agradecido los dedos mientras pensábamos en silencio en James, que no tendría funeral.

Era difícil saber cuánto tiempo llevábamos Warden y yo juntos cuando oímos unos pasos por detrás. Me di la vuelta y vi a Harper. Me devolvió la mirada, y mi tristeza topó con su odio. Se reflejaba en sus ojos como un fuego que esperaba desatar su furia destructiva en el mundo para verlo arder.

—Hola —dijo Holden. Iba en su silla de ruedas, que Harper empujaba. Aún se le notaba la fatiga de la lucha: tenía la piel pálida, casi parecía transparente de tan claras como se veían las venas. Lucía unas buenas ojeras, y llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

Aún no podía creer que Jules le hubiera hecho todo eso. Si hubiera sido Cazador de Sangre habría la mínima posibilidad de que en algún momento volviera a caminar, pero como Cazador de Magia los médicos no le daban esperanzas.

Me obligué a sonreír.

—Hola.

Holden miró a Harper, que lo acercó a nosotros casi a regañadientes. Seguro que más adelante Holden se las arreglaría solo, pero aún estaba muy débil.

—¿Cómo está nuestra heroína?

El sobrenombre me hizo esbozar una sonrisa amarga. Después de la muerte de Isaac, por desgracia sus vampiros no se habían convertido en polvo y cenizas, pero muchos se habían retirado del cuartel, sin duda molestos con la defunción de su rey. Solo unas cuantas personas sabían que había sido Jules y no yo quien había matado a Isaac. Tarde o temprano Grant llegaría a saberlo, pero la conmoción y la tristeza eran aún demasiado profundas para que los demás supieran que un vampiro, su mayor enemigo, había puesto fin al peor día de su vida. Sobre todo porque nadie sabía dónde estaba Jules. Tras la lucha con Isaac desapareció sin dejar rastro, puede que para no acabar de nuevo en una celda. Después de todo lo que había ocurrido, Grant había decidido dejarlo marchar de momento y reconstruir el cuartel. No parecía que Jules supusiera una amenaza inmediata para el mundo, aunque sus capacidades y su fuerza fueran terroríficas.

Warden y yo intercambiamos unas palabras más con Holden y luego lo dejamos a solas con Harper para que recordaran con calma a los Cazadores y archivistas fallecidos. Luego nos dirigimos a la cafetería para encontrarnos con los demás.

La decoración que Jules se había esmerado en seleccionar, y en parte incluso había construido a mano, había quedado del todo destruida con la batalla. Ahora solo quedaban los sencillos bancos y unas cuantas butacas que los Cazadores que vivían fuera del cuartel habían donado de sus casas.

Enseguida vimos a Shaw, Roxy y Finn. Además de proteger a los niños con los demás adultos, luego libraron otras batallas y su aportación para expulsar del cuartel a los vampiros que quedaban había sido muy importante. Pese a todo, en una de las últimas peleas Finn había sufrido heridas graves. Un vampiro le había destrozado el brazo izquierdo, y se había roto varias costillas al caer por una escalera. Además, había sufrido una conmoción cerebral por la que había pasado en la enfermería los días posteriores al baño de sangre. Aún tardaría unas semanas en volver a luchar sin limitaciones.

—Hola —saludé a los tres, y me senté con ellos en la mesa.

Me respondieron con un eco de saludos, y Shaw nos dio a Warden y a mí dos trozos de pizza en servilletas. Como una parte del personal de cocina también había fallecido, ya no se cocinaba.

—Gracias —dijo Warden, y le dio un mordisco.

—¿Qué habéis hecho hoy? —preguté.

—Nada de nada —contestó Finn, mientras intentaba abrir su botella de agua con una sola mano—. He estado dando vueltas en la cama y he visto el anime que me recomendó Warden. ¿*Kill la Kill*? Bastante perturbador, pero es bueno.

Warden soltó un bufido.

—Sí, justo lo que te dije.

—Roxy y yo estuvimos anoche de caza de espíritus y hoy hemos ayudado a reformar las habitaciones de la tercera planta —explicó Shaw, y mordió su pizza—. Casi hemos terminado, puede que mañana empecemos con la cuarta. Jamás pensé que pintar me divertiría tanto. Aunque las manchas de sangre son difícilísimas de tapar.

Estuvimos un rato hablando de los cambios positivos en el cuartel, aunque todos sabíamos que lo hacíamos solo para distraernos del hecho de que no estábamos todos en esa mesa.

—¿Cómo está Ella? —Fue Shaw quien hizo la pregunta que todos intentábamos evitar.

Suspiré y dejé mi trozo de pizza. De todos modos esos días casi no tenía apetito, y pensar en Ella me lo quitó del todo.

—Ni idea. Antes he pasado a verla, pero se ha encerrado en su habitación y no me ha dejado pasar.

—Mierda.

Asentí. Ella estaba muy afectada. Físicamente estaba perfecta, pero tenía el corazón destrozado. Además de su padre, en la lucha contra los vampiros había fallecido Owen en sus brazos. Había perdido a los dos hombres más importantes de su vida el mismo día. Desde entonces solo la había visto una vez en el sepelio, al lado de su madre. Había rechazado todos mis intentos de hablar con ella. Procuraba no tomármelo como algo personal. Cada uno pasaba el duelo a su manera, y Ella necesitaba distancia para procesar lo ocurrido. Por mucho que quisiera ayudarla, tenía que respetarlo y esperar que un día me dejara volver a acercarme a ella.

—Hola.

Alcé la vista y vi a Wayne que se acercaba a nuestra mesa cojeando, con un bastón en la mano. Tenía el pelo negro encrespado, y parecía que llevaba días sin dormir. Igual que Finn y Holden, sus secuelas eran graves. Seguía vivo solo gracias a Ella y Owen.

Se sentó con nosotros en el banco gimiendo y cogió uno de los grasientos trozos de pizza. Decía bastante del estado mental de Wayne que de repente le diera igual la alimentación. Le dio unos cuantos bocados en silencio, y luego miró al grupo.

—¿De qué estabais hablando?

Desvié la mirada hacia Warden, indecisa.

—De Ella —dijo él sin rodeos.

Wayne torció el gesto, como si algo le doliera.

—¿Sabéis algo?

Sacudí la cabeza. No hablaba con ninguno de nosotros, pero a Wayne su silencio le afectaba especialmente por algún motivo.

—¿Ya sabéis cómo entraron Isaac y los suyos en el cuartel? —preguntó Finn.

—Sí, atraparon a uno de nuestros Cazadores jóvenes y lo torturaron hasta que los dejó pasar. Luego Isaac lo mató —contestó Wayne, y cogió un segundo trozo de pizza.

Shawladeó la cabeza.

—¿Esto sigue siendo seguro?

Wayne asintió.

—Hemos hablado largo y tendido del tema y al final hemos decidido no construir un cuartel nuevo. Isaac está muerto, y durante las próximas semanas y meses reforzaremos las medidas de seguridad. Para que no vuelva a pasar.

Esperaba que Wayne tuviera razón. Bajo ningún concepto quería vivir una repetición de ese día. Ni el cuartel ni los Cazadores aguantarían un segundo ataque de ese tipo, que había diezmado nuestro grupo con más de cuarenta fallecidos y numerosos heridos. Los Cazadores de Edimburgo tardarían un tiempo en recuperar su antigua fuerza.

El grupo se dispersó cuando terminamos de comer. Como todos los días después del almuerzo, Warden y yo nos dirigimos a la enfermería, que una semana después del baño de sangre seguía desbordada.

Recorrimos el pasillo cogidos de la mano, en ambos lados había habitaciones, cada una con como mínimo tres camas. A los Cazadores y archivistas con heridas que no llamaban la atención los habían trasladado al hospital de la zona, pero las heridas de bala o de mordeduras las trataba ahí mismo Ingrid Abrahamsson, la médica del cuartel de Londres que había llegado para ayudar durante unas semanas. También había remendado a Finn y a Wayne.

Warden llamó a la puerta con los nudillos para avisar antes de retirar la cortina tras la cual se encontraba su madre.

Emma sonrió al vernos. Estaba sentada erguida en su cama, con un libro en la mano. Seguía pálida y agotada de tantos años en coma, pero cada día estaba más en forma, y seguro que no tardaría mucho en pasar de la enfermería a su propia habitación.

—Hola, mamá —saludó Warden.

—Hola, aquí están mis dos Cazadores preferidos.

Warden soltó un bufido.

—Seguro que se lo dices a todos.

—No, solo a vosotros. —Cerró el libro, y Warden se inclinó sobre la cama para darle un beso en la mejilla antes de dejarse caer en la butaca.

Busqué con la mirada la segunda silla, pero había desaparecido. Tal vez alguien se la había llevado a otro lecho de enfermo. Dudé un momento y luego me senté en el reposabrazos de la butaca de Warden.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Emma me sonrió.

—Bien. Antes me ha visitado un chico joven que me ha dicho que era amigo tuyo, Warden. De pelo corto castaño y un tatuaje en la mano. Por desgracia se me ha olvidado su nombre.

—¿Kevin? —propuso Warden.

—¡Sí, exacto! Un chico muy majo.

—Ya —murmuró Warden, y me lanzó una mirada elocuente.

Solo me había contado a mí lo que había pasado realmente el día del baño de sangre entre James, Kevin y él. Y la fuerza que por lo visto tenía Kevin. Puede que algún día le confesara también a su madre que un mensajero de la muerte poseyó su cuerpo brevemente, pero sin duda cuando estuviera en plena forma.

Emma nos contó lo que había pasado en la enfermería, y nosotros la pusimos al día de las obras en el cuartel. Eran temas inofensivos porque Emma muy pronto encontraría el camino de

vuelta al día a día de los Cazadores. Igual que su hijo, era muy dinámica y estaba ansiosa por eliminar a los vampiros que le habían arrebatado a su marido.

—Emma... —Una enfermera asomó la cabeza por la cortina.

Ella alzó la vista.

—¿Sí?

—Es la hora de la fisio.

Emma puso mala cara.

—¿Es necesario?

—Si quieres volver a estar en forma, sí.

—Está bien. —Suspiró y nos miró—. Me alegro de veros.

—Mañana volveremos —prometió Warden, que le dio otro beso de despedida, y yo también la abracé.

Era casi como antes, sobre todo porque para Emma no había pasado el tiempo. No sabía nada de la pelea entre Warden y yo ni de que durante tres años apenas nos habíamos dirigido la palabra. Yo ahora tampoco me lo explicaba y me preguntaba en serio cómo había aguantado tanto sin él.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Warden al salir de la enfermería.

—En nosotros.

—¿En qué exactamente?

Llegamos a los ascensores y apreté los botones. Acto seguido se abrió la puerta metálica y subimos.

—En todo en general.

Warden me miró con escepticismo.

—Espero que no te arrepientas de haberme preguntado si quería volver a ser tu compañero de lucha.

—No, para nada.

—Me alegro. Tampoco encontrarás un compañero de lucha mejor que yo. —Sonrió con descaro.

Solté un bufido, pero callé cuando Warden se inclinó hacia mí para besarme. Me rozó con la boca con mucha delicadeza, y disfruté de esa sensación que ya me resultaba familiar.

—Te quiero, Cain.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿También cuando me odiabas? —me burlé de él.

Sonrió satisfecho.

—Podía odiarte tanto solo porque entonces ya te quería tanto.

Sonreí y le lancé los brazos al cuello para besarle de nuevo. Era lo único bueno que había sacado de todo ese caos. Había perdido a dos amigos muy valiosos, Jules y Owen, y después de infringir tantas reglas sería difícil recuperar la confianza de Grant y la de los demás Cazadores, pero haría todo lo posible porque no estaba dispuesta a renunciar a mi sueño de la dirección del cuartel. El cuartel era mi hogar, y quería ayudar a convertirlo en un lugar más seguro, y mejor.

EPÍLOGO

Cain

Me abracé a mí misma para entrar en calor. Faltaba poco para la Navidad, y un viento frío que algunos días hasta se llevaba el aroma de la nieve soplaba por todo Edimburgo.

Estábamos en la calle, delante del viejo cementerio de Calton Hill. Alrededor había gente que iba de compras tan contenta para conseguir los últimos regalos, del todo ajenos a la masacre que se había producido poco antes bajo sus pies.

—Ahí viene Shaw —dijo Roxy, y se puso el bolso en el hombro.

Shaw aparcó el coche deportivo que había cogido del aparcamiento subterráneo justo delante de nuestras narices. Había llegado el momento de la despedida.

Me volví hacia Ella, que había decidido acompañar a Roxy y Shaw. No sabía si era la decisión correcta, pero entendía sus ganas de poner distancia entre ella y ese lugar que tanto sufrimiento le había causado. Solo esperaba que fuera consciente de que no se puede huir del dolor. La perseguiría por toda Europa: ni el espacio ni el tiempo le devolverían a Owen ni a su padre.

Sonreí a Ella. La expresión de sus ojos me recordaba a la niebla: espectral, turbia y tan espesa que no se veía tres en un burro. Parecía que había desaparecido toda la luz de sus ojos.

—Te echaré de menos.

Asintió.

—Yo también.

Di un paso adelante y abracé a mi mejor amiga. La achuché con fuerza y le aseguré que todo saldría bien y que podía llamarme en cualquier momento que quisiera hablar. Luego la solté a regañadientes para que se despidiera de Warden y Finn antes de subir al asiento trasero del coche de Shaw.

—Yo iré en cuanto vuelva a estar en forma —oí que Finn le decía a Roxy.

—No te preocupes, yo cuidaré de nuestra chica. —Shaw rodeó con un brazo los hombros de Roxy.

Ella enarcó las cejas y se zafó de él.

—¿Nuestra chica? Yo no soy la chica de nadie.

Shaw puso los ojos en blanco.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Roxy resopló, pero lo dejó pasar. Se despidió de Finn, que se quedaría una temporada más en Edimburgo para terminar de curarse. En su estado actual habría sido más una molestia que una ayuda para Roxy en su misión de atrapar espíritus.

Intercambiamos otra ronda de abrazos antes de que Roxy y Shaw subieran también al coche para seguir buscando almas errantes con ayuda del Ghostvision.

Warden, Finn y yo nos quedamos ahí hasta que el coche desapareció a lo lejos, luego volvimos al cuartel. En el ascensor se despidió Finn para planchar la oreja un rato, y Warden y yo nos

quedamos solos.

Me di la vuelta hacia el hombre que desde esa mañana era oficialmente también mi compañero de lucha.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿cuál es tu plan, ahora que Isaac está muerto? —Le cogí de la mano y juntos caminamos por el cuartel, que aún olía a pintura reciente.

—Puede que Isaac esté muerto, pero sus vampiros no.

—Entonces, ¿ese es tu plan, matar vampiros?

Warden sonrió.

—Sí. Y encontrar a Jules, ¿no?

Asentí.

Nos dirigimos a la armería para equiparnos. Para la siguiente batalla y las que a partir de entonces lucharíamos juntos. Porque de algo sí tenía la certeza absoluta: nada volvería a separarnos en esta vida a Warden y a mí.

Agradecimientos

*B*ueno, ¿qué os ha parecido el segundo volumen de Crónicas de la medianoche?

Escribir *Magia de sangre* fue una experiencia nueva para mí (Laura) porque no he contado la historia de Warden y Cain una sola vez, sino dos. Cuando en 2013 puse la palabra «fin» debajo de la historia, no imaginaba que volvería sobre ellos dos de esta manera, pero ¡me alegro de que haya pasado! Me gustaba la versión antigua de su historia, pero me da la sensación de que en esta versión los dos personajes han desarrollado su pleno potencial. Ha sido muy emocionante y curioso observarlo, y volverlos a conocer palabra por palabra.

Agradezco mucho a la editorial LYX que me hayan dado la posibilidad de volver a contar *Magia de sangre*, y agradezco la oportunidad de explorar esta vez el mundo de los Cazadores con mi querida Bianca.

Otro dato curioso: Bianca ya colaboró en 2013 en la versión de entonces de *Magia de sangre*, no como coautora, sino como correctora. Supongo que en ese momento ella tampoco esperaba volver a ver a Warden y Cain así.

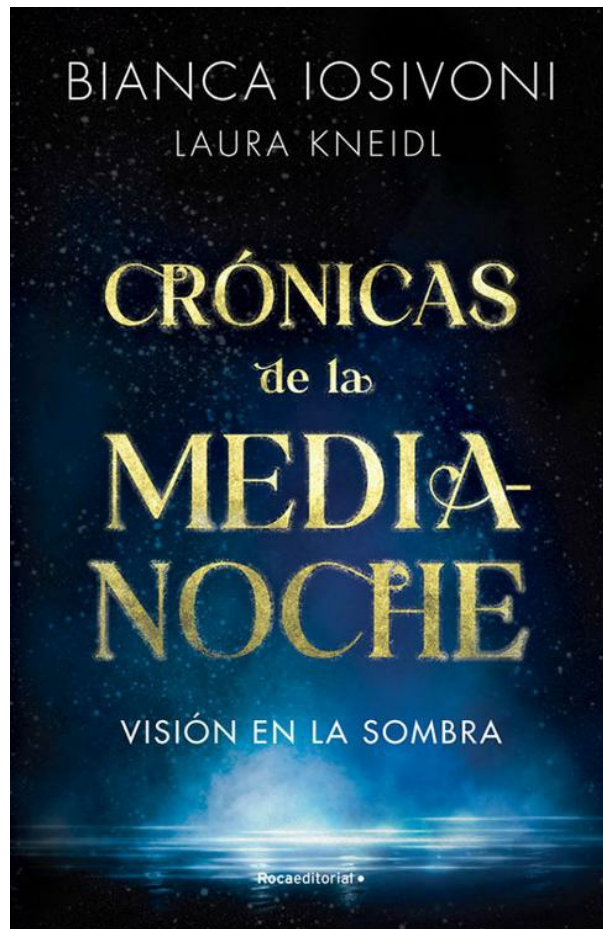
Como siempre, las dos queríamos dar las gracias a nuestra fantástica editora en LYX, Stephanie Bubley, así como al resto de los equipos de LYX y Bastei Lübbe por creer en las Crónicas de la medianoche y apoyarnos. Gracias a Ruza Kelava, Simone Belack, Sina Braunert, Momke Zamhöfer, Simon Decot, Barbara Fischer, Sandra Krings y Teresa Krull.

También queremos dar las gracias a nuestras maravillosas agentes, Gesa Weiss y Kristina Langenbuch Gerez de la agencia literaria Langenbuch & Weiss, y a Markus Michalek de AVA International GmbH. Queríamos agradecer especialmente a Kristina, que, además de representar a Bianca como agente, ejerce de editora en la serie. ¡Gracias por ayudarnos a sacar lo mejor de Crónicas de la medianoche! Gracias también a Melike Karamustafa, que ha ayudado a dar el toque final al texto.

También queremos dar las gracias a nuestras lectoras beta y de prueba: Saskia, Mandy y Beate. Además de a los comentaristas: Alex, Anabelle, Ava, Laura (o Jesus), Klaudia, Nina, Nicole, Marie y Tami. Gracias por las conversaciones diarias, vuestro apoyo y motivación y sobre todo por vuestra amistad. ¡Os queremos!

Por último, claro, también queríamos daros las gracias a vosotros. Gracias por acoger con tanto entusiasmo *Visión en la sombra* en vuestras librerías, y gracias por volver por *Magia de sangre*. Entonces como ahora nos sentimos abrumadas por todos vuestros comentarios positivos. ¡Hasta la próxima!

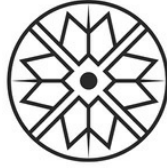
El primer libro de la serie
CRÓNICAS DE LA MEDIANOCHE





CRÓNICAS DE LA MEDIANOCHE

Glosario e índice de personajes



CAZADORES DE SANGRE

Los Cazadores de Sangre se llaman coloquialmente también cazadores de vampiros, pero en concreto cazan seres de sangre. Son todas las criaturas que consumen sangre para vivir. Pueden ser vampiros clásicos, pero también strigois, gules, asuangs y otros muchos seres. Los Cazadores de Sangre nacen con el don de oler a los seres de sangre, que por tanto no pueden esconderse de ellos. Además, los Cazadores de Sangre son inmunes a los mordiscos de vampiro y no se les puede transformar. También se curan más rápido que los demás Cazadores y su recuperación de las heridas es más eficiente.

LOS CAZADORES DE SANGRE DE LAS CRÓNICAS DE LA MEDIANOCHE

Cain Blackwood

Edad: 19 años

Arma(s): puñal

Amuleto: nivel 1

Visión: –

Warden Prinslo

Edad: 21 años

Arma(s): ¡todas!

Amuleto: nivel 1

Visión: –

Emma Prinslo (47 años) – madre de Warden

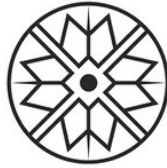
Grant Livingston (67 años) – director del cuartel de Edimburgo

Lillian Blackwood (50 años) – madre de Cain

Nala Madaki (40 años) – experta en armas del cuartel de Londres

Olivia Marlowe (47 años) – madre de Jules

Sébastien Mercier (25 años) – director del cuartel de París



CAZADORES DE LO SINIESTRO

Los Cazadores de lo Siniestro son, además de los Cazadores de Sangre, el tipo de Cazadores con mayor representación. Cazan hombres lobo, dragones, perros del infierno, gremlins, wendigos, etc. En general se ocupan de todos los seres que no entran en las competencias de los Cazadores de Sangre, de Almas o de Magia, a los que están predestinados porque los Cazadores de lo Siniestro suelen ser muy fuertes, fornidos y musculosos, lo que les da una clara ventaja en la lucha.

LOS CAZADORES DE LO SINIESTRO DE LAS CRÓNICAS DE la MEDIANOCHE

Jules Marlow

Edad: 21 años

Arma(s): pistolas y cuchillos

Amuleto: nivel 1

Visión: –

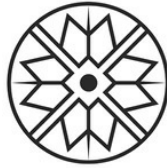
Andrew Blackwood (49 años) – padre de Cain

Charles Marlowe (48 años) – padre de Jules

Dinah King (25 años) – compañera de lucha de Ripley

Finn MacLeod (21 años) – compañero de lucha de Roxy

Owen Boyd (23 años) – compañero de lucha de Ella



CAZADORES DE ALMAS

Los Cazadores de Almas cazan almas perdidas, espíritus, si se quiere. Todos cuentan con la visión del alma, que les permite ver el alma de una persona o de un ser, de manera parecida a un aura. Da igual si está en un cuerpo o se ha separado de los restos mortales. Gracias a ella reconocen también cuando alguien está poseído por un espíritu porque en ese cuerpo hay dos almas. Además, tienen el don de materializar las almas sin cuerpo solo con un roce y eliminarlas. Los Cazadores de Almas son muy escasos y se reconocen a simple vista porque el iris de los ojos es de color gris, casi blanco.

LOS CAZADORES DE ALMAS DE LAS CRÓNICAS DE LA MEDIANOCHE

Mariella «Ella» Matthew

Edad: 19 años

Arma(s): –

Amuleto: nivel 4

Visión: visión del alma

Wayne McKinley

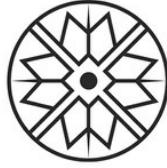
Edad: 25 años

Arma(s): doble pica

Amuleto: nivel 1

Visión: visión del alma

Louis Matthew (46 años) – padre de Ella



CAZADORES DE MAGIA

Los Cazadores de Magia son justo lo opuesto a los Cazadores de lo Siniestro. Son muy delicados por naturaleza, como hadas, y poseen una belleza especial que les sirve como una especie de camuflaje. Los seres que cazan (elfos, hadas, sirenas, brujas, etc.) también suelen ser muy atractivos para embelesar a sus presas con su aspecto. Los Cazadores de Magia no tienen magia, pero son muy hábiles manejando amuletos mágicos e inmunes ante las maldiciones e ilusiones.

LOS CAZADORES DE MAGIA DE LAS CRÓNICAS DE LA MEDIANOCHE

Harper Ivanov

Edad: 20 años

Arma(s): catana

Amuleto: nivel 1

Visión: –

Amelia Dupont (49 años) – mentora de Roxy; muerta

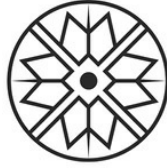
Dominique Delacroix (20 años) – Cazadora de París

Holden Ivanov (20 años) – hermano gemelo de Harper

Jackson Lothian (39 años) – compañero de lucha de Lillian Blackwood

Maxwell Cavendish (72 años) – director del cuartel de Londres

Ripley York (23 años) – compañero de lucha de Dinah



CAZADORES LIBRES

Los Cazadores Libres son personas que no nacieron siendo Cazadores de Sangre, de lo Siniestro o de Magia, pero que se han sumado a la caza de seres sobrenaturales.

LOS CAZADORES LIBRES DE LAS CRÓNICAS DE LA MEDIANOCHE

Roxana «Roxy» Blake

Edad: 21 años

Arma(s): ballesta, amuleto mágico (nivel 5)

Amuleto: nivel 5

Visión: visión en la sombra

Shaw

Edad: unos 24 años

Arma(s): escopeta, pistolas

Amuleto: –

Visión: –

ARCHIVISTAS Y OTROS PERSONAJES

Alessandra Petrostelli (29 años) – asistente de Grant Livingston

Elspeth «Beth» Matthew (44 años) – madre de Ella

Giselle Beauvais (19 años) – tiene la mirada de la muerte

Ingrid Abrahamsson (60 años) – jefa médica del cuartel de Londres

Jacques Mathieu (24 años) – archivista en el cuartel de París

James Prinslo (38 años) – padre de Warden, muerto

Linnea Abrahamsson (16 años) – hija de Ingrid, aprendiz de archivista

Niall Blake (21 años) – hermano desaparecido de Roxy

Weston Cavendish (21 años) – archivista en el cuartel de Londres, sobrino nieto de Maxwell

CRIATURAS Y SUS REYES

Baldur – rey de las brujas

Isaac – rey de los vampiros

Kevin – mensajero de la muerte

Marjorie – reina del mundo de los espíritus

Ulises – rey del inframundo

Título original en alemán: *Midnight Chronicles: Blutmagie*

© 2021, Bastei Lübbe AG, Köln

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent.
www.uklitag.com

Primera edición en este formato: septiembre de 2023

© de la traducción: 2023, Ana Guelbenzu

© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

© de las ilustraciones: Lorena Lammer

ISBN: 978-84-19743-49-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.